



# LOS QUE NO MUEREN SOLOS

Clara Sánchez Picout

**LOS QUE NO MUEREN SOLOS**

**Clara Sánchez Picout**

Título original: Los que no mueren solos  
© 2014, Clara Sánchez Picout  
Registro nº 1410042263322

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Primera edición: Octubre, 2014*

*«La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si  
puedes recordarme, siempre estaré contigo»*

*(Isabel Allende)*

*A mi hermano Alberto y a mi padre, estén donde estén.*

# ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE:

UN COCHE VOLCADO EN LA NIEVE

NADA ES LO QUE PARECE

CÓMO EMPEZÓ TODO

MI PEQUEÑO YO

MAX

SEGUNDA PARTE:

LAS CABEZAS PEQUEÑAS

EL CAMINO DE LOS JUSTOS

LOS SANADORES DE ALMAS

EL LEGADO

SOMBRAS DEL PASADO

EL MÉSAK

LOS HEREDEROS DE SHUAR

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

## *PRÓLOGO*

Siempre he admirado a aquellos escritores que se atreven a enfrentarse a las grandes preguntas del ser humano, sabiendo que no se conocen las grandes respuestas. Son personas inquietas, sensibles, observadoras y conocedoras de que, a falta de grandes respuestas, la vida está llena de señales, de signos, de avisos, de manifestaciones de una energía superior y de experiencias aleccionadoras. Y por eso se atreven a buscar las respuestas, porque encuentran siempre algo de luz por pequeña que sea y porque saben que el problema reside en estar ciego a esas señales, no verlas, no entenderlas y no saber interpretarlas.

CLARA SÁNCHEZ PICOUT se atreve a hacerlo. A través de sus personajes nos enseña que las respuestas no están necesariamente en las distintas religiones, ni en las grandes teorías. Las respuestas están en abrirse gradualmente al misterio de lo desconocido y descubrir lo que nos enseñan seres superiores para poder encontrarlas dentro de nosotros mismos.

Qué responder cuando la protagonista se pregunta si existe algo al final del camino, cuando en realidad no hay que preocuparse tanto por el más allá. La respuesta es que es aquí donde tenemos que encontrar el sentido de nuestra vida, con responsabilidad y con la ayuda de los seres superiores que nos protegen desde otra dimensión. En realidad, lo importante es descubrir lo que la vida espera de nosotros y estar dispuestos a ponerlo en práctica correcta y responsablemente. La lectura de «LOS QUE NO MUEREN SOLOS» nos da muestras de aquellos seres superiores que asumen el legado y la misión de entregarse generosamente para ayudar a los demás y protegerles del mal.

En esta historia la protagonista de «LOS QUE NO MUEREN SOLOS» tiene

que pasar por un proceso de aprendizaje y madurez interior. Tiene que descubrir la existencia y el poder del mal que nos rodea y nos persigue, tiene que experimentar el dolor y el sufrimiento más profundo y tiene que aprender a abrir los ojos y descubrir a esos seres superiores que han sido elegidos para protegernos del mal. Todos los personajes influirán en ella de tal manera que sólo al final, a través del conocimiento y la aceptación de la verdad, del poder sanador del amor y de saber escuchar su propia voz interior encontrará la paz y la libertad.

Esta evolución personal de la protagonista está inmersa en una historia de muertes y desapariciones en las que la intriga y la necesidad de desvelar las incógnitas que se van planteando obliga al lector a seguir paso a paso cada descubrimiento. Al final, tendrá que enfrentarse a la evidencia de que la vida es imprevisible si la queremos vivir e interpretar exclusivamente desde la lógica y la racionalidad. Hay que dar espacio al misterio, a lo aparentemente inexplicable, a la misión para la que hemos sido elegidos y a la existencia de seres superiores a nosotros.

Espero que el lector comparta estas reflexiones y que la lectura de esta historia permita que el esfuerzo de CLARA SÁNCHEZ PICOUT para abrirnos los ojos no caiga en el vacío.

Javier Sánchez Casajús

PRIMERA PARTE:

*Estoy sola y no hay nadie en el espejo*

*(Jorge Luis Borges)*



## *UN COCHE VOLCADO EN LA NIEVE*

Aquella tarde de invierno marcó el principio de un cambio en mí del que ahora soy plenamente consciente y que me ha permitido ser la persona que soy. A partir de entonces, mi percepción del mundo cambió de forma determinante. Nada podía prever lo que sé y lo que siento ahora. El conocimiento que he adquirido durante todo este tiempo, las experiencias vividas y realidades tan distintas me han permitido entender esa parte de mí que estaba dormida en el recuerdo de lo previsible y de lo racional. Porque ahora sé que caminamos por un universo de confort fácil, creíble, a veces impuesto, donde el destino pasa desapercibido. Al menos para mí, aquella playa de la infancia y los ojos de mi madre mientras se despedían del mar, y aquella frágil existencia me bastaban para ser feliz.

Ahora lo recuerdo como si fuera ayer, con la claridad con la que ven los que saben; la imagen del coche volcado en la cuneta de aquella carretera solitaria me perseguiría durante mucho tiempo. Estaba boca abajo; las ventanillas bajadas y las puertas cerradas por dentro. Al llegar, imaginé que la radio seguía sonando en su interior como si el tiempo no se hubiera detenido. Pero lo cierto es que una vez más, el tiempo sí se detuvo para mí esa tarde y en esa carretera. El pasado y el futuro empezaban ya a no tener sentido.

Pero mi cómodo y apropiado universo había empezado a cambiar unas horas antes, en la soledad de mi ático.

Visualicé la escena como en los guiones de cine que yo inventaba. Lo primero que pensé en el momento en que vi a aquellos hombres en el umbral de mi casa fue que algo le había pasado a Samanta. Más adelante recordé aquella escena y pensé en ellos, lo que habrían hecho ese día antes de venir a verme, lo que pensaron al saber que tenían que darme la noticia, lo que

hablaron entre ellos durante el trayecto; quizás de Sam, de la delincuencia juvenil y de las relaciones entre padres e hijos; tal vez creyeron que estaba involucrada en algún asunto de drogas. En realidad, no me importa mucho lo que pensarán o dijeran, sin embargo en aquel momento sí pensé en lo que significa que alguien pueda dibujar una vida anónima con tanta facilidad. No es inusual para la policía dar noticias sobre hijos adolescentes desaparecidos. Yo, como madre, podría esperar un evento propio de esa edad; pero nunca estuve preparada para lo que pasó aquel día y en los días sucesivos. Dieciséis años juntas, durante los cuales habíamos compartido nuestras vidas, nuestros fracasos y nuestros éxitos; y desde aquella tarde fue como si nunca la hubiera conocido.

Las buenas noticias a veces se pierden en el tiempo, no trascienden, o no se les da la importancia que debiera, y permanecen difusas en nuestra memoria; pero las malas siempre llegan con dolorosa rapidez.

Aquella tarde transcurrió como un mal sueño en el que avanzas por un túnel y no ves nunca el final. El policía que se dirigió a mí primero era de cabello oscuro, alto y delgado, su rostro de piel clara, con unas facciones muy finas y marcadas, los ojos pequeños, color avellana. En sus sienes asomaban unas canas incipientes. Intuí que no debía tener más de cuarenta años. Su rostro me agradó desde el primer momento. El otro hombre, era de complexión fuerte. Su rostro despedía indiferencia. Apenas sí recuerdo su fisonomía salvo su mirada azul gélida y vacía y un acento al hablar algo indefinido. Pronto decidí ponerles nombre, el primero sería «el hombre amable» y el otro, el que me miraba con desdén, «el hombre imperturbable».

Mi corazón latía veloz y noté como mi garganta comenzaba a secarse. Esa sensación me era familiar. La sentía cada vez que mi marido Elián se iba a uno de sus viajes. No era un guión de cine, era la vida real. Enseguida me puse en lo peor. Pensé que Samanta habría sufrido un accidente, y que estaría herida o algo peor.

¿Cómo se puede comunicar a una madre algo tan amargo de una persona a quien no se conoce? Ni ellos mismos sabían muy bien el motivo de su visita. ¿Qué podrían decirme sobre ella? Ellos no conocían a Samanta, no la tuvieron en su vientre ni la vieron dar sus primeros pasos; no la habían visto llorar con su primer desengaño ni disfrutaron de sus logros.

Faltaba poco más de un mes para entrar en un nuevo siglo. Habíamos hablado mucho sobre ello, aunque Sam hablaba del cambio de un modo

irracional. Lo que ni ella ni yo imaginamos en aquellos días es que el efecto dos mil también amenazaba nuestra confortable existencia.

Sam se había despedido de mí como cada mañana. «*Hasta luego mamá*», me dijo mientras salía por la puerta como un torbellino. «*Si, hasta luego*», dije distraída. Ahora que recuerdo esa escena tan cotidiana me parece oír su voz algo ausente, como un «*hasta luego*» opaco, que ahora, pasado el tiempo, pienso si tal vez era una despedida.

Esa mañana habíamos discutido algo durante el desayuno, nada fuera de lo normal, una pequeña disputa casera que todas las madres tienen con sus hijos en alguna ocasión. Si hubiera sabido que esa iba a ser nuestra última conversación, habría buscado otro tema que no fuera el de si dejaba o no ordenado su escritorio. Ahora me parece todo tan trivial que duele sólo de pensarlo.

Nos habíamos sentado en los sofás al fondo del salón, junto a la librería. Allí había vivido buenos ratos mientras imaginaba escenas como esa para mis guiones.

El hombre amable bajó la cabeza y sacó de su bolsillo un cuaderno pequeño de espiral. Todo ocurría tal y como habría imaginado en una de mis historias. Un accidente, un policía y una libreta de notas.

Pasaba las hojas de su cuaderno de forma casi mecánica, y con mucha meticulosidad. Se paró en una hoja en blanco donde poder apuntar y sacó un bolígrafo Bic del bolsillo de su chaqueta. Ahora sonrío al recordar que pensé que yo jamás habría puesto un bolígrafo Bic en ninguna de mis historias y aquella situación me pareció algo vulgar. ¿Cómo se puede fiar uno de un policía que escribe en un bloc de notas del tamaño de un monedero y con un bolígrafo Bic?

El otro hombre permanecía inmóvil. Observaba en silencio. Su presencia no me resultaba agradable.

— ¿A qué se dedica? —dijo el policía amable mientras recorría con su mirada las fotos de la pared.

Una de las paredes del salón estaba cubierta de fotografías de actores y actrices famosos, personas de otros tiempos que nacieron de la magia.

—Escribo —dije.

Mi voz pretendía ser nítida y mi conversación certera pero sólo

conseguí emitir un sonido gutural que se parecía más al maullar de un gato que a la voz de una persona.

—¿Qué escribe? —continuó.

—Novelas, críticas de cine, y... también escribo mis propios guiones.

—¡Qué interesante! —exclamó sin borrar su sonrisa del rostro.

Bajó su mirada al bloc de notas, volvió hacia atrás algunas páginas y se paró en una que estaba llena de palabras, dibujos y garabatos. Me enseñó la libreta.

—¿Reconoce el modelo y matrícula de este vehículo?

—No... —encogí los ojos.

Sacó una fotografía de su bolsillo y me la mostró. Un coche volcado en la cuneta de una carretera nevada. Apreté los labios y negué con la cabeza.

—No, lo siento. No conozco este coche.

—Bien... —retrocedió a la hoja en blanco— veamos... Nos gustaría hacerle unas preguntas.

Se abrió un incómodo silencio.

—Bien —continuó— usted tiene una hija llamada Samanta ¿Qué edad tiene?

—Dieciséis —mis labios dibujaron una sonrisa de forma instintiva— los cumplió la pasada primavera.

El hombre imperturbable me miraba como la leona a la gacela que pretende apresar, y aquello me hizo sentir un escalofrío. Agradecí que el hombre de la libreta retomara la conversación.

—¿Es buena alumna en el Instituto?

—La mejor —mi sonrisa se arqueó.

Percibí por el rabillo del ojo una leve sonrisa en la cara de la leona cazadora que entonces no supe interpretar. Me miró con ternura, con el afecto que una madre inquieta necesitaba en momentos como ese. No era casualidad. El coche volcado y Sam tenían conexión, y allí estaba yo, esperando saber por qué.

—Verá... —continuó mientras revolvía las hojas de su libreta de atrás hacia adelante— se preguntará por qué estamos aquí...

—Pues sí, la verdad es que sí.

—Su hija —carraspeó— ¿La ha visto ir al Instituto esta mañana?

—Bueno, ha salido como todas las mañanas, sí, claro—me incliné hacia delante.

—¿Y a qué hora suele volver a casa? ¿Ha tenido noticias de ella hoy?

Miré el reloj en mi muñeca y vi que eran las seis y media. Sam tenía que haber regresado hacía una hora nada más ¡Qué importancia tenía una hora! «*Hola Mamá*», un beso y el ruido de la puerta de su habitación mientras se cerraba. Así habría sido.

—Se suele quedar a estudiar en la biblioteca a veces por la tarde pero estará a punto de llegar —dije.

—Esperaremos.

Los hombres intercambiaron una mirada interrogante.

—Necesitamos hablar con ella —habló por primera vez el hombre imperturbable.

—Pero ¿qué ha hecho?, ¿qué ha pasado?

—¿Tiene teléfono móvil? Llámela —dijo éste con brusquedad.

Le miré con desgana y el hombre amable salió en mi ayuda.

—Hágalo, por favor. No se preocupe, es rutina.

Metí la mano en el bolso, saqué mi teléfono y marqué.

—Está sonando...aún —acerqué mi otra mano a la barbilla y la apreté con fuerza— lo intentaré de nuevo.

Mis dedos resbalaban temblorosos por el teclado. Marqué varias veces pero saltaba el contestador.

—¡Nada! —dije mientras dejaba el teléfono encima de la mesa— es posible que se haya entretenido con sus compañeros.

—Verá. Le parecerá esto muy extraño, pero es importante que hablemos con su hija.

—Sí, eso ya me lo ha dicho, pero ¿Por qué?

—Hemos encontrado su cartera, con su carnet de identidad en este coche, abandonado en una cuneta—dijo mientras señalaba la fotografía— es

su hija ¿Verdad?

—Sí, es mi hija. Pero el coche... no sé...

—Hemos ido al Instituto. Está a dos manzanas de su domicilio. Pensábamos encontrarla allí y bueno... fue un alivio.

Su sonrisa había conseguido confundirme.

—¿Un alivio?

—Me refiero a que, bueno... que era el Instituto adecuado —se ruborizó— pero nos han dicho que no había ido a clase hoy.

El frío se había apoderado de mi cuerpo y consiguió hacerlo temblar. Pero a la vez, el fuego subió por la garganta y coloreó mi rostro hasta hacerlo arder. Me llevé las manos a las mejillas para refrescarlas. Negaba con la cabeza sin saber qué decir y no cesaba de preguntarme dónde había estado Sam durante todo el día.

—Allí nos han dicho que ha faltado a clase desde principios de curso ¿Cómo lo interpreta?

Miré a ese hombre que había permanecido impertérrito, sentado a mi izquierda para ver si aún sonreía, pero aquel esbozo de humanidad percibido unos minutos antes se había esfumado con la misma rapidez que mi serenidad.

—¿Cómo dice? —le pregunté desorientada al policía amable.

Me miró con delicadeza pero no contestó. El silencio se cortaba con un cuchillo. Si hubiera sido uno de mis guiones me habría levantado como una loca y habría gritado indignada; luego les habría echado de mi casa. Y en aquel momento se escucharía la palabra «¡corten!».

—Mi hija ha asistido a clase con regularidad desde que empezó hace dos meses. Deben de haberles informado mal—sentencié—¿Quieren un cigarrillo?

—No gracias —contestó el policía amable.

Cogí la cajetilla de Marlboro que estaba encima de la mesa y me encendí un pitillo. Nunca había necesitado fumar con tanta ansiedad como en aquel momento.

—Me temo que nos han informado bien.

—¿Han hablado con sus profesores?

Paseaba mis dedos nerviosos por el filtro del cigarro.

—Hemos hablado con la Jefa de Estudios. Casi no la han visto en clase desde que empezó el curso. Parece que se ha ausentado con bastante frecuencia ¿No sabía usted nada de esto?

—¿Cómo es posible? —exclamé confusa.

—Según dicen parecía enferma.

—¿Enferma?

—¿Estaba su hija enferma?

Sam vino a mi memoria con su cara lánguida, su pelo falto de brillo, esos ojos vacíos que miraban al infinito que buscaban no sé qué. Desde aquel día de primavera en que se confesó y desnudó ante mí, ya no fue la misma. Y hasta unos días antes tampoco.

—Comía menos y estaba más delgada. No... No me preocupé en exceso. Pensé que eran cosas de la edad, que era una mala racha.

No quería hablarles de Sam, ni de todo lo que había pasado, no a ellos, no en aquel momento.

—¿Sabía que faltaba a clase?

—¡No! De ninguna manera. Sam era... es una chica responsable.

—Parece que iba y venía —dijo el hombre imperturbable.

—¿Qué quiere decir?

—Se saltaba algunas clases y estaba enferma ¿Nunca se preocuparon en hablar con usted?

Aquella mujer odiaba a Sam, la envidiaba por su brillantez, y su sobrada inteligencia. Era una persona amargada. Nunca me gustó y no merecía ser su tutora. Nada me preocupó de Sam aquella mañana en su despacho, en que osó decirme que mi hija estaba falta de interés, que había que tomar medidas ¿Medidas? Ella no la conocía, yo sí.

—Su tutora me advirtió.

—¿La advirtió de que algo iba mal con su hija? ¿Cierto? —preguntó el hombre amable.

—Ahora lo veo... ¡cómo he podido estar tan ciega!

—No es la primera madre que lo está —el hombre amable apretó los

labios.

—Le aseguro que mi hija no pasa desapercibida ¿Cómo se me ha podido escapar?

Me llevé las manos a la cabeza y me apreté el cráneo con todas mis fuerzas. Necesitaba pensar.

—¿Por qué dice que su hija no pasa desapercibida? —preguntó el hombre amable con interés.

—Samanta es especial.

—Todas lo son —dijo el hombre imperturbable.

—Ustedes no saben cómo es mi hija. Cuando digo que es especial, es que lo es.

Noté como se revolvió en su asiento. Aquello me pareció tan inusual que no pude evitar observarlo. Cruzó las piernas y apoyó el codo derecho en el antebrazo de la butaca mientras descansaba su barbilla sobre su puño. Pensé que había conseguido intimidarle y que por fin me miraría sin buscar a su presa y diría algo, pero se limitó a mirar a la libreta de notas de mi interlocutor.

—La jefa de estudios dice que habló con ustedes y que le dijeron que dejaba el Instituto para irse al extranjero. Tiene familia allí ¿No?

Lo primero que se me ocurrió hacer en ese momento fue soltar una carcajada. Ni yo misma habría inventado un guión mejor.

—¿Con nosotros? Pero ¿Con quién? ¿Quiénes somos nosotros? Y ¿Por qué no han esperado a hablar conmigo antes de husmear en sus cosas?

—No la encontramos, y era necesario.

—¿Y tanta prisa?

Hablaba con nerviosismo.

—Hacemos nuestro trabajo —dijo el hombre amable.

Los dos hombres me miraban como si esperasen una respuesta a la pregunta que yo misma me hacía.

—Eso no es cierto, se lo aseguro. No estoy loca y me acordaría de una cosa así.

—¿No hablaron con nadie del Instituto? La jefa de estudios nos



mencionó que habló con ustedes. Tal vez con su marido—dijo el hombre imperturbable con tono inquisidor.

—Mi marido está muerto—contesté con contundencia.

—Alguien llamó por teléfono y habló con la tutora ¿Pudieron hablar con alguien de su familia...con sus abuelos tal vez?

—No. Eso es imposible. Mis padres murieron hace tiempo y mi suegro vive en Alemania.

—Pero eso quiere decir que sí tiene más familia —mantuvo esa mirada impertérrita en su rostro.

—Es como si no la tuviera. Y ya le he dicho que está en Alemania.

—¡Ah! Alemania. Tal vez a eso se referían, que se iría a vivir a Alemania.

—Mire usted —apreté los labios— mi hija no se ha ido a Alemania ni a ningún otro sitio. Lo sé porque soy su madre.

—¿Por qué está usted tan segura? —continuó el hombre imperturbable.

—Mi suegro no conoce a Samanta, nunca la vio ni se interesó por ella ¿Comprende? así que eso es imposible.

—¿Sabe usted dónde podría haber estado hoy? —preguntó el hombre amable.

Tragué saliva y desvié la mirada a su libreta de notas. Pensé que tal vez entre todo ese conjunto de letras desordenadas y garabatos podría encontrar una respuesta.

—No—dije al fin con resignación —no tengo ni idea.

—¿Tiene novio su hija?

—¡No! —exclamé— no que yo sepa...

Ahora me pregunto por qué negaría aquella pregunta con tanta rotundidad. Tampoco había nada extraño en ello. Tenía dieciséis años y era guapa, amable y dulce.

—Entiendo... —continuó.

—Conozco a mi hija ¿Sabe?

—Lo entiendo —dijo, sin más.

—¿Lo entiende?

—Podríamos hablar con alguna amiga de su hija. Tal vez... ya sabe, a estas edades las amigas se hacen muchas confianzas.

—Ehh, si.

Respiré hondo y exhalé todo el aire que me sobraba hasta dejar vacíos los pulmones. Empecé a sentir un enorme cansancio.

—¿Alguna amiga en particular?

—¿Cómo? —pregunté distraída.

—¿Con quién podríamos hablar?

—Es su primer año en el Instituto pero congenia bien con una tal Ana, creo.

—¿Ana qué más? —preguntó el hombre imperturbable.

—Ana... no sé. No sé su apellido.

—Veo que no conoce bien a las amigas de su hija.

—¿Le resulta raro? —pregunté.

El hombre imperturbable evitó la respuesta pero me siguió con esa mirada firme y desconfiada.

—¿Y a usted? —le dirigí al hombre que más confianza me inspiraba.

—¿El qué?

—Si le resulta raro que no conozca a los amigos de mi hija.

—No es mi trabajo que me parezca raro o no.

—No le he preguntado si es su trabajo, le pregunto si le parece raro.

—No tiene importancia lo que yo opine —dijo indiferente— pero sí, me parece raro.

El hombre imperturbable me miró con acritud, y aquel gesto me pareció un evidente reproche. Cerró los ojos y giró la cabeza a un lado para eludir el humo del tabaco.

—No ha contestado a mi pregunta—dijo.

Le miré distraída.

—No...No aquí en Madrid. Al morir su padre nos trasladamos al norte

y regresamos hace un par de años.

El policía amable me miró con la complicidad de un rescatador. Apagué el cigarrillo en el cenicero y lo aplasté hasta que el filtro se deshizo. Noté que mi estómago se encogía y comencé a sudar. La vista se me nubló y cerré los ojos para no confundirme. Los oídos emitían un sonido agudo que taladraba mi tímpano. Por un momento, pensé que llegaría a desvanecerme.

—¿Se encuentra bien?

Me sujetó del brazo. Le cogí la mano y su calidez me tranquilizó. Conseguí abrir los ojos y mi respiración se relajó al fin.

—¿Cómo explica usted eso?—preguntó el otro hombre.

—¿Explicar?—dejé escapar una risa nerviosa— ¡Explicar! No puedo explicar eso ni nada de lo que está pasando ahora ¿Por qué tengo la sensación de que tratan a mi hija como una delincuente?

—Mire, si estamos aquí es porque ha aparecido la documentación de su hija en un coche abandonado. Nada más.

—Pues están consiguiendo ponerme nerviosa ¿Por qué dan por hecho que ha hecho algo malo?

—¡De ningún modo! —el hombre amable se sonrojó.

Éste regaló una mirada de súplica a su compañero. Ordenaba sus frases conforme pasaba las hojas de su libreta.

—No hemos podido identificar la matrícula del coche —habló con cautela.

—¿Qué significa eso? —pregunté desconcertada.

—Pensamos que tal vez usted nos lo podría decir —guardó silencio unos segundos— ¿puede explicar por qué estaba la documentación de su hija en ese coche?

—¡No! ¡No! Claro que no.

—¿No lo reconoce? Tal vez el coche de algún conocido...

—No, no sé de quién es ese coche.

—¿Su hija conduce?

—¡No! Tiene sólo dieciséis años.

—Lo que está claro es que su hija se subió a ese coche o al menos

estuvo cerca de él.

—Tal vez robaran su cartera. Ella estará por ahí en algún lugar...

—El vehículo está en una carretera secundaria de la sierra, junto a la nieve... —carraspeó— no es muy coherente pensar que ella pasase por ahí, sin más ¿No?

Le miré suplicante.

—Y hay huellas cerca del vehículo —guardó silencio unos segundos.

—¿Qué número calza su hija? —continuó.

—¿Qué? —negué con la cabeza.

—Su número... ¿Qué número calza?

—Un treinta y ocho ¿Por qué?

—Hemos encontrado huellas.

El hombre amable apretó los labios y suspiró.

—Del número treinta y ocho, deportivas para ser exacto. Son las huellas de una suela de goma deportiva.

Me miró a los ojos, con esa misma mirada de hacía un rato. Pero ¿Por qué ese afán en desconcertarme?

—¿Llevaba su hija deportivas esta mañana?

La imagen de Sam mientras salía de casa llegó a mi mente con tristeza. Estaba tan bonita con su pantalón vaquero y su sudadera roja, que hacía resaltar su pelo dorado y sus ojos claros. Bajé la vista en mi memoria y vi sus deportivas, con su lazada perfecta. Cerré los ojos y tragué saliva. Mi cuerpo tembló.

—Pero... —dije— ¿Sam estuvo allí? ¿En ese coche?

—Tal vez alguien la hiciera subir —su mirada se ensombreció— sacaremos huellas del interior del vehículo para descartar. Es una posibilidad.

—Aunque yo me inclino a pensar —dijo el hombre imperturbable— que, en fin, había cosas que no le contaba a usted.

—¿Qué insinúa? —moví la cabeza y fruncí el ceño.

—¿Mi hija ha desaparecido? —le supliqué al otro hombre.

Esbozó una sonrisa que pretendía transmitir tranquilidad.

—Ahora estoy desconcertada. No sé si le ha pasado algo. Me vienen pensamientos horribles a la cabeza ¿Saben? No sé...no sé si está viva o muerta, si la han secuestrado o la han abducido unos extraterrestres. Y lo más gracioso es que...

En ese instante ocurrió lo que nunca habría querido que ocurriese; allí en el salón ya sombrío, junto a esos dos desconocidos me eché a llorar. Lloro con mucha facilidad, aunque me cuido mucho de hacerlo con extraños. No sabía si lloraba de dolor, vergüenza o culpabilidad, o un conjunto de todo ello.

El hombre amable esperó con paciencia a que cesara mi llanto antes de continuar. El otro hombre parecía haberse congelado en esa sonrisa de leona al acecho. Nada de lo que escuchaba o veía parecía causarle emoción alguna.

Mis lágrimas aún duraron unos minutos hasta que pude calmarme. Un impulso, casi por instinto, me hizo coger el teléfono de nuevo y marcar el número. Mientras tanto, el hombre amable se limitó a mirarme con calma. No había señal. Maldije el momento en que decidí regalarle un teléfono móvil. Y lo más triste es que no sabía a quién llamar.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó— ¿necesita un pañuelo?

Se removió en su asiento y buscó en su bolsillo. Negué con la cabeza.

—Mentiría si le dijera que sí, que estoy mejor, pero por las lágrimas pueden estar tranquilos, ya no lloraré más, espero... Necesitaba desahogarme, eso es todo. Les pido disculpas. No suelo comportarme así con desconocidos.

—No tiene de qué disculparse.

—Mi hija volverá a casa y me lo explicará todo. Estoy segura.

Me sequé las lágrimas con la yema de mis dedos. No era capaz de entender qué hacía subida a esa noria de desconcierto que daba vueltas y no parecía querer parar. El pensar que había sido ignorante de la vida de mi hija durante no sé cuánto tiempo me desconcertaba. En aquel momento pensé en todas aquellas cosas que habíamos compartido juntas, aquellas largas conversaciones, aquellos buenos momentos, aquellos abrazos. Aquellos recuerdos eran muy reales para mí.

—¿Podría darnos alguna pista de por dónde empezar? —preguntó de nuevo.

—Me temo que no.

—¿Dónde está su marido?

—Está muerto —dije sin titubear— ya se lo dije antes.

Cogí otro cigarrillo y lo encendí despacio. Inhalé aquel primer humo para atraparlo en mis pulmones. El hombre imperturbable volvió a esbozar aquella sonrisa de hacía unos minutos, pero no habló. El otro, se adelantó y contestó por él.

—Háblenos de eso.

—Mi marido desapareció en Los Andes hace ya ocho años. Es duro recordarlo ¿Sabe? Murió sepultado por un alud.

—¿Iba alguien con él?

—Sí, claro, nunca iba solo. Llevaba un equipo.

—¿A qué se dedicaba su marido?

—Investigaba —bajé la mirada.

—¿Qué investigaba?

—Era antropólogo y profesor en la universidad. También realizaba unos estudios para la facultad.

—¿Qué clase de estudios?

—Ustedes están aquí para averiguar dónde está mi hija, no mi marido, así que eso no tiene importancia.

—Conteste por favor —el hombre imperturbable habló con brusquedad.

—Hablabo poco de su trabajo. Estudiaba sobre la forma de vida de los nativos. Escribió un artículo hace años a cerca de los mayas después de volver de México.

—Viajaba mucho ¿Eh? —el hombre imperturbable insistía en ser hostil.

Su rostro dibujó una sonrisa y elevó sus párpados. Me retrajo aquella expresión y decidí no contestar. El otro hombre aguardó unos segundos antes de preguntar.

—¿Se llevaban bien usted y su marido?

—No creo que deba contestar a eso. Ahora no tiene importancia. Quiero saber dónde está mi hija. Para eso están aquí, ¿No? ¿Y el coche? —continué— ¿Por qué está volcado el coche? Si ha tenido un accidente estará

herida ¿Han mirado en los hospitales?

El policía amable dejó su cuaderno de notas encima de la mesa.

—Sí. También lo hemos hecho. Nos gustaría que viniera con nosotros a ver el lugar...a ver el coche ¿Le importaría? Tal vez, si usted lo ve, nos pueda dar alguna pista para saber lo que pasó.

Al hombre imperturbable le molestó aquella intrusión. Él habría seguido el interrogatorio. Quería cansarme, desfondarme hasta caer rendida y luego él se lanzaría sobre mi yugular y me mataría como un animal salvaje.

Me puse el abrigo, que estaba en el respaldo de la silla, donde lo había dejado minutos antes, esa tarde. Una tarde cualquiera. Cogí mi bolso y salí detrás de ellos mientras dejaba mi casa en la oscuridad, una oscuridad que me acompañaría durante mucho tiempo hasta hoy.

El paisaje era desolador, como mis emociones. Costaba imaginar que Sam podría desaparecer de mi vida de esa manera, en ese lugar tan solitario y frío. Siempre di por hecho que ella estaría allí mientras yo viviese, que la vería crecer, casarse, que conocería a sus hijos, y que estaría en mi lecho de muerte sujetándome la mano. Nunca en mi vida podría haber presumido aquella imagen de soledad y ese vacío tan amargo como desconcertante.

El invierno era ya una realidad. Todo era blanco y frío, hasta el coche. Estaba rodeado por una cinta roja y blanca y alrededor varios conos en círculo con el sello de la policía. Aún había hombres inspeccionándolo todo. Llevaban guantes blancos de látex y aparatos de detección de metales. Permanecimos allí durante largo rato. Yo permanecí quieta, con las manos en los bolsillos, aterida de frío; miraba y no veía nada que pudiera calmar mi desconcierto. Estaba en un lugar muy familiar para mí y los colores de la tarde inquietaban mi memoria. Mis ojos se humedecieron ante el contacto de ese aire frío que llegaba amenazante. Mi cuerpo estaba paralizado por el miedo. Nada veía de Sam en aquel lugar salvo el recuerdo. El hombre amable dio instrucciones a uno de los hombres que inspeccionaban el lugar de que retirasen el vehículo.

Creo que decidieron darme una tregua y al poco rato me acompañaron a casa. Estaba agotada y lo último que me apetecía en esos momentos era sentarme en actitud amistosa y cercana en el sofá de mi casa y dar conversación a esos dos hombres, pero al entrar y percibirla soledad de mi ático agradecí el haberles hecho pasar.

Subí las escaleras con celeridad y abrí la puerta con tanta fuerza que golpeó en la pared. Esperaba ver a Sam. Ella podría estar en casa; pero en ella sólo reinaba la oscuridad y el silencio. El frío y la negritud de la calle penetraban a través de un velo transparente. La llamé en un susurro y encendí todas las luces. Entré en todas las habitaciones, abrí todas las puertas de los armarios, de la despensa; miré detrás de las cortinas y la llamé, la llamé varias veces, pero ella no estaba.

—¿Podríamos ver la habitación de su hija? —preguntó el hombre amable desde el umbral.

Me había recostado en la pared del pasillo para descansar mi espalda y mi cuello. Aquella petición me incomodó, pero tenía la sensación de que tarde o temprano vendría una patrulla de hombres torpes a revolverlo todo, así que acepté. A Sam no le habría gustado esa intromisión, pero ella no estaba, y no sé que no le habría importado si hubiera sabido en qué situación me encontraba.

Entraron en su cuarto y permanecieron allí unos minutos, en silencio, observando con atención cada objeto, cada rincón. Después, recorrieron toda la casa; observaron con minucia hasta el último detalle. El policía amable se paró ante una foto de Sam que estaba encima del aparador del salón. Era una foto preciosa.

—Tenía cinco años entonces —esbocé una media sonrisa.

—Era muy guapa.

—Es muy guapa —contesté.

—Perdón, yo... —se ruborizó.

—¿Tiene alguna otra foto más reciente? Que no sea la de su carnet de identidad.

—Sí, creo que sí... Debo tener alguna por aquí...

Recordé aquellas fotos del invierno anterior en una excursión al lago. Aquel había sido un día maravilloso. Disfrutamos como nunca la una de la otra, como antaño. Recuerdo que Sam estaba resplandeciente. Se había comprado un gorro de lana rojo que resaltaba sobre su precioso cabello rubio dorado que le caía encima de los hombros. Tomamos un chocolate caliente en el bar que a ella tanto le gustaba, «*Mi pequeño Yo*». Revolví todos los cajones de la cómoda de la entrada, de la librería del salón, de mi cuarto,



hasta removí los cajones de mi mesilla y de mi mesa de estudio; fui al cuarto de Sam pero tampoco fui capaz de encontrarlas.

—No sé qué ha sido de ellas, juraría que estaban aquí en el mueble de la entrada.

—No se preocupe, alguna otra foto, da igual —dijo el policía amable.

—Usted no lo entiende —dije nerviosa— esas fotos son muy importantes para mí.

El policía imperturbable me miraba con suspicacia. Podía percibir su indiferencia clavada en mi espalda a través de su mirada grave e inquisidora.

—¿Decía usted algo? —el policía amable rompió el silencio.

—No, yo...

Abrí los periódicos y revistas, los cuadernos que encontraba a mi paso. Sentí como un quejido quería salir por mi boca y lo retuve todo lo que pude. Aquello comenzaba a ser desesperante. Pensé en que tal vez las habría cogido Samanta para algo, quizás para enseñárselas a alguien o...

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta el cuero cabelludo. Visualicé aquella terrible discusión con Sam en el lago, me acordé de todos esos sin sentidos que me confesó, de aquellos encuentros que dijo haber tenido con su padre. Por un momento pensé que tenía que ser un sueño. Noté como se me ponía la carne de gallina y de nuevo me vino aquel hormigueo en el estómago y aquellas incómodas palpitations que aparecieron en el salón de mi casa hacía unas horas.

Los policías me observaban. Empecé a sentir que les conocía de toda la vida, sus miradas, sus gestos, sus palabras. Podía imaginar lo que el hombre imperturbable pensaba de mí, que era una mujer amargada, algo inestable y que ocultaba algo. El policía amable, sin embargo, pensaría en mí como en una madre desconcertada, alguien a quien proteger, alguien que ocultaba algo y que temía contar. Tal vez llevara razón en sus pensamientos pero ni yo misma lo sabía. Por extraño que aquello pareciese, decidí confiar en él.

Podría haberles hablado sobre mi vida, de cómo conocí a Elián, y de cómo había sido mi matrimonio; del nacimiento de Sam, de aquellos fenómenos extraños, de las continuas ausencias de su padre, de la espléndida relación que tenían y del amor que se profesaban. Podría haberles hablado también de mi sufrimiento como esposa y como madre cuando él desaparecía y

al fin desapareció de nuestras vidas.

Pensé en la forma de ser de Sam, de sus inquietudes, de su brillantez, de su fuerte personalidad, de su constancia y de su fuerza. Pensé en aquel cumpleaños, y de «Mi pequeño Yo». De cómo cambió Sam desde aquel día y en mi fracaso por permanecer ignorante y pasiva ante aquel cambio.

El policía amable escribía notas en la libreta conforme yo hablaba. El otro escuchaba con atención, con el mismo rostro de severidad que había mantenido desde el principio.

—¿Piensa en algo importante?—preguntó el primero.

—No sé si es importante—dije.

—Cuéntenoslo.

Me levanté a por un cigarrillo. Lo encendí y me senté frente a él. El hombre imperturbable observaba a su gacela con atención.

—Fuma usted mucho.

Decidí ignorar aquel comentario. Sam me lo había advertido tantas veces...

—Samanta me dijo que había visto a su padre.

—¿Cuándo?—el hombre amable arrugó la frente.

—Hace unos meses. La pasada primavera.

—¿Y cómo es eso?, usted ha dicho que estaba muerto.

—Así es —apreté los labios.

Quería asegurarme de que lo entendía, que todo lo que estaba diciendo era verdad, que no era un guión de cine.

—¿Dice que ella le confesó haberse encontrado con su padre?

El policía amable preguntó con el rostro fruncido.

—Sí, eso he dicho. Pero es evidente que no lo vio.

—Y ¿Cómo lo interpreta?

—Como una chiquillada ¡Claro! Sam adoraba a su padre. Siempre pensó que seguía con vida.

—Sí, pero usted ha pensado en ello ahora ¿Por qué?

Una mueca se dibujó en mi cara intentando parecer una sonrisa, aunque

no lo consiguió.

—No lo sé —negué con la cabeza— Pero si lo que quiere saber es si tengo alguna explicación para ello, no la tengo. Y dudo mucho que tenga nada que ver con lo que está ocurriendo hoy. Es sólo un pensamiento, nada más. Las fotos... me han traído recuerdos y...

Me llevé las manos a la cabeza y me la sujeté con fuerza. Me dolía, me estallaba. ¿Por qué había recordado la conversación con Sam en el lago? Había decidido no compartir nada de eso con aquellos desconocidos, pero el miedo se había apoderado de mí y ellos eran lo único que tenía en ese momento.

—Me estoy volviendo loca —murmuré en voz baja.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que su hija se haya ido de casa sin más?

—¡De ninguna manera! —agité la cabeza con fuerza— ¿a dónde iba a ir? No, no, eso está descartado.

Miré por el rabillo del ojo hacia el reloj que había encima de la mesa y me inquieté. Desvié la mirada hacia la ventana. Ya había oscurecido y la idea de que Sam no volviese empezaba a cobrar sentido. No era habitual en ella el llegar tarde y sin avisar.

—Usted es quien lo descarta —dijo el policía imperturbable— duda.

—Mi hija no tenía ningún motivo para huir de casa. Es una chica feliz. Ha vivido siempre conmigo. Somos una familia. Ella no se ha ido por voluntad propia.

—Tal vez alguien la haya convencido.

Busqué apoyo en el policía amable, pero éste permanecía absorto en sus pensamientos y en su libreta. Estaba sola. Me levanté y cogí el teléfono de nuevo. Marqué pero no hubo respuesta, una vez más.

—Por tanto... —interrumpió el hombre imperturbable.

—¿Qué? —moví la cabeza con hastío.

—¿Descarta la posibilidad de que alguien la haya convencido para marcharse de casa?

—Eso seguro. Alguien la convenció, la secuestró y ¡Dios sabe qué más! La imagen de mi hija en peligro y en manos de algún depravado hizo

que se me revolvió el estómago, y un gran peso empezó a oprimirme el pecho.

El policía amable levantó la cabeza del cuaderno y esperó algún comentario con atención, pero yo permanecí callada.

—Háblenos algo más de su marido. Se ausentaba con frecuencia por su trabajo ¿Correcto? —aseveró.

—Sí —le miré con extrañeza.

—Y según ha apuntado antes, en los últimos tiempos se ausentaba con mayor asiduidad.

—Sí.

—¿Notó algo extraño en su marido antes de su desaparición?

—No.

—¿Está segura? —se adelantó el hombre amable.

—Cada vez venía más cansado de sus viajes y más...más ausente pero...

—Tal vez —interrumpió el hombre imperturbable— fuera su marido quien secuestrara a su hija.

—Mi marido está muerto —dije con vehemencia— ¿Cuántas veces tendré que decírselo? ¿Es siempre así?—pregunté al policía amable.

—Cálmese Isola. Queremos ver si las dos desapariciones están conectadas —utilizó un tono conciliador.

Se abrió un silencio espeso, incómodo y a la vez necesario. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

—Verá, en aquel momento no se llegó a encontrar el cuerpo de su marido y por tanto deberíamos decir que sigue desaparecido aun cuando han pasado ocho años. Aunque lo más probable fuera que está muerto.

—Eso es —dije con rotundidad.

—Dice que su marido viajaba con un equipo.

—Sí. Ya se lo he dicho. Pero tampoco se encontraron sus cuerpos. El alud se los tragó.

Mi mente se dirigió a otro lugar, al frío, al coche, a la carretera nevada, al vacío. Los dos hombres intercambiaron una mirada de sorpresa que luego me dirigieron a mí.

—No, eso no es correcto —el policía amable buscó entre sus notas de su libreta.

—¿Qué?

—Verá, mientras la esperábamos hemos atado algunos cabos.

—¿Ah sí? —exclamé con extrañeza— han atado muchos cabos por lo que veo.

—Hace unos meses se encontró en un refugio de los Andes el cadáver de un hombre. Desafortunadamente, su estado no nos permitió identificarlo.

Se me encogió el estómago, y me llevé las manos a la boca de forma instintiva.

—¿Y? —pregunté con sorpresa al fin

—Pues... en fin, creemos, que podría tener algo que ver.

—¿Muerto? —mi cuerpo tembló— ¿Cómo...?

—Murió de forma violenta.

El hombre amable había cambiado el rictus. Me pareció que estaba serio y abatido.

Dejé escapar un grito ahogado. Me pareció ver que el hombre imperturbable había dibujado una sonrisa satisfecha. Aquella imagen y aquel rostro me resultaron atroces. El hombre amable se acercó a mí despacio.

—Creemos que pudo ser uno de los hombres que le acompañaban.

—Pero, eso no es posible —negué con la cabeza mientras mis ojos volvían a humedecerse.

Había imaginado la escena de un hombre postrado en la nieve, con el cerebro agujereado, y solo.

—Me temo que sí —dijo el hombre imperturbable— estaba solo. Pero se pudieron encontrar unos documentos y fotografías que nos llevaron a esa conclusión.

—El cadáver...

El hombre amable dudó antes de continuar como si esperase un visto bueno por mi parte.

—Empezábamos a investigarle en el momento en que... bueno, nos llamaron hoy para ver el coche abandonado y vimos que la chica del carnet de

identidad era su hija, pues... en fin, aquí estamos. Una cosa nos ha llevado a la otra.

—¿Por qué nadie me mencionó nada hasta ahora?

—Porque no sabíamos si tenía relación. Muchos escaladores y alpinistas mueren sepultados en la nieve durante el invierno.

¡Cómo me habría gustado esa escena en una de mis películas! Hay que ser buena actriz para interpretar tantos sentimientos a la vez en el micro espacio de un segundo ¿A quién habría elegido? Le miré incrédula. Él tenía que saber lo que pasaba dentro de mí.

Aún tenía el cigarrillo en la mano, a punto de caérsele la ceniza. Era como en uno de esos sueños en que quieres gritar y no sale sonido de tu garganta, o como cuando quieres correr y tus pies están anclados en el suelo.

—La noticia del hallazgo del cadáver nos lo notificaron hace unos días —el hombre amable se disculpó.

—¿Mi marido? —mi voz tembló.

El policía amable se encogió de hombros.

—Mi marido no era el único que viajaba a Los Andes, supongo. El cadáver... puede ser de cualquiera.

—Claro. Ya... ¿Sabía alguien más aparte de usted que su marido estaba en aquellas montañas? Algún amigo, algún familiar...

—Mi marido era hijo único. Él no tenía familia. Ya se lo he dicho antes. Sólo nos tenía a nosotras.

—¿Qué ocurrió para que perdiera el contacto con sus padres?

—No llegó a conocer a su madre, y no se llevaba bien con su padre. Es todo lo que sé.

—¿Nada más?

—Mi marido era muy reservado con esos temas ¿Van a decirme algo más del cadáver?

—Ya veo... ¿Algún amigo, tal vez?

—Mi marido no tenía tiempo para hacer amigos y...yo...No, no teníamos amigos en común. Tengo una amiga pero no vive aquí, no nos vemos. Ella nunca llegó a conocer a mi marido. Yo era la única persona que sabía que

él estaba allí. Ni siquiera Sam lo sabía. Ella no sabía nada, nunca.

Las lágrimas quedaron ancladas en mi pecho. El llanto retenido no era como el de hacía unas horas. Era un llanto de rabia, de impotencia y de incredulidad, más que de dolor. Después de tantos años, el recuerdo de mi esposo regresaba a mí como un boomerang enfurecido y ese mismo día se habían llevado a mi hija de mi lado ¿Qué más podía pasar?

—¿Por qué tardó tanto en denunciar su desaparición?—preguntó el policía amable.

—Porque si hubiera tenido que denunciar todas las desapariciones de mi esposo, me habría pasado la vida en comisaría —suspiré— siempre volvía, tarde o temprano, pero volvía.

—Sí, pero esa vez no volvió y usted no se preocupó, ¿por qué? —preguntó el hombre imperturbable.

—¿Que no me preocupé?

—¿Lo hizo?

—Por supuesto que sí. Al final denuncié su desaparición y se pasaron meses buscándolo. No creo que deba sentirme culpable de nada.

—Yo no he utilizado esa palabra. Lo ha dicho usted.

Aquel hombre horrible insistió en ser severo de nuevo. No sabía bien a quien ni a qué me enfrentaba. Pero fui sincera.

—A veces es mejor cerrar página ¿Comprenden? La verdad fue que necesitaba llorar la muerte de mi esposo. El me adelantó su muerte antes de marchar. Me dijo que si no regresara habría muerto sepultado bajo un alud.

Sentí que no debía contar todo aquello a esos hombres, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Elián se fue tal y como él me había anunciado y yo esperé por si acaso, como siempre. Esperé hasta que mi cuerpo y mi alma empezaron a recuperarse.

—Ustedes —continué— no pueden imaginarse lo rápido que se consume una persona mientras espera. En el momento en que comprendí que no volvería le enterré. Mi hija y yo lloramos su muerte juntas ¿Entienden? ¿Qué sentido tenía el recuperar el cuerpo! Yo no soy creyente ni él lo era tampoco.

—A todo el mundo le gusta enterrar a sus muertos —dijo el policía

amable— ¿Nunca en estos años pensó que podría estar vivo?

—Si hubiera estado vivo habría vuelto. Ya le he dicho que siempre volvía. Y además... ¿qué tiene que ver esto con Samanta? ¿No deberíamos hacer algo para encontrarla? ¡Estamos perdiendo el tiempo!

Me retiré de su lado con rabia. Empezaba a sentirme muy cansada y me angustiaba pensar que por primera vez en mi vida me encontraba en un momento en que no tenía ni idea de qué iba a hacer después.

—¿Sabe lo que yo pienso? —dijo el hombre imperturbable— que tal vez volvió a otro lugar, su marido me refiero. No a su casa, y se puso en contacto con su hija; ya sabe, una vida paralela, otra familia —enarcó las cejas y sonrió— le pediría que se fuera con él y ella, por miedo a dejarla sola no tomara una decisión entonces; que mantuvieron el contacto durante todo ese tiempo y que al final ella haya decidido marcharse con él y no le haya dicho nada para no hacerla sufrir ¿Qué opina de esto?

En aquel momento me arrepentí de haberles abierto mi caja de pandora. Aquel hombre estaba utilizando lo que había dicho en mi contra. Le miré con desprecio, pero no me importó que llegase a notarlo. El rechazo era recíproco y aunque en aquel momento no sabía el motivo ahora lo sé. También sé qué actor habría elegido para ese papel.

—Debe poner una denuncia— el hombre amable se acercó a la puerta —si no vuelve esta noche.

—¿Se van? Así, sin más.

Los dos hombres estaban ya en el umbral de la puerta a punto de marcharse. El hombre amable parecía apesadumbrado y me miró con dulzura. Creo que en el fondo él, igual que yo, esperaba que Sam volviese.

El otro hombre carraspeó y apretó los dientes. Había clavado su mirada en la librería del salón. Al principio, yo no supe identificar su gesto, pero vi cómo se acercaba con lentitud, con movimientos sinuosos, hacia el fondo de la habitación, como si hubiese sido atraído por un imán. Alargó las manos para coger algo de la estantería, y aunque estaba de espaldas, pude ver con claridad cómo sujetaba aquel objeto entre sus manos. Me acerqué a él rápidamente.

—¡Deje eso! —dije mientras se lo arrancaba de sus manos.

—Es magnífico —sus ojos brillaron— es una antigüedad única.



Acercó de nuevo sus manos para acariciarlo. Su rostro brillaba de emoción.

—Déjelo, por favor, es un objeto muy querido y muy delicado.

—No me lo puedo creer, ¿de su marido? —preguntó con interés.

—Sí. Así es. Él me lo regaló —arrugué la frente.

—¿Desde cuándo lo tiene?

—Desde hace ya tiempo.

Hizo además de cogerlo de nuevo.

—Déjelo por favor.

—¿Lo trajo de uno de sus viajes?

—Sí. Ya se lo he dicho.

No entendía cómo alguien podría estar interesado en aquel objeto que a mí me producía tal repulsa.

—Parece tan antiguo...y tan perfecto.

—¡Retírese por favor! —insistí.

Aquel hombre me obedeció y retiró su mano. Se dio la vuelta ensimismado y acompañó a su compañero que ya esperaba en el descansillo. Aquel objeto le había cambiado el semblante. Lo pude ver en la expresión de sus ojos mientras se alejaba de él. Aquella fascinación la había visto unos años antes, el día en que Elián me lo trajo.

—Vamos a dejarla ya —dijo el policía amable— procure descansar. Y si vuelve su hija, llámenos ¿De acuerdo?

Sacó una tarjeta de su bolsillo y me la dio antes de estrecharme la mano. Él parecía ajeno a la escena que había visto unos segundos antes. El hombre imperturbable se volvió hacia mí antes de salir y me miró con hostilidad.

—Tiene usted una reliquia muy valiosa. No la pierda de vista.

## *NADA ES LO QUE PARECE*

Despedí a los dos hombres en la puerta y me derrumbé en el sofá. Me tumbé de costado, en posición fetal, y cerré los ojos. El agotamiento vino al instante y conseguí dormirme. Comencé a soñar. Soñé con la imagen de mi esposo que corría en la nieve mientras escapaba de un alud; Samanta con su gorro rojo y su cabello rubio, reía con la certeza de los que viven. Soñé con el bar «Mi pequeño Yo» y con el lago; con el policía amable que me decía con afecto que Sam iba a volver. Soñé en no despertar. Soñé aquel día, y al día siguiente y así durante semanas. Me levantaba cada mañana con ganas de volver a acostarme, olvidar mi pena y poder verla en mis sueños.

Aquellas semanas que transcurrieron después de su desaparición se hicieron interminables. Yo casi no probaba bocado y necesité de pastillas para dormir. Mi pena por la ausencia se mezclaba con la incertidumbre y con la negación. Max, el policía amable, me llamaba y nos veíamos en comisaría con frecuencia, casi a diario, para seguir el curso de la investigación. Más que un inspector, un hombre desconocido, se convirtió poco a poco en alguien más cercano, y casi como mi confidente. No tenían ni una pista sobre Sam, ni nada que se le pareciera acerca de aquel coche y del misterio de su desaparición pero su perseverancia me animaba a seguir despierta y motivada cada día.

Pensaba en los trágicos sucesos que salían por televisión, de aquellas niñas que secuestraban y torturaban. Sam y yo habíamos visto esas noticias muchas veces y siempre había dado gracias por tener a mi hija a salvo.

Habían pasado casi tres meses ya desde su desaparición. Habíamos cambiado de siglo y yo lo había hecho sola. Recuerdo cómo la gente lo festejaba, como elucubraba sobre los efectos en la vida cotidiana, en los bancos, en las empresas. Aquello pasó y decidí continuar con mi trabajo.

Me acomodé en mi pequeño despacho y me senté frente al ordenador.

Tenía un guión entre manos, la historia de un accidente aéreo y de familias rotas. Me lo tomé con calma. Al fin y al cabo dudaba que nadie me lo publicase.

Hasta aquella noche, había dormido en la cama de Sam. Me reconfortaba sentir el calor de sus sábanas; aún podía olerla y sentirla. Pero decidí volver a mi dormitorio. Pensé que era hora de empezar a descansar de verdad, sin su recuerdo, así que no tomé ninguna pastilla. Me di un baño caliente antes de acostarme y me sumergí en un profundo sueño.

Un escalofrío me hizo despertar. Me encogí de costado y me abrigué con el edredón para entrar en calor pero mis extremidades y mi rostro parecían haberse congelado. Me di la vuelta y sentí como si mi cuerpo levitase a escasos metros del colchón. Me sentía ligera y extraña. Sentí una presencia muy fuerte en el dormitorio y me pareció que el vello de mi cuerpo se erizaba como clavos.

Sam estaba frente a mí, de pié, en la penumbra de la habitación y me miraba fijamente. Llevaba puesta la misma ropa que la que llevaba aquel día en que desapareció. No parecía estar herida, y su rostro no denotaba tristeza, ni sorpresa. Sus ojos brillaban como dos verdes esmeraldas ocultas entre agua cristalina. Su cuerpo estaba relajado a escasos centímetros del suelo.

—¡Sam! —exclamé.

Me incorporé en la cama y me giré para encender la luz.

—No enciendas la luz mamá —susurró.

Estaba tan guapa. Me llevé las manos a la boca y reí y lloré al mismo tiempo, de felicidad. Lejos de estar asustada o sorprendida, fue una sensación tan placentera que aún hoy me cuesta describirla. Era como volver a casa.

Mi cuerpo era ligero y mis movimientos sin embargo eran lentos y vagos. Mis párpados tardaban en abrirse. Era una sensación muy extraña, como una película que pasara a cámara lenta. Era tan real lo que tenía frente a mí que podía oler su calor de niña, aquel que irradiaba su nuca al besarla por las noches. Casi podía tocarla, sentir su piel y el roce de su pelo sobre mi rostro.

—Sam ¿Eres tú de verdad o estás en mi sueño?

—Soy yo mamá ¿me ves?

—A duras penas sí te distingo —encogí los ojos. La oscuridad me

molestaba.

—Pero... Hija ¿De verdad eres tú?

—Sí, mamá. Esto es increíble ¿Sabes? Así podremos vernos siempre que queramos.

—Pero Sam...

Intentaba incorporarme sin resultados. Mi cerebro enviaba órdenes a mi cuerpo para que reaccionara pero parecía estar bloqueado.

—No te muevas ni enciendas la luz—repitió —sinó desapareceré.

—Pero...

—Es maravilloso mamá. Te veo tan bien...

—¿Sam?

Estaba quieta, frente a mí, tan cerca. Extendí la mano para tocarla, casi podía rozar su pelo con la yema de mis dedos pero había una barrera entre nosotras que no podía franquear. Un campo energético que se sentía con fuerza y me anclaba al colchón. Me resultó familiar y me hizo sentir bien por ello a pesar de la impotencia que sentía por no poder abrazarla. Samanta me miraba con sus hermosos ojos verdes.

—Cariño... —dije en un susurro.

Mis ojos se humedecieron. Mi corazón latía con fuerza y podía sentir la sangre que bombeaba en mis sienes, y en las venas del cuello. Sujetaba las sábanas con fuerza para creer que aquello sucedía de verdad.

—Mamá, quiero que estés tranquila —dijo con serenidad.

—Estoy tranquila Sam. Me alegro tanto de verte, hija.

Samanta sonrió. Irradiaba felicidad, y mucha paz. Era como si la habitación, la casa entera, se hubiese elevado. Podía sentir la ingravidez de mi cuerpo por encima del colchón.

—Mamá, no debes preocuparte por mí.

—¡Oh! Me preocupo por ti, cariño, todos los días.

—Estoy bien. Y papá también.

—¿Dónde estás Sam?

—Pierdo fuerza, mamá. Aún no lo controlo bien.

—¿Qué? Sam...

Intenté incorporarme una vez más pero algo me retenía anclada a ese espacio invisible entre el vacío y la cama.

—Todo es mejor de lo que imaginé —continuó.

En aquel momento vi algo extraordinario. Algo que no había visto nunca, ni en el cuadro más hermoso. Un ligero arco iris se elevaba detrás de Samanta y acabó por invadir toda la habitación. Sam extendió los brazos hacia arriba y el arco iris cobró fuerza. Aquello producía un calor inusual. Sam parecía fundirse en aquel universo de color. Me pareció ver pequeñas siluetas que salían de su pecho y luego se redondeaban en el aire y explotaban como pompas de jabón. Sam reía feliz. Nunca en aquellos dieciséis años la había oído reír con tanta honestidad. Hablaba con aquellas pequeñas pompas como si fueran de verdad.

—Mira mamá ¿Puedes ver y sentir lo que yo? ¿Puedes?

Poco a poco el arco iris se desvaneció. Sentí como su voz se alejaba y su figura perdía nitidez. Parpadeé un par de veces para cerciorarme de que aquello era real. Sí, lo era. Era Sam y la estaba viendo de nuevo.

Encontré el interruptor al fin y encendí la luz, pero Sam había desaparecido. La busqué con la mirada. Mi corazón latía con fuerza, más deprisa de lo que yo podía controlar. Me llevé la mano al pecho y me sentí enferma. Al fin, pude sentir de nuevo control sobre mi cuerpo, logré incorporarme y salí de la habitación.

—¡Sam! —grité con todas mis fuerzas.

Mis piernas eran ligeras y corrían buscándola por toda la casa pero sólo hallé silencio y penumbra. Me sentí ridícula e impotente. Suspiré y negué con la cabeza. La frustración me hizo volver a la cama y apoyé mi cabeza con suavidad en la almohada. Cerré los ojos y lloré en silencio. Había sido tan efímero que el vacío y la tristeza se apoderaron de mí de nuevo.

Aquella noche no descansé bien. Dormí casi diez horas y sin embargo apenas se notaba. Había tenido un sueño maravilloso, y tan real que por un momento pensé que estaba perdiendo la cabeza.

Al día siguiente, decidí tomarme en serio mi trabajo y escribir algo con sentido; olvidar aquellas semanas de ausencia, y aquella noche inquietante y absurda. Durante todo ese tiempo había logrado olvidar por completo mis

deberes profesionales y el volver a mis tareas me recordó la miserable realidad que reinaba en mi vida, pero a su vez, necesaria. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Sam la noche anterior. La soledad era dolorosa. Debía pensar en la posibilidad de no volver a ver a mi hija nunca más aunque ello me llevara al infierno.

Serían las seis cuando me di cuenta que aún continuaba allí absorta entre mis papeles, frente al ordenador. No sé por qué sentí un gran alivio. Pensé que si había logrado pasar diez largas horas sin pensar en Samanta, tal vez podría recuperarme algún día.

Sonreí y me apoyé en el respaldo de la butaca; quería hacer descansar todo mi cuerpo y mis pensamientos a la vez. Sobre la mesa, mi marido y mi hija me miraban sonrientes desde una foto enmarcada. Siempre me había gustado esa foto. La hicimos unos meses antes de la marcha de Elián, y sin duda, a pesar de lo que me confesó, aquel fue un día feliz. Cerré los ojos y me transporté a aquel momento hermoso en el lago. Sam patinaba dichosa sobre el hielo; nos miraba desde lejos, ajena a nuestra conversación. Yo sonreía también para no defraudarla aun sabiendo que las palabras que escuchaba apagarían mi sonrisa durante mucho tiempo.

—Tendré que irme pronto —me dijo él con esa voz apagada y distante que tenía en las despedidas.

—¿Tan pronto? —«¿Otra vez?» me pregunté como si me clavaran un puñal en lo más hondo de mi corazón.

—Sí, debo irme.

—¿Cuándo?

—En un par de semanas, más o menos. Pero... —miró a Sam con tristeza— esta vez tengo un mal presentimiento.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Es sólo un presentimiento.

Me miró con esa mirada triste y profunda que había adquirido en el último año. Me abrazó hasta hacerme estremecer. Él sabía cómo hacerlo.

—Los aludes de nieve son muy frecuentes en esta época del año —continuó— si no vuelvo...

Me miró de nuevo. Tenía los ojos vidriosos y podía sentir como su

tristeza me traspasaba el corazón. Por primera vez en muchos años capté algo de culpabilidad en su mirada y en sus palabras. Por eso, no me importó, porque pensé que tal vez había llegado el momento de ser sinceros y que yo no tenía derecho a retenerle a mi lado si él no quería. Estaba segura de que él me amaba, pero quizás amara más a aquellas montañas lejanas y a los desconocidos que las habitaban.

—No sé qué te traes entre manos —le dije— pero ya no me importa. Eres libre de marcharte, siempre lo has sido. Si Sam no es capaz de retenerte aquí, tampoco lo haré yo.

—No es eso, yo...estoy descubriendo...No puedo hablar de ello, Isola. Siento que me acecha... Él me acecha... —murmuró con la mirada perdida.

—¿Qué dices? ¿Quién te acecha?.. Elián...Háblame.

—Créeme, me gustaría pero no puedo. Aún no.

Comenzó a pasear de un lado a otro delante de mí. Se llevaba las manos a la cabeza y se masajeaba las sienes con fuerza. Temí por él. Nunca le había visto así. Volvió a mí. Tomó mis manos entre las suyas. Las tenía heladas. Sus ojos aún estaban húmedos y sus labios temblaban al hablar.

—Te quiero Isola. Tú y Sam sois lo que más me importa en este mundo. Sólo os tengo a vosotras. Jamás pensé que diría esto, pero es verdad. Ni todos los años vividos con mi padre y lo que experimenté en aquella selva recóndita podrían superar los momentos que me dais. Pero debo irme. Y no sé si será un viaje de ida y vuelta.

Cada vez que pronunciaba mi nombre y me decía que me amaba, dejaba de sentirme sola. Me anunció que no podía explicarme el motivo de sus viajes ni de sus largas ausencias, y mucho menos esa; que nunca había podido y que nunca podría. Me recordó el pacto que hicimos al irnos a vivir juntos y me pidió que confiara en él.

¡Si yo confiaba! Pero lo que él no podía comprender es que no pudiera concebir mi vida sin él, que me costara tanto adaptarme a no verle, a no oírle, a no sentirle a mi lado.

—¡Ojalá tú y Sam pudierais venir conmigo!

Sus ojos me miraban con tristeza. Aún en esos momentos delicados era hermoso, varonil y delicado al mismo tiempo.

—Pero no importa—bajó la mirada a mis manos mientras las

acariciaba—porque seguiremos viéndonos. Estoy seguro.

Sam apareció como el tifón que todo lo mueve. Ella era así. Llevaba los patines colgados de su hombro y aplaudía con sus guantes. Salimos de nuestro encierro y la recibimos con alegría.

Me costó entender aquellas palabras y el mensaje que él me quiso transmitir aquella tarde. ¡Cómo explicar que me apasionaba todo lo que él decía! aunque sonara doloroso, él llenaba mi vida. Pero en los últimos tiempos en que sus ausencias se alargaban, dejó de impresionarme tanto, y supongo que es porque estaba cansada.

\*\*\*



Había abandonado la ensoñación en el respaldo de la butaca y me encontraba de pie en la cocina. Miraba por la ventana con una taza de té en una mano y un cigarrillo encendido en la otra. Se había convertido en un gesto habitual y reconfortante. La calle se me antojó fea y gris. Sin Samanta todo había adquirido un color oscuro que invitaba a la tristeza.

Al otro lado de la calle, un hombre miraba la puerta de mi casa con atención. Estuvo largo rato en la misma postura, clavado al cemento de la acera. Por un momento pensé que se movería y cambiaría de rumbo, pero no parecía importarle el tiempo ni lo que pasaba a su alrededor. Arrugué la frente y estiré el cuello para ver mejor. Su porte me resultó familiar. Eché la última bocanada de humo y mi corazón dio un vuelco. Aquel hombre dirigió la cabeza hacia la ventana y nuestras miradas se encontraron. Pasó en cuestión de segundos pero habría jurado que era el hombre imperturbable. Estuve a punto de dejar caer la taza al suelo. Pensé que habría sido una ilusión, y raro que aquel hombre se apostara frente a mi casa. Y aquel pensamiento se desvaneció mientras él daba media vuelta y desaparecía con su sombra al doblar la esquina.

El timbre de la puerta me hizo sobresaltar. Max, el policía amable, había venido a hacerme una visita. Empezaba a convertirse en alguien importante para mí. Su constancia y su fe me ayudaban a vivir día a día y a no perder la esperanza. Además, había descubierto en mí un sentimiento que yacía escondido en algún lugar remoto de mi recuerdo. Su voz cálida y sensual, sus ojos que conversaban al mirarme, aquellos finos labios dibujaban paz en su rostro. El hecho de sentir aquellas mariposas en el estómago, el palpar veloz de mi corazón o el temblor de manos continuo me dieron pistas reales de lo que experimentaba cada vez que estaba con él.

Abrí la puerta y su cuerpo asomó con timidez en el umbral. Su porte me recordaba al de James Dean en Rebelde sin causa, tímido e infantil.

Nos acomodamos en los sofás como tantas veces hiciéramos durante esos días. Él parecía algo incómodo y yo estaba tan cansada que no le di importancia a ese detalle. Tan solo me percaté que sacó su libreta del bolsillo con la mano algo temblorosa.

—¿Sabe? me ha parecido ver a su compañero ahí fuera —señalé la ventana— hace unos minutos

—¿Mi compañero?

—Si... no sé, me lo ha parecido. Es extraño ¿No?

—Pues sí —apretó los labios— le habrá parecido que era él. Porque he venido solo.

—Sí, tal vez era alguien que se le parecía

—Isola... —continuó— tengo un dato que debo contrastar con usted.

Fue cuando me di cuenta de que algo iba mal. La mano temblorosa, el tono dubitativo de su voz, su rostro pálido.

—Me gustaría cotejar con usted... —sus palabras fluían con lentitud.

—Por favor...

—Los agentes que llevaron a cabo el registro del vehículo de la zona pasaron por algo que tal vez sea importante.

—¿El qué? —enarqué las cejas.

—No sé cómo no la vieron antes pero encontraron una nota...a ver dónde está... ¡Aquí está! —parecía satisfecho. La había doblado tan pequeña que no la encontraba.

—¿Una nota? —junté mis manos entre mis piernas.

Mis ojos se agrandaron y mi corazón comentó a latir con fuerza. De entre las hojas arrugadas y garabateadas de su libreta sacó una hoja de papel doblada en cuatro partes metida dentro de una funda de plástico.

—Estaba enganchada en una rama de un pequeño arbusto. Debía estar oculta por la nieve. Estas cosas... en fin, que a veces llevan su tiempo y ya ve. Aquí está.

Max no soltaba la nota. Me miraba como si esperara a que yo dijera algo. Bajó la mirada y continuó.

—Hemos tardado en limpiarla, de hecho, hay restos de barro y está algo deteriorada. Tal vez, sea de su hija. O a lo mejor es de otra persona pero ¿Podría usted...leerla y decirnos si la letra es suya?

Respiré hondo. Max alargó la mano y me entregó aquella bolsita de plástico. Lo extendí sobre la mesa y lo planché con la mano. Era la letra de Sam. Tenía una caligrafía elegante y preciosa. Mis ojos estaban vidriosos y no conseguía distinguir bien lo que decía, así que me acerqué bien el papel para

leerlo mejor.

*«Rodearse de nieve hasta que el frío no te deje sentir las extremidades. Cerrar los ojos, tener cuidado de no quedarme dormida y pensar en esa persona con todas mis fuerzas.*

*Pensar en ese lugar donde quiera estar, el lugar donde siempre he estado, donde siempre querré estar, viajar a la velocidad del pensamiento.*

*No sentiré frío, ni dolor, sólo una sensación de ingravidez.*

*Pensaré en ti, mamá, pensaré fuerte y te veré pronto»*

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Mi estómago se encogió y mi corazón comenzó a latir aún con más fuerza. Me llevé la mano a la cabeza y me sujeté la frente. Empezaba a dolerme.

—¿Se encuentra bien Isola? —preguntó mientras me sujetaba del brazo.

—No lo sé... yo —estaba desconcertada.

—¿Es de su hija? —preguntó.

—Sí —dije en un hilo de voz.

—¿Sabe usted lo que quiere decir esa nota?

Negué con la cabeza.

—¿No? —pareció decepcionado.

—Verá —balbuceé— es todo muy extraño pero...

Max me miró con expectación sin perder el brillo de aquellos ojos cálidos que ya formaban parte de mi vida. Creo que a pesar de la necesidad que tenía de conocer la verdad por defecto profesional, en el fondo quería ayudarme a sentirme mejor. Siempre fue esa su intención. Ahora lo sé.

—La noche pasada —continué— creí haber tenido un sueño.

—¿Si?

—Mi hija estaba en mi habitación, de pie, frente a mi cama, mirándome. Pude distinguirla en la oscuridad porque tenía puesto el mismo jersey rojo que el del día que desapareció. Ella me pidió que no encendiera la luz, pero yo quería verla mejor. Y, al encenderla ella desapareció —callé unos segundos— ¡Era tan real!

Al principio, Max no dio muestras de reacción alguna. Esperaba que yo continuase. Quería entender lo que le acababa de decir.

—Bueno... —continuó— eso es normal. El subconsciente traiciona muchas veces.

—Pero la nota... la nota dice que me vería pronto. Y...

Él me miró sorprendido. Y yo dejé escapar una risa forzada y nerviosa.

—Está usted muy impresionada Isola.

—Desde luego...

—Y muy cansada.

—Sí.

—Sólo fue un sueño.

Tomé la nota entre mis manos y vi a Sam reflejada en aquellas palabras. Pensé en cómo había podido dejar escapar la oportunidad de velar por ella, de entenderla, de llegar a esa complicidad que antaño tuvo con su padre.

Durante aquellos últimos meses antes de su desaparición yo había estado sumergida en mi trabajo y escasamente nos veíamos. De manera inconsciente y casi mecánica había llegado a ignorar su presencia. Ahora creo que tal vez la dejé marchar poco a poco, sin ni siquiera notarlo. Nunca se me pasó por la imaginación la idea de no saber entenderla. Creí conocerla tan bien como a mí misma. Aquel hombre no podía entender por qué reaccionaba de esa manera.

A pesar de todo, y ahora lo sé, ella se marchó mucho antes de aquel frío día de invierno, en alma y no en cuerpo, hacía tiempo que ya no estaba conmigo pero yo no me daba cuenta.

Durante unos segundos pasaron por mi mente todas aquellas conversaciones con Sam, antes y después de nuestra conversación en el lago. Aquellas preguntas sobre la vida y la muerte, aquellas reflexiones sobre la existencia de Dios. Sam siempre tuvo muchas inquietudes a ese respecto. Por alguna extraña razón visualicé sus repisas llenas de libros que su padre le traía de sus viajes. Libros sobre civilizaciones antiguas que a ella le fascinaban. Aun siendo pequeña mostraba gran interés por aquellas historias; escuchaba a su padre durante horas hablar de lo que veía en sus expediciones.

Le traía amuletos, esculturas, y postales de los lugares que visitaba.

—¿En qué piensa Isola? parece distraída, ¿se encuentra bien?

—Sí —reaccioné a su pregunta— pensaba...

—La escucho. Estoy aquí para ayudarla —su voz era apacible

—Tal vez sea una locura pero...

—¿Pero?

Crucé mis manos y las apreté con fuerza. Max había inclinado su cuerpo hacia delante y escuchaba con atención.

—¿Y si de verdad la desaparición de mi hija tiene algo que ver con la de mi marido hace ocho años?

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez su compañero tuviese razón, pero es tan extraño... Esa nota parece una despedida, como si se fuera a ir de viaje temporalmente, pero a la vez es algo así como una premonición ¿no cree? aunque el texto parezca un galimatías.

—Es una nota muy extraña desde luego. Tal vez está sacada de algún libro.

Negué con la cabeza y volví a posar mis ojos en el papel.

—Si la ha escrito su hija ¿Qué cree que puede significar? ¿Y por qué cree que tiene relación con su marido desaparecido?

—No sé —dije dubitativa— esta nota, el misterio que rodeó siempre a mi marido, todas esas historias que su padre le metía en la cabeza...

—¿Misterio? ¿A qué se refiere?

—Es una historia larga... —moví la cabeza y dudé.

—¿Cree que lo que vio ayer fue el fantasma de su hija?

—¡No! —dije con sorpresa.

—Y que tal vez su hija, cuando mencionó haber visto a su marido, vio un fantasma ¿Es eso lo que me está queriendo decir? —sonrió.

Un hormigueo subió desde mi estómago y me cortó la respiración. Se me escapó una risa impulsiva, extraña. Miré a Max y no pude evitar la carcajada. Él no reía.

—No —dije al fin— no son historias de fantasmas.

—¿Y? —él sonreía.

—Quiero pensar que está viva. Max...

Me apoyé en el respaldo del sofá y levanté la mirada al techo. Él se recostó también, como abatido.

—La siento cerca de mí a todas horas, siempre, desde que nació. Antes nunca podría haber dicho esto.

—La entiendo.

—No, dudo que lo entienda. No se ofenda.

—Yo sí creo en los espíritus y no me avergüenzo de ello, no en esos espíritus que conocemos en los libros o que vemos en las películas. Me refiero a los verdaderos espíritus, almas que se desprenden de sus cuerpos y que por alguna razón no desaparecen del todo, ¿sabe?

—Si —dije con ironía— la inmortalidad del alma y todas esas cosas.

No podía creer que estuviera hablando de todo aquello con aquel hombre. Ni siquiera le conocía.

—Exacto. Todas esas cosas —su rostro se endureció.

—No sé...

—Es posible que gracias a esos lazos tan fuertes que les unen, de esa conexión entre madre e hija...Es posible que sea la causa por la que usted puede verla. Pero entiéndame, Isola, sólo en sueños.

—Pero acaba de decir...

—Acabo de decir que esas cosas existen, en sueños, en nuestros deseos. Pero no en la realidad.

—Nunca he creído en los espíritus.

—¿Lo ve?

—Pero Max, algo me dice que lo que vi fue algo más que un sueño.

—Mire... —me cogió la mano—durante todo este tiempo le he dicho que debe aferrarse a cualquier esperanza mientras pueda. Y jamás pensé que podría decirle esto pero ha llegado la hora de pensar también en la posibilidad de que esté muerta y a lo mejor por propia voluntad.

Le miré con incredulidad.

—¿Cree que se ha suicidado? ¿Es eso?

—Es una posibilidad.

—Mi marido anunció que me volvería a ver antes de irse ¿Sabe? No sé, es todo muy extraño pero creo que están...

—¿Ha escuchado lo que le he dicho?

Me vi como si yo estuviera detrás de la cámara y no me gustara lo que veía. Estaba allí sentada en mi casa frente a aquel hombre que me miraba atónito y todo era tan absurdo. Creí estar en un guión de cine y aquello era la realidad.

—Discúlpeme... Esto es embarazoso. Me siento ridícula diciendo todo esto. No tiene ningún sentido.

—No se preocupe.

—Pensará de mí que tengo una imaginación exagerada ¿no? —me ruboricé.

—No, de ningún modo. Es bueno pensar en suposiciones, aunque nos resulten ilógicas. Yo también pensaré sobre ello, créame —me apretó la mano — no se sienta mal. En momentos como este a uno se le ocurre cualquier cosa.

En aquel momento pensé que él tenía razón, y lo pensé al despedirme de él y estrecharle la mano, porque en el fondo quería creerle y confiar en él y con toda probabilidad toda esa mezcla de ideas, de recuerdos, de hipótesis que deambulaban por mi cabeza no eran más que fruto de esa esperanza que me negaba a perder.

Nada más irse Max fui a la habitación de Sam con la esperanza de encontrar algún indicio que pudiera hacerme entender aquel misterio. Me fijé en unos libros abiertos encima de su cama y me extrañó no haberlos visto antes. Cogí uno y me acomodé en su cama. Leí largo rato acerca de unos temas que me eran desconocidos, de historias increíbles. Todos esos libros hablaban de cosas que yo siempre había rechazado pero que me eran familiares. En mis manos cayeron títulos como *Los viajes de los Chamanes*; *Egipto: La civilización después de la muerte*; *Los Ángeles y sus funciones en la Tierra*; *Proyecciología y Concienciología*. Por último encontré un libro que me llamó la atención: *Viajes Astrales y Desdoblamientos. El Misterio del alma*. En aquel libro hablaba de las experiencias extracorpóreas, experiencias que

habían vivido distintas civilizaciones a lo largo de los siglos, en todas partes del mundo.

Hablaba de las técnicas del desdoblamiento, de cómo el alma se separaba del cuerpo y viajaba a otros lugares y en otros tiempos. Contaba cómo algunas personas que viajaban fuera de su cuerpo se comportaban como fantasmas, incluso hablaba que en muchos casos esas apariciones eran algo parecido a una despedida por parte de la persona que se encontraba al borde de la muerte a sus seres queridos. Al principio el tema me interesó pero conforme avanzaba la lectura, el miedo y la incredulidad comenzaron a apoderarse de mí. Cerré el libro de un golpe y volví a colocarlos todos en su sitio. Salí de la habitación y fui a la cocina con el fin de prepararme una infusión, algo que pudiera calmar mis nervios.

En aquel momento, creí que estaba perdiendo la razón. Yo siempre creí ser una persona racional, con los pies en la tierra. Nunca había creído en aquellas cosas y me sorprendió, no gratamente he decirlo, que Sam pudiera haber estado tan interesada en todas aquellas historias y sin sentidos y que su padre le hubiese metido todo eso en la cabeza. Sentí una profunda tristeza que provenía de un sentimiento de impotencia que no podía controlar. Desde pequeña había sentido la necesidad de inventar historias, a cada cual más fantástica, pero ninguna de ellas superaba la ficción, no como aquello.

Aún no sé qué fue lo que me impulsó a volver a su habitación. Al entrar me sorprendió ver que los libros que había estado leyendo estaban todos abiertos y mezclados encima de la cama. Estaba segura de que los había vuelto a dejar en su sitio en las estanterías pero no le di importancia y los guardé de nuevo. Cuando cerré la puerta detrás de mí al salir oí un ruido que me hizo volver sobre mis pasos. Los libros estaban de nuevo encima de la cama. Parpadeé un par de veces para creerme lo que tenía ante mí. Cerré la puerta de golpe, cogí la chaqueta que había dejado en el salón y las llaves de casa y corrí escaleras abajo tan rápido como pude.

Corrí hasta perder casi el aliento, y sin ver por dónde iba ni hacia dónde. No me vi capaz de pensar ni de percatarme de lo que había ocurrido en esa habitación. «Esto no está pasando», pensé. Me encontré en la calle, perdida y exhausta, me vi observada por la gente que pasaba a mi lado y me hallé incómoda y ridícula. Sonreí y pensé para mis adentros que aquello se asemejaba cada vez más a un guión de cine, a una historia que me hubiera gustado escribir. Mi vida entera, pasada y presente, pasaba ante mis ojos como



un fantástico relato al que había que ponerle un final. Sentí un fuerte dolor en el pecho y noté que me faltaba el aire. Entré en un bar. Aún con los nervios a flor de piel pedí un vaso de agua, me senté en la barra y me sujeté la cabeza. El camarero me preguntó si me encontraba bien. Le miré y sin decir nada, bebí el vaso de agua y salí despacio. Me senté en un banco de la avenida. No lograba pensar en nada lógico e intenté recordar algo de aquellos libros que había leído.

Me acordé de un caso narrado en el último libro en el que explicaba como una persona hizo un viaje psíquico a la casa de un amigo para saludarle, y como éste era incapaz de verla, cambió de sitio los objetos de su casa para manifestarse. Lo había visto muchas veces en cientos de películas; objetos que se movían, puertas que se abrían y cerraban solas, golpes y ruidos de origen desconocido, fenómenos que siempre iban asociados a espíritus que volvían de entre los muertos para decirnos algo.

De nuevo, me acompañaba una soledad inmensa en aquella calle ruidosa, llena de gente que no conocía, ajena a las vivencias de aquel día extraño.

Regresé a casa. Abrí la puerta con mano temblorosa. El corazón quería escapar de mi pecho y aún no sé qué extraño impulso retenía mi cuerpo en el umbral aún con el ferviente deseo de entrar.

La puerta de la habitación de Sam estaba cerrada, tal y como la había dejado minutos atrás. La taza de tila estaba fría sobre la mesa de la cocina. Cerré los ojos y deseé que al abrirlos todo hubiera vuelto a la normalidad pero todo seguía igual, el mismo silencio, la misma oscuridad y el mismo frío. Me senté en el sofá y recordé el texto de la nota que Max me había enseñado.

Un haz de luz artificial que procedía de la ventana del salón se posó sobre aquel objeto que el hombre imperturbable había osado acariciar y que tantos años me había acompañado. No sé por qué me fijé en él. Pero hice una mueca de hastío y decidí volver a la habitación de Samanta. Los libros seguían allí sobre la cama. El álbum de fotos de aquella tarde en el lago, que con tanto ahínco busqué la tarde de su desaparición estaba abierto, en medio de todos aquellos libros. Reí para mis adentros ante aquella burla. El instinto me hizo mirar a mi alrededor. Todo estaba tal y como lo había dejado, excepto los libros y esas fotografías que me miraban. Me acerqué a la cama y me arrodillé ante ella. Cogí las fotos y las arrugué con fuerza y con rabia. Me quedé ahí sentada en el suelo con los brazos y la cabeza apoyados sobre su cama,

esperaba encontrar una respuesta, o tal vez volver a ver a Sam como en mi sueño. Pero nada ocurrió. Sólo el llanto inevitable de la desesperación.

El sonido del teléfono me despertó. Por la ventana del dormitorio entraba ya la primera claridad de la mañana. Me había quedado profundamente dormida en el suelo junto a la cama de Sam.

Una voz cálida y hermosa sonó al otro lado del teléfono. Max logró sacarme del letargo.

—¿La he despertado Isola? —preguntó con suavidad.

—No...Bueno, sí —titubeé, porque al principio no supe reconocer bien su voz— me quedé dormida en...no importa.

—Sólo quería asegurarme de que se encontraba bien. Me dejó algo preocupado tras dejarla ayer.

—Es muy amable, pero estoy bien —mentí.

Miré el reloj y pensé en que había descuidado mi trabajo.

—He pensado mucho sobre lo que hablamos.

—Le escucho —dije mientras me acomodaba en el sofá con el teléfono sobre las rodillas.

—Puede que su hija esté muerta y haya querido comunicarse con usted.

—¿De veras? —aguanté una lágrima.

—Bueno, es una hipótesis a lo que vio ¿No? Yo no la conozco Isola, pero no suelo creer que la gente que sufre esté loca.

—Ahhhh —suspiré— se lo agradezco.

—¿Pero en serio se encuentra bien?

—No mucho, la verdad —dije cansada.

—Lo siento.

—No es culpa suya.

Me eché a llorar de nuevo, aunque intenté que pasara desapercibido. Nadie me había visto ni oído llorar por Sam en mi vida y Max lo había hecho ya en varias ocasiones durante las últimas semanas. Igual que aquella tarde en el salón de mi casa, me vine abajo. Ya era la segunda vez que aquel hombre

sentía mi dolor.

—Es pura energía, Isola. Yo creo en eso.

—¿Energía? Sí. Lo sé, como buen cristiano.

—Y ningún cristiano le diría a usted ahora que los espíritus de los muertos se pasean por las casas despidiéndose de sus seres queridos.

—¿Pretende ser usted amable conmigo? —sonreí.

—Si —carraspeó al otro lado del teléfono— tal vez.

—¿Por qué me dice todo eso? —sollozaba.

—Porque en los años que llevo de inspector nunca había sentido la necesidad de planteármelo.

Su voz me pareció tan familiar y cercana que sentí una urgente necesidad de comunicarme con él. Le pedí que viniera a casa, y horas más tarde me encontré sentada frente a él. Aquel hombre, era de esas personas con las que uno se siente como en casa. Su calidez al hablar, su brillantez al expresarse. En toda aquella locura en la que se había convertido mi vida, él me reconfortaba.

Se acomodó en el sofá y me escuchó. Había empezado a llamarle por su nombre y pasado de ser un policía amable a hacerse un hueco en mi vida.

## *CÓMO EMPEZÓ TODO*

Veo con nostalgia pero con cierto recelo aquella época en la que todo se antojaba fácil; regresa a mi memoria en forma de pequeños trozos de espejo, cortados sin concierto, como un ultraje. El haberme criado en una familia de clase media, con unos padres que formaban parte de un grupo de intelectuales de izquierda que un día pensaron cambiar el mundo no era nada raro. Abundaban en aquella época. Lo raro era aquel sentimiento de desamparo que producía en mí todo lo que les rodeaba. Escuchaban a Raimon, a Carol King, y a Joan Báez, y convivían con amigos de pro en el puerto viejo para compartir pensamientos mientras fumaban en pipa y retorcían su corbata de pajarita con la yema de los dedos.

El mar se abría ante mí como un universo transparente de ideas y deseos en el que me costaba entrar. Ellos me dejaban en la orilla desnuda, deseosos de que corriera libre hacia dentro y sintiera como ellos su profundidad. Pero yo no podía evitar escudriñar sus rostros cegada por el sol del atardecer, y que entendieran que el único roce que buscaba era el suyo. Aquel sol que se pone en el mar en el norte es un sol amable, y evocador, pero no lo sentía mío entonces. Ahora sí.

Me limitaba a correr por la orilla, buscaba no sé qué, y me rasgaba las plantas de los pies con restos de conchas rotas, tan rotas como yo. Ellos no miraban. Sólo se miraban a ellos y al humo de los porros que nublaba su concepto del mundo. Al fin y al cabo el mundo estaba ahí, era el que había, el que tenían. ¿Por qué cambiarlo? Aquello empecé a preguntármelo demasiado tarde.

Desde muy pequeña me las arreglé para llamar su atención. Me inventaba enfermedades y hacía partícipe a mis amigas de ello. Iba a cumpleaños imaginarios e ideaba historias a todas horas. Me encerraba en mi habitación y jugaba a que tenía muchos hermanos y hermanas. Ideaba mundos

que no estaban ahí, sólo en mi cabeza. Pensaba que así, si ideaba un mundo nuevo, ellos lo terminarían aceptando y vendrían conmigo sin necesidad de evadirse a uno al que yo no tenía derecho a entrar.

En ese ambiente de humo, de Báez, de Jacques Brel, y de Neruda, había un aroma de existencialismo y de fe que nunca tuve y nunca entendí. Algo desentonaba en todo aquello. Mis padres eran creyentes, no practicantes, también practicaron el amor libre y el hedonismo tanto como pudieron. No supieron tampoco, o no les dio tiempo a enseñarme todo en lo que ellos creían. Dios, de alguna forma, estaba ahí, en su forma de escuchar la música, en su forma de exprimir los libros y en su forma de amar.

Al cumplir dieciocho años, mi padre cayó enfermo cáncer de pulmón y murió seis meses después. No recuerdo su muerte, sólo su ausencia. Mi madre, emigró con él al poco tiempo, tan sólo un año más tarde. De ella sí tengo el recuerdo del viaje, del adiós, y del sufrimiento. Fue un año intenso, pero corto. Pretender concentrar dieciocho años en doce meses era un reto inalcanzable y ella lo sabía. Supo lo que se había perdido en el momento en que el humo de sus cigarrillos desapareció. Paseábamos por la orilla, sin correr, con la mirada a pocos metros de nuestros pies, donde la vista sí alcanzaba. De ese modo, evitaba hacerme daño, y sentía cuando el agua iba a mojarme antes de que lo hiciera. Era diferente. Aunque el mundo seguía allí, todo, el mar, la arena, las rocas, y yo.

Aquel lugar de lluvia, de arena y de sal donde yo nací, se me antojó vacío y desconocido desde que ella se fue. Decidí enterrarlos, allí frente al mar. Me quedé sola ante el futuro y frente a mí misma.

Nunca supe a quién culpar de su muerte. No pude culpar a un Dios en el que nunca creí y me resistía a creer en el azar. Me hubiera gustado haberlo hecho, porque me atormentaba la idea de que hubieran muerto solos. Yo estaba al lado de mi madre en el momento en que su cuerpo decidió por sí mismo. Vi como sus ojos se cerraban, como sus manos dejaron de asir las mías, y su piel se tornaba pálida y fría al tacto. Su pelo estaba marchito, casi blanco, y sólo tenía cuarenta y un años. No me miró, ni me habló, se fue sin más, sola.

Después, ocupé mi vida haciendo lo que siempre había hecho y lo único que se me daba bien hacer, inventar historias. A veces, me sorprendía mirándome en el espejo, buscaba una imagen que hasta la fecha no supe hallar. Si alguna vez veía a alguien, imaginaba que no era yo.

Nunca antes, ni siquiera entonces, me había planteado lo que significaba observarme en el espejo. ¿Qué es lo que veía? ¿Qué me transmitía mi imagen? Mis padres me habían ignorado durante dieciocho años, tal vez no de forma voluntaria, pero fui poco a poco acostumbrándome a la soledad y a las conchas rotas que hacían heridas en mis plantas de los pies. Nunca formé parte de sus preocupaciones, ni era una inquietud que pudiera estar a la altura del sentido de la vida o de si la lucha obrera era una causa perdida. ¿Qué más daba! No era especialmente guapa, ni graciosa, ni destacaba en el colegio por nada. Por tanto, ¿qué podía aportar yo al mundo de Báez o de Bob Dylan! La respuesta, está en el viento.

Cuando conocí a Elián yo tenía veintidós años. Y, no curada aún de mis debilidades, buscaba todavía mi imagen en el espejo. Todo vino por azar, y aún hoy me pregunto por qué, por qué vino a mí, y por qué le elegí. La invisible Isola, dentro de aquel mar en calma, había conseguido aprender a sobrevivir sin su reflejo, un reflejo que transmitía desde lejos, que contaba historias. Fue entonces cuando conocí al que yo creí que iba a ser el amor de mi vida.

Había conseguido cumplir mi sueño. Al fin, pude contar historias de verdad, y convertirme en escritora de guiones de cine, muy joven. Había tenido suerte. Un profesor de la facultad de periodismo me consiguió mi primer trabajo en la revista «Cine top».

Al principio, mi trabajo consistía en corregir textos de críticas de cine que otros periodistas escribían. Era el último paso para publicar el artículo. Era apasionante. Iba al cine siempre que se me antojaba. Más adelante conseguí un puesto como crítica de cine en la misma revista. Nunca pensé que mi pasión se convertiría en un trabajo ni que me llegarían a pagar por hacer algo que para mí era mi momento de ocio preferido. Más tarde, decidí escribir mi primer corto y conseguí sacarlo a la luz. Mi sueño llamó a mi puerta y decidió quedarse con contrato indefinido, al menos eso pensaba yo. La vida me sonreía. No me pagaban mucho pero hacía lo que me gustaba. Me instalé en un pequeño ático en el centro de Madrid, con una terraza de ensueño, desde la cual podías tocar el cielo. Me enamoré de aquel piso, y de aquella terraza al verlo por primera vez. No sé por qué, pensé en mi padre, que si estuviera vivo, él habría estado más cerca de Dios.

Apareció en la primera página del periódico. Elián, un explorador y antropólogo había conseguido autofinanciarse para realizar una expedición a

la selva del Amazonas. La noticia contaba que se habían encontrado restos arqueológicos de más de dos mil años en una cueva excavada bajo tierra.

A sus treinta y tres años era ya un gran conocedor del hombre y su trascendencia. Iba a impartir una conferencia sobre los indios imaginarios, «*Etnología indígena, las relaciones interétnicas*». El tema, su biografía, o su foto del periódico, o todo a la vez, me atrajo hasta el punto de querer asistir para escucharle. Fue como un imán. Aquellos temas nunca me habían interesado pero pensé, que tal vez podría inspirarme para escribir un guión sobre lo que hacía.

La foto del periódico no le hacía justicia. Elián era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Su pelo rubio ceniza destacaba sobre su tez morena y sus ojos verde esmeralda brillaban mientras hablaba de los mixtecos, los mayas, aztecas y otras tribus igual de apasionantes. Al terminar la conferencia sentí un deseo irrefrenable de verle de cerca y le pedí a Fran, el director de «Cine Top», que me lo presentase.

Recuerdo que me acerqué por su espalda y le llamamos por su nombre. Se volvió, me miró, y en aquel instante su alma penetró en mí sin poder evitar reflejarlo. ¡Sus ojos eran casi transparentes! Era la primera vez que me quedaba sin habla en toda mi vida. Creí que mi corazón se había parado y al latir de nuevo lo hizo con una intensidad inusual. Sentí como si un campo energético se ciñera alrededor nuestro. Las voces de la gente en la sala me llegaban como murmullos. Todo se había ensombrecido. Sólo estábamos él y yo. ¡Qué extraña sensación y qué placentera!

Mantuvimos una conversación atrevida y un impulso me hizo invitarle a mi casa con la excusa de querer documentarme para escribir. Recuerdo como Fran me guiñaba un ojo mientras nos dejaba solos. Aún no me explico cómo aceptó. Lo cierto es que aquello fue el motivo original por el que acudí a la conferencia pero tras haberle conocido aquello pasó a un segundo plano. Me vi a mi misma decir aquellas palabras y no me reconocí. Isola no invitaba a desconocidos guapos e inteligentes a tomar café.

Llegó con cierto retraso. Su presencia me intimidó. Lo recordaba tan atractivo que verle de nuevo producía en mi gran expectación.

El tacto de su mano al estrechármela era suave aunque firme y afectuoso. Sus labios rosados y carnosos dibujaron una sensual sonrisa pero lejana como si se comunicase desde lejos. Vestía de modo informal, con unos

vaqueros gastados, un jersey de lana de cuello vuelto y unas botas de cordones con suela de goma. Su pelo ondulado le cubría la nuca. Una barba color ocre crecía anárquica alrededor de sus labios. Su ademán era cortés pero distante. Su andar era lento, armonioso.

Apoyó su espalda en el respaldo del sofá y cruzó las piernas. Sus manos se apoyaban en el asiento a ambos lados. No parecía interesarle el entorno, clavó su mirada en mí. Sentí como me observaba, mientras me acomodaba frente a él.

—¿Me va a hacer una entrevista?

—¡No! —me ruboricé— no soy periodista. Sólo escribo.

—¡Ah! —arqueó las cejas.

—Leí un artículo muy interesante sobre usted. Es un conferenciante muy demandado al parecer...siendo tan joven se debe sentir afortunado.

—No se me dan bien las conferencias me temo —suspiró con cierto desdén.

—No es eso lo que se dice de usted —me sonrojé— y la del otro día no estuvo mal.

—Hay muchas cosas que no se dicen de mí.

Apartó la mirada de mi rostro unos segundos y la dirigió a mis brazos. Los tenía cruzados al pecho. Recuerdo que su gesto me incomodó. Pensé que dirigió la mirada a mi escote.

—¿Toca usted el piano Isola? —preguntó.

Descrucé los brazos de forma instintiva y me miré las manos.

—¿Yo? —sonreí— ¡no!, no toco el piano.

—Tiene unas manos finas, propias de un pianista.

Su mirada había vuelto a fijarse en mi rostro ruborizado.

—Pues no... Me temo que no. Escribo novelas, críticas de cine para una revista y a veces también mis propios guiones

—¡Ah! —miró con extrañeza.

—Pero no he publicado nada... aún. Sólo mi cortometraje se pasó en un par de salas de autor.

—Entiendo —apretó los labios.



—¿Quiere tomar algo? —dije con el ánimo de que dijera que sí y pudiese desaparecer unos minutos.

—Sí, un café, gracias.

—¿Y tiene mucho escrito por ahí? —continuó.

—El comienzo de lo que pretende ser un guión de cine, un cuento infantil... algunos poemas.

—¡Ah! eso está bien —dijo.

Había elevado los brazos por encima de su cabeza y sus manos la sujetaban por detrás. Observé cómo se peinaba las ondas de su cabello con los dedos. Aquel gesto me gustó e hizo subir el rubor a mis mejillas.

—Por eso le he hecho venir ¿sabe? Espero que no le haya molestado. Quiero escribir un guión diferente, de aventuras, y pensé que tal vez usted podría instruirme un poco sobre esos temas.

—¿Qué temas?

—De los que usted es conocedor... me refiero a todo lo que dice en sus conferencias.

El olor a café recién hecho y la voz de Elián me hicieron sentir bien. Le miraba por el rabillo del ojo mientras colocaba las tazas en una bandeja. Su presencia me agradaba y me mantenía en alerta al mismo tiempo. Al regresar a su lado, noté como observaba todos mis movimientos y aquello me perturbó de nuevo.

Una leve sonrisa levantó sus pómulos con suavidad. Sus ojos verdes brillaban en la penumbra del atardecer que entraba por la ventana. Me observaba y me analizaba.

—Puedo contarle muchas cosas interesantes de las tierras que visito pero ninguna será real para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo son reales para quien las ve.

—El otro día, en la conferencia, habló cerca de dos horas de esa tribu encontrada en el Amazonas.

—¿Tribu? Son sólo restos. Y además, es Publicidad para National Geographic.

Retiró las manos de detrás de su cabeza y cruzó los brazos. Parecía tenso.

—¿Trabaja para National Geographic?

—Colaboro con ellos... de vez en cuando. Son devoradores de descubrimientos. Así los llamo.

—Curiosa descripción —no pude evitar una sonrisa de sorpresa.

—Puede utilizar mi conferencia del otro día si quiere y pedirle una entrevista a National Geographic. Ellos le contarán más cosas que yo.

—Bien... yo... —sentí haberle importunado— pensé que tal vez usted podría...

—Puede leer mis libros si quiere. He escrito tres —enarcó las cejas.

Entendí aquellas frases como evasivas y no me gustó. Se sirvió la taza de café con cuidado, con lentitud y ajeno a los comentarios que acababa de hacer.

—Sí, emm, lo haré, sí.

Su rostro me atrapó en un campo energético de intimidación y placer.

—Perdone, he sido poco cortés —dijo.

—No, no. Tal vez he sido demasiado atrevida invitándole a venir.

—Desde luego algo atrevida sí ha sido —levantó las cejas y esbozó una sonrisa más amable— ¿de qué irá su libro?

—Es un guión de cine. De aventuras, de descubrimientos, de misterios...

—Enigmática.

—¿Cómo?

—Una historia enigmática.

—Sí. Algo así.

—¿Y qué podría aportarle yo a su libro?

—Quiero saber cómo es.

—¿Cómo es qué? —entrecerró los ojos y movió la cabeza en señal de curiosidad.

—Aquello. Cómo viven las tribus del Amazonas. Usted las conoce

bien.

Se hizo un incómodo silencio.

—¿Le interesa saber cómo viven?

—Sí, eso es.

—¿Le gustaría saber cómo es el amor allí? —sonrió.

Sus palabras y su mirada consiguieron elevar de nuevo la temperatura de mi rostro, y sentí cierta impotencia por no poder controlar mi turbación. Él era un desconocido para mí. Me miraba divertido. Parecía orgulloso de haberme incomodado.

—Pues sí, también... —dije al fin.

—Claro... No se diferencian mucho de usted y de mí ¿Sabe?

—Bueno... yo creo que sí.

—¿En qué?

Se inclinó hacia adelante y apoyó sus antebrazos en sus rodillas.

—Pues en todo. Ellos viven en la selva, son salvajes, no son civilizados.

—¿Y eso les hace peores? —preguntó.

—Yo no he dicho eso. Sólo digo que son diferentes.

—Desde luego, lo son.

Se echó hacia atrás de nuevo y cruzó los brazos.

—No se preocupan ni demandan tanto. Eso es una enfermedad de la que carecen, por suerte. Nosotros nos pasamos la vida necesitando.

—No hay nada de malo en ello.

—¿Sabe usted cuánto necesita un niño en la selva? Nada.

—Eso es lo que creemos nosotros —dije con vehemencia.

Aguantó unos segundos en silencio y abrió una amplia sonrisa. Después, se llevó las manos a la cabeza y se peinó el pelo de nuevo hacia atrás. Aquellos gestos, su modo de mirar, de expresarse, todo me fascinaba.

—¿Qué es lo que quiere saber con exactitud?

—¿Cómo es aquello?

—Atrayente, seductor, necesario...

—¿Necesario? —me sorprendí.

—Véngase conmigo —dijo una palmada en el aire.

—¿Cómo? —me sorprendió su proposición tan directa.

—Para la próxima expedición, véngase conmigo. Allí aprenderá todo lo que quiere saber.

—Me temo que no es necesario —sonreí— no soy amante de aventuras.

—Y sin embargo quiere escribir sobre ellas ¿No es paradójico?

Mi primera motivación allí con él fue la de saber cosas de las tierras a donde viajaba. Deseaba que me transportara a su mundo, a su universo pero lo que descubrí aquel día en el salón de mi casa fue que él me interesaba más aún que su vida. Lo que no esperaba es que él quisiera descubrirme de igual modo. Nada sabía de aquel hombre y sin embargo creía conocerle desde mucho tiempo atrás. Parecía no tener pasado y eso me inquietaba.

—¿De dónde es usted Elián? —un impulso repentino me hizo hacerle aquella pregunta tan personal.

—¿Lo pregunta por mi acento?

—Pues sí... no lo identifico bien.

—Soy peruano.

—¿Peruano? —no pude evitar sonreír.

—Mi padre es...alemán. Ya ve... Pero ahora soy español desde los dieciocho años.

—¡Vaya!

—Soy del mundo en realidad.

Su rostro parecía abatido y su tono de voz era grave.

—Perú está muy lejos de Alemania.

—Sí, lo está.

—¿Y vive en España desde... los dieciocho años?

—Ahora no vivo en ningún sitio en particular.

—¿Y su familia?

—No tengo familia.

Fui algo insolente con aquella pregunta. Pero me sentía atraída por él y mi subconsciente me traicionó. Necesité en ese momento saber si estaba casado. Su mirada era dura y pareció incómodo con aquel interrogatorio que yo no quise empezar. Yo quería escuchar historias de los indígenas y sin embargo no podía eludir el embrujo que él me producía.

—¡Vaya! ¿Sus padres murieron?

—Yo no he dicho eso.

—Lo siento...

—No lo sienta —dijo con voz grave.

Se hizo un silencio que podía cortarse con cuchillo.

—Mi padre emigró a Perú en los años cincuenta, después de...de la guerra —guardó silencio unos segundos— mi madre era peruana, pero murió en el parto.

—Oh, lo siento.

—Era una indígena.

—¡Oh! —aquello me sorprendió.

—Mi padre regresó a Alemania.

—¿Y no le ha visto desde entonces?

—Desde poco tiempo después de cumplir dieciocho años, No ¿Le extraña?

—Pues... un poco sí, la verdad. Pero no es de mi incumbencia, creo.

—Yo no soy alemán. No tengo nada de ellos. Nada me ata a ese país.

—Comprendo —asentí.

—¿Por qué debía ir allí?

Noté cierta agresividad en su tono de voz.

—Perdón, no debí hablar así.

—No se preocupe. En realidad, no sé si mi padre regresó o no a Alemania.

—Oh —enarqué las cejas en modo de sorpresa.

—Como si se hubiera ido —apretó los labios— es lo mismo.

Había mucha indiferencia en su voz y sentí que había invadido una parcela muy íntima.

—¿Qué más quiere saber Isola? —su rostro cambió y pude apreciar cierta complicidad conmigo.

—Vino a España y...

—Y estudié Antropología social y cultural. Y eso es lo que me ha llevado hasta aquí, supongo.

Eludió cualquier pregunta más sobre su familia y sobre sus orígenes. Sólo el presente parecía tener sentido para él, ni siquiera el futuro.

—Ciudadano del mundo... eso es bonito.

—¿Y usted? ¿De dónde es?

—¿Yo?

Relajé mi rostro y me dejé llevar. Sus ojos interrogantes parecían querer saberlo todo de mí.

—Yo también llegué a Madrid muy joven.

—Ah, ¿Si?

—Soy del Norte. Me crié en un pueblo muy pequeño que miraba al mar. Un pueblo de pescadores ¿Conoce el norte de España?

Elián negó con la cabeza. Apretaba los labios con interés.

—Ahora es un pueblo más grande. Es en verdad precioso. Debería ir algún día.

—Tiene un nombre muy bonito y original ¿Le viene de allí?

—No, no exactamente.

—¿Ah?

—Mis padres eran muy raros.

—¿Eran?

—Murieron.

—Aja... ¿por eso huyó?

Elián frunció el ceño. Parecía interesado en mí. Sin embargo, no me

sentía cómoda desnudándome delante de aquel desconocido.

—Hábleme de ellos.

—¿No se supone que era yo la que le estaba haciendo preguntas?—  
apreté los labios

—Usted me interesa, Isola.

Mi estómago se encogió y el rubor parecía no querer abandonarme.  
«¿Por qué no?» pensé.

—Escuchaban música de protesta, eran... —ladeé una sonrisa— bueno, les gustaba. Pero mi padre amaba la música clásica. Y una de sus óperas favoritas era Tristán e Isolda. Creo que mi nombre viene de ahí, pero no estoy segura. Sólo es una intuición.

Guardamos silencio unos segundos. Lo que había comenzado como una reunión de trabajo se estaba convirtiendo en un intercambio de confidencias.

—Tristán e Isolda... —murmuró pensativo.

Elián se revolvió en el asiento y frotó sus manos sobre sus vaqueros. No supe entender por qué aquello le había causado tanto nerviosismo. No parecía estar cómodo.

—¿De verdad quiere escribir sobre los indígenas? —cambió de tema.

—Sí. Me interesa mucho —carraspeé. Se notó que quería eludir los temas personales.

—El sur de América está lleno de tribus que jamás se habían descubierto antes. Están ocultas, en la selva, sin que nadie les moleste. Ajenas a todo lo que representa la civilización.

Hablaba despacio, con los ojos perdidos, tal vez en el paisaje que él conocía y que recordaba con nostalgia. Guardó silencio unos segundos y me miró. Se dio cuenta que le observaba con demasiada atención.

—Viven aislados del mundo.

—Solos.

—¿Solos? No creo que ellos tengan el mismo concepto de la soledad que nosotros. Algún día me gustaría ser como ellos.

—Bueno... es obvio. Es...Yo me crié en un pueblo pequeño y no se vivía mal pero a veces te encierras en ti mismo y pierdes la perspectiva del

mundo que te rodea. No sé, es... como perder oportunidades. Por eso me vine a Madrid.

—Es curioso como plantea el dilema. Usted habla de oportunidades. Ellos no las necesitan.

—Eso es triste.

—¿Por qué? Imagínese por un momento que usted es invadida por una civilización superior.

Ladeé una sonrisa.

—Hemos leído mucho sobre eso y se han hecho muchas películas. ¿Qué película o historia recuerda que no identifique a los invasores como destructores? Pues eso somos para esas tribus. Los invasores tienen el poder y los invadidos huyen ¿No? Si el poder de los invasores fuera tan positivo, tan enriquecedor como se cree... Nosotros, nos creemos fuerzas superiores ¿Por qué huir?

—Yo no me veo como una fuerza superior —sonreí.

—¿No? Antes lo ha pensado. Los ha llamado salvajes. Lo son sólo ante nuestros ojos. Y son ellos los que tienen el poder.

—¿A qué se refiere?

—Tienen magia —elevó sus cejas.

Su mirada se encendió y por un momento capté cierta admiración por sus propias palabras.

—Me refiero a la sabiduría. A vivir sin prejuicios. A sentir el amor como... como una fuerza de la naturaleza. En libertad.

Me tenía fascinada.

—Tenemos todos los recursos con los que se podría soñar y sin embargo ellos viven con lo imprescindible.

—¿Y si hubieran conocido otra cosa? —pregunté.

—No se adaptarían jamás.

Su tono de voz iba acorde a sus palabras. Parecía estar muy implicado con la realidad de la que hablaba.

—¿Qué es lo que más le fascina de todo eso? —pregunté con curiosidad.



Esbozó una sonrisa abierta y entró de nuevo en una ensoñación lejana. Sus ojos brillaban con una luz verde tan exclusiva como hermosa.

—Todo me fascina, Isola. Pero lo que más admiro de ellos es su equilibrio.

—¿Equilibrio?

—Su equilibrio emocional.

—Si... —suspiré— supongo que ellos no saben lo que es el stress.

—Está usted equivocada. Ellos también tienen stress pero lo combaten. Como los animales. ¿Ha oído hablar del stress de las gacelas?

—Pues no... —no pude evitar sonreír con sorpresa.

—¿Cree usted que una gacela que va a ser devorada por una leona no padece unos segundos de stress? Un chasquido de los músculos, como una corriente eléctrica ¡Paf! y cuando huye de la leona, desaparece. Y se pone a comer hierba tan tranquila. Pues ellos también temen a ser devorados, por animales, por otros indígenas, por nosotros... pegan un chasquido y ya. El stress desaparece.

Hizo un chasquido con los dedos mientras sonreía y me sobresalté.

—Sólo hay que combatirlo... —murmuré pensativa.

—Todos padecemos de stress en un momento dado. Usted misma, también sufre de stress.

—¿Yo? No, no... —jajaja— reí.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque lo sé. No tengo motivos para tenerlo.

—Miente.

Su rictus se volvió serio. Me miró como si pretendiese analizarme. Me revolví en mi asiento.

—Lo tiene, pero no lo sabe. Y con toda probabilidad no sea de ahora, de lo que tiene en este momento, sino que vendrá de atrás, de un pasado lejano y real, de algo que le atormenta.

—¿Pretende psicoanalizarme? —sonreí incómoda.

—Lo siento. Me he excedido. No la conozco de nada y no tengo derecho a juzgarla.

Noté cómo me observaba desde algún lugar escondido de su ser. Había arañado mi coraza y ésta se había resquebrajado. Volver a los indígenas me hacía fuerte frente a la vulnerabilidad que había hecho aparecer en mí.

—Ese mundo —me aclaré la garganta— parece un mundo feliz.

—Si —dijo con serenidad.

—Y suena a utopía, ¿no cree? —reí para evitar el desasosiego anterior.

—Utopía... —murmuró.

—Bueno —dije con cierto sarcasmo— es fácil pensar que un hombre en taparrabos en estado salvaje, que vive fuera de las normas es más feliz que aquel que viste y calza.

—Desde luego, lo es ¿Sabe usted cuantas veces hacen el amor?

—No, ¿cuántas? —dije con rubor.

—No lo sé—sonrió —siempre que les apetece, a todas horas, no cuentan las veces.

—Ahh —sonreí.

—Se ha sonrojado. No pretendía...

—Oh, no, no. No se preocupe.

—Ya le dije que no eran tan diferentes a nosotros.

—Bueno, en eso, sí. En fin.

Los dos reímos.

—¿Cree usted en la simbiosis? —pregunté.

—¿Cómo?

—Una simbiosis entre ellos y nosotros ¿Podría usted sobrevivir allí? ¿Y ellos, podrían aquí?

—¿Podría un oso polar vivir en África? ¿Podría una tortuga marina vivir sobre una roca?

Elián soltó un largo y cansado suspiro. Apretó los labios y negó con la cabeza. Cerró los ojos y guardó silencio. Yo lo miraba como quien mira a una estatua de Miguel Ángel. Sus labios perfectos, su cuerpo atlético. Desprendía un encanto que jamás había conocido.

Me sorprendió cuando se levantó de prisa y me alargó la mano como

despedida.

—¿Se va? A lo mejor le he importunado...

—No. No se preocupe, es que... me he dado cuenta que tengo prisa. No me gusta estar mucho tiempo en un sitio.

—Pero...

—Hasta pronto Isola

—Me gustaría mucho volver a verle Elián—dije sin pensar—me refiero a que me gustaría mucho que me contase cosas.

—Sin duda, Isola. Ha sido un placer. Siento tener que irme ahora.

—Me interesa lo que me ha contado y me ha gustado escucharle. En serio.

—Me alegro ¿Escribirá sobre ello?

—Sí, lo haré... pero con ayuda —ladeé la cabeza y sonreí.

No podía creer que estuviera flirteando con él.

Volvía a tener la sonrisa del principio al despedirle en la puerta. Esa sonrisa sutil que me llevaría a un rincón especial de mis recuerdos. Un espacio que más adelante construiría sólo para él.

Me sentí frustrada y vacía por un lado de no haber conseguido mi objetivo en aquel primer encuentro. Me habría gustado saber más, no sólo de las tribus de las que tanto sabía, sino también de él. Pero más tarde, al hacerme preguntas de cómo empezó, tomé conciencia que aquello fue el principio de un amor que nunca he sabido explicar.

No sé por qué él se fijó en mí. Pero lo hizo. No sé lo que vio aquella tarde en mi casa, tal vez la imagen del espejo que yo no lograba ver. Yo si se lo que vi en él, algo que no había visto nunca, una fuerza poderosa que me anclaba al suelo y me paralizaba. Había sido un flechazo para ambos. A veces, ocurren.

El misterio de Elián me embrujó. Inicié una investigación silenciosa sobre su vida y le seguí allá dónde fue. Le tenía en mis pensamientos en cada paso que daba, al levantarme, al acostarme. Lo imaginaba cercano e incluso en sueños sentía su respiración junto a mí y sus ojos penetraban como flechas en los míos.

Conseguimos vernos varias veces en distintos lugares. Fran fue un

Cupido maravilloso. Él me hablaba de sus viajes, de sus descubrimientos. Su aliento desprendía un aroma sutil, a calor húmedo, a humanidad. Y lo más sorprendente y esperanzador de aquellos encuentros, cada vez más intensos, fue que él mostrase interés en mí. Me llenaba la mochila con experiencias y de una sabiduría extraña que yo no lograba comprender.

Un día me encontré sola en casa, en aquella terraza que rozaba el cielo y empecé a desearle con todas mis fuerzas. Él se acercaba a mí con sigilo, temeroso. En poco tiempo y sin darme apenas cuenta ya formaba parte de su vida.

Su mundo me fascinaba, su pasado me inquietaba y su futuro me interesaba hasta límites insospechados. El misterio de su soledad producía en mí una atracción irrefrenable. Nunca pensé que fuera a tener compañía en mi isla. Sin embargo, poco a poco había conseguido acercarle más a mí.

Un año después de habernos conocido ya vivíamos juntos. Mi moderno ático se convirtió en un museo antropológico. Las paredes se forraron de máscaras, lanzas y telas añejas. Aquellos objetos olían a polvo de años vividos, de experiencias enterradas en aquellos paños y esculturas. Nada era como al vivir sola. Elián me tenía fascinada, atrapada en un mundo de sueños, de historias sobrenaturales. Con el tiempo llegué a pensar que él no era de este mundo. Al principio, era hombre de pocas palabras, se comunicaba con la mirada y a través del tacto. Sus manos barrían mi piel con la suavidad de una pluma, capaz de erizar mi bello y de hacer vibrar todo mi ser. El amor con él era pura magia. Desprendía tanto calor que hasta las noches de invierno dormíamos desnudos. Llenaba la habitación de velas y cuencos con aceites esenciales. Luego, me acompañaba al dormitorio, me desnudaba despacio y con su primer beso conseguía transportarme a un universo de placer infinito.

Ese era Elián. A veces, solía sentarse desnudo en una hamaca que teníamos en la terraza y miraba al cielo abstraído. Se quedaba dormido sobre el suelo de la terraza y yo le echaba una manta encima y me quedaba mirándolo. Su piel morena, su pelo ondulado, su barba creciente, sus manos robustas y huesudas.

Conforme iba conociéndole, su misterio se hacía más grande y seductor. Recuerdo aquellas tardes de velas e impactantes conversaciones junto a una copa de vino. Tenía la cabeza amueblada de lecturas y experiencias. Sus viajes habían hecho de él un erudito y experto en lo que al hombre se refiere. Era como si pudiera sentir todo lo que el ser humano sentía,

en toda su dimensión.

\*\*\*

Nunca olvidaré el momento en que regresó de aquella expedición del Amazonas. Volver a Perú, a su país natal le hacía rejuvenecer y envejecer al mismo tiempo. Era paradójico pero era real. Después de dos meses, mi necesidad de amarle, de tocarle, de sentirle, se había vuelto casi dolorosa. Aquella noche preparamos una cena especial en la terraza. Era principios de verano y el aire era fresco aún. Algo le había cambiado en aquel viaje. No era el mismo. Hablaba sin cesar. Estaba henchido y parecía excitado con cada palabra que salía de su boca. Me habló de los colores del Amazonas, de la selva, de su olor, del embrujo de las aguas y también de su parte más salvaje. Yo le escuchaba con los ojos abiertos y negaba con la cabeza. Aquel no era el hombre que se había ido dos meses antes. Podía sentir su felicidad igual que si fuera mía propia. Al finalizar la cena se acordó de algo y saltó de la silla como un resorte.

—¡Casi se me olvidaba! Te he traído un regalo —dijo contento.

Era un paquete pequeño, una caja de cartón en forma de cubo un poco más grande que mi mano. Venía envuelto en un papel basto y grueso de color ocre atado con un simple cordel. Mi expectación era notable, casi infantil. Imaginé un colgante de Amazonita o de alguna piedra parecida, de color verde, o turquesa, engarzado en alguna cadena fina de plata preciosa. Pero nada me había preparado para aquello. Al abrir la caja sentí que mi estómago se encogía y aparté la vista con brusquedad.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—¿Qué es esto Elián? —pregunté con fingido interés.

—¿No lo ves? Es una Tzantza —sus ojos brillaban y sus labios se estiraron mientras dibujaban una sonrisa abierta.

—¿Una Tzantza? —pregunté ignorante.

—Oh, perdóname Isola, pensé que sabrías lo que es y que lo apreciarías.

—¿Apreciar?

—¡Verás! —dijo entusiasta mientras sacaba aquel objeto repugnante de la caja.

—Es una cabeza reducida.

—Ya lo veo —No pude evitar una mueca fingida de sorpresa.

—La tribu de los shuar lo hacían a menudo.

—¿El qué?

—Reducir cabezas, claro, de sus tribus enemigas. Es así como lo hacían. Me ha costado mucho encontrarla ¿Sabes? Los representantes de los museos se las rifan. Fíjate en el pelo, es perfecto—decía mientras lo acariciaba con suavidad—y sus facciones... ¿No te parece increíble? Parece como nosotros...

Su voz y sus manos temblaban de emoción mientras hablaba.

—Había oído hablar de ellas, Elián, pero...pensé que estaban en los museos.

—Así es. Ya te lo he dicho. Me ha costado mucho encontrarla.

Hablaba fascinado y con ensoñación.

—¿La has robado?

—¡Claro que no!

—No sé...es.

—¿Sabes lo que hacían? Capturaban el espíritu de su enemigo, para protegerse del mal.

—Es espantosa —dije mientras desviaba la mirada ligeramente.

—Es un tesoro, Isola. Algún día lo entenderás. Espero...

Su voz parecía afligida. Acariciaba con suavidad y delicadeza la cabeza momificada de aquel desconocido guerrero. La miraba embelesado.

—Lo siento Elián —mostré cierto sentimiento de culpa— no sé apreciar estas cosas... pero gracias.

Una sonrisa fingida se dibujó en mi cara.

—Ya... —su rostro se ensombreció.

—Perdóname, yo... —me arrepentí y le acaricié la mano— es que me ha sorprendido, eso es todo.

—Ojalá pudieras entender lo que esto significa.

—Bueno... no dudo que es algo exótico y es... es curioso —sentí cierta pena por su frustración.

—Hay una fuerza sobrenatural en esas tribus, ¿sabes? —dijo con la mirada absorta— ven mucho más allá de lo que lo hacemos nosotros.

—Son primitivas, Elián.

—Te sorprendería lo avanzadas que están.

—¿Avanzadas? —agitó la cabeza y solté una carcajada— ¡Pero si van en taparrabos! ¿Por qué insistes?

Elián me fulminó con la mirada. Me taladró con el brillo de sus ojos. Por un momento pensé que le había ofendido mi comentario pero desconocía la razón.

—No has cambiado nada ¿Verdad? Sigues pensando que nosotros somos mejores. Pues yo me crié allí Isola. Y créeme, no somos mejores.

—Yo no he dicho que seamos mejores, sólo que nosotros somos civilizados y ellos no.

—Hablo de la espiritualidad, Isola ¿Sabes lo que es?

Relajó su rostro por un momento y se acercó a la baranda de la terraza. Le seguí y me coloqué junto a él.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —le pregunté.

—Nada —suspiró y colocó su brazo sobre mis hombros.

—Me gusta esa cabeza extraña. Seguro que nadie tiene una igual por aquí —sonreí con ternura.

Elián agradeció mi respuesta, aunque sabía que no era sincera. Me miró con dulzura y me besó con sus labios tibios. Comenzaba a hacer frío y aquello me reconfortó.

—Cuéntame algo sobre ella ¿Quieres? —dije con fingido interés.

—¿Sobre ella? Ahora quieres saber algo sobre ella...

—La cabeza. Significa mucho para ti. Háblame de ella.

—Para los shuar es algo sagrado. Es como si... quisieran mantener todos sus temores atrapados en ella.

Moví la cabeza y me encogí de hombros. Hablaba con pasión y yo no conseguía entenderle.

—El enemigo queda atrapado y ya no puede hacerles daño ¿Entiendes? Reduciendo su cabeza, así lo consiguen.



—¡Vaya! Es... es algo escalofriante.

—Es difícil que lo entiendas—dijo con indiferencia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú eres... —me acarició el pelo con suavidad.

—¿Soy?

—Demasiado racional.

Me besó en la frente y me atrajo hacia su pecho. Podía oír el latido de su corazón y su respiración profunda.

—Escéptica, sí —dije— pero no racional.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Sigue Elián. Háblame de ello

—Bueno... —continuó distraído— hay tres espíritus<sup>[1]</sup>, ¿quieres saber cuáles son?

Aparté la cabeza de su pecho y le miré con curiosidad.

—El Wakani, es el espíritu verdadero, el único que sobrevive a la muerte total.

En ese momento le hablaba al cielo, y recitaba como si leyese en él cada palabra que salía de su boca.

—El Arútam, es el que nos protege de una posible muerte violenta y luego está... —quedó en silencio. Parecía turbado.

—¿Elián? —Le cogí de la barbilla y giré su rostro hacia mí.

—Y el Mésak, es el espíritu vengativo.

Dibujó una leve sonrisa. Ahora creo que intentaba tranquilizarme, o tranquilizarse.

—Viven en nosotros.

—¿En nosotros?

—Exacto.

—Pero pensaba que tú no eras creyente.

—Y así es. No al modo que tú piensas, al menos —dijo pensativo. Ya lo sabes.

—Esto es mucho más que una religión —continuó— es una forma de vida ¿Comprendes?

—Una forma de vida primitiva y bárbara —negué con la cabeza— y tú no tienes nada que ver con ella.

—Primitiva y bárbara... —murmuró.

Había hecho un esfuerzo por entender lo que aquello representaba para él pero no podía compartir en absoluto la pasión que él sentía por el tema y mis prejuicios me incapacitaban para entender religiones que se parecían más a la santería que a cualquier otro tipo de fe. Yo no era creyente pero respetaba a los que sí lo eran de una religión de verdad. Aquella cabeza me producía una repulsión casi enfermiza. Para él sin embargo, era excitante y maravillosa.

—Los tres espíritus son necesarios —continuó absorto— sólo hay que saber controlarlos.

—¿Controlarlos?

—El Arútam protege al Wakani del Mésak —dijo.

Clavó una mirada profunda y certera en mis ojos que aún permanecían fruncidos por la sorpresa. Respiró hondo y me abrazó. Me retiró el pelo detrás de mi oreja y me susurró al oído.

—Ya está bien de hablar. Hay que huir del Mésak, siempre —sonrió divertido.

—Ya... —su aseveración me asustó.

—¿Me oyes, Isola?

—Sí, sí, claro —dije.

Alargó la comisura de sus labios a lo que parecía una sonrisa seductora que invitaba a la complicidad. Desvió su mirada hacia esa horrible cabeza que había permanecido encima de la mesa. Se apartó de mí y me cogió de las manos. Puso mi rostro entre las suyas, y me besó.

—Ahora, querida, si te parece bien, dejaremos aquí a nuestra amiga y nos iremos.

Le miré sorprendida.

—Vamos a unir nuestros Wakanis.

Me llevó al dormitorio. Esa noche, hicimos el amor apasionadamente,

como hacía tiempo que no lo hacíamos. La cabeza terminó en una repisa de una de las paredes del salón, y se le puso el nombre de Shuar.

Aquello era sólo una muestra de mi desconcertante y mágica relación con Elián.

Mi primer año con él estuvo marcado por las ausencias y los recibimientos. El proyecto del Amazonas le requería tiempo que perdía cuando no estaba conmigo. Llegué incluso a sentirme celosa de aquellos indios lejanos, de aquellas aguas turbias, de una selva que se imaginaba bellísima y que para mí era sólo un elemento que le apartaba de mí. A su llegada, era todo tan intenso que lograba hacerme olvidar el tiempo no compartido. A pesar de eso, yo era una persona distinta. Elián no sólo consiguió llegar a mi corazón y confiscarlo sino que sacó a la luz algo que aún no había descubierto por mí misma, mi potencial. Él supo sacar lo mejor de mí. En esos años conseguí plasmar algo más que talento en todo lo que escribí. Fui capaz de exteriorizar emociones que jamás antes sabía que existían.

Él era tan autónomo e independiente como yo lo había sido antes de conocerle. Pero pasado un tiempo comencé a sentirme frágil en los momentos en que él no estaba. Me era tan necesario como el agua o el aire que respiraba. Él me amaba, nunca lo dudé; pero había una fuerza mayor dentro de él que le hacía huir a tierras lejanas, a vivir experiencias difíciles de imaginar.

Sus viajes le aportaban una paz interior difícil de compartir. Con el tiempo se volvería hermético, distante y todo cambiaría.

Elián traía tormenta después de regresar de aquellas tierras lejanas. Una tormenta que arrasaba nuestro espacio y se convertía en huracán. Y fui capaz de captar toda esa fuerza que él traía consigo. Pero del mismo modo que me la daba, se la llevaba de nuevo al marcharse.

A veces, salía a la terraza con mi cuaderno y apuntaba ideas, sentimientos, metas, cosas que me recordaran a Elián. Y miraba lejos, sobre los tejados solitarios, oscuros de Madrid y buscaba a la verdadera Isola. Me preguntaba cuándo vería por fin mi imagen en el espejo, si aquella imagen que intuía a lo lejos era yo en realidad o alguien que se le parecía. Imaginaba una vida distinta, sin tormentas ni huracanes. Sin recibimientos ni despedidas. Imaginaba una vida normal.

Pero Elián se fue años después y no volvió más. Abandonó el ático y todo lo que habíamos vivido juntos y fue a enterrarse en vida en sus frías

montañas nevadas.

## *MI PEQUEÑO YO*

El amor que sentía por Elián y el ver como Isola florecía me hizo sentir el deseo de perpetuar ese amor a través de nuestra sangre. Quise concebir un hijo, alguien en quien me pudiera proyectar, dependiente de mí y que me recordase a Elián en sus ausencias.

Tener un hijo es una sensación maravillosa; es dar continuidad a tu razón para existir. Al pasar el tiempo le miras a los ojos y te ves reflejada en su alma. Has vivido por él y para él; ese ha sido tu objetivo.

Nació Samanta; ella era lo que más deseaba en el mundo. Elián, sin embargo, no deseaba tener un hijo con todas sus fuerzas como yo lo hacía. Hablábamos de ello, miraba al cielo, y se encogía de hombros. Y sin embargo nunca, en los años que vivió al lado de Sam sintió la paternidad como una obligación.

Samanta llegó con los primeros rayos de luz de una mañana de primavera. Nació con los ojos abiertos. Los médicos me lo dijeron incrédulos. Al posarla bajo mi pecho su cuerpo tembló y resbaló hasta mi cadera. La enfermera la recogió y la volvió a colocar junto a mi brazo. La pequeña cerró los ojos y se durmió. Nunca entendí aquello. Ahora sé que Samanta buscaba otra cosa. Nunca fui capaz de amantarla. Se crió con biberón desde que nació. Fue un bebé dócil y casi nunca lloraba. Crecía sana y fuerte. Pero al cumplir dos años comprendí que Samanta era especial.

Aquella tarde yo estaba en casa sola con ella, como tantas. Escribía en mi ordenador portátil en el salón una crítica de un corto infame que me habían obligado a ver la tarde anterior. Sam jugaba en la alfombra con una casita de madera con forma de seta. Sus habitantes eran cuatro conejitos de madera cuyas extremidades iban unidas por unas bolas de acero. Mi concentración en

el trabajo era tal que no reparaba en sus juegos.

Levanté la vista de la pantalla un segundo y vi a Sam sentada en la alfombra con las piernas cruzadas. Tenía la cabeza Shuar entre sus muslos y los conejos los llevaba adheridos a sus antebrazos. Ver a mi hija con aquella cabeza cerca de ella me produjo hastío y me levanté con rapidez para retirársela de inmediato. Sam se puso a gritar y mientras tanto, los conejos se aferraban a la piel de sus brazos. Sus gritos pasaron al llanto e intenté cogerla para consolarla, pero una fuerza anormal me impedía acercarme a ella. Era como si un campo electromagnético nos separase, una barrera invisible que me obligaba a retroceder. Sam no cesaba de llorar y extendía sus brazos hacia mí con desconsuelo pero yo no conseguía acercarme a más de medio metro. Su zozobra me asustó. Comencé a gritar: «¡Sam! ¡Sam!». En pocos segundos, todos los objetos metálicos a su alrededor se lanzaron hacia ella. El llavero del coche, mi pitillera, las bisagras de la mesa de centro. Sam no cesaba de llorar. Estaba aterrorizada. El suceso duró unos minutos, que se hicieron eternos. Sin saber por qué, los objetos se desprendieron solos y pude al fin recogerla del suelo y acunarla en mis brazos. Su llanto cesó y se quedó profundamente dormida.

Tardé un rato en reponerme de aquello. Después de cenar, me acerqué a su habitación y me quedé observándola mientras dormía, ajena a lo que había pasado. Su rostro era dulce, sus manitas redondas agarraban con fuerza la pierna de un osito de peluche que le regalamos al nacer. Su respiración era pausada y su frente desprendía calor. Debía estar tan exhausta que ni siquiera se despertó en el momento en que le di el antipirético. Aquella noche necesité mucho a Elián.

A la mañana siguiente pensé en guardar aquella cabeza, tirarla a la basura, esconderla, moverla de sitio, pero ¿dónde? Me preguntaba cómo había ido a parar a manos de Sam, desde donde estaba. Decidí no pensar en ello si no volvía a suceder y me olvidaría de la cabeza para siempre. Aquello no volvió a pasar pero tardé tiempo en olvidarlo. Ahora no sé por qué quise ocultar el hecho de que habíamos experimentado algo paranormal. Me limité a escribir sobre ello como siempre hacía y decidí no contárselo a Elián.

No es fácil criar a una hija sola. Tienes que multiplicar por dos todas las responsabilidades y obligaciones. Nunca esperé mucho de Elián y no le exigí más de lo que él estaba dispuesto a dar, no a Sam. Fue tan dócil y accesible que me permitió desempeñar los dos papeles sin volverme loca

desde que él se fue.

Ahora sé que si su padre hubiera estado con ella, no habría tenido la necesidad de comunicarse conmigo. Yo era su madre, pero también sabía a quién pertenecía. Sólo tuvo ojos para él. Eran como hermanos siameses. Ella enfermaba siempre que su padre se marchaba de viaje. Le subía la fiebre y vomitaba.

Unos días antes de su quinto cumpleaños, Elián se marchó a los Andes en una expedición muy importante, patrocinada por un laboratorio farmacéutico. Habían encontrado una flor que al parecer guardaba unas propiedades curativas extraordinarias. Elián tampoco fue el mismo al volver de aquella expedición. De hecho, aquellas montañas se convirtieron en un destino fijo en el futuro.

Yo ayudaba a Elián a hacer su equipaje. Doblaba sus jerséis con suavidad, como si no fuera a verlos más. Siempre lo hacía. Aquello se había convertido en una dolorosa costumbre. Los planchaba con mis manos y los ponía con delicadeza dentro de la maleta. Elián me miraba con dulzura. Me abrazaba por la espalda y me besaba el cuello. Jugaba con su nariz en mi pelo y yo me quedaba sin respiración. Cerraba los ojos y me llevaba el jersey al pecho para abrazarlo. Por dentro, temblaba.

Sam apareció en el umbral de la puerta. Sentimos su presencia. Su rostro inexpresivo y pálido nos llamó la atención. Nos envió una mirada inquisitoria y desapareció. Nos dimos la vuelta y el jersey se me resbaló de las manos. La ropa que había doblado minutos antes yacía sobre el suelo, esparcida por la habitación. Parecía que hubiera entrado un ladrón y lo hubiera revuelto todo.

—¿Qué ha pasado aquí? —Elián estaba aturdido.

Fui a buscar a Sam. Estaba en su habitación, de espaldas frente a la ventana. Entre sus brazos sujetaba el osito de peluche que aún guardaba desde bebé.

—Sam, ¿qué has hecho con la ropa?

Samanta se volvió. Sus lágrimas empapaban su rostro pero no se movía.

—Sam, cariño... —dije con ternura.

—Yo no he sido.

Su voz no sonaba triste, sino temerosa. Elián apareció detrás de mí.

—Ha sido él, Papá. Lucas no quiere que te vayas.

Apretó a su osito y empezó a morder su cabeza. Elián se acercó, se agachó hasta que su rostro le llegó a la altura de sus ojos.

—¿Qué pasa pequeña? —le preguntó.

—Lucas no quiere que te vayas.

—Lo sé pero tengo que hacerlo.

Samanta apretaba fuerte al osito.

—¿Por qué has hecho eso? —le dijo mientras posaba sus manos sobre los hombros.

—Yo no he sido. Ha sido Lucas.

Elián la abrazó y ella se dejó abordar por su calor. Abrió la mano y el osito se desplomó a los pies de su padre. Aquello me sorprendió. Cómo un osito de peluche podía caer con el peso de un adoquín. Me invadió un sentimiento de frustración y ahora sé que estuve celosa. Jamás Samanta habría llorado con tanta desesperación y sinceridad por mí. Aquella noche vomitó mucho y durmió con fiebre muy alta.

Sus enfermedades eran reales y se habían convertido en rutina previa a todos sus viajes. Así fue hasta que Elián se fue del todo. Su piel se erizaba cuando estaban juntos. Es un detalle en el que reparaba con indiferencia. Ahora entiendo muchas cosas sobre la relación que les unía.

Una de sus muchas ausencias duró casi cuatro meses. Durante todo ese tiempo no recibí ni una llamada, ni una carta, nada. Samanta tenía seis años por aquel entonces. Toda aquella fortaleza que me había sostenido al principio la perdí durante aquellos días de espera. La pena y la incertidumbre me hicieron enfermar hasta que una tarde al fin regresó. Entró en casa como si la hubiera abandonado esa misma mañana. Dejó las llaves en la cómoda de la entrada y colgó su abrigo en el perchero como otras veces. Estaba algo más delgado y tenía el rostro cansado. Me levanté del sofá y corrí hacia él como si una fuerza invisible me arrastrara, y en vez de abrazarle como hacía siempre, me quedé quieta frente a él, le miré sin decirle nada; y corrí a refugiarme en el dormitorio. Él me siguió, se acercó a mí y se sentó al borde de la cama.

Ahora que pienso en esa escena, me resulta ridícula y pretenciosa, más



propia de la imaginación de un guionista de cine que de mí misma.

—¿Qué te ocurre? —preguntó mientras me acariciaba el pelo y me secaba las lágrimas.

—No llores, por favor —susurró— ya hemos hablado de esto otras veces.

Me abracé a él y lloré con amargura. Me sentía tan feliz de tenerle de nuevo... Pero a la vez culpable por no ser paciente. El me apretó con fuerza contra sí y lloró conmigo en silencio. Entonces pensé que él había comprendido que aquello no podría durar más tiempo, que el sufrimiento se había hecho tan grande que ni todo el amor que nos teníamos podría compensarlo.

Lo que en verdad me resultaba más difícil era encontrar una explicación para Samanta. Cada vez que su padre se marchaba, lo buscaba con la mirada, con su aliento, con su alma rota por toda la casa. Ya, en el último momento, al salir por la puerta, ella se sujetaba a sus piernas con fuerza para impedir su marcha, en silencio, sin una lágrima ni un sollozo. Es difícil olvidar momentos como ese. El esperaba ahí mirándola hasta que perdía las fuerzas y se soltaba. Luego, silencio. Se refugiaba en su habitación y se aferraba al osito Lucas con fuerza. A los pocos días recuperaba la sonrisa y su tono vital de antes. Eso me consolaba cuando yo perdía las fuerzas para luchar por las dos.

Ella siempre supo que algún día él desaparecería de nuestras vidas. Yo nunca tuve esa premonición. Me enamoré de él abierta y plenamente, sin dudas ni temores. Le amaba con todo mi ser, como jamás pude imaginar que podía amar a un hombre. Pensé que amándole como le amaba podría soportar su inconstancia sin dolor.

Ella lo supo al instante. Yo estaba en el dormitorio, de pié junto a la ventana, mientras intentaba superar con cada lágrima que resbalaba sobre mi rostro el desengaño de mi vida. Ella entró en mi habitación y se quedó detrás de mí, esperaba un gesto, un abrazo, algo. Podía sentir su respiración entrecortada y triste, su calor y su ternura de niña. Pensé que si le mostraba mis lágrimas jamás podría volver a mirarle a la cara.

—Papá no va a volver.

Me habló con voz firme, esa voz que solía tener mientras sentenciaba algo. Yo no contesté. Esperé a que se marchara para poder secar mi alma. Sólo

así podría enseñarle de nuevo mi rostro. Pasado el tiempo, ahora me doy cuenta que mi actitud aquel día fue injusta y egoísta. Me sentí incapaz de mostrar mi dolor a mi propia hija para no contagiárselo.

La idea de verla sufrir pudo más que mi sinceridad. Apenas podía controlar mis sentimientos, y no podía dejar que los suyos se esparcieran como una mancha en el océano. ¡Cómo podía explicarle a una niña de ocho años! El miedo a no encontrar nunca mi rostro reflejado en el espejo, el miedo a la soledad, al futuro, tal vez, me impidió comunicarme con ella en aquel momento.

Pero lo hice, meses después de aquel día en que su padre se marchó; el momento en que ya no podíamos sentirle, tuve la necesidad de comunicarme. Fui a su cama una noche y me acosté junto a ella. La abracé con tanta fuerza que temí hacerle daño. Sentí su calor como un regalo. Su pelo rubio y terso me rozaba el rostro. Ella al principio no se movió pero yo sabía que estaba despierta. Sentí el impulso de besarla en el cuello como hacía cada noche al acostarla. A ella le encantaba. Sentía escalofríos y se encogía como un ovillo. Se volvió hacia mí y en medio de toda aquella oscuridad silenciosa me miró con esos ojos claros y brillantes del color del mar cuando está revuelto, ese mar color verdoso, pero que se torna grisáceo con el reflejo de la luna. Luego recostó su cabeza sobre mi pecho y nos quedamos dormidas. Por un momento pensé que todo había sido un mal sueño y que a partir de esa noche todo volvería a ser como antes, y así lo creí, durante ocho años.

Porque desde que su padre nos dejó, nuestra relación había cambiado. Cambió a su padre por mí. Recuerdo que a veces alargábamos nuestras charlas como dos amigas furtivas hasta altas horas de la madrugada, con confidencias, mientras compartíamos el silencio de la noche. ¡Qué fácil era escucharla! era tan brillante que a veces me asustaba, porque temía no estar siempre a su altura. Sus reflexiones sobre la vida y la muerte, tan profundas y frecuentes a veces me estremecían, y yo no cesaba de decirle que una persona de su edad no debía pensar en esas cosas, pero ella no podía evitarlo; Sam tenía espacio más que suficiente para llenarse de emociones nuevas y conocimientos.

Acostumbraba a oír muy a menudo aquello de «el tiempo lo cura todo», y aunque no estoy del todo de acuerdo, lo cierto es que el tiempo te sumerge de nuevo en la rutina y te ayuda a comprender todo aquello que antes te producía aflicción. Samanta creció aferrada a Lucas y al recuerdo de sus

tardes de espera, de «te quiero» de «volveré», y conforme arrinconaba a aquella niña vulnerable, salía de ella la mujer que nunca pensé llegar a ver.

Aquel día las dos enterramos a su padre para siempre. En aquel momento, no supe qué ocurrió en realidad en aquellas montañas nevadas de los Andes. Desapareció, sin más. Aunque la versión oficial fue que murió sepultado por un alud fue la razón más sensata que podía darle a una niña de su edad que se consumía con esas largas esperas y también, lo que yo necesitaba oír, después de todo. Tal vez cometiera el mayor error de mi vida y todo lo que ocurrió después de aquella tarde de invierno sea el castigo por ello.

Ahora que miro hacia atrás me pregunto si no debía haber hecho algo por encontrar el cuerpo de Elián, sino por mí al menos por Samanta, pero pensé que sería más fácil para ella entender su muerte que su huida, y tal vez me equivoqué; lo supe el día en que cumplió dieciséis años.

\*\*\*

Ahora viene todo muy nítido a mis recuerdos. Aquella mañana, Samanta se despertó tarde y estuvo algo ausente durante el desayuno, aun así la idea de pasar el día juntas en el lago fue una gran sorpresa para ella, y grata, de eso estoy segura. Fue un día maravilloso. Fuimos a un café llamado «Mi pequeño Yo» al que tantas veces fuimos con su padre. El local era pequeño y acogedor. Estaba decorado con guirnaldas de flores secas y fotos de personas desconocidas, de todas las edades y venidas de todas partes. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Se podía sentir el calor de la chimenea que teníamos detrás. Se estaba muy bien allí, al abrigo de esa primavera inestable y con esas vistas del lago que tanto nos gustaban. Yo tomé un café con leche y ella un chocolate caliente. Sam estaba distante, apagada y pensativa. Cuando hubo terminado su taza de chocolate ocurrió algo inesperado. Con una de esas miradas profundas que a veces me dirigía me habló con tristeza.

—Mamá, quiero decirte algo.

—¿Si? —dije mientras sorbía el café caliente.

«Este es el momento en que ella me dice que ha conocido a un chico y que se quiere fugar con él», pensé divertida. Habría sido una frase genial para alguno de mis guiones.

—Se trata de Papá.

Jugaba con la cucharilla mientras revolvía en el fondo de su taza cómo si quisiese sacar algo y no pudiera. Aquello me ponía nerviosa. Levanté las cejas y dibujé una sonrisa forzada. Nunca hasta aquel día había vuelto a mencionar a su padre desde su marcha y aquello me sorprendió.

—Dime —dije distraída.

—Le he visto, mamá.

—¿A quién has visto? —pregunté con curiosidad.

—A Papá. He visto a Papá.

Levantó el rostro hacia mí. Me quedé en silencio sin saber qué decir, la miré con ternura y a la vez con extrañeza. Me llevé la mano al pecho. Mi corazón y mi cabeza trabajaban a la misma velocidad, intentaban entender lo que estaba escuchando.

—¿Qué dices Sam?

Eludió mi mirada sin contestar.

—Sabes que eso no es posible... —le dije con la voz entrecortada. Miré alrededor como si buscara la aprobación de alguien.

—Lo sé —contestó serena— yo también estoy sorprendida, pero es real.

—¿Real? ¿A qué te refieres con real?

—Lo que he visto, Mamá. ¿A quien he visto! —Dio con las palmas en la mesa nerviosa y me sobresalté.

—¿A tu padre? —me percaté de que mi tono sonaba presuntuoso.

—Tu padre murió en los Andes —continué.

Samanta se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó los brazos a la altura del pecho y dirigió su mirada a través de la ventana. Sus ojos se perdieron en el infinito durante unos segundos, pero no se inmutó al regresar a la conversación.

—Pues ha vuelto.

—Los muertos no vuelven, Sam. Tú estuviste en su funeral ¿O lo has olvidado? —negaba con la cabeza.

—Un funeral y un ataúd vacío, sí, me acuerdo —parecía enfadada— te digo que ha vuelto.

Su rostro parecía tan sincero y asustado al mismo tiempo que hizo llamar más mi atención.

—¿De qué hablas?

—Era pequeña pero no tonta.

—Nunca he pensado que fueras tonta.

—Papá no está muerto y ha vuelto.

—Sam, mírame —le dije— ¿Qué quieres decir con que ha vuelto?

—Lo que he dicho —dijo con rotundidad— y no me mires como si estuviera loca. No estoy loca y tú lo sabes.

Había bajado la voz y casi hablaba en susurros. Se había inclinado hacia mí. Sus ojos no eran los mismos que yo conocía. Ardían de una especie de deseo y de rencor a la vez.

—No, no lo sé —dije enfadada— no sé qué está pasando en este momento. Estoy...estoy muy sorprendida y asustada, te lo confieso.

—¿Por qué me mentiste?

—Yo no te mentí.

—No me dijiste la verdad.

—Tenías ocho años, Sam. Tu padre no había vuelto. Llevaba meses desaparecido. Eso y estar muerto es lo mismo.

—¿Lo mismo? Pues yo creo que no. Se echó hacia atrás y se apoyó de nuevo en el respaldo, más relajada.

—¿Por qué esto ahora Sam? ¿Qué ocurre?

—Lo sé todo, Mamá.

—¿Todo?

—Esto no es fácil ¿sabes? No es fácil.

—¡Vaya! —exclamé— ¿tienes una crisis?, ¿es eso?

Samanta hizo un gesto de hastío con la boca y volvió de nuevo la mirada hacia la ventana.

—No me mires así, y contéstame.

—A veces eres tan... te pones a la defensiva. Esto no va contigo.

La miré con tristeza.

—¿No va conmigo?

—Nunca fue contigo.

—¡Samanta!

Mi hija me había enviado el puñal más afilado que podía y ni siquiera ella era consciente.

—Lo siento.

Su mirada era sincera.

—¿Qué es todo esto? ¿Estamos bien no? ¿Tú y yo? ¿No estamos bien? aquí, mientras merendamos como otras tantas veces, relajadas. Es tu cumpleaños.

—Ya te lo he dicho. Papá ha vuelto y...

—¿Y qué?

—No sé. Es que no sé lo que me pasa...

Apoyó los codos sobre la mesa y se sujetó la frente con la palma de las manos. Sus ojos se humedecieron. Lo percibió a través de sus finos dedos.

—Tenía tantas ganas de volver a verle, Mamá, que ha sido como magia.

Mi estómago se encogió. No estaba preparada para oír aquello tantos años después. No ese día, no así.

—Te parecerá extraño pero por eso estoy aquí hoy, contándotelo, porque me siento vacía y... Me gustaría irme con él, Mamá.

Suspiré con extrañeza.

—Sam, si esto es una broma no tiene gracia.

—No es una broma —apartó las manos del rostro.

—Está bien —erguí la espalda y agité los hombros— tu padre ha venido de entre los muertos para llevarte con él, ¿a dónde?

Samanta dirigió de nuevo su mirada a través de la ventana como si aquella pregunta no fuera para ella.

—Samanta... ¿me has oído?

—¡Ya estás! Cuando me llamas Samanta es porque quieres ejercer.

—¡Oh! ¡Por Dios! no merezco esto —exclamé— dime, ¿dónde quieres ir con tu padre ahora?, ¿dónde crees que está?

—No lo sé, mamá —dijo al fin— ese es el problema, que no lo sé. Sólo sé que quiero irme con él, ¿te parece eso tan extraño?

En aquel momento ella me miraba con el reproche grabado en sus ojos, una mirada que jamás había visto en ella. Me dije a mí misma que aquello no podía ser real, y sentí la necesidad de pellizcarme.

—Tú me has tenido para ti sola durante todo este tiempo, ¿qué hay de malo en que comparta algo de mi vida con él? al fin y al cabo es mi padre.

—¿A qué viene esto Sam, cariño? me estás asustando, ¿sabes?

—¡Ojalá nunca se hubiera marchado!

—¿Acaso me culpas de algo? —me llevé la mano al pecho.

—No es eso. Es sólo que...tengo que aprovechar esta oportunidad de

estar otra vez con él. Todo lo que él me enseñó, está ahí.

—Cielo —le dije con cuidado— hablas de tu padre como si...como si estuviera ahí al lado, como si nunca se hubiera marchado, ¿qué te pasa? Está muerto...

Sentí una profunda tristeza al decirlo y toda mi vida con él pasó por mi mente como una película muda.

—Mamá, es difícil que lo entiendas, lo sé. Y créeme, lo intento y si pudiera... si pudiera contarte...

Su cuerpo tembló como el de un pajarillo desvalido.

—Tal vez haya sido un error. Porque tampoco sé cómo explicarlo para que lo entiendas. Yo solo quería sincerarme contigo, eso es todo —dijo disgustada— pensé que podría hacerlo, siempre lo hago. Pensé que me entenderías, pero... veo que además este tema te molesta, así que prefiero no hablar más de ello. Si quieres... nos vamos o... cambiamos de tema.

Apretó los labios. Vi aquel rostro humilde e inocente que tenía de niña.

—¡Esto es el colmo! —exclamé— me traes aquí en una tarde lluviosa, el día de tu cumpleaños, para charlar como cualquier otra tarde y me dices con mirada lánguida a lo «Rebeca» que has visto el fantasma de tu padre y que te quieres ir con él...y esperas que te de una palmadita en la espalda y te diga: Claro hija, vete con tu padre, me parece normal que quieras compartir tu vida con un fantasma.

—¡Mamá!

Mi tono había sido demasiado elevado y la gente de las mesas contiguas habían vuelto la vista hacia nosotras.

—¿Qué es todo esto? ¿me lo vas a explicar?

—No sé explicarlo —parecía preocupada— pero tienes que creerme. No es un fantasma, es él. Está vivo.

Me crucé de brazos y miré por la ventana. Llovía y el agua torpedeaba los cristales para llamar nuestra atención.

—Para ti es fácil decirlo.

—¿Fácil?, ¿decir qué ?

—Para ti es fácil sorprenderte porque no le echas de menos.



Tragué saliva y mis ojos adquirieron el oscuro brillo de la tristeza. La miré con desdén. Fue la primera vez en dieciséis años que miraba a mi hija de ese modo. Sus palabras me habían roto el corazón.

—Yo amaba a tu padre, Sam ¡Dios sabe que eso es así!

—Tú no crees en Dios mamá, no utilices su nombre en vano.

Un silencio inesperado y fugaz nos distanció como si fuéramos unas perfectas desconocidas. Nada nos diferenciaba en aquel momento de las personas que teníamos a nuestro lado.

—Sam —dije al fin— si te pasa algo, si tienes algún problema, lo que sea...yo te ayudaré y lo sabes.

—No seas condescendiente conmigo.

Suspiré y miré a mi alrededor en busca de algún cómplice que pudiera lanzarme una cuerda o algo a lo que sujetarme.

—No puedes ayudarme y no quiero que me ayudes. No es tu ayuda lo que necesito. Solo quiero que me creas.

—Está bien, te creeré. Cuéntamelo todo.

Dejó escapar unas lágrimas que yo misma pude sentir.

—¿Qué? —pregunté asustada— ¿no me lo cuentas?

—¡Nada!, no voy a poder hacerlo. No necesito nada de ti. Es... mamá.

—Sam...

—¿Recuerdas aquel día aquí, en el lago? —desvió su mirada a través de la ventana— él intentó explicártelo mamá, pero no podía. Sólo yo puedo entenderle. Sólo te pido que...que entiendas.

—¿Qué entienda?

—¿Por qué no haces un pequeño esfuerzo para creerme? —se secaba las lágrimas con la yema de los dedos.

—Si yo quiero creerte hija, pero...no sé a qué viene esta historia de que tu padre ha vuelto y que te quieres ir con él y...No sé qué pensar.

—¿Lo ves? Es inútil. Déjame explicarte lo que siento.

—Mira Sam...

Cogí un cigarrillo y lo encendí. Ese era el momento en que debía

mostrarme firme con mi hija.

—Samanta...Estoy dispuesta a aceptar que estás pasando una mala temporada ¿Sabes? Te llevaré a un psicólogo y lo aclararemos todo. Tal vez no estás preparada para contármelo a mí.

—Mamá ¿Me estás eludiendo?

—¿Eludiendo?

—Si me dejaras al menos decirte.

Evité su mirada.

—En realidad te comprendo mamá, comprendo que no quieras creerlo, ni yo misma sé por qué te digo esto pero no puedo explicarlo. No te miento y no necesito un psicólogo. Pero si sólo al menos...

Su voz se entrecortaba.

—...quisieras ser más receptiva.

—No quiero seguir esta conversación, Samanta. Es absurdo, y nos hace daño. Buscaremos a alguien, para que te ayude.

—¡No! ¡Maldita sea! —gritó Samanta mientras salía del café a toda prisa.

Una pareja que estaba en la mesa de al lado se volvió para mirarla y el camarero sorprendido hizo lo propio. Sentí una gran vergüenza. Miré la silla vacía durante unos segundos sin saber qué hacer. Apagué el cigarrillo en el cenicero y me acerqué a la barra, pagué la cuenta y salí del bar.

Aquella inesperada reacción hizo tambalearse todo aquello que habíamos construido juntas durante esos años. Lo último que esperaba oír de mi hija en aquel momento era que había visto a su padre. Cualquier otra expresión de dolor o de pena que mostrara la nostalgia que sentía por él me habría parecido natural, pero lo que me transmitió aquella tarde no estaba previsto que ocurriera.

Sam me esperaba apoyada en el coche ajena a la intensa lluvia que golpeaba con fuerza los cristales. Su ropa y su pelo estaban empapados, su mirada perdida en el lago. Abrí el coche y la hice entrar. Parecía un corderito asustado. Entró sin mediar palabra. Me senté junto a ella y mientras observaba su tristeza con desánimo no dejaba de pensar en cuál sería la frase adecuada para aquella situación. Mi hija estaba triste y por primera vez en la vida yo no

sabía por qué ni cómo ayudarla.

—Sam —le dije— no sé lo que ha pasado ahí dentro pero te aseguro que no me es indiferente. Te conozco y sé que hablabas en serio, por eso me he asustado tanto. Has querido sincerarte de algo importante para ti y yo no he sabido entenderte, pero entiéndeme tú a mí... Háblame hija, por favor.

Se volvió hacia mí con los ojos húmedos y me abrazó. Permanecimos así durante unos minutos en silencio. Podía sentir su dolor a través de su piel, un dolor que me traspasó a mí también como una espada.

—Tengo miedo mamá... —dijo entre sollozos— me duele dentro y es como si una fuerza, algo tirara de mí y me duele.

Todo su cuerpo temblaba.

—!Hija! —le dije— cuéntamelo todo, por favor ¿de qué tienes miedo?

Ella se apartó con suavidad y se incorporó en su asiento. Se secó las lágrimas con la manga y con la voz temblorosa empezó a hablar.

—Tengo miedo de no estar a la altura.

—Pero Sam...

—Papá vino a verme al instituto.

Incliné la cabeza hacia ella.

—No me mires así, por favor.

—Continúa

—Yo estaba en clase. Sentí náuseas. Me dolía la cabeza y sentí como los pelos de mis brazos se erizaban. ¿Te acuerdas cuando Papá se iba de viaje? Me pasaba igual. Pero en esta ocasión no fue por que se alejara de mí sino por todo lo contrario.

Tragué saliva y asentí para que continuara.

—Oí un ruido en el cristal —su voz se entrecortaba por las lágrimas.

—Un pájaro se había estrellado y... se rompió el cuello.

—¡Oh Sam! —exclamé con angustia.

—Nos levantamos todos y miramos por la ventana. El pájaro estaba muerto en el suelo.

—Sam —tuve el instinto de acariciarle el pelo como si quisiera aliviar

su angustia.

—Me sentía mareada y...y le vi.

—¿A quién?

—A Papá. Estaba en el patio quieto, miraba hacia la ventana. Cerré los ojos para comprobar que no habían sido imaginaciones mías pero al abrirlos de nuevo estaba aún allí. Me hablaba con su mirada. Pensé que era un hombre que se le parecía, pero ¡se le parecía tanto mamá! Pedí permiso para ir al lavabo y bajé al patio, pero al salir ya no estaba.

—Sam, Sam.. —murmuré con tristeza— cariño, es normal que aún le echés de menos.

Dejé brotar unas lágrimas y lloré con ella en silencio unos segundos.

—Cariño, te pareció verle porque en el fondo querías verle ¿Sabes? pero no era él. Papá está muerto, hija.

—Era él, mamá —continuó. No sé por qué, pero era él.

Sam y yo ya no llorábamos y la lluvia había cesado.

—Yo... —dudé unos segundos— yo también sueño con él.

—No es un sueño, mamá.

—No puedes estar segura de eso.

—Lo estoy —me miró, sus ojos brillaban con una verdad difícil de contradecir.

—Le vi a través de la ventana. No hay mucha altura, ¿sabes? le distinguí muy bien. Incluso..., incluso creí ver que pronunciaba mi nombre. Si hubiera sido un sueño le habría visto tal y como era antes, pero estaba cambiado mamá, estaba...estaba más viejo y más delgado.

—Fue tu imaginación. Nada más —me asusté.

—Era él, mamá.

—Sam...

—¿Y el pájaro?

—¿Qué?

—¿No fue una señal?

Alargué los brazos de nuevo para tocarla y ella me los apartó. Me miró

con aquella mirada suya que conocía muy bien en los momentos en que pretendía sentar cátedra.

—Era él.

—¿Cuando fue eso Samanta? —dije con voz temblorosa

—Hace un par de meses.

—¿Un par de meses? No me lo puedo creer ¿Por qué no me lo dijiste en aquel momento?

—Porque ésta es la reacción que esperaba.

—¿Y por qué ahora?

—Porque ya he tomado la decisión. Mamá, todo esto me ha superado pero algo en mi interior me dice que sé lo que tengo que hacer. No sé el cómo pero si sé que debo tomar esa decisión.

—Sam, me estás asustando de verdad.

—No fue la única vez, mamá. Le he visto varias veces desde entonces.

—¿Cómo que le has visto varias veces?

Se hizo un silencio.

—Contéstame Samanta —le miré con severidad.

—Unos días después volvió al Instituto. Del mismo modo. Otro pájaro que se estrelló y cayó muerto. Y él, me miraba desde el patio. Y... hace una semana le vi mientras cruzaba la calle. Pero fue fugaz. Sólo segundos. Y le vi con menos nitidez.

—¿Cruzaba la calle?, ¿él?, ¿qué calle?

—Nuestra calle, mamá —dijo como si no fuera capaz de entenderla— cruzó la calle que hay en frente de mi ventana. La que se esconde en el parque.

—Y ¿hablaste con él?

—No. Sólo nos miramos. No necesitamos más.

Me llevé las manos a la boca ¡Elián estaba vivo y no había venido a verme! ¡Cómo podía ser tan engreída de pensarlo! Aquello era tan absurdo que ninguno de mis guiones podía superarlo. En esos momentos, dejó caer de nuevo unas lágrimas tímidas que se limpió enseguida. Le puse la mano en la cabeza, le acaricié el pelo y ella me dejó. Aquello me reconfortaba. Su mirada transmitía dolor y miedo. Me las apartó de nuevo y aquello me desconcertó.

—Sam...

—Esta mañana he vuelto a verle, mamá —dijo.

—¿Dónde?

—En casa.

Me quedé inmóvil sin saber qué decir. Miré por la ventana en busca del brillo del lago. El lago de Sam y de Elián. Su sufrimiento era real y yo no sabía qué hacer con él. Me miraba en silencio. Esperaba que volviese el rostro hacia ella y le dijese algo que explicase aquello, que la reconfortase, pero no me atreví. La quietud del lago me resultaba más placentera.

—Mamá ¿me has escuchado?

—Sí.

Contesté a un pájaro extraño, de muchos colores que se había posado en el capó de un coche vecino. Me sorprendió ver un ave tan hermosa allí, y a esas alturas del año.

—Sé que te sientes mal por no poder ayudarme, mamá, pero no necesito ayuda —dijo con aseveración— sólo que confíes en mí, me creas y que escuches todo lo que tengo que decir.

El pájaro había levantado el vuelo. El lago adquirió ese color negruzco, precioso, que acompaña al anochecer. Abrí la ventanilla del coche y dejé que el aire frío de la sierra hinchara mis pulmones. Me giré hacia ella y la miré. Era tan hermosa que eclipsaba cualquier paisaje, incluido aquel. Sonreía y ahora creo que estaba satisfecha y expectante por todo lo que me iba a contar. La noche nos esperaba en la terraza al llegar a casa. Nos observaba, limpia y curiosa.

Deseé con todas mis fuerzas que aquellas fueran sus últimas palabras. Después de aquella conversación me aterraba lo que podría llegar a escuchar o ver en el futuro. Cualquier reacción a lo que pasó en el lago me habría parecido frívola. Creo que ambas comprendimos y decidimos hacer un pacto de silencio sobre aquel tema durante un tiempo y sobre aquella tarde en el bar «Mi pequeño Yo»

Aquellos días vagaba por la casa y por la calle, meditabunda, huidiza. Notaba que la gente me observaba, que me perseguía con su curiosidad. Sentía que emanaba algo extraño. Cruzaba las calles y ellos me miraban, al doblar la esquina, al entrar en el portal. Desde el ático miraba los tejados curiosos,

invasores de nuestra pequeña realidad, y que nada tenía que ver con la del resto del mundo. Sam me había hechizado aquella tarde, igual que hizo su padre diecisiete años antes. De otro modo, pero lo hizo. Capturó mi interés, mi amor de madre incondicional. Sam, sin embargo, entonces, era una extraña para mí.

Unas semanas después me pareció vislumbrar algo que parecía ser mi imagen en el espejo pero no era nítida, no era real. Parecía la imagen de la cordura pero también de la impotencia. Me decidí a franquear esa barrera de energía que nos separaba y nos unía al mismo tiempo. Una tarde me senté frente a ella. La primavera permitió al sol cierto protagonismo y asomaba por las ventanas del salón con timidez. Sam estaba radiante, como siempre, sentada en el sofá con una pierna doblada debajo de la otra, y el codo en el apoyabrazos. Levantó la cabeza y su largo pelo dibujó hacia atrás ondas en el aire mientras caía sobre su espalda. Sus ojos eran hermosos y su sonrisa secuestraba mis sentidos. Pero yo no podía corresponder. Estaba sentada en una butaca frente a ella, mi espalda curvada y mis antebrazos apoyados en mis muslos. Mis dedos se retorcían nerviosos y ella los vio.

—Sam —dije con un hilo de voz— ¿has... has vuelto a ver a Papá últimamente?

Sam cerró el libro que estaba leyendo y soltó una carcajada.

—¡Mamá!, ¿qué pregunta es esa?

Me sentí cómica en aquella situación y compartí con ella lo absurdo de la pregunta. Reí pero sin perder la compostura. Se apoyó en el respaldo del sofá y cruzó las piernas. Su tranquilidad me causaba desconcierto.

—Bueno... —dije a modo de disculpa— no sabía si...no sabía.

—¿Mamá? —mover la cabeza y levantó los hombros en señal de extrañeza.

—Me gustaría hablar de ello, Sam.

—¿De qué?

—¡Ya sabes de qué Samanta! —me erguí y adopté una postura de fuerza.

Sam frunció el ceño.

—No tengo nada que decirte, Mamá. Hoy no.

—¿Hoy no?

—No, hoy no —negó con la cabeza sin borrar la medio sonrisa de su rostro.

—Y lo de aquel día en el lago...lo que me dijiste ¿no hay nada más?

—Pues no. Nada nuevo —sentenció— estas cosas no vienen cuando tú quieres, ¿sabes?

—¿Estas cosas? —negué con la cabeza.

—¡Pues claro! No se pueden controlar.

Estaba haciendo tiempo para evitar decirle lo que le tenía que decir sin estar segura de que deseaba hacerlo.

—Samanta. He pensado mucho estos días ¿sabes?, sobre lo que hablamos aquella tarde en el lago. Siento que estamos más distantes y no me gusta.

—Si... claro —su rostro se ensombreció. Creo que sentía piedad por mí.

—Y no lo tengo nada claro, Sam.

¡Santo cielo! Jamás pensé que podría encontrarme frente a una hija adolescente y dudar sobre aquello. Los caracoles sacan los cuernos al sol y las lagartijas regeneran la cola después de perderla. Son evidencias. Era evidente que no había evidencia en nada de lo que Sam experimentaba en aquel tiempo, nada.

—¿Qué es lo que no tienes claro Mamá?

—Lo que está pasando.

—No pasa nada —sentenció.

—¿Vas a negarme que estás rara?

—No, no lo negaré. Estoy rara, porque tengo dieciséis años.

Sam me miraba con fuerza. Sus ojos verdes cortaban la respiración. Aquello no era lo que yo esperaba oír.

—Quedamos en no volver a hablar de ello, Mamá. Lo prometiste. Dijiste que confiarías en mí.

—No puedo ser indiferente. Ya casi ni nos hablamos...Tengo miedo.



—¿Miedo? , ¿de qué? —dijo.

—De perderte«igual que perdí a tu padre» —pensé.

—No debes tener miedo. Ya te lo dije. Debes confiar.

—¿Confiar?

Me levanté y comencé a dar paseos por la habitación. Sam me observaba y me seguía con la cabeza.

—Mamá. No me hagas esto, por favor —suplicó.

Me quedé parada y vi como su rostro se ensombrecía aún más. Volví a ver a aquella Sam del lago, vulnerable, perdida, alguien que ocultaba algo, un secreto inconfesable.

—Sam, creo que debemos ir a hablar con alguien de esto. Lo he pensado mucho y no podemos seguir así.

—¿Hablar con alguien?

Su tono de voz era más elevado que antes y sus ojos brillaban con la intensidad del miedo y la ira.

—A un profesional

—¿Un profesional? ¿Un profesional de qué?

—No me levantes la voz, Samanta. Aún soy tu madre —dije con severidad.

Su rostro denotaba tristeza.

—No me creíste... no me creíste y fingiste que sí—negó con la cabeza.

—Sam...

—¿Por qué?

—Sam, te creo. Ese es el problema. Que creo todo lo que me has dicho y porque soy así, racional, incrédula, llámalo como quieras, una persona normal. Soy incapaz de ver más allá de mis narices ¡Fíjate!

Nos quedamos calladas mirándonos unos segundos con ganas de encontrarnos en un punto medio, de no retorno.

—Por eso creo que debemos pedir ayuda —dije.

Sam se oscureció, se levantó y se encerró a su habitación. Yo, apenas era capaz de moverme. Estaba anclada al suelo, paralizada. Sentía como el sol

caía al otro lado de la ventana y la casa se quedaba sin luz, igual que yo. Posé la vista sobre Shuar y vi a Elián. No como Sam, sino en el recuerdo. Pude escuchar su tristeza al final del pasillo. Ninguna de las dos quiso hablar aquella noche. Éramos como dos extrañas unidas que se conocían bien. Una paradoja de la vida. Aquel día había tomado dos decisiones equivocadas. La primera fue la duda, la segunda, el olvido.

Ambas decidimos sin decirlo, fingir, actuar en el teatrillo de nuestro ático, en nuestra realidad. Yo, fingiría que éramos una familia normal. Y Sam, que sólo pasaba por una adolescencia problemática.

Todo transcurrió con relativa normalidad a partir de entonces hasta aquella tarde aciaga. Poco a poco volvimos a la rutina pero ninguna de las dos volvió a ser la misma. Era como si hubiésemos roto un pacto de sangre.

Aquello hizo que nos distanciáramos aún más. Echaba de menos nuestras charlas y confidencias, incluso sus absurdas aseveraciones. A veces la sorprendía en el sofá del salón con la mirada ausente y triste; le preguntaba qué le pasaba pero sus respuestas eran intrascendentes, se parecían cada vez más a lugares comunes.

Nada de lo que hablamos después recordaba en lo más mínimo al incidente de aquel día de primavera ni a los días posteriores. Aquello era agua pasada, y yo estaba tranquila y serena con ella, a pesar del distanciamiento, nada me hacía pensar que aquello se repetiría y nunca más pensé en ello, hasta aquel día de invierno.

## *MAX*

Nunca en esos años de ausencia, de soledad, en los que sólo pude ser madre, pensé que podría conocer a alguien como Max. No estaba previsto que la luz entrara tan rápidamente y de forma tan impactante para mí. Porque había llegado a construir un universo propio de recelos e incógnitas de lo que el amor significaba.

Lo tenía a mi lado. Max me reconfortaba y confiaba en él. No así los personajes de mis guiones. Por el contrario, éstas eran personas receladas, que veían al cuerpo de policía como a un enemigo. Yo, sin embargo, advertí en él el alto grado de humanidad que desprendía desde el principio.

Poco sabía de aquel hombre que con una enorme generosidad dedicaba su tiempo a mi causa. Aún no podía denominarla una causa perdida, pero aquello me alentaba tanto como me sorprendía.

Unas semanas después de nuestra última conversación en la que le mostré lo que para mí eran mis debilidades y mis miedos, decidimos dar un paso más, fuera de los límites profesionales. Fue también el día en que empezamos a tutearnos. Aquello significó mucho para mí. Necesitaba cercanía a mi lado y él me la proporcionaba sólo con mirarme. Esperaba los encuentros con impaciencia. Únicamente deseaba que él no me lo llegase a notar. Me sentía como una adolescente perdida en una lucha entre las fuerzas de la naturaleza. Como se pudo sentir Samanta, tal vez. Pero allí estaba yo, deseando cada noche que al día siguiente Max se acercase un poco más.

Me pidió vernos en un sitio neutral, lejos de sus prejuicios como inspector de policía y accedió a vernos en «Mi pequeño Yo». Fue doloroso volver allí, pero me sentí preparada para enseñarle otra parte de mi vida, para ver a Sam en su lejanía.

Aquel lugar me remontó a épocas tranquilas, a la placidez del lago, al calor del café y chocolate caliente. Fue inevitable ver a Sam, no como empezaba a verla, sino en recuerdos reales y claros como el agua. No había mucha luz y olía a frío, a humedad, a confidencias. Me gustó la intimidad del encuentro.

Me sorprendió verle en un ambiente informal. Vestía vaqueros claros y una camisa de cuadros; una cazadora color beige reposaba en el respaldo de su silla. Se levantó nada más verme entrar. Había pensado en aquel momento todo el día. Estaba ansiosa por verle, no sólo porque su conversación era agradable ni porque hablábamos de Samanta y aquello me producía tranquilidad, sino porque su voz se había convertido en un sonido necesario en mi silenciosa existencia. Su presencia era lo más parecido a un café caliente y una manta en una tarde de invierno.

Me dio la mano y me sonrió. En aquel momento hubiese agradecido más cercanía, que la mano tendida fuera un beso en la mejilla, algo que me acercase más a su modo de llevar el caso.

—Me alegro de verte Isola.

—Yo también—dije con sinceridad.

—Este sitio es precioso.

—Sí. Lo es.

Noté algo de zozobra en su reacción, cierta timidez que me resultaba sin embargo placentera.

—¿Estás solo?

—¿Cómo? —dijo dubitativo.

—La fiera —sonreí— no te acompaña.

—¿La fiera?, ah, jajaja —rió divertido— el jefe Ruz.

—El hombre imperturbable —dije en voz baja.

—¿Perdón?

—No importa. Es que en comisaría siempre está contigo, parece que acecha... —me interrumpí con una sonrisa— por eso me extraña.

—Está de viaje. De hecho, ha sido un viaje repentino pero él es imprevisible... a veces. Y además, no voy con él a todas partes. A veces, soy un hombre libre.

Dibujó una sonrisa amable y bonita, que invitaba a la conversación.

—¿Lleváis mucho tiempo trabajando juntos? —pregunté.

—No. No en realidad. Sólo dos años. Es... es un tipo extraño, pero muy buen profesional.

—No lo dudo —no pude evitar recordar el encuentro fatal con aquel hombre en mi casa hacía unos meses.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bueno... eso creo.

—Siento la conversación del último día.

—No. ¿Por qué?

—No lo había hecho nunca.

—¿El qué?

—Bueno, el hablar así, de esas cosas...

—Supongo que no. No soy una persona fácil de encontrar.

Deseé que algo interrumpiese mis pensamientos. Lo había vuelto a hacer. Había desnudado mis flaquezas una vez más con aquel hombre al que apenas conocía y quien, sin embargo, me inspiraba tanta confianza.

—Perdona, ¿qué quieres tomar? —dijo mientras se levantaba.

¡Bien! Me sonrojé y aquello me incomodó. ¿Por qué me sonrojaba? Tan sólo era un encuentro con Max, él investigaba la desaparición de Sam. Pero deseaba que se alejase de mí unos segundos. Aún me sentía vulnerable.

—Un café con leche por favor.

Me fijé en la pareja que había en la mesa de al lado. Hablaban despacio, en un susurro, con un vaso de cerveza en la mano y sonreían. Una pareja llegó por detrás y les saludó con efusividad. Todos se abrazaron. Tendrían casi nuestra edad. Max llegó con dos tazas de café y me pareció ver un atisbo de complicidad en sus gestos.

—Me alegro de haber venido aquí. No quería llevarte más a comisaría. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Este sitio es agradable, ¿verdad? Me alegro que te guste. Aquí solía venir mucho con Elián y con Sam...

—Un poco frío pero agradable.

Sonrió con timidez y aquello me agradó. Adiviné cierta confusión en su rostro de cuando no se sabe qué decir.

—Supongo que si hubiese alguna novedad, ya lo sabríais, ¿verdad?

—Sí, claro, por supuesto —esbozó una leve sonrisa.

—Me parece mentira —negué con la cabeza

—¿El qué?

—Todo esto. Esta incertidumbre. La casa sin mi hija... no sé.

—Es natural.

—Sí, supongo que sí. Pero, no sé. A veces pienso que me estoy volviendo loca. Otras es como si estuviera anestesiada.

—Es el duelo.

—¿Duelo?

—De la separación, me refiero... —suavizó el tono de su voz.

—Espero que no te hayas llevado una idea equivocada de mí—sonreí, aunque sentía que estaba pidiendo disculpas.

—¿Por qué?

—Bueno, el último día, yo... en fin dije cosas que, no sé si les pasa a todos los padres que han sufrido una separación así.

—Bueno, cada uno reacciona a su modo.

—Sí, pero... ¿qué opinas tú... Max?

—Yo no puedo opinar. Me baso en hechos, nada más.

—Para ti y tu departamento es una desaparición más, ¿no?

—En cierto modo sí, pero no por eso menos importante.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar?

Clavó su mirada en la mía. Achicó los ojos, unos ojos certeros, con interrogación, con curiosidad.

—Han pasado más de tres meses ya. ¿Es normal?

Un miedo helado agarrotó mi cuerpo. Miré a aquel hombre amable, y ví a Max. Aquel rostro reconfortante, que arrojaba, me miraba en silencio, un

silencio turbador.

—Podríamos haber recibido noticias, o tal vez no. No hay un patrón en este tipo de sucesos.

Apreté los labios y me llevé la mano a la barbilla para sujetarla por si temblaba.

—Aja... —murmuré.

—Si se tratase de un secuestro...en fin, habrían dado señales de vida, pero juegan con eso, ¿sabes? con la impaciencia de los padres.

Unas lágrimas rebeldes salieron de mis ojos. Las sequé con la yema de los dedos. Max me estaba diciendo lo que no quería oír.

—Lo cierto es que la desaparición de Samanta es un enigma para nosotros. En todo este tiempo de profesión no me había encontrado con un caso tan atípico. Por cómo ha sido todo, me refiero, es como si se hubiese volatilizado.

Hablaba de forma pausada, sin apartar sus ojos de los míos. Lejos de ser un desafío incómodo, a mí me agradaba pensar que mis lágrimas no afectaban al tono de la conversación. De algún modo mi sufrimiento pasaba desapercibido, al menos lo parecía.

—Ese coche sin registrar, su documentación, las notas... aquella conversación que tuvisteis... ¿aquí?

—Sí. Aquí y en esta misma mesa.

Desvié la mirada hacia la ventana. Al otro lado estaba el lago de Sam, aquel que nos vio reír, y nos vio llorar.

—He pensado mucho sobre todo eso.

—¿Y? —pregunté devolviéndole la mirada.

—Es como si ella te hubiese avisado de que se iba, ¿no? De algún modo, ella pensaba marcharse.

—¡No! —exclamé— ella no se ha marchado.

—Isola... ¿por qué te cierras a esa hipótesis?

—Me lo hubiese dicho.

—Pero en aquella conversación ella te lo mencionó.

—Me dijo que se iba con su padre muerto, ¡por Dios!

La gente de la mesa de al lado guardó silencio y nos miró. Había levantado la voz sin darme cuenta. Recordé esa misma intrusión el día que Sam se sinceró allí mismo y me acerqué a Max para hablarle en voz baja.

—Sé que todo esto es muy raro pero...no dejo de pensar en aquel día, y en lo que pasó después.

—Os distanciasteis.

—Sí.

Desvié de nuevo la mirada por la ventana. Un pájaro se había posado en la cerca que vallaba el lago. Se giró y me miró. Noté como aquellos ojos minúsculos, negros y redondos taladraban los míos. Sentí un escalofrío.

—¿Tienes frío Isola?

—Ese pájaro... —dije distraída.

—¿Qué pájaro?

El pájaro había levantado el vuelo. El lago estaba oscuro y ya sólo se veía el vaho que empañaba las ventanas.

—Sam me habló de un pájaro. Vi un pájaro —hablé con ensoñación.

—¿Un pájaro?

—Da igual. Puede estar en cualquier parte —negué con la cabeza.

—¿Cómo interpretas su comportamiento?

—No lo sé. Sam estaba... estaba segura de sí misma pero creo que también estaba asustada.

—¿Pudo confundir a tu marido con alguien?

—No sé... —bebí un sorbo de café

—Alguien que se pareciese a él.

—Ella estaba tan segura...y le vio varias veces.

—Isola...

Max bajó la voz casi hasta el susurro. Cogía la taza con las dos manos pero permanecía erguido. Recuerdo que sus manos me parecieron finas y bonitas. Su rostro estaba sombrío. Había poca luz en aquel lugar. Sentí frío y eché mano de mi abrigo.

—¿Y si Elián estuviese vivo?



—¿Qué? —enarqué las cejas con gesto inquisidor.

—Es una posibilidad. Tú misma lo pensaste. No dejo de pensar en su compañero, el hombre que encontraron en la nieve...hay muchas incógnitas.

—¿Y ha vuelto para llevársela?, ¿a Sam? No... no. Eso no es posible. Reconozco que llegué a pensarlo pero...no.

—Lo que le pasó a Sam y a ti el otro día, ¿cómo lo interpretas?

—¿A qué te refieres?

—Sam vio a su padre y tú viste a tu hija. Después de que se hubiesen ido. ¿Qué crees que quiere decir?

—¡No lo sé! —exclamé— si lo supiera... yo...

Bebí el café de un trago.

—Perdona, necesito fumar un cigarro. Saldré fuera si no te importa.

—Ah,... Bueno, bien. No pasa nada —dijo Max con cierto reparo.

Cogí el abrigo y salí. El invierno estaba a punto de terminar pero ahí en el lago, el tiempo parecía detenido. Había oscurecido. El brillo de la nieve en los lados de la carretera llamó mi atención mientras me encendía el cigarrillo. Busqué con la mirada a aquel pájaro que se había aparecido unos minutos antes y que tan rápido desapareció. Pensé en Sam, en cómo le gustaba aquel lago y aquel sitio en particular, y me acordé de aquel momento en que volví a sentir que Samanta era especial.

*«Aquel día era especialmente frío. Samanta se había enfundado su gorro de lana rojo, que hacía juego con sus guantes y su bufanda. Sus ojos brillaban con una luz inusual. Estaba hermosísima. Su tez blanca, fina, sin un rastro de acné sobre la piel. Su cabello rubio, rizado, caía libre sobre su espalda.*

*El bar «Mi pequeño Yo» había cerrado aquel día por descanso del personal. Reconozco que aquello produjo una gran frustración en nosotras. Soñábamos con nuestra taza de café y chocolate caliente. El paisaje embriagaba con su belleza aquel día, así que Samanta sugirió dar un paseo. No me sorprendió, lo hacíamos a menudo. A pesar del frío, mientras el sol brillara, nos gustaba caminar y respirar aire puro.*

*Había calma. Sólo se escuchaba el silencio del lago, el viento frío que agitaba las ramas de los árboles y nos rozaba la piel. Sam caminaba*

*delante de mí. Habíamos tomado un sendero estrecho que bordeaba el lago, separándolos por una barandilla de troncos. No me di cuenta de lo que pasó y cómo. Fue tan rápido que ahora al echar la vista atrás y veo la escena en mi cabeza, me cuesta recordarlo. Resbalé, ahora creo que en una placa de hielo, y caí sobre mi costado izquierdo de modo que quedé en dirección al lago. Recuerdo el dolor de mi cadera, que me duró semanas. Llamé a Sam pero no la veía por ningún lado. Al principio pensé que se había adelantado y no oyó mi caída. La curva que se cerraba delante de mí era pronunciada y había poca visibilidad. No se veía el sendero detrás de ella. Volví a llamarla mientras conseguía ponerme en pie. El instinto para no volver a caer me hizo sujetarme en la baranda. Entonces, ocurrió algo sorprendente. Noté que alguien me observaba desde el otro lado del lago. Una figura me miraba, quieta, como una estatua de hielo. Parpadeé un segundo y fijé la vista en ella. Era inconfundible, su gorro rojo, su bufanda, su pelo... Sam me saludaba con la mano desde la lejanía. Arrugué la frente. ¿Era Sam? ¿Alguien que se le parecía? Me puse a gritar su nombre, y saludé con la mano efusivamente. No entendía cómo podía haber llegado hasta allí tan rápidamente. Sam había caminado a escasos metros de mí hacia sólo unos minutos. Miré hacia el sendero y avancé deprisa. Al doblar la curva vi el final, pero no había rastro de ella. Volví sobre mis pasos y miré hacia el lago. Ella seguía allí, quieta, al otro lado, su pelo se agitaba. Sentí de golpe un viento fuerte y gélido que me hizo subirme el cuello del anorak. Miré al cielo y vi cómo se cubría de unas nubes negras y espesas e intuí que se pondría a nevar en cualquier momento. En aquel momento me sentí perdida y confusa; y cuando quise darme cuenta, Sam había desaparecido de mi vista. El lago estaba tan quieto y vacío como yo. Miré a mi alrededor y la llamé con todas mis fuerzas. De pronto, reconocí su silueta al final del sendero. Se dio la vuelta y vino hacia mí deprisa. Mi corazón latía con fuerza.*

*—¡Sam! —grité.*

*—¿Qué pasa?*

*—¿Dónde estabas?*

*—¡Por Dios mamá! —exclamó— ¿dónde estabas tú?*

*—Yo... resbalé y me caí.*

*—¿Te has hecho daño?*

—*Tú no estabas Sam...*

—*¡Pues claro! —rió.*

—*¿Has visto a alguien más?*

*Samanta ladeó la cabeza y frunció el ceño.*

—*¿A qué te refieres?*

—*Al otro lado del lago... había... estabas. Me pareció verte.*

—*Mamá, te ha sentado mal la caída—rió— anda, vámonos o nos vamos a congelar»».*

\*\*\*

Max no tardó en salir.

—¡Uf! —exclamó— sí que hace frío aún.

En aquel momento me hizo volver a la realidad y abandoné el recuerdo que me había tenido absorta durante unos minutos.

—Si...desde luego, es cierto que hace frío.

Se frotó las manos y sopló para calentarlas. Yo me refugiaba en el humo del tabaco. Sam me había advertido muchas veces sobre sus consecuencias e hicimos varios intentos para que dejase de fumar. Pero como en otras tantas cosas, no le hice caso.

Max miraba el lago con curiosidad. Tenía un brillo plateado bellísimo. De pronto, el ruido del motor de un coche rompió la magia de aquel silencio. El grupo que había permanecido en la mesa de al lado en el bar, se marchaba. Reían ajenos a mis pensamientos, a mi soledad y a la tristeza del instante. La crueldad de la ausencia. Me pregunté cómo veían ellos su universo, cuan afortunados eran de reír y sobre todo de tener motivo para hacerlo. Aquello me hizo alegrarme, no obstante. Era todo tan absurdo.

—¿Nunca te has preguntado dónde iremos? —le pregunté a Max.

—¿Dónde iremos? no entiendo la pregunta.

—Después de muertos.

—Ah, eso. Lo dices por Sam...

—No, por todo, por todos. Por mi también.

—Pues nadie lo sabe, ¿no? Pero yo creo que estaremos bien.

—¿Sí? es cierto, eres creyente —sonreí.

—Tengo fe, sí.

—¿Crees en Dios?

—Sí, creo en Dios —sonrió— ¿te parece raro?

—No, no... es sólo que... —me ruboricé.

—Pero también creo en las personas —alargó una media sonrisa.

—¿Y qué es Dios para ti?

—Bueno, si me preguntas en el sentido estricto de la palabra... ¿qué es

para mí?

Max miró alrededor. Fijó la vista en el lago plateado, en silencio. Después me miró a mí.

—Dios no se puede explicar Isola. Crees en él y ya está.

—Yo siempre he querido creer en él.

—¿Por qué?

—Mi padre creía en él y le iba bien —sonreí.

—¿Le iba bien?

—Bueno, quiero decir que... sí. Le iba bien

—Es algo, sin duda. Ayuda en los malos momentos. ¿A eso te refieres?

—Sí —temblé. El frío acosaba mis huesos.

—No debes verlo así. Es demasiado simple.

—Si creyese en Dios no me sentiría tan perdida.

—Él si cree en ti.

—¡Vaya! rara forma de demostrarlo —ironicé.

—Vosotros, los agnósticos tenéis la estúpida creencia que Dios os debe algo, ¿no es eso?

Max y yo cruzamos las miradas. La suya era algo severa aunque no agredía. La mía, sin embargo, transmitía cierta vergüenza.

—En serio, Max, —continué— ¿qué es para ti?

Quedó en silencio un instante y luego continuó

—Una fuerza sobrenatural capaz de crear este paisaje, esta quietud, esta paz. Esto podría ser Dios.

—¿Tú crees que Dios está en todas partes?

—¡Oh!jajaja —rió con ganas— espero que no.

Su reacción me hizo sonreír.

—Vería situaciones bastante comprometidas, creo.

Me miró y esbozó una sonrisa burlona.

—Me refiero a mi trabajo —aclaró con cierto rubor.

—Claro

Apagué el cigarro y expulsé el humo que se mezcló con el vaho que salía de mi boca. Me sentía bien allí, en aquel lugar, con Max. Miré a mi alrededor, aquel lago, la nieve, nosotros. Max se había mimetizado con el paisaje. Me pareció ver el mismo brillo plateado de la nieve en sus ojos. Su voz era cálida y serena mientras hablaba. Sam volvió a mi memoria y su recuerdo se mezcló con la imagen de aquel hombre que estaba a mi lado. Ambos tenían la misma brillantez, al hablar, al mirar. Sentí una envidia y una impotencia difícil de explicar. Sam y yo habíamos tenido la misma conversación antes. Las ausencias de su padre le habían invitado a construir un refugio de esperanza. Al irse definitivamente, lo consagró. A su modo, se hizo invulnerable al sufrimiento. Claro que ella contaba con una energía y una fuerza extraordinaria. Siempre me pregunté cómo vería ella a Dios y por qué lo buscaba tanto.

—Es una bonita forma de describirlo —dije al fin.

—¿eh mmm?

—a Dios.

—Para vosotros es más fácil de entender así. Aunque... bueno, en cierto modo, yo también lo creo. Esto es tan bonito que se le parece.

Su rostro decía la palabra felicidad. Lo vi, en sus ojos, la paz de la que hablaba.

—La vida es un regalo precioso. Él nos lo ha dado. Su esencia está en todo lo que vemos, lo que sentimos. Siempre que cantan los pájaros, canta Dios.

Tuve ganas de reír pero preferí no hacerlo. Empezaba a transformar mi respeto hacia aquel hombre en afecto. Pero reconocí que era tan cursi como incierto todo lo que él decía.

—¿Estuviste en algún seminario antes de hacerte inspector?

Max me miró con ternura, con la misma ternura con la que se mira a un niño que no sabe.

—No. Nunca habría servido para eso.

—¿Por los votos? —pregunté, relajada y satisfecha de mi sagacidad.

—Exacto.

—Me alegro.

—¿Te alegras? —dijo sorprendido.

No sabía bien por qué había dicho aquello. Tal vez Max empezaba a resultarme algo más que un hombre cercano, o interesante. Recordé que aquello lo hice con Elián años atrás, le estaba halagando.

—Me alegro porque... ahora no estarías llevando el caso de Sam. A eso me refiero.

Max sonrió.

—¡Ah! el caso de Sam.. El caso por el que deberíamos hablar.

—Sí. Eso es —dije con tristeza.

—Aún la buscamos, Isola. Me crees, ¿no?

—Sí. Te creo.

—Tenemos muchas incógnitas aún. Un coche sin conductor ni propietario, unas huellas, una nota de Samanta, en fin. Pero ha pasado poco tiempo.

—O mucho.

Apretó los labios y sus ojos se posaron suavemente en mi rostro.

—Me agrada que lleves el caso, Max.

—Si... Yo también. Aunque me gustaría no tener que hacerlo. ¡Vaya paradoja!

—¿Por qué te hiciste policía?

—Es lo que quieren todos los niños, ¿no? ser policía, o bombero, médico...

—Superhéroe —dije arrastrando la palabra.

—Si... —ladeó la cabeza pensativo— es curioso, ¿no?

—Todos esos que has nombrado ayudan a las personas.

—Sí, desde luego...

—¿Tu padre es policía?

—Noooo, jajaja —rió con fuerza— no habría servido. Es un maestro retirado. Ahora dedica el tiempo a ver la televisión y a hacer crucigramas. Le mantiene despierto.

—¿Tu madre? —me sentí curiosa.

—Murió el año pasado. Él... cayó en picado desde entonces.

—Lo siento Max.

—Bueno, tú sabes lo que es eso ¿no?

Apreté los labios. La orilla del mar estaba muy lejos de allí.

—Él dice que tiene alzhéimer —sonrió— pero se lo inventa todo.

—Para no sentirse sólo, o para no ver la realidad.

—Sí. Supongo que sí.

—Pero ¿es creyente, igual que tú?

—Sí, lo es. Todos lo somos.

—¿Todos?

—Tengo cuatro hermanos.

—¡Vaya! —enarqué las cejas.

—Y yo soy el pequeño.

Esboqué una sonrisa de complicidad. No sé por qué me gustó que fuera así. Yo no tenía hermanos pero me habría gustado tener y que hubieran sido más pequeños.

—Pareces un buen hombre, Max.

—¿Lo soy? —echó los hombros hacia atrás.

—¡Claro! estás conmigo.

Los dos reímos. Cerró el puño y me dio un puñetazo suave en el brazo. No recuerdo cuanto tiempo estuvimos allí de pie, frente al lago, pero no fue mucho. Los minutos y las horas pasaban deprisa cuando estábamos juntos. Pero sí recuerdo el mirarle cautivada mientras hablaba y que por primera vez en mucho tiempo sentí de nuevo lo que era ser feliz.

Imaginé a un niño dulce y hermoso, sentado a la mesa de una gran cocina. Su madre repartía sopa en los platos y todos reían. Se acostaría bajo blancas sábanas de algodón bordadas en la cama baja de una de las literas. Porque Max seguro que tuvo literas de pequeño. Su madre les leería el cuento de los tres cerditos y Max, con sus ojos pequeños, afilados, color avellana, los habría cerrado y habría apretado los puños mientras soplaba imitando al lobo. El amable y apacible Max que creció entre libros, lápices y el olor de la leña había aprendido a ver el mundo a través de las lecturas y enseñanzas de su



padre. Y por la noche, cuando todo estaba en silencio, y el cuento había terminado, habrían rezado juntos, cerrado los ojos acompañando el sueño con el dulce beso de su madre.

De aquella tarde me llevé más que un grato recuerdo del encuentro con Max y con lo que sus creencias representaban para él. ¿Y para Sam? ¿En qué creía Sam? ¿En qué creía yo? Max habló de un Dios bello. Él creía con firmeza en que el que moría en paz se la llevaba consigo. Que la duda era maravillosa y que el miedo a la muerte no era sino el miedo a encontrarnos con nosotros mismos. Jamás supe en qué creía Elián. Aquellos misteriosos viajes y aquellas gentes a las que frecuentaba y adoraba en esas tierras lejanas, aquello no era Dios, aquello no era nada. Max, sin embargo, me enseñó algo muy valioso aquel tarde, la fe.

\*\*\*

Unos días después de aquel encuentro en el lago, decidí ponerme a escribir de nuevo y esa vez de verdad, sin interrupciones voluntarias, a contar historias, y a acompañar a mi soledad con mis pensamientos.

Era un día soleado. Habían pasado casi cuatro meses y permanecíamos aún anclados en la incertidumbre de la búsqueda. Max me llamaba casi a diario o me enviaba correos electrónicos. Nuestras conversaciones habían evolucionado a la proximidad de las confidencias, como hacen los buenos amigos; aquellos que se alegran de tus éxitos y lloran por tus fracasos. Los que desnudan su alma sin tapujos, los que te reconfortan con un abrigo en un día de lluvia. En tan poco tiempo, él se había convertido en todo eso para mí.

Tenía la cabeza despejada y me sentí preparada para encender el ordenador. En los últimos meses sólo lo encendía para ver los correos electrónicos de Max. Salvo Fran y algún que otro conocido, nadie me escribía. Pero el mundo continuaba ahí al fin y al cabo y tampoco podía aislarme del todo. Fue lo primero que hice. Tres correos de Max sin abrir. En el último, sorprendentemente, me hacía partícipe de sus últimos y nulos avances de la investigación. Nada aún sobre el coche, sin testigos, sin testimonios que nos ayudasen a sacar conclusiones. Sam había desaparecido de la faz de la tierra. Max me contaba que el inspector Ruz estaba taciturno desde hacía un tiempo, que vagaba por la comisaría como hipnotizado. Hacía tiempo que Max había solicitado un traslado a homicidios para quitarse de encima a Ruz, pero se lo habían denegado. Y de algún modo me alegré porque no podía imaginar a aquel hombre de otro modo. No había picardía en sus actos, ni suspicacia, ni maldad. Por el contrario era un hombre constante, y eso era una virtud. También fue constante conmigo y me alegré de que no le dieran ese traslado. Se despedía con mucho afecto y decía estar deseoso de verme. Podía haber interpretado aquello como un acercamiento más estrecho por su parte. Había empezado a sentir emociones hacia él que hacía tiempo que tenía olvidadas. Me lo había llegado a plantear. Y sobre todo, me preguntaba por qué cada vez que aquel hombre me miraba o me hablaba, hacía palpar mi corazón y vibrar todo mi cuerpo.

Cerré la bandeja de entrada y de pronto oí un ruido. Me di la vuelta y agudicé el oído pero no logré oír nada. Cerré el correo y abrí el Office. De nuevo, un sonido hueco, distante, me hizo sobresaltar. Me levanté y me asomé al pasillo pero no vi nada. Llegué hasta el salón. Era posible que me hubiese

dejado alguna ventana abierta. Pero las ventanas estaban cerradas y todo parecía estar en su sitio. Mi instinto me hizo darle una vuelta a la llave de la entrada y poner el cerrojo. De pronto, me acordé del hombre imperturbable, de Ruz, mirándome desde la calle acechando. Me eché a temblar. Volví a mi despacho y me senté frente al ordenador. Mis pequeños personajes comenzaban a tomar forma en aquel esquema de guión. Tenía que ser un guión importante, que impactase. El accidente aéreo había sido descartado. En su lugar, un explorador desaparecido en la selva del Amazonas...y aquellas tribus extrañas que extraían el meollo de la vida... de sus...aquellos libros de Sam...

Había escrito la primera palabra, cuando volví a oír un ruido sordo, como si algo se hubiese caído. Mi corazón latió deprisa y permanecí quieta. Durante unos segundos me había planteado el encerrarme en el despacho y no salir. Llamaría a Max y él vendría enseguida pero... el teléfono estaba en el salón. Miré al reloj y vi que eran aún las diez y media. Él ya estaría en comisaría. Le podría llamar para hablar del guión, de la historia que me había inventado, de todo un poco, pero no de Sam... No, de Sam no.

Había vuelto la calma. Miré por la ventana y vi un pájaro posarse en el alfeizar. Era algo parecido a un colibrí. Un pájaro precioso. Me miraba con ojos huecos y me incomodé. No sé por qué, la mirada de aquel pájaro me asustó y recordé el que vi en el lago.

Volví a oír el ruido, esta vez más tenue y lejano. No podía identificarlo. Seguí ahí quieta. El pájaro levantó el vuelo.

Había dado la vuelta a la silla y me encontraba frente a la puerta. Estaba abierta. ¿Por qué no lo iba a estar? Podría haber dicho «¿Hola?», demasiado tópico, demasiado ingenuo, absurdo. Pero lo hice.

—¿Hola? —mi voz salía débil, interrogante.

El silencio se había hecho de nuevo protagonista y me vi a mi misma como en una escena de terror, anclada a la silla con el estómago encogido oyendo ecos extraños.

Me di la vuelta y el ordenador se había apagado. «¿Qué demonios?» pensé. La pantalla en negro. Y algo ocurrió de pronto, noté una presencia detrás de mi espalda. Miré a la ventana pero no vi ningún reflejo. Mi corazón latió a una velocidad de vértigo. Temía darme la vuelta pero giré la silla despacio hasta encontrarme de nuevo frente a la puerta. Y entonces vi a Sam. Estaba en el umbral, de pie, quieta. ¡Era ella! La veía con tal claridad que

dolía no poder tocarla. Sentí como me quedaba sin aire y sin fuerzas. Me llevé las manos a la boca y lloré, aún no sé si de alegría, de miedo, o de tristeza. Me miraba y me sonreía. Intenté levantarme pero una fuerza extraña me sujetaba a la silla. La impotencia era inmensa. Apoyé las manos en sus antebrazos con fuerza para darme impulso pero estaba unida a ella, como un imán. Mis brazos cedieron. Temí que el tiempo pasara rápido y Sam desapareciera. Me rendí en la silla.

—¡Sam! cariño ¿cómo...?

Casi no podía articular palabra. Era todo tan extraño que la alegría de ver a Sam de nuevo se transformó en dolor y en miedo. Quería tocarla, acariciarla, abrazarla, besarla.

—Mamá... —susurró.

—¿Eres tú otra vez?, ¿me estoy volviendo loca, Sam?

—No mamá —dijo con dulzura.

Su pelo brillaba como siempre. Sus ojos, no estaban tristes. Había paz en su semblante.

—Es fantástico poder verte de nuevo Mamá.

—Te echo de menos, Sam. ¿Es por eso verdad? Todo es esto es sólo porque te echo de menos.

—Lo sé, mamá.

—No comprendo qué está pasando —dije entre sollozos.

—No sufras mamá. Es sólo temporal...

Sam hablaba despacio. Estaba en medio del pasillo. Tenía los brazos extendidos a los lados. ¡Qué extraño era verla así, tan quieta, tan lejana! Cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes y se las frotó con fuerza, como si le doliese.

—¿Sam?

—Mamá... —su voz sonó turbada.

—¿Sam? ¿estás...? ¿estás...muerta?

Escuché la pregunta, escuché esas palabras salir de mi boca, pero no era mi voz. No podía ser mi voz. Jamás habría hecho esa pregunta. Pero Sam estaba ahí, era real, yo la estaba viendo. No estaba en mi imaginación.

Retiró sus manos de su cabeza y abrió los ojos de nuevo. Estaban empañados. Su respiración estaba agitada.

—Aún no... No lo sé. Esto es... ya no es como antes.

—¿Qué quieres decir cariño?

—Intentaré volver mamá. Me debilito

—¿Cuándo?, ¿qué...? Sam dime algo más.

—No debes tener miedo por mí mamá.

—Sam...

Mis lágrimas se mezclaron con mi voz.

—Todo aquí es tan distinto. Pero hay algo que no logro ver—parecía frustrada.

—¿Qué pasa cariño?, ¿cómo te puedo ayudar? —dije.

Sam giró la cabeza hacia el fondo del pasillo como si hubiese notado algo en el salón. Se volvió a mí con desasosiego en su rostro. Algo le había hecho cambiar la expresión de sus ojos. Busqué aquel arco iris maravilloso de la última vez pero sólo un brillo blanco se desprendía de su cuerpo, muy tenue.

—Mamá...

—¿Qué? —apenas sí podía oírla ni verla. Mis ojos estaban empañados por las lágrimas y su figura empezó a perder nitidez.

Resulta extraño hablar de aquello, desde el momento en que ni yo misma sabía lo que pasaba. No era fruto de mi imaginación, eso lo sé ahora. Era un guión sin escribir, algo que escapaba a la razón pero que tenía que afrontar. Sam estaba allí, y era real, lo que yo sentía, lo que escuchaba, era mi hija. Había desaparecido de mi vida, de mi rutina, de todo lo que era lógico. Sin embargo, aún estaba ahí. Su fuerza, su amor, me llegaban todavía como si la tuviera a mi lado.

No pude oír bien lo que me dijo antes de marcharse pero sí escuché unas palabras que me resultaron familiares, de aquellos libros que ella tanto leía. Pero se me había nublado la vista y estaba algo mareada para poder pensar con claridad. Y sobre todo, escuché con absoluta nitidez su voz delicada, casi infantil, al susurrar: «Estoy bien, Mamá, y creo que estoy viva». Sus manos brillaban como dos luciérnagas. Podía sentir la energía que

desprendía. Era algo hermoso, inexplicable.

Me froté los ojos con el dorso de las manos y al volver la vista hacia Sam ella había desaparecido. En cuestión de segundos, la habitación había perdido la magia. Me levanté y le di una patada de rabia a la silla. Salí al pasillo. La casa estaba en silencio. No sabía lo que podía haberla asustado. Me acerqué a la entrada y vi una sombra entorno a la cerradura. Parecía haber sido forzada. Sentí que me faltaba el aire y mi corazón latió con fuerza. Miré a mi alrededor pero no vi nada fuera de lugar. Tan solo había silencio.

Cogí el teléfono con mi mano aún temblorosa y marqué el número de Max. Pero no contestó. ¡Oh, cuánto le necesitaba! Me sentí tan asustada y perdida que cogí una manta que había encima del sofá y me cubrí con ella. Temblaba como un animalillo perdido en un bosque helado.

Regresé a mi despacho, también silencioso. El sol hacía amago de querer entrar por la ventana de nuevo. Vi que la pantalla de mi ordenador había recuperado la luz. Me acerqué y recogí la silla del suelo. Me senté frente a él. Estaba exhausta. Un mensaje en la pantalla me decía que tenía un correo nuevo en la bandeja de entrada. No podía creer lo que estaba leyendo, aquello era tan inusual como inesperado. El remitente era la última persona en el mundo de quien esperaba recibir noticias aquel día.

## **SEGUNDA PARTE:**

*«Si la ayuda y la salvación han de llegar sólo puede ser a través de los niños. Porque los niños son los creadores de la humanidad»*

*(María Montessori (1870—1952))*

## *LAS CABEZAS PEQUEÑAS*

Hans Kähler era un hombre menudo y delgado. Las arrugas de su frente y su pelo nevado hablaban por encima de unos profundos ojos verdes. Hablaban de muchas cosas pero sobre todo de vejez. Había visto esos ojos antes, unos ojos nítidos y brillantes. Se parecían mucho a aquellos que me cautivaron años atrás. Me dolió verlos de nuevo, aunque éstos contaban historias diferentes.

Elián había mantenido a su padre a distancia desde que nos conocimos y nunca pude entender por qué. A los pocos días de nacer Samanta, me insistió mucho en la necesidad de mantenerlo alejado de nosotros y sobre todo de Sam. Recuerdo que habló con dureza y con rencor de una época de la que no se sentía orgulloso. Decía de él que era un hombre distante. Tal vez, la muerte de su esposa le sumiese en una tristeza irreparable. Quizás Elián echó de menos su presencia, y su calor de padre y lo repudiase en lo más lejano de su memoria. A pesar de mi notoria orfandad yo, sin embargo, nunca habría imaginado un mundo sin aquellos que me dieron la vida. Lo cierto es que aquella parte de su vida fue siempre un misterio para mí.

Pero aquella situación era distinta. El por qué después de tantos años y en aquel preciso momento, Hans Kähler decidió viajar a España a verme, fue lo que me impulsó a aceptar su invitación a vernos. Decidí no decirle nada a Max. Era mi amigo, mi confidente, pero también era el inspector que llevaba el caso de la desaparición de Sam, así que pensé que podría interferir en mi objetivo.

Me aseguré de vernos en un lugar público y a plena luz del día, supongo que por prudencia y por el respeto a lo que Elián me transmitió de él. Era un desconocido que nada había querido de nosotros, ni siquiera de Sam. Pero lejos de tener miedo al encuentro con aquel hombre sentí una necesaria curiosidad. Se había presentado como el abuelo de mi hija, y aquello era lo último que yo esperaba aquel día.



El parque estaba animado. Había gente. Los niños habían salido ya del colegio y jugaban ajenos a mi banal incertidumbre. Le vi al fondo, sentado en un banco, lejos del ruido y de las risas de los niños. Estaba junto a un hermoso sauce que descansaba sus ramas sobre la tierra que él pisaba. Parecía un cuadro Goya. Ahora lo recuerdo bien.

Vestía con un modesto pantalón de pana, una camisa de cuadros de franela y un abrigo príncipe de Gales gastado. Un sombrero oscuro descansaba a su lado. Su semblante me intimidó. Tenía un rostro de facciones muy marcadas, y desprendía una fuerza excepcional. Así fuerte un libro entre las manos. Intenté adivinar el título cuando me encontré más cerca de él, pero me pareció que estaba escrito en alemán y desvié la mirada.

—¿Isola? —dijo en un casi perfecto castellano, lo que me sorprendió.

—Sí —dije mientras me acomodaba a su lado.

Me tendió la mano y me miró con cortesía, y a pesar de mis intentos de no parecer condescendiente le correspondí.

—Es usted muy hermosa —arrastró la erre al hablar.

—Gracias —dije.

Su mirada no parecía decir nada especial con aquella frase. Hablaba pero no emanaba ninguna emoción al decirlo. Se lo agradecí de todos modos. No tenía oportunidades de que alguien me dijese que era hermosa. Ni siquiera Elián, con todo lo que él aseguró amarme, me lo dijo nunca.

—Yo nunca lo he pensado, pero es bonito escucharlo— decidí ser amable.

Me miraba con ojos felinos, mientras escrutaba cada parte de mi rostro como si quisiera memorizarlo y que no se le escapase nada. No sé por qué el desafío de aquel hombre mayor hizo que subiera el rubor a mis mejillas.

—Esto es una sorpresa, Sr. Kähler, sinceramente... es desconcertante que esté usted aquí.

—¿Desconcertante?—elevó las cejas por encima de sus inquietantes ojos.

—Sí, desde luego, pero de algún modo es... es agradable —esbocé una sonrisa cordial.

—Oh, sí, para mí también lo es, desconcertante y agradable —sonrió.

—Creía que estaba en Alemania ¿cómo es que ahora viene a verme a mí?

—¿Alemania?

Arrugó el entrecejo y se mostró sorprendido.

—Elián me comentó que se volvió a Alemania cuando él... bueno, él me dijo que...

—Siempre he vivido en Perú. ¿Él le dijo que yo había vuelto a Alemania?

—Sí —me ruboricé. Vi la sorpresa en sus ojos.

—Bueno, en cierto modo lo comprendo —dijo con abatimiento.

—Elián nunca hablaba de usted Sr. Kähler.

Apretó los labios y asintió. Había desviado la mirada al fondo del parque. Parecía buscar algo en sus pensamientos.

—Siempre me extrañó que no quisiese compartirlo conmigo, ni con su nieta.

Volvió su rostro ensombrecido hacia mí.

—Si yo hubiera sabido dónde localizarle... Sr. Kähler... yo...—quise disculparme.

—No se preocupe Isola —ladeó una sonrisa.

—Pero, en fin, está aquí—sonreí— dígame, Hans, ¿Por qué se ha puesto en contacto conmigo? Y ¿cómo me ha localizado?

—Son dos preguntas a la vez... vaya despacio.

Hans Kähler ladeó una sonrisa que pretendía ser irónica. Yo se la devolví.

—Ojalá la hubiese conocido antes, en otro tiempo tal vez.

—Si Elián no le hubiese tenido escondido —apreté los labios.

Aquel hombre me miró con ternura pero con severidad a la vez. Entendí que su relación guardaba una herida muy profunda.

—Pero no he venido a hablar de mi hijo, querida —carraspeó.

—¿Sabía dónde vivía? —pregunté.

—Tengo recursos.

Abrió el libro que había acariciado, con dedos temblorosos y sacó de entre sus páginas un papel arrugado. Me miró en silencio antes de entregármelo.

—Esto es para usted.

La nota estaba doblada por la mitad. La abrí y fruncí el ceño. Mi corazón latió ansioso. Me llevé la mano a la boca. Lo hago siempre que algo me impresiona. Era la letra de Samanta. Estaba fechada un mes después de su desaparición. La letra y cómo estaba escrita me resultó familiar; era uno de esos mensajes en clave como el que encontramos junto al coche aquella aciaga tarde.

Miré a aquel hombre con asombro. En esos momentos, observaba a unos niños que se habían acercado a recoger una pelota cerca de nosotros. Su rostro era severo y frío. Noté que me incomodaba su presencia, porque de algún modo invadía un terreno privado entre Sam y yo. Leí la nota en silencio.

*El frío nos impide continuar. Algo no nos deja ir.*

*Ayúdanos a encontrar el modo de ir a casa. Es tan distinto aquí...*

—¿Qué significa esto? —pregunté con la voz entrecortada.

—¿Reconoce la letra?

—Es... es de mi hija.

—Bien. Me alegra saber que no me he equivocado al venir aquí.

—Pero ¿qué significa? —agité el papel incómoda.

—Que estaba perdida.

—¿Estaba perdida?

—Es algo normal, al principio.

—¿De qué me habla? —negué con la cabeza.

—Hago escritura automática —contestó sin mirarme después de unos segundos.

—¿Cómo?

—Desde niño.

—Explíquese.

—Esto es algo así como... un mensaje de socorro, de ayuda.

—¿Ayuda para qué?

Aún no había tenido tiempo de racionalizar la experiencia de la aparición de Sam y me encontraba allí frente a aquel hombre, sin saber dónde me llevaría aquel encuentro.

El viejo se frotó las rodillas con las dos manos. Parecía nervioso. Aquel hombre enjuto, a pesar de su frío semblante, lejos de ser un hombre desapacible parecía un anciano cansado, sin más.

—Hace unos días... —carraspeó— su hija vino a verme.

Me quedé paralizada.

—Sé lo que está pensando —movió la cabeza y apretó los labios.

—La primera nota me desconcertó —continuó— hacía mucho tiempo que no hacía escritura automática y aquella joven... en fin, parecía perdida, afligida, desconcertada...

Tragué saliva y escuché con atención. Mis ojos se humedecieron mientras mi corazón empezó una carrera de fondo.

—No me dijo su nombre pero sentí que era alguien muy cercano a mí. Es difícil de explicar pero fue así, lo sentí.

—¿Mi hija se le apareció? —mi voz tembló.

—Se comunicó conmigo sí.

Ambos quedamos en silencio unos segundos.

—Verá, Isola...Yo adquiriré un don —continuó.

—¿Un don? —negué con la cabeza

—Sí. Como su hija.

Le miré con una mezcla de sorpresa y miedo.

—¿Qué significa?

Hans Kähler me miraba con curiosidad. Esperaba a ver mi reacción. Ahora imagino los años que había esperado a ver mi rostro.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo Sr. Kähler...

—Llámeme Hans por favor.

—Hans, esta nota... ¿cómo? —movía la cabeza con gesto interrogante.

—¿Es la letra de su hija, no?

—¿Por qué tiene una nota de Sam?

—¿Se llama Sam? —preguntó.

—Samanta

—Es un nombre muy bonito —se interrumpió— y el suyo también lo es, Isola...

Evité su mirada. No sabía por qué estaba yo sentada en aquel banco, mientras hablaba con un hombre al que no conocía y del que Elián huyó toda su vida. Pero él, por primera vez en muchos meses me había acercado a Sam. Volví el rostro hacia él. Seguía mirándome con esos ojos felinos e impenetrables.

—Le falta su Tristán, ¿eh? —dijo mientras dibujaba una leve sonrisa pero sincera.

—¿Cómo?

—Tristán e Isolda.

—Mi nombre no es Isolda, sino Isola.

—Era sólo un juego de palabras. Me gusta esa ópera. ¿Le ha molestado?

Negué con la cabeza.

—Conozco esa ópera.

—¿De veras? —preguntó con interés.

—Sí. Mi padre la solía escuchar —dije.

—Me ha costado encontrarla querida pero aquí estoy—enseñó las palmas abiertas de las manos.

El anciano sonrió con amabilidad. Sus ojos se fueron lejos en el recuerdo. Entonces no lo supe ver pero hoy sí tengo capacidad para ello.

—Su nombre no es sólo un nombre. Dice mucho de usted—continuó.

—Usted no me conoce —dije con rotundidad.

—No. Eso es cierto.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté sin haber prestado atención.

Aquel hombre se encogió de hombros y suspiró. Volvió a fijarse en los niños que habían regresado junto a sus madres y jugaban con la arena. Un pájaro se posó en el brazo del banco, junto a él. Era un pájaro negruzco y feo. Lo miró, frunció el ceño y dio una palmada para que se fuera. El pájaro echó a volar y se perdió en el aire.

—¿Por qué ha hecho eso?, —pregunté— es sólo un pájaro.

—Éste no —dijo con severidad— me ha preguntado por esta nota.

—Si —dije.

—Es escritura automática.

—Sí, ya me lo ha dicho antes, pero ¿por qué de Sam?

—La escritura automática me ha permitido comunicarme durante mucho tiempo.

Hablaba despacio. Arrastraba las erres y le costaba pronunciar algunas palabras. Aunque su castellano era casi perfecto, tenía un acento alemán muy marcado.

—Fue a partir de cumplir doce años. Mi vida cambió desde entonces. Dejé de ser quien era. ¿Quiere saber por qué? —preguntó.

—Algo me dice que debería querer saberlo, ¿no? —fruncí el ceño.

Él asintió. Me miraba con unos ojos verdes profundos, casi suplicantes, y al mismo tiempo había severidad en aquella mirada y ese rostro. Había venido a hablar. Eso era cierto. Y yo quería escucharle.

—Si eso tiene que ver con mi hija, sí —dije al fin.

Esbozó una sonrisa de triunfo y continuó.

—No he venido a verla en balde. Esto es importante. Esta nota, este momento, y nosotros.

—Diga lo que tenga que decir, por favor —sujetaba la nota con fuerza entre mis manos.

—¿Le dice algo la fecha del doce de marzo de mil novecientos treinta y ocho?

Negué con la cabeza.

—Aquel día yo cumplí doce años. Mi padre regresó a casa con el rostro resplandeciente. Nunca le había visto así. Lucía un uniforme nuevo.

Estaba muy elegante, ¿sabe? con sus botas negras de piel que brillaban y todas esas medallas que colgaban de su pecho. Su blanco rostro y sus ojos claros combinaban con el negro del uniforme. Ahora, con esta descripción, parece un cuervo más que un hombre —sonrió con amargura.

Bajó la mirada y continuó.

—Me fijé en una banda roja que le rodeaba el brazo. Recuerdo que entonces se me antojó fea. Y aún lo es. Fea y siniestra. Había un círculo blanco en el medio con dos pájaros negros que me pareció que luchaban entre sí —señaló su brazo y agitó las manos.

El tono de su voz había cambiado. Hablaba con ensoñación y con dureza a la vez. Miraba a los niños mientras hablaba.

—Yo quería mucho a mi padre, ¿sabe?

Guardó silencio.

—Bueno... le hablaba de mi padre. Poco tiempo después supe que no eran pájaros, sino una cruz. Extraña, eso sí, porque estaba doblada en las puntas, pero sería una cruz difícil de olvidar.

Asintió con la cabeza y se mordió el labio. Hizo una pausa y descansó sus manos en el banco. Imaginé al padre de Hans vestido de uniforme nazi. Imaginé muchas cosas...

—¿Su padre era un soldado nazi?

Asintió.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —pregunté con curiosidad.

Continuó sin prestarme atención.

—Besó a mi madre al entrar en casa —continuó— y luego me miró a mí. Y me dijo: «Hans, felicidades, hoy es un día grande. Tienes suerte de cumplir años hoy, justo hoy. Alemania y Austria recordarán este día siempre». Yo no sabía a qué se refería pero sin duda me hizo sentirme importante. Austria no quedaba tan lejos pero no formaba parte de mi vida. Y, bueno, aquello parecía tener importancia para él. ¡Era mi cumpleaños! y mi padre me hizo el mejor de los regalos, el reconocimiento.

—¿Reconocimiento? —moví la cabeza en señal de extrañeza.

—Fue el primer día que se fijó en mí.

Miré a Hans e intenté ver al niño. Un niño que, tal vez, nunca se habría

visto reflejado en el espejo, igual que la pequeña Isola. No sé por qué pensé en eso ese día. Pero sólo vi a un hombre mayor, vulnerable, y sentí cierta compasión por él.

—Me lancé sobre él, sabe, me sentía feliz. Y le abracé —continuó con voz queda— pero él apartó mi cuerpo de su estómago violentamente y me dijo, «Hans. No vuelvas a hacer esto nunca». No podía entender por qué me había felicitado primero y luego no me permitía abrazarlo. Estaba tan distinto. «Toda Alemania y todo el mundo celebrará este día», dijo. ¡Era mi cumpleaños! ¿Se lo imagina?

Volvió la cabeza hacia el sauce que parecía haber recibido algo de viento en sus ramas, y emitió un leve suspiro que pareció evocador.

—Mi madre enfermó después, ¿sabe? No ese día, pero fue poco a poco tornándose melancólica.

—Al día siguiente —continuó— me despertó temprano y me pidió que le acompañase. Fuimos en un coche negro, muy elegante. El chofer era un hombre muy joven. Estaba muy serio y me miraba por el rabillo del ojo a través del espejo retrovisor. Yo no entendía por qué me había tenido que vestir tan elegante. No era domingo. Llegamos a un edificio muy grande, en una de las calles más céntricas de Berlín, *Finckensteinallee 63*. ¿Conoce Berlín Isola?

Negué con la cabeza.

—El edificio estaba frío. Casi podía sentir el vaho que salía por mi boca. El suelo de la entrada tenía cuadros negros y blancos, como un tablero de ajedrez. Aquello me desconcertó. No sé por qué. No me gustaban. Yo...yo nunca había jugado al ajedrez. Aunque mi padre me había intentado enseñar. Pero yo era torpe para esas cosas.

Hans carraspeó. Volvió a poner las manos en sus rodillas y dirigió de nuevo su mirada a los niños que en ese momento recogían sus cubos y sus palas. El recuerdo le hizo temblar.

—Esos niños... —dijo pensativo con un hilo de voz— al principio me miraron como una leona a la gacela. Pero luego...

¡Curiosa similitud! En aquel momento me vino a la memoria el hombre imperturbable, el Inspector Ruz. Pude imaginar la sensación del niño Hans en aquel momento.



—¿Qué niños?—pensaba que hablaba de los niños del parque.

—Los niños de Finckensteinallee —su rostro se ensombreció.

—Había un grupo de niños. Al principio advirtieron mi presencia y me miraron con curiosidad, desde donde estaban, pero luego no me prestaron más atención. Tenían algo más importante entre manos. Ninguno se acercó a saludarme. Contaban sólo unos pocos años más que yo, pero eran diferentes. Algo les distanciaba de mí. Eran altos, fuertes y todos muy rubios, con el pelo casi blanco. Aquello me llamó la atención. Parecían haber sido lavados en lejía —sonrió— yo era bastante insignificante a su lado. De niño era más bien delgado y mi pelo era oscuro como el de mi madre.

Hans guardó silencio unos segundos. No sabía si mantenerle la mirada, apartarla o levantarme e irme.

—Mi padre me dejó allí con ellos, sólo. Entré en un patio de paredes grises y un techo abovedado todo de cristal. Recuerdo que había pájaros atrapados allí. Era grande con columnas blancas. Los niños —carraspeó— golpeaban un bulto en el suelo con palos y piedras, pero yo no veía nada. Había demasiados y estaba algo lejos para verlo bien. Me acerqué despacio pero no demasiado. No quería interrumpir sus quehaceres. A esa edad yo era algo tímido.

Hans no apartaba la mirada de aquellos niños que jugaban cerca de nosotros.

—«¡Muérete!», «¡Muérete!» decían —me sobresalté— aquellos niños gritaban cosas que yo jamás había oído hasta ese momento. Los que yo había conocido, en mi escuela, en mi barrio, no eran así. Su violencia me incomodaba. A los pocos segundos, oí un grito agudo que salía de aquel bulto echado en el suelo, parecido al de un animal al que le abren las tripas. ¿Sabe lo que le digo?

Mi estómago se encogió.

—Chillaba muy fuerte. Los oídos me hacían daño y me los tapé. Los niños rubios golpeaban con todo lo que tenían a su alcance. A los pocos minutos aquel grito se calló pero aún se escuchaban los golpes, secos y sordos. Lo hacían con los pies, con las manos, palos, con todo lo que podían.

Levantó el rostro y desvió su mirada al cielo.

—Había mucha sangre en el suelo. Era una sangre espesa y de un color

casi grisáceo. Lo recuerdo bien. Los niños tiraron los palos y las piedras encima del bulto y se retiraron. «Vamos a lavarnos las manos», dijeron. Pasaron cerca de mí. Yo miraba, quieto cómo se acercaban. Uno de ellos se paró a mi lado. Su rostro estaba iluminado por la gloria del momento. Unos ojos azules y blanquecinos como el hielo me miraron, el chico sonrió y me dijo «Este no tenía nada que ofrecer. Y además, apestaba». Sonrió y me dio una palmada en el brazo. Miré aquel bulto en el suelo y me acerqué a él.

Hans humanizó su semblante. Su discurso era turbador y las palabras salían heridas y dolorosas de su boca. Sus ojos estaban turbios por el recuerdo. Le miré con expectación.

—Vi sus pantalones cortos rotos; algo parecido a unas piernas estaban destrozadas y cubiertas de sangre. Los huesos se salían de la carne. Me fijé que no llevaba zapatos. Estarían por ahí, en algún lugar. Sus pies estaban al revés. Caminé con la vista por aquel cuerpo deforme y vi su cara. Estaba tan aplastada que no pude siquiera imaginar su rostro. En aquel instante no sabía lo que significaba, pero allí estaba ella, la estrella, una estrella amarilla cosida en su chaqueta. Fue en ese momento que me di cuenta. La había visto antes por la calle. La gente la llevaba cosida a su chaqueta —se señaló el pecho— no todo el mundo, pero muchos sí. Vecinos nuestros incluso.

Dejé escapar algo parecido a una exclamación.

—Yo nunca había visto algo así. No sabía muy bien cómo reaccionar —se disculpó— y en aquel instante mi padre me llamó desde la puerta y dejé ahí el bulto; me pidió que le acompañase a la sala grande de los hombres importantes. Así la llamó él. Según me alejaba de aquel cuerpo inerte que yacía en el suelo podía sentir el olor de la muerte.

Miraba a aquel hombre como quien mira lo que no se puede mirar, aturdida.

—Ellos me recibieron contentos —carraspeó.

—¿Ellos?

—Los hombres importantes. Mi padre también lo era. Me dieron la enhorabuena, aunque yo no sabía por qué.

Negaba con la cabeza y se revolvió en el banco.

—Uno me dijo «Bienvenido, hijo. Mañana podrás venir después del colegio. Te lo pasarás bien». Yo miré a mi padre para preguntar por qué, pero

él no me miraba, solo sonreía. Y dije «¿Aquí?» y el hombre me contestó « Si, aquí. Te enseñaremos muchas cosas ¿No te gusta?». No sabía si eso me tenía que gustar. Pero en fin...

Suspiró y cruzó sus manos sobre el cuerpo. Parecía haber vomitado sus miedos en un instante y lo había hecho ante mí, en aquel parque, un día cualquiera.

—Ese fue el primer día en las juventudes.

—¡No tengo por qué seguir escuchando! —exclamé mientras me levantaba— es una atrocidad. Y no sé qué tiene que ver con mi hija.

—Está nerviosa y es normal. ¡Siéntese! —me cogió del brazo.

—Por favor... —continuó— debo decírselo.

Hans me sujetaba el brazo con determinación. No pude evitar el sentarme y escuchar de nuevo. Aquella habría sido una buena reacción para aquellos guiones que ideaba.

—Una tarde —continuó distraído— después de ir allí como solía hacer, como me dijeron que debía hacer, volví a casa y me acordé del niño tirado en el suelo. No sé por qué, oí sus gritos en mi cabeza y... —se llevó sus manos a las sienes y se hizo un leve masaje.

—No sé cómo... me vi sentado en mi mesa de escritorio con una pluma y una hoja de papel.

Hans esbozó una sonrisa divertida.

—Empecé a escribir tan deprisa que no podía parar. Perdí la noción del tiempo. La habitación se movía alrededor mío y mi vista se nublaba conforme escribía y...

Hizo una pausa y me miró. Tenía los ojos vidriosos. No había dureza en ellos, ni miedo, pero sí cierta ensoñación.

—Leí lo que había escrito —continuó— pero no era mi letra.

—¿Cómo? —pregunté con asombro.

—Bueno, sí lo era, pero yo soy zurdo y escribí con la mano derecha.

Le escuché con atención.

—Yo no lo había escrito. ¿Comprende lo que le quiero decir Isola?

—No...

—Era el niño judío.

—¿El niño judío?

—Al que vi en el suelo con la cara aplastada. Lo que yo creí ser un animal, era en realidad un niño. ¿Se da cuenta? Se llamaba Saúl y era judío.

—Esos niños lo mataron a palos... Es horroroso.

—No sería el primero ni el último, créame.

Miré con atención a aquel hombre. Me pareció ver que su discurso terminaba algo apasionado. Su mirada me hablaba. Aquello me sobrecogió.

—Aún tengo ese papel. Aquello fue el comienzo de todo.

—¿El comienzo de qué?

—De todo lo que vino después, claro.

—¿Después?

—La historia.

Hans Kähler parecía cansado. Miraba en la lontananza del parque, como si buscara algo en un lugar de su memoria.

—¿Quiere decir que el ... el espíritu del niño judío le habló aquel día?  
—pregunté— ¿en su habitación?

—No —negó con la cabeza— Saúl no me hablaba. Yo era Saúl.

Sentí frío. Eché mano de mi cazadora para buscar un cigarrillo, pero me había dejado el tabaco en casa.

—¿Quiere un cigarrillo? —preguntó. Metió su mano en el bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Me ofreció uno y lo volvió a guardar. Del otro bolsillo sacó un encendedor y me dio fuego.

—¿Usted no fuma uno?

—No. He dejado de fumar —dijo con una media sonrisa— lo llevo para recordármelo.

—¿Por qué me cuenta todo esto Hans? Es atroz.

—Porque tiene sentido...

—Yo no le veo sentido a todo eso. Y además, no sé por qué me lo cuenta a mí.

—Déjeme continuar Isola. Se lo ruego

Intuí súplica en su mirada y en su voz. Asentí y le permití continuar.

—Unos días después volví al centro —continuó— no sabía muy bien lo que buscaba pero hice lo que escribí en aquel papel. Iba como un autómeta. Tenía que destruir el laboratorio de las cabezas pequeñas.

—¿Las cabezas pequeñas? —pregunté con curiosidad.

—Sí. Yo no entendía lo que aquello significaba pero me asusté tanto después de escribir que pensé que aquello debía tener algún fin, que tenía una responsabilidad. La nota lo decía bien claro. Sólo eso. Así que fui allí, a *Finckensteinallee*. Al fondo del patio se descolgaban unas escaleras anchas de piedra gris que daban a un pequeño recibidor. Al fondo estaba lo que llamaban el laboratorio. En la puerta, había un hombre joven con uniforme elegante sentado ante una mesa igual de gris que las escaleras y que él mismo —rió con sarcasmo— créame.

—Me gritó y me dijo que me fuese —continuó— me quedé petrificado, mirándole sin saber qué hacer, esperaba una orden, no sé, algo. Pero, un impulso, una fuerza extraña, no sé de dónde salió de mí y me hizo extender los brazos hacia él. Empezó a temblar como si le hubieran enchufado a una máquina. El soldado cayó al suelo, como los soldaditos de juguete con los que me divertía.

—¿Le golpeó? —pregunté con sorpresa.

—Ni siquiera le toqué.

—¿Pero cómo?

—Sólo extendí los brazos. Una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo. La recuerdo muy bien. Es una sensación placentera aunque inquietante. Jamás había sentido nada igual. Era como si hubiera metido los dedos en un enchufe y hubiese absorbido toda la corriente.

Hans adornaba su discurso con cierta pasión. Había elevado el tono de su voz como si sentenciase.

—En pocos segundos, la pistola de aquel hombre, y muchas cosas que llevaba en la chaqueta, las medallas, las cruces y todo lo que colgaba, volaron y se me pegaron en las manos—sus ojos brillaban con euforia.

Empecé a sentirme mareada, como aquella tarde en mi casa con Max y Ruz. Sam venía a mi recuerdo conforme le escuchaba. Me vino a la memoria

la casita de los conejos imantados y tantas veces en las que pude sentir ese campo energético del que hablaba Hans. Pensé en cómo habría sido Sam si hubiese conocido a su abuelo.

—Creo que le envié mi energía. No sé.

—¿Energía? Todo esto es absurdo, Hans.

—Sus pies empezaron a arder —continuó— y luego se quemó.

—¿El hombre se quemó? —fruncí el ceño de dolor.

—Sí, se quemó entero, pero yo no sabía por qué. Estaba muy asustado. Aquel olor...

Guardó silencio unos segundos. Buscó aire nuevo para respirar y continuar con su historia.

—Busqué en un armario pequeño que había detrás de su silla y encontré la llave del laboratorio. Al abrir la puerta, entré en otro mundo. Jamás había visto cosa igual. Al principio volví la cabeza para no mirar, pero después, me quedé fascinado. Era tal el poder que sentí. No se puede imaginar Isola lo que eso significa.

—¿Y dejó ahí el cuerpo del soldado? Pero Hans, ¿nadie les oyó?, ¿nadie vino?

—Era muy tarde. Ya había oscurecido. Sólo estábamos él y yo.

—¿Y entró ahí dejándolo solo?, ¿Cómo pudo Hans?

—No lo sé Isola —apretó los labios— no lo sé.

—¿Cómo es posible que ... no reaccionase ante algo así?. Había matado a un hombre...

—Tenía doce años. Y ya le digo que yo no era el mismo. Algo había cambiado en mí. No era del todo consciente —cerró los ojos y apoyó su espalda en el respaldo del banco.

Hans no sólo hablaba en aquel momento, como si visualizara al niño frente al soldado; él sentenciaba con gravedad. Me fijé que sus ojos habían recuperado el frío y la compostura del principio. Apagué el cigarrillo y me levanté.

—Ya he oído bastante Hans. No tengo por qué seguir escuchándole —

negué con la cabeza.

No sabía qué calificativo darle a aquel hombre. Había conseguido engañarme por un instante, pero la serenidad con que describía la crueldad del momento me enfureció.

—Cuénteme por qué está aquí y qué tiene que ver todo esto con mi hija.

—Mi nieta —me lanzó una mirada grave.

—Eso es una casualidad.

—Oh, no, jajaja —rió— no, no lo es, me temo —dijo con voz grave.

—Entenderá que esté sorprendida y... asustada de todo esto que me ha contado. Es... ¡Por Dios! y ni si quiera sé si creerle.

—Tenía solo doce años, Isola. Aquello era nuevo para mí, me fascinaba. ¿No lo entiende?

—¿Aquello?

—Las cabezas pequeñas.

Le miré con extrañeza.

—Todo lo que vi aquellos días. Lo que experimenté. Luego... todo se desvaneció. Me hice mayor.

Hizo una pausa y se levantó.

—Dígame, Isola ¿Su hija Samanta movía objetos?

—¿Qué? —enarqué las cejas.

—Que si movía objetos, o atraía metales —se interrumpió— ¿alguna vez ha hecho algo que usted no haya entendido?

Me encontré frente a aquel hombre desconocido que decía ser el abuelo de mi hija y hablaba de ella en pasado. Miré a mi alrededor. El parque se había quedado casi vacío. Pensé en Max, en aquella tarde en el lago, y de por qué estaba allí en lugar de con él. Reconocí la verdad en su rostro, y por un momento me pareció ver a Samanta de niña, con su osito de peluche en la mano, como caía y golpeaba el suelo. La vi pequeña en su cuna, mientras hablaba con su amigo imaginario, aquel que tantas veces acompañó su soledad. También a la ya adolescente Sam, que, insólitamente, me saludaba desde el otro lado del lago con aquellos horribles conejos en el brazo. Vi pasar todos los momentos inexplicables de la vida de mi hija. Aquel hombre y

Samanta tenían las mismas facultades. En aquel momento él se sinceró conmigo, sin embargo, me negué a creer, a aceptar aquella realidad y decidí mentir.

—No —dije con firmeza— nunca.

—Me cuesta creerlo. ¿Por qué desconfía de mí?

—Porque no le conozco de nada, Hans y... todo esto me asusta...Sam no es como usted. Si es eso lo que ha venido a decirme.

—Eso no le toca a usted decirlo.

—¡Soy su madre!

Se abrió un silencio entre nosotros.

—Su hija era especial, Isola. No intente negarlo. Ella también ha sido elegida.

—¿Era? Es la segunda vez que habla de ella en pasado, Hans. ¿Qué sabe que no me esté contando?

Hans eludió mi mirada.

—¿Por qué tiene una nota de mi hija?

—Ahhh —exclamó con un suspiro— ¿no me ha escuchado?

—Demasiado, diría yo. Es usted extraño, Hans.

—No me juzgue Isola. Fue una época dura, extraña, e irremediable.

—¿Irremediable? —exclamé— ¿el linchamiento de judíos irremediable? Supongo que usted no creerá eso de verdad...No me lo puedo creer. ¿A estas alturas? Nada de aquello fue irremediable, Hans.

—La mente humana es más poderosa de lo que nosotros le exigimos. No se puede imaginar lo que podríamos hacer con ella si le sacásemos todo lo que lleva dentro. ¿Lo ha intentado alguna vez?

—¿Intentado?, ¿el qué?

—¿Se imagina? que quisieran sacar su materia gris y explotarla al máximo, para que otros la disfrutaran.

—Ya... —reí con sarcasmo— esto es increíble.

—En sentido figurado, claro ¿Cuántos guiones ha escrito? ¿Cuántas



novelas?

—¿Cómo sabe que yo...? ¿qué le importa a usted eso? ¡Es mi vida!

—¡No! ahí se equivoca —elevó la voz— la vida no nos pertenece. Su vida, la de Samanta, la de mi hijo... ninguna es de nadie.

—Hans, no puedo creer lo que está diciendo.

—¿Cree usted que la vida le pertenecía al joven Saúl?

—¿Ha venido a darme lecciones? ¿de qué?

—Usted no necesita lecciones. Necesita ver.

Me di la vuelta y me sujeté la cabeza. Comenzaba a dolerme. Y también empezaba a hacer frío en el parque. Podía sentir como penetraba a través de mi piel y llegaba hasta mi corazón. El recuerdo de Samanta estaba más vivo que nunca gracias a la insólita historia del hombre que decía ser su abuelo.

—Por última vez, Hans, ¿por qué tiene una nota escrita por mi hija? — dije con desesperación— y ¿por qué estamos usted y yo aquí hoy? Se ha sincerado conmigo y... el verle aquí hoy es para mí más importante de lo que se imagina, pero necesito encajar todo esto.

—Está bien. No pretendo desconcertarla ni asustarla ahora. Contestaré a la primera pregunta. Esta nota la escribí yo, como le dije, hace unos días.

—¿Qué...? —negué con la cabeza.

—La escribieron mis manos —giró sus palmas hacia arriba— la escritura automática, ¿recuerda?

No pude evitar mirarle con injusto desdén porque aquel hombre pretendía incorporar sus miedos y sus locuras a la memoria de mi hija.

—Escritura automática... —fruncí el ceño.

Hizo una pausa y asintió.

—Samanta se comunicó con usted por escritura automática... — continué.

—Eso es.

—Y se ha comunicado con usted porque está perdida —dije con ironía

—Aja —asintió.

—Comprenderá que dude de usted y que todo esto me parezca tan absurdo como inaceptable.

Hans Kähler rehuyó mi mirada. Había bajado la vista a sus manos abiertas sobre sus rodillas como si leyera sus recuerdos en sus líneas.

—Usted es escritora, ¿no?, inventa para los demás. ¿Qué hay de distinto?

—No es lo mismo, Hans. Usted dice que su historia es real, lo mío no. Sale de mi imaginación.

—Entonces, usted mejor que nadie debería tener la sensibilidad suficiente como para estar abierta a creer.

Le miré desconcertada y guardé silencio.

—¿Y la segunda pregunta? —decidí cambiar de tema.

Volvió su vista hacia mí y habló con voz firme.

—Me temo que aún no puedo contestar.

—¡Cómo que aún no puede contestar!

—Es aún una mujer escéptica.

—¿Aún? No se cambia de la noche a la mañana. ¿Qué pretende que haga? apenas nos conocemos. Quiero creerle Hans...

—No la culpo. Pero para poder creer del todo tiene que estar receptiva, y no lo está. No ahora.

—Oh no, no puede hacerme esto.

—Debe pensar en todo lo que le he dicho.

—¿Debo preocuparme Hans?

—No, por supuesto que no. Estamos del lado de los buenos Isola, créame.

—¿Del lado de los buenos? ¿Pero qué dice?

—Es una generación valiosísima. Si usted supiera...

Hans Kähler suspiró hondo. Parecía cansado. Se levantó despacio y cogió su sombrero que descansaba a su lado en el banco. Se abrochó el abrigo y se metió las manos en los bolsillos. El pájaro que hacía unos minutos se había posado a su lado, apareció de nuevo mientras revoloteaba encima de su

cabeza. Hans me sostuvo la mirada un buen rato como si no fuera a verme más.

—Solo le voy a pedir una cosa Isola. Que confíe en mí —esbozó una sonrisa tímida— tenía que darle la nota, y saber si podría contarle la historia porque esto cambia las cosas. Las cambiará aún más si usted hace un esfuerzo por entender.

—Habla igual que Samanta.

—Ah, pues sabrá que tiene un objetivo todo esto.

—¿Qué cambia las cosas...?

—Nada es lo que parece, Isola. Pronto lo entenderá. Dese tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo, Hans—dije cansada.

—Sí, pero yo no. Y necesitaba saber si era usted cómo me la imaginaba.

Se dio la vuelta y se alejó por el parque. Ahora sé que debía haberle seguido, y haber corrido tras él. Al fin y al cabo, era mayor y caminaba despacio. Le habría cogido del brazo y le habría hecho hablar. Así habría actuado alguno de mis personajes. Sin embargo, me quedé anclada en el suelo de aquel parque solitario. Le vi alejarse hasta que ya no vi nada. Me quedé ahí sola con la nota entre mis manos. Alcé mi mirada al cielo. Oscurecía. Era hora de volver a casa.

## ***EL CAMINO DE LOS JUSTOS***

La casa estaba oscura. Encendí todas las luces y fui directa a la cocina. Bebí un vaso de agua de un trago; estiré los brazos y me apoyé en la encimera. La conversación con Hans era un puzle que no conseguía encajar.

Sentí una inmediata necesidad de hablar con Max, él me consolaría, y me ayudaría a arrancar de mi memoria todas y cada una de las palabras que había escuchado de boca de aquel hombre. Porque formaba parte de mi ridículo modo de encontrarme conmigo misma y con Sam. Quería contarle toda la historia de Hans, y sobre todo que Sam se había comunicado con él, y que eso cambiaba las cosas. Pero, ¡qué demonios! Eso no era posible. Había oído hablar que algunos médiums hablaban con los muertos a través de la escritura automática. Pero ¿por qué Sam se iba a manifestar con Hans? Ella no le conocía y... ¿desde dónde?, ¿cómo? ¿Sam estaba muerta? me derrumbé en el sofá y lloré con todas mis fuerzas. Golpeaba los almohadones para hacerles daño. Aquel niño muerto a palos, en el suelo, el charco de sangre, el niño Hans mientras derribaba a aquel soldado... y el laboratorio. Las cabezas pequeñas... ¿qué era todo aquello? Me costaba respirar. ¡Oh! ¡Max! ¡Coge el teléfono! ¡Vamos Max!, pensaba mientras marcaba su número. Mi cuerpo temblaba, mi cuello se tensionaba cada vez más, mientras escuchaba los tonos al otro lado de la línea. Pero Max no estaba Colgué y fui a la cocina. Pensé que una tila me sentaría bien. Puse el agua a hervir, cogí una taza y eché la bolsita. «¡Ja!», se me escapó una risa forzada. Aquella situación era absurda, y propia de uno de mis guiones. Veía fantasmas, y aquel anciano loco nazi, que...

El sonido del teléfono me hizo saltar. Retiré la tetera del fuego y corrí a cogerlo.

—¡Max! —grité.

—¿Isola? —su tono era de preocupación.

—¡Oh Max! tengo que hablar contigo.

—¿Estás bien? —dijo con voz queda y alentadora— he visto varias llamadas y...este maldito teléfono. No sé... y no has contestado a mi último correo. ¿Va todo bien?

—No...si...creo, no sé. Max ¿puedes venir a casa?

Se hizo un silencio en el teléfono. Aquello me incomodó. Oía voces a su alrededor.

—Emm, ahora no. Estoy...Estoy con gente.

—Bueno—suspiré —no te preocupes. Si es así... —me ruboricé.

—Aunque si me necesitas iré.

—Es que ayer... creo que alguien forzó mi cerradura. No sé, oí un ruido y...

—Voy enseguida —dijo con rotundidad.

Se oían murmullos junto a Max. Pensé que tal vez estaría con alguna mujer. Su voz parecía perturbada, como si hubiesen interrumpido algo importante. Pero ¿por qué me habría fijado en eso?, ¿acaso me importaba?

—Dame una hora... emm. En una hora intentaré estar ahí, ¿de acuerdo?

—Si...vale...de acuerdo.

—Buena chica —dijo.

—Sí, claro...

«¿Buena chica?», pensé. ¿Por qué era buena chica? ¿Porque esperaría una hora a que él viniese? ¿porque no le montaba una escena? ¿porque él era mi amigo y no quería que lo fuera?

—Max —dije antes de colgar— tengo que contarte algo importante.

—¿Si...mmm? Tranquila Isola. Haré lo posible para estar ahí contigo ¿de acuerdo? y sinó enviaré a alguien para que echen un vistazo. ¿Estás segura que han forzado tu cerradura?

—Bueno... creo que sí. Pero es que... también, Sam...

—¿Sam?

—Déjalo, Max

El murmullo de gente al otro lado del teléfono impedían a Max oír lo

que le decía y la lejanía del momento me resultó frustrante

—¿Isola?, te oigo mal.

—Nada, Max. Estoy bien.

—Luego nos vemos.

Su parquedad me desconcertó. Por otro lado, la sensación de desasosiego y de duda que me había dejado al imaginarlo me hizo sonreír. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido con un hombre. Los celos hicieron su aparición por primera vez en mucho tiempo.

De nuevo me vi sola en aquel salón. Hans Kähler no era tal y como Elián me advirtió en su momento. La persona que había conocido aquella tarde en el parque nada tenía que ver con la imagen que yo me había creado de él. Su historia era desconcertante y monstruosa y me preocupé al ver a Sam envuelta en algo que escapaba a lo natural. Pero aquellas confidencias del viejo Kähler me trajeron a la memoria a la Samanta que yo nunca había podido ver. Siempre, en lo más profundo de mi corazón, supe que tenía algo sobrenatural, que era extraordinaria. Y el hecho de haber conocido a su abuelo, con aquel halo misterioso que le envolvía, corroboró aquel pensamiento.

Me fumé un cigarrillo despacio, mientras veía a Max en mis pensamientos, y me tumbé en el sofá. Pretendí no pensar en nada. Elián me había enseñado un método de relajación que me ayudaba a concentrar mis energías y a abstraerme de las energías negativas. Él cuidaba mucho de su mente y su cuerpo. Primero los dedos de los pies, luego los tobillos, después las piernas. Había que cerrar los ojos y concentrarse en cada parte de tu cuerpo. Después el vientre, luego cada brazo, el pecho, el cuello, y para terminar, cada parte de tu rostro. Los labios, las orejas, los párpados...Contraes los músculos y luego los sueltas. Casi llego a quedarme dormida cuando empecé a recordar.

«Elián me desnudaba con suavidad, como siempre hacía, muy despacio, como si desenvolviese un paquete. Me había cogido en brazos y depositado encima de la cama. Recuerdo el olor a incienso. Era un olor que penetraba en las fosas nasales, dulce y placentero. Me acariciaba la piel con sus dedos hasta hacerme estremecer. Pero ese día fue diferente. Él estaba sobre mí. Me besaba y me acariciaba el pelo mientras yo sentía su pasión. De pronto, paró con brusquedad, me sujetó la cabeza con sus manos y empezó a

apretarla por las sienas. No sabía si decirle que parase. El miedo y el placer se mezclaban con el incienso y los acordes de Enya que nos embriagaba desde el salón. Agité la cabeza en señal de lucha pero Elián no prestaba atención a mis movimientos, sólo a los suyos. «¡No lo haré!» exclamó varias veces. Me asusté de verlo así y le pedí que parase. Me hizo caso y se acostó a mi lado, exhausto. Se llevó las manos a la cabeza y se mesó el pelo. Miraba al techo como si buscara algo en él. Le pregunté qué le pasaba y tan solo dijo, con voz grave, «No volverá a pasar».

Tras despertar de aquel ensueño, no recordaba si aquella frase la dijo él o si yo la había insertado en mi recuerdo. «Es demasiado poder». ¿Qué habría querido decir? Echaba tanto de menos aquellos momentos de pasión, en los que nuestros cuerpos se fundían con el entorno hasta hacerse sólo uno. Pero Elián ya no estaba, se había ido mucho tiempo atrás. Y yo debía canalizar todas mis fuerzas en Sam.

El timbre de la puerta me sobresaltó. ¡Max! exclamé para mis adentros. Con él todo era distinto. No tenía nada que temer.

Abrí la puerta y me quedé paralizada. Aquella visita no era la que yo esperaba en aquel momento.

\*\*\*

Todo pasaba muy deprisa por mi cabeza. Los recuerdos se amontonaban uno encima de otro. Mi niñez apareció de golpe, al lado de Sam, de Elián... No estaba preparada para un cambio brusco. Aquello sobrepasaba cualquier idea que hubiese tenido antes en mi vida. Yo era una persona imaginativa. Me gustaban las historias, desde niña. Era especialista en inventar. Ni mi mejor guión, que tuviera en mi cabeza, podría compararse con lo que estaba experimentando en aquel momento. Todo era real y sin embargo dudaba. Elián, el hombre a quien admiré, el que me hizo soñar, amar, y también sufrir, desapareció. Mi hija, Samanta, mi anexo, mi proyección, también. ¿Era casualidad? Yo sólo había deseado ser normal, tener una familia corriente. Y al casarme con Elián, pensé que tendría mi universo controlado y que yo, la verdadera Isola saldría a flote, como una isla en un océano.

Apenas sí pude aparcar, aunque no olvidar, todos los acontecimientos que habían ocupado mi existencia los últimos meses, cuando algo con lo que no contaba, invadió mi hábitat personal.

Hans Kähler había abierto la caja de pandora. Un cajón secreto, lleno de sombras, de duda, de añoranza y de desconsuelo. Aquel niño vivió la cosa más horrible que un niño podría vivir, no la muerte, sino la crueldad más inimaginable que puede salir de un ser humano ¿Qué extraño fenómeno le sucedió aquel día en que abandonó la niñez para siempre? Pero lo que más me inquietaba, no era el pasado de aquel hombre, sino el presente de Samanta y, por supuesto nuestro futuro. Porque yo sabía que Hans estaba en lo cierto. Sam era especial. Siempre lo había sabido. Su piel emanaba una desconcertante y formidable energía. Y, a su vez, toda ella era como un imán. Pero no en sentido figurado, por su hermosura, por su brillantez, sino literal. Cierto que hubo fenómenos extraños en su vida, que yo no quise ni supe entender, y que Elián evitaba constantemente. Pasado un tiempo, hasta llegué a pensar que él se había marchado por su culpa y no por la mía ¿Acaso le asustaba Sam? Y, de ser así, ¿por qué?

Hans Kähler había entrado en mi vida en un momento idóneo para la incompreensión. ¡Qué más podía suceder!

Intenté ordenar en mi cabeza todas las piezas como pude. La misteriosa desaparición de Samanta, las notas manuscritas con mensajes incomprensibles. Sus apariciones misteriosas, aquellos libros y fotos movidos por... no sé qué o



quién. Ocurría en mi casa, en mi vida. Sam se estaba comunicando, y por alguna extraña razón, lo hacía conmigo, pero ¿para qué?

Había decidido contárselo todo a Max. Él era mi refugio y con su ayuda y su comprensión llegaríamos al fondo de todo. Habría deseado que fuera él aquel día al abrir la puerta. Y lejos de Elián y de Sam, él me aportaba la tranquilidad y la serenidad que necesitaba. ¡Había deseado tanto que fuera él!

—¿Puedo pasar?

Me costó reconocer su silueta. Parecía más viejo que hacía unas horas. Hans Kähler, con las manos en los bolsillos, y con un rictus poco amigable insistió en que le dejase entrar. Le hice pasar al salón y le ofrecí algo de beber pero lo rehusó. Se quitó el abrigo despacio y se sentó en el sofá. Su mirada caminaba con lentitud por las paredes del salón como un perro que olfateaba un territorio desconocido.

—¿Por qué me ha dejado así en el parque, Hans?

—Quería estar seguro.

—¿Seguro?

—De que escucharía mi historia sin prejuicios.

—Tengo prejuicios —dije con rotundidad.

—Tiene curiosidad.

—Es el abuelo de mi hija, y ella ha desaparecido. Es algo más que curiosidad.

Nos mantuvimos la mirada y guardamos silencio unos segundos.

—¿Va a contármelo todo Hans? ¿Ha venido a eso verdad? —interrumpí el silencio.

—Le traigo una historia para su guión.

Miré el reloj y pensé en Max. ¿Qué podría hacer? ¿cómo podría explicar aquella situación en mi casa? ¡Oh! había deseado tanto que fuera él.

—¿Una historia para un guión? —pregunté distraída.

—Sí, eso he dicho.

—Bueno, tiene gracia porque... en verdad es una buena historia. Si no se tratase de mi hija... —apreté los labios

—¿Ha oído hablar del Mésak? —preguntó.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza. Esa palabra me resultaba familiar pero no podía deducir por qué.

—¿Le habló Elián del Mésak? —continuó.

Asocié a Elián con esa familiaridad y mi mirada voló veloz hacia aquella cabeza horrible que reposaba en la estantería. Aparté la vista con la misma rapidez y vi que Hans Kähler me observaba con atención.

—¿Si...? , ¿lo hizo? —inclinó la cabeza hacia delante y la ladeó en señal de interrogación.

—No... no sé. No me suena. ¿Qué es y qué significa?

El viejo sonrió y relajó su cuerpo.

—Lo hizo.

Sentí cierto miedo y sobre todo recelo, el mismo que sentí siempre por aquella cabeza. Hacía mucho tiempo que no había reparado en ella. Nunca tuve el valor de tirarla, ni siquiera tras la desaparición de Samanta.

—Pues se lo voy a contar Isola, porque creo que necesita y debe saber.

Me mordí los labios y miré al rededor, a todas partes menos a él. ¡Dónde estaría Max! sólo me preocupaba que Max llegase en un momento inoportuno, que se marchase, que aquel anciano no quisiera irse... No podía pensar.

—Diga al fin lo que tenga que decir, Hans —dije al fin— comprenda que todo esto me hace mucho daño.

—Le aceptaré un vaso de agua ahora si me permite —dijo con cortesía.

Le di un vaso de agua. El viejo bebía despacio mientras capturaba en su paladar cada sorbo de agua como un tesoro.

## **Hans**

*Hans Kähler era un niño, pensaba como niño y actuaba como tal. Pero le había tocado vivir en la familia y época equivocadas. Así lo pensaba él hasta que entendió, con el paso de los años, el gran privilegio que se le había otorgado.*

*Alemania vivía inmersa en un momento de cambio anómalo, feroz y sin sentido, más él nada podía hacer, salvo seguir sus instintos. Nadie pudo imaginar que aquello cambiaría el rumbo de la historia, y menos aún el pequeño Hans. Porque la muerte de aquel niño judío cambió su perspectiva del mundo y desde aquel tiempo adquirió habilidades y poderes impensables para el ser humano. El día que aquel niño murió, también murió una parte de él.*

*Observaba el cuerpo inerte y destrozado de aquello que hacía unos segundos chillaba de un modo desgarrador y que yacía en el suelo sobre su propia sangre y vómitos. Hans jamás había visto una persona muerta. No sabía cómo sería su cuerpo ni qué pasaría después. Le habían hablado de ello. «Cuando mueres, desapareces», le dijo su madre en una ocasión. Pero el cuerpo de aquel niño estaba allí todavía. No había desaparecido, aunque tenía que estar muerto a la fuerza, porque no respiraba.*

*Algo le llamó la atención de la vestimenta que llevaba puesta el chico. Sobre la estrella amarilla que tenía cosida en la chaqueta, había algo escrito. Se acercó para verlo de cerca y vio el nombre de «Saúl» cosido con hilo de color malva. Algo debía significar para alguien aquel cuerpo si tenía nombre. Porque una persona con nombre significa algo para alguien. Aunque no lo oyera a menudo, su nombre, sabía que algo significaba. Lo observaba con atención, cuando le pareció ver de pronto que el niño convulsionaba y que torcía los ojos para mirarlo. Hans se quedó petrificado. Por un segundo vio como los ojos de aquel cuerpo sin vida se clavaban en los suyos. Sólo fueron unos segundos pero le parecieron una eternidad. Su corazón latió tan fuerte que se llevó la mano al pecho para sujetárselo. El pequeño Hans corrió como una exhalación y aterrizó en el cuerpo adusto de su padre.*

*Él le había llevado allí para apuntarle en las «Juventudes Hitlerianas». Vestiría de Boy Scout, aprendería a utilizar armas y a jugar en la naturaleza. A Hans le habría parecido entretenido si no hubiera sido por la cara de hiena de aquel hombre severo que le miraba desde el otro lado de la mesa. Su padre, sin embargo, se mostraba satisfecho y cómodo. Erguido, en la silla, sus ojos brillaban de orgullo. Le iban a cambiar la vida, eso dijo, el día de su cumpleaños. Austria había decidido anexionarse a Alemania. Él no sabía mucho de aquello, pero todo el mundo estaba eufórico, incluido su padre, por lo que malo no podía ser.*

*Esos campamentos de Boy Scouts, ¿qué tenía aquello de estupendo?, a él le gustaba su vida. Tal vez habría cambiado ratos de ocio en casa con momentos de no hacer nada con su padre. Pero esa era otra historia.*

*Tenía dificultades para conciliar el sueño y durante los dos días siguientes tuvo un dolor de cabeza agudo que le taladraba el cerebro. Nada dijo de aquel encuentro con el niño judío, ni siquiera a su madre. Y su padre, acaso no se habría percatado de la presencia de aquel bulto en el suelo aquella tarde, o si lo hizo tal vez vio a lo que él y muchos como él creían un animal y no al niño. Por tanto, ¿de qué preocuparse?*

*Una noche, pocos días después, se encontraba sentado a la mesa a la hora de cenar. Miró el plato de sopa y no pudo evitar sentir náuseas. La imagen de aquella cara destrozada del niño muerto, y la sangre extendida por el suelo, se mezcló con las salchichas y la col que tenía en su plato. Sintió como su cuerpo empezaba a temblar. Cerró los puños y aguantó la respiración hasta que su rostro quedó congestionado. Ignoraba por qué le estaba pasando todo aquello. De forma inconsciente y casi mecánica arañaba el mantel con sus uñas hasta que acabó rompiéndolo. Su madre lo miraba asustada pero no preguntó. Ella sabía qué destino aguardaba a Hans y a Alemania. Y aunque no le gustaba, y sufría por su hijo, no preguntó. Hacía tiempo que había dejado de preguntar. Cuando Hans fuera llamado a servir al Führer nada podría hacerse ya. Su padre reparó en el extraño comportamiento de su hijo pero se limitó a ejercer de progenitor, que no de padre. Y el pequeño Hans acabó en su dormitorio antes de tiempo.*

*Estaba sentado al borde de la cama. Su cabeza le estallaba. Apretaba sus sienes con fuerza para sacar el dolor. Era doloroso e insoportable. Los gritos llegaron a su cabeza con absoluta nitidez. Gritaba cada vez más fuerte. «¡Cállate!» decía Hans. Y pocos segundos después, todo se*

*oscureció. La cabeza dejó de dolerle. Sintió su cuerpo más ligero, especialmente las piernas. Con una naturalidad inusual, como flotando, se levantó despacio y se sentó en su escritorio. Tuvo el reflejo de mojar la pluma en tinta y empezó a escribir en unas hojas que habían sido abandonadas encima de la mesa. Él no sabía por qué ni qué es lo que escribía. Sólo hacía lo que se le ordenaba. Al acabar, vio el papel y la pluma entre sus dedos. La tiró encima de la mesa asustado. Aquella letra no era suya. Miró alrededor. Su habitación estaba en silencio, no había nadie más que él. Volvió su mirada al papel. La caligrafía era bonita, cuidada y sin faltas de ortografía.*

*«Yo, Saúl, viviré en ti, me comunicaré a través de ti, siempre. Enseñaré a los hombres lo que la historia será. Igual que hicieron otros y dejaré así el legado que nos ha sido otorgado. El de las almas buenas. Las cabezas pequeñas no son lo que parecen. Hay que destruirlas. Si no, el poder sobrevivirá»*

*Hans volvió la cabeza de nuevo y buscó a su alrededor, una sombra, algo. Pero no vio nada. Dobló el papel en cuatro trozos y se lo metió en el bolsillo. Aquel cuerpo cansado de hacía unos minutos ya no estaba. Sentía tanta fuerza que podría golpear las paredes sin temor a hacerse daño. Las voces de sus padres le llegaban más nítidas. Su padre hablaba con severidad y su madre lloraba. Nada había cambiado en el piso de abajo. Sólo él. Se asomó al pasillo con valentía con la esperanza de que aquellas mismas piernas ligeras que le llevaron al escritorio un rato antes le llevaran allí. Pero eso no ocurrió. Al contrario; cerró la puerta con sigilo y dejó que las voces del piso de abajo siguieran su curso. Se tumbó en la cama, relajado. Cruzó las manos sobre el abdomen y se quedó quieto mirando al techo. Jamás se había sentido igual. Sacó la nota de su bolsillo, la desdobló y la leyó de nuevo. «Saúl, Saúl... ¡Qué extraño poder le había trasladado aquel niño!» No entendía mucho de judíos, sólo lo que le había oído decir a su padre. Pero éste estaba equivocado. Los judíos podían comportarse como animales pero no lo eran. Él había visto uno, con cuerpo de niño. Y, además, le había cambiado la vida. Sí, aquel niño le había cambiado la vida, no el hombre con cara de hiena, ni su padre ni las juventudes, ni el niño rubio, nadie más. Volvió a meterse la nota en el bolsillo. Miró a su alrededor y se le ocurrió que si era capaz de escribir con la letra de otro, a lo mejor podría*

*hacer otras cosas igual de extraordinarias. Dirigió su mirada hacia el armario ropero. De la cerradura colgaba una llave pesada con una cinta roja. ¿Y si pudiera hacer que se cayera? Eso sería un acto de poder insuperable. Sintió como su cuerpo empezaba a subir de temperatura. Su cuero cabelludo le ardía a la vez que su corazón palpitaba con tal fuerza que parecía salirse del pecho. Sus ojos estaban fijos en aquella llave. Pero la llave no se movió. Suspiró hondo y maldijo al pobre Saúl. ¡Qué más daba! Oyó como su madre le llamaba desde el pasillo. Su voz le sobresaltó. No quería que descubrieran su secreto. De forma inconsciente, dirigió su mirada a la puerta de su habitación mientras ésta empezaba a abrirse. La puerta se cerró de golpe y el cerrojo se movió solo. Suspiró despacio y esbozó una sonrisa abierta. La llave había girado sola; su habitación estaba cerrada y él parecía estarlo también.*

*De cómo todo cambió desde entonces, él no se lo preguntó, sólo esperó a que la vida le enseñara su destino. Todo lo que hacía, o decía, tenía sentido. Podía mirar a su padre a los ojos y saber todo lo que pensaba. Miró dentro de su padre y aunque al principio le dolió saber de la perversión que reinaba en su interior, de la falta de principios, y de sus instintos falaces, poco a poco perdería el miedo y lejos de verlo como a un monstruo empezó a considerarlo como una irremisible víctima.*

*Aquel día, en el laboratorio, en cuestión de segundos había podido desarmar al soldado de la puerta. Era una puerta muy gruesa de madera maciza. Jamás podría traspasarla. Sólo tenía que llegar al soldado, pedirle la llave y entrar. Sin más. El laboratorio era su objetivo. Ahí es donde guardaban las cabezas pequeñas. El niño rubio que le saludó aquel día, con las manos manchadas de sangre, le había dicho dónde estaban. Era el tesoro del Reich. Aquello significaba la supremacía de la raza aria, el dominio sobre todo ser humano, mejor aún, «nos hará más poderosos que Dios», dijo. Aquel niño le enseñó muchas cosas durante sus ratos en los Boy Scouts, de las que le costó mucho deshacerse con los años.*

*Hans había abordado esa conversación con curiosidad pero también con cierto escepticismo. El niño rubio no le gustaba, más aún, le repugnaba. Y no sabía hasta qué punto todo aquel delirio de grandeza era una simple bravuconada. Pero le pudo la curiosidad, y después de aquella experiencia de aquella noche en su habitación, adquirió también una responsabilidad y una deuda con quien le había dado tanto poder, aunque desconociese el por*

qué Saúl le había elegido.

*El soldado era un hombre joven, bastante corpulento y llevaba un uniforme parecido al de su padre aunque con menos galones. Se fijó que también llevaba en el brazo aquella cruz negra irregular. Hans vestía su uniforme nuevo y aquello le hacía sentir bien. No era tan elegante como el de su padre, pero significaba algo al menos. Por primera vez en su vida sintió pertenecer a un grupo, aunque sus miembros fueran unos estúpidos engreídos faltos de imaginación. El soldado le sonrió y le preguntó dónde iba. Hans se había hecho notar los últimos días por allí. Su padre era una persona importante. No sabía mentir. Su padre le había enseñado que mentir era pecado. Así que dijo la verdad. Quería entrar en el laboratorio. El soldado rió sin pudor y Hans se irritó. Sin mediar palabra, el soldado bajó la cabeza y continuó con sus tareas, seguramente más importantes que la suya. Se acercó con sigilo para ver qué le tenía tan absorto que le había permitido ignorar su presencia. No pudo acercarse mucho. El soldado estaba alerta. No parecía gustarle la presencia de Hans. Sin duda lo vio como una chiquillada y le echó con desprecio. «Aquí no se juega, chico». Habló con voz grave y desabrida. Estaba tan cerca del objetivo que no podría dar marcha atrás.*

*Fue en ese momento cuando reparó en su arma. Sin saber cómo ni por qué, con solo una mirada hizo que el arma se soltase de su funda y fuese a parar a la mano de Hans. El soldado se levantó de un brinco y se llevó la mano a la funda vacía. Le miró atónito al ver que el chico llevaba su pistola en la mano. Hans, aturdido, la tiró al suelo como si ésta le quemase. «¡Déjeme entrar por favor!», le rogó Hans al soldado. Éste casi ni reaccionó en el momento en que empezó a oler a quemado. Miraba al chico negar con la cabeza y lamentarse «No, no, no». El soldado se miró las botas y vio que habían empezado a arder. Soltó un grito más de miedo que de dolor y se tiró al suelo. Intentaba quitarse las botas pero la piel le quemaba y el roce le producía un dolor inmenso. El fuego le subió por las piernas. El soldado rodaba y giraba sobre sí mismo en el suelo, pero el fuego no se iba. Hans no podía hacer nada. Sólo negaba con la cabeza y miraba al pobre soldado cómo se quemaba vivo. Éste gritaba, cada vez más fuerte. Estiró los brazos en señal de socorro pero Hans no se movió. Aquellos gritos le recordaron a los de aquel niño, y pensó que si él y el soldado chillaban de la misma forma, no debían ser tan distintos.*

*El fuego se apagó y tan solo quedó un cuerpo carbonizado y un olor nauseabundo. Se preguntaba por qué el niño judío querría que aquel soldado muriese de esa forma. Porque era evidente que había sido Saúl quien había creado el fuego y no él.*

*Fue fácil hacerse con las llaves del laboratorio. La puerta grande que custodiaba aquel soldado se abrió. Detrás, había otra puerta más robusta aún pero ésta sin cerradura. En un lateral, había una caja metálica con una rueda. La puerta se habría con contraseña. ¡Aquello era una fatalidad! Pudo pegar su nariz a un pequeño cristal que había a un lado para intentar ver algo, pero era demasiado gruesa y no consiguió ver bien al otro lado. Con lo que había conseguido hasta ese momento, también podría llegar al laboratorio. Sólo tenía que proponérselo. Si su padre se hubiera imaginado por un sólo momento el poder que aquello representaba, nunca le habría tratado con menosprecio.*

*Miró la rueda con atención y en décimas de segundo imaginó todas las combinaciones posibles en su cabeza. Ésta trabajaba a toda velocidad. Al final dio con la correcta y la puerta se abrió. Hans sonrió satisfecho. ¡Había sido tan fácil! Se sentía tan distinto que aquello le reconfortaba. Era una sensación muy diferente a todo lo que había experimentado hasta ese momento.*

*Entró en una sala cuadrada, no muy grande y en penumbra. A su derecha descubrió una puerta más pequeña, también robusta y blindada. Esbozó una amplia sonrisa. Aquello le hacía sentirse importante.*

*El momento de imaginar el cómo hacer las cosas le divertía. El fuego no lo había creado él, sino que surgió solo, por el poder de su mente. Fue una demostración de poder sublime. ¿Cómo podía superarse todo eso?*

*Fijó su mirada largo rato a la cerradura mientras esperaba algo extraordinario. Temblaba de emoción. Ni siquiera miró atrás para ver si había alguien. No le hacía falta. Todo era tan fácil a los doce años, ¡qué sería a los veinte!, ¡y a los treinta!*

*Se mordió los labios con impaciencia. El silencio, la soledad y la inactividad de su cerebro le inquietaron. Sintió como una fuerza poderosa le subía desde los pies a la cabeza. Su corazón latía veloz. Cerró los puños y su rostro enrojeció hasta la congestión. No podía respirar. La ira le superaba. Caminó hacia atrás deprisa, tomó posición y se abalanzó sobre la*



*puerta, dando un golpe con el hombro. Aquello dolió. Repitió la operación tres veces hasta que el dolor le hizo parar. Se quedó exhausto, de rodillas, frente a la puerta. Su respiración era agitada. Apoyó la cabeza en ella, cerró los ojos y continuó respirando. Trasladó el dolor del hombro a la cabeza y con él, apoyado, golpeó la puerta con los puños, una y otra vez. ¿Pero por qué no se abría? Saúl le había abandonado.*

*No sabía cuánto tiempo llevaba ahí parado frente a la puerta, pero le pareció una eternidad. Empezó a preocuparse por el soldado muerto. Si lo descubrían estaba perdido. Aunque era infalible, él no era consciente de cuánto lo era. Pensar en otra cosa, eso es lo que tenía que hacer. Imaginó a su madre, mientras le recibía en casa vestido con el uniforme de gala, lleno de condecoraciones. Le daría un beso en la frente, como hacía siempre, le alisaría el pelo con sus suaves manos. Su padre no estaba en su imaginación. Habría dejado de existir, sin más.*

*Escuchó un ruido al otro lado de la puerta y chasqueó los dientes. La empujó con suavidad. Parecía de papel. Aquello era extraordinario. Había concentrado su energía en otra cosa y la puerta se había abierto para él, así sin más.*

*Lo que vio en aquella sala no era de este mundo, no del que él conocía. No estaba preparado para ver aquello. Pero sí el niño rubio y Saúl, y el soldado que yacía carbonizado, y su padre y el hombre cara de hiena, habían sido capaces de adentrarse en ese mundo, él, sobre todo él podría. Eso era lo que iba a cambiar el rumbo de la historia y él era el elegido. Al ver todo lo que ahí se guardaba, concienció por primera vez por qué Saúl se habría adentrado en aquel sitio para destruirlo. Le había guiado hasta allí para hacerlo todo desaparecer. La cuestión era en aquel momento decidir si asumía su responsabilidad o si por el contrario se aprovechaba de ella. «Te va a cambiar la vida» oyó en su cabeza al hombre con cara de hiena.*

*Permaneció un rato dando vueltas; se fijaba en cada detalle de lo que había allí, y pensaba. Pero por raro que pareciese, no estaba asustado. Era capaz de tomar la decisión correcta. Había encendido fuego una vez, y podría hacerlo de nuevo. Todo ardería en llamas y nunca más se hablaría de las cabezas pequeñas. Y Hans volvería a su vida de antes, a la que no deseaba cambiar. Estaba confuso, eso sí. Si se había construido algo tan importante, y escondido de los enemigos, ¿por qué destruirlo sin embargo?*

*Al fondo de la sala había otra más pequeña separada por una puerta*

*de madera con una ventana. Se asomó para ver lo que había. Una habitación pequeña, forrada de estanterías llenas de libros y en el medio, una mesa llena de cuadernos y lápices y un flexo de metal. En la única pared donde no había estantería, colgaba una bandera enorme, con el fondo rojo, y un círculo blanco en el medio con aquella cruz negra deforme en el centro. No sabía qué significaba ni por qué la habían elegido tan fea, pero era un símbolo importante, para su padre y para su país. Estaba en todas partes.*

*La puerta estaba cerrada, por descontado. Intentó abrirla con el pomo pero no lo consiguió. La biblioteca de su colegio nunca la cerraban con llave. Ésta lo estaba, por lo que debía albergar grandes secretos, cosas importantes, tesoros, testimonios de héroes desaparecidos. Se alejó unos pasos hacia atrás y corrió hacia ella. Lo hizo una, dos y hasta tres veces, hasta que cuando el dolor de su hombro había cedido de tanto golpear, decidió abrir la puerta de una patada. Del impulso, cayó sobre la mesa y notó un ligero golpe en el estómago. Miró hacia atrás y se dio cuenta que la puerta había sido arrancada de sus bisagras. Respiraba con agitación después del esfuerzo. Nada de lo que había hecho antes se parecía a lo de aquel día. Si sus amigos del colegio lo vieran, ya no se reirían de él. Había adquirido una fuerza propia de un súper héroe.*

*Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que alguien se diese cuenta de que estaba ahí. Empezó a hojear los cuadernos que había encima de la mesa; se percató de que habían sido ordenados con cuidado, apilados uno encima del otro. Sólo uno le llamó la atención. «Manual de reducción, sobre las Tzantzaz y el poder de los tres espíritus» Lo cogió sin pensar y salió de la biblioteca.*

*La sala tenía tres filas de muebles con vitrinas. En cada una había ocho vitrinas rectangulares, divididas en dos cuadradas, más pequeñas. En cada una había una pequeña cabeza. Con el libro debajo del brazo recorrió uno de los pasillos hasta la puerta de entrada, deteniéndose unos segundos delante de cada vitrina. Hans se detuvo y quedó clavado en el suelo sin poder moverse. No había tenido casi tiempo de ver lo que eran aquellas cabezas, aunque se lo podía imaginar. Al principio, le parecieron cabezas de muñecos deterioradas, pero no fue hasta aquel momento en que se dio cuenta de lo que eran en realidad.*

*Aquella que tenía delante no era como las demás. No recordaba las facciones con exactitud, pero se dijo a sí mismo que aquella podía ser la*

*cabeza del pequeño Saúl dentro de esa caja de cristal. Era tan pequeña que habría cabido en su palma de la mano. Estaba confuso y aturdido. Notó humedad en sus pantalones. Bajó la cabeza y vio una mancha en la entrepierna. Su cuerpo tembló.*

*De pronto, oyó voces lejanas en su cabeza que le hicieron reaccionar. Sin dudar, golpeó con fuerza la vitrina de cristal hasta que ésta se hizo añicos. Cogió la cabeza con rapidez, y corrió hacia la puerta. No sabía muy bien lo que tenía que hacer, pero debía actuar rápido. Las voces se acercaban al mismo tiempo que los pasos, unos pasos veloces y ruidosos. Cerró los ojos y visualizó una llama en su cabeza. Una llama alta, naranja y espesa. Oyó unos chasquidos y empezó a sentir calor. Una de las vitrinas había prendido y el fuego se propagaba por la sala. Se dio la vuelta y salió entre el humo. Le costaba respirar y tosía con dificultad. La sirena empezó a sonar fuerte y entre el humo adivinó las siluetas de soldados que entraban a gatas con toallas en la cabeza. Oyó el ruido de una manguera y de un extintor. Cuando pudo volver a ver con claridad y dejado de toser, se encontraba fuera del recinto. Coches de bomberos llegaban con rapidez y muchos coches oficiales con soldados de uniforme negro aparcaban delante del edificio. Hans corrió con todas sus fuerzas, dobló la esquina sin mirar atrás y siguió con la cabeza alta, con el corazón galopante, y piernas de gacela, lejos, muy lejos. Se paró al llegar al parque que había frente a su casa, jadeante. Miró lo que llevaba bajo los brazos y se sintió satisfecho. Un mundo nuevo se abría ante él. Estaba seguro. Dibujó una amplia sonrisa. Sus ojos brillaban como centellas. Ya había oscurecido. Abrió la puerta de su casa con dificultad y a punto estuvo de dejar caer las llaves. Olía bien. Vio la silueta de su madre, de espaldas, en la cocina. ¡Cuánto la quería! Hans subió despacio las escaleras de madera que daban al piso de arriba, con cuidado de no hacerlas crujir. Entró en su habitación, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.*

*El laboratorio ardió con todo lo que había dentro. Decenas de libros, cientos de documentos, banderas, muebles y cabezas, muchas cabezas pequeñas, y muchos secretos.*

*Su padre y todos los que le rodeaban quedaron consternados por lo ocurrido. Desde aquel día, llegaba tarde, con semblante grave y apagado. Los días que sucedieron al incendio, fueron confusos. Nadie supo lo que había pasado en realidad. El sótano había quedado muy dañado por el*

fuego; y las actividades que allí se hacían se trasladaron a otro edificio, dos calles más abajo. Pero nunca más se volvió a almacenar cabezas. No sin el libro que Hans se había llevado.

El cuaderno que Hans guardó con tanto celo, era lo más parecido a la biblia para cualquier hombre en aquellos días. Explicaba con todo detalle el método de reducción de cabezas por las tribus del Amazonas. La lectura, al principio le repugnó, pero poco a poco empezó a interesarse más que por el método, por el fin. ¡Qué sencillo parecía todo!

Aquellos hombres con cara de hiena, que vestían uniformes negros, como su padre, habían descubierto algo que les hacía vulnerables. Pensaban que los judíos contaban con un coeficiente intelectual superior a la media, y superior al suyo. Tenían grandes dotes para los negocios; eran cultos, eruditos muchos de ellos, trabajadores incansables, y sobre todo personas de éxito. ¡Cómo podrían llegar a ser como ellos! La exterminación parecía el camino más corto, pero con ella desaparecía también la excelencia. Pensaron que al exprimir el contenido del cerebro humano, de aquellos de mentes privilegiadas y superlativas, y lo conservaban, guardarían su poder como un talismán. Al igual que las Tribus Shuar en la recóndita selva del Amazonas reducían las cabezas de sus enemigos, así lo harían ellos. No dejaba de ser algo simple y razonable, pero que llegase a ser factible, eso era lo quimérico.

Hans guardó la pequeña cabeza y el cuaderno con mucha diligencia. Permaneció allí en su habitación bajo llave, lejos de todo durante mucho tiempo. Jamás se delató ni habló de aquello en las Juventudes. Se limitó a obedecer, a ser un joven aplicado y digno de su uniforme. Al fin y al cabo, es todo lo que se esperaba de él. Unos años más tarde iría con el niño rubio al frente. Ahí entendería por qué Alemania optaba a ser grande.

El niño Hans creció en un mundo que no le pertenecía, como otros tantos niños. Pero él era diferente; había adquirido el don de la infalibilidad. Aquello le acompañó toda su vida. Con los años, adquirió más facultades y desarrolló capacidades que escapaban a lo comprensible para el ser humano. Al irse el niño, y llegar el joven Hans, pudo dar forma real a aquellas vivencias. Y entendió que algo tan poderoso no podía quedar desperdiciado.

El padre de Hans fue juzgado años más tarde en Núremberg por crímenes de guerra, como otros tantos hombres que creyeron una vez en el

*poder del Mésak. La madre de Hans murió de tuberculosis poco después. Huérfano de padres y de patria, se embarcó en un proyecto de vida en Sudamérica, y llegó a un lugar remoto de la selva entre Ecuador y Perú, donde aprendería todo lo que estaba destinado a conocer.*

*Saúl le acompañó durante todo ese tiempo. El descubrimiento de las cabezas pequeñas le otorgó un poder inmenso, que pudo utilizar tal y como había sido concebido, pero aquel poder murió con el niño Hans esa tarde en aquel laboratorio y ese poder se convirtió más tarde en medicina para las almas.*

*Años después de llegar a Perú, se casó con Samara, una guapa indígena que consiguió darle un hijo antes de morir en el parto.*

*Todo lo que aprendió del país que le acogió, de sus gentes, y de las tribus con las que convivió se lo debía a Saúl. Ellos le enseñaron a desarrollar su don, a prescindir del Mésak y a fortalecer el Wakani. Aquel legado extraordinario le permitió ejercer de médico rural, aunque nunca enseñó ningún título de medicina, ni nadie se lo pidió.*

*En aquella aldea de la selva amazónica el único título que se requería era el de alma. Ejerció la medicina rural sin haber estudiado medicina. Al fin y al cabo podía utilizar su poder curativo, el que había heredado.*

*Todo aquello que aprendió en las Juventudes, los niños rubios, el soldado que murió abrasado, los gritos del pequeño Saúl, le acompañarían toda la vida. Pero también le acompañó el sentimiento de ser alguien, alguien importante, el reflejo de su imagen en un charco de agua clara.*

\*\*\*

Ignoraba por qué aquel anciano querría compartir conmigo aquella historia tan amarga como sorprendente. Le había escuchado con atención, y quise imaginar a aquel niño de uniforme que lejos de tener esos poderes de los que alardeaba, podía estar mentalmente enfermo.

Hans estaba cansado. Se había desabrochado el cuello de la camisa y reposaba su espalda en el sofá. Por un momento me pareció un ser vulnerable. Le acerqué otro vaso de agua y se lo puse en las manos.

—Beba un poco.

El viejo levantó la vista y acogió de buena gana el vaso de agua. Parecía sediento y agradecido. Me senté junto a él en el sofá y me percaté de sus arrugas, unas arrugas hondas y dolorosas.

—¿De verdad cree que tiene poderes sobrenaturales? —pregunté.

—No lo creo —carraspeó— lo sé.

—¿Y cree que fue aquel niño judío quien se los otorgó? ¿no es eso?

—Sí, eso es —hablaba con dificultad.

—Pero usted mató a un hombre, Hans. ¿Por qué otorgarle aquellos poderes si servían para matar?

Hans Kähler me miró con extrañeza. En sus ojos me pareció ver un brillo inusual, casi transparente. Me recordó aquella mirada que Elián tenía mientras meditaba, se abstraía del mundo, mientras se alejaba de mí.

—No ha entendido nada, Isola. Saúl sólo me dio las herramientas. La vida nos da los ingredientes y nosotros sólo tenemos que elaborar la receta.

—Ya... —negué con la cabeza incrédula.

—Pertenezco a una larga estirpe de hombres buenos, de sanadores de almas.

—¿Sanadores de almas?

—Sí. Con poderes sobrenaturales como usted dice. He viajado sin moverme de mi sitio y he visto cosas increíbles. Y lo más importante, he vivido con amor.

—¿Con amor?, ¡qué extraña percepción del amor!

—El amor a los demás. Amé mucho en mi vida Isola, más de lo que se

puede amar. Amé a mis padres, aunque no fuera correspondido. Amé a mi joven esposa aunque fuera de forma efímera y amé la imagen de lo que pudo ser mi hijo aunque no tuve tiempo y sin duda, el poco que tuve lo desperdiciara. Pero sobre todo amé al mundo, a aquellos que me necesitaban.

El anciano tosió y se llevó el vaso de agua a los labios. Parecía envejecer por minutos ante mis ojos.

—Yo no me enorgullezco de mis orígenes, de mi país, ni de mis compatriotas. Y tampoco me enorgullezco de haber matado a aquel soldado. Créame, aunque era tan solo un niño, aún tiemblo cuando siento fuego cerca de mí. Pero es lo que había que hacer.

—¿Dice que ha viajado sin moverse de su sitio?, ¿a qué se refiere?

—Oh, es algo extraordinario. La mente es muy poderosa, ¿sabe?

—Explíquemelo

Hans Kähler esbozó una sonrisa que desafiaba mi desconcierto.

—¿No me cree? —frunció el ceño.

—Pues... ¿qué quiere que le diga Hans!

—Quiero decir que es tan real...

Me levanté del sofá y me puse a pasear por la habitación. Me paré frente a él y mi mirada se posó en la fotografía de Samanta que reposaba a su lado. ¿Podía ser cierto, que Sam fuera nieta de aquel hombre? ¿Que hubiera adquirido todas esas facultades de las que hablaba? Aquel encuentro podría significar la respuesta definitiva a todo lo que había vivido con Samanta y que nunca pude explicar.

—¿Ha oído hablar de los viajes astrales?

—¿Qué? —me volví hacia él. Estaba distraída.

Me crucé de brazos con intención de protegerme. No sabía de qué o de quien.

—A eso se le llama hacer viajes astrales. No todo el mundo tiene la facultad de hacerlo, pero yo adquirí ese don. Elián también y... Sam.

—¿Sam?

—Sí. Saúl pretendía extender el don. Y lo hizo.

—Ya.... el don... —me encogí de hombros.

—Isola, ¿sabe por qué estoy aquí?

—Pues ya es hora de que me lo diga... porque... llevo un buen rato escuchando historias fantásticas de viajes fuera del cuerpo, escritura automática, y cabezas reducidas y...

El ruido del teléfono me sobresaltó. Lo dejé sonar varias veces antes de descolgar. Mi cuerpo parecía haberse quedado congelado en aquel universo que acababa de conocer. Hans no pestañeó.

—Isola...

La voz de Max sonaba dulce, cercana y reconfortante. Sentí un deseo irrefrenable de llorar. No habría sido la primera vez, pero no delante de Hans, no allí y en ese momento.

—Max...¿dónde estás? —dije en voz baja, suplicante.

—Me he retrasado Isola, ¿Va todo bien?

—Sí, pero te esperaba —oculté mi rostro mientras hablaba

—Envío a alguien a que eche un vistazo. Emm... se me ha complicado el día.

—No. No hace falta.

—¿Te importa que nos veamos mañana?, ¿estás segura que todo va bien?

—Max... —miré a Hans por el rabillo del ojo— está bien.

—¿Seguro? —su voz sonaba preocupada.

—Si... si —mentí.

Al colgar el teléfono, observé que Hans había desviado la mirada a la estantería del salón. Mi estómago se contrajo y mis músculos se debilitaron. Mi cabeza trabajaba deprisa para encontrar un modo de desviar la atención de Hans. Pero él ya se encontraba allí y tenía la cabeza de Shuar entre sus manos.

El miedo que sentí en aquel momento era tan grande como el desconcierto por lo que acababa de descubrir. Lo vi enseguida. Aquel viejo acariciaba la cabeza con su mano derecha con una dulzura incomprensible. La apretó contra su pecho y se echó a llorar. Aquel hombre se hizo pequeño ante mis ojos. El niño Hans se descubrió.

Su cuerpo empezó a temblar y pareció perder el equilibrio. Me acerqué



y le acompañé al sofá sin decir nada. Me arrodillé en el suelo frente a él. Tenía los ojos húmedos. Sujetaba la cabeza con delicadeza sobre sus piernas.

—Me la trajo Elián de uno de sus viajes. Del Amazonas... —dije.

—¿Cuándo se la trajo? —preguntó, ya recuperada la serenidad.

—Fue el primer año de vivir juntos. Partió a una expedición a la selva del Amazonas. Habían encontrado restos de una civilización muy antigua. Él...Elián estaba embrujado por aquellas tierras. Pero ahora lo entiendo, supongo.

—¿Qué entiende?

—Su fascinación. Se crió allí. ¿Fue gracias a usted y a esas tierras?.

—Yo no —negó con la cabeza y miró a Shuar —él.

Miré como sujetaba a aquella cabeza entre sus frágiles manos. Después de tantos años seguía provocando en mí la misma aversión de siempre. Después miré a Hans y me sorprendió lo diferente que era su mirada a la mía. Elián tenía esa misma mirada el día que la trajo.

—¡Tántos años! —su voz tembló— he esperado tantos años...

Cerré mi puño y me lo llevé a la boca. Si seguía mordiendo me haría daño. Hans acariciaba con insistencia aquella repugnante cabeza y yo me preguntaba qué nos llevaría todo aquello, aquel día.

—No me queda mucho tiempo, Isola —ni a Sam tampoco.

—¿Qué? —saqué el puño de mi boca.

—Saúl... —dijo en un susurro— mi viejo amigo. Eres tú.

Mi cuerpo se debilitó y sentí un frío intenso que recorrió mis huesos. Los escalofríos eran tan violentos y frecuentes que hizo derrumbarme en el suelo. Conseguí apoyar mi espalda en el sofá para mantenerme. No sabía qué le diría a Hans después de aquella revelación, ni lo que él me diría a mí.

—¿Sabe lo que significa esto?

—Hans, esa cabeza ha estado en mi salón todos estos años y yo siempre la he visto como una horrible reliquia.

—Elián debió habérselo explicado.

—Desde luego... —suspiré con impotencia. Sentí vértigo.

—Lo que está claro es que Elián la encontró y quiso ponerla a salvo.

Eso es.

—¿Ponerla a salvo?

Hans Kähler asintió.

—Oh... no, no —negué con la cabeza— esto no está pasando, no es lo que creo que es. ¿Verdad?

—¿Qué cree que es?

—¡Basta de acertijos Hans!

—He recorrido mucho mundo Isola durante todo este tiempo para encontrarla.

—Eso no es... —arrugué los ojos.

—Ahora entiendo a mi hijo. Ahora sé que Saúl le habló a través de...

Se quedó mirándome con ojos de descubrimiento.

—... de Samanta; tres generaciones —continuó— tres generaciones de elegidos.

Algo en mi interior me decía que aquel hombre podría ser un loco, que no debía escucharlo, que podía dejarme llevar por la repentina necesidad de saber. Pero lo que escuchaba me acercaba a Sam y al recuerdo que tenía de ella.

—Elián buscó la cabeza. ¿Lo entiende? Quería recuperar el legado, quería recuperarme a mí.

Había elevado la voz y sus ojos brillaban de un modo inusual.

—Tantos años de distancia, tanto tiempo perdido...

Hans Kähler estaba cansado. Se movía con lentitud.

—Ojalá se hubiese podido comunicar antes conmigo.

—Hans, esta cabeza, lo que me ha contado, su hijo, Samanta... Tiene conexión ¿verdad?

Hans guardó silencio.

—¿La tiene? ¿Por eso está aquí?

—La tiene. Claro que la tiene. Y ellos —tosió con torpeza— ellos no desaparecieron sin más.

—¿Han muerto Hans?, ¿Sam está muerta? —mi voz vibraba.

—Su cuerpo... tal vez —guardó silencio— pero no su alma. ¿Acaso importa?

Aquel anciano había conseguido llamar mi atención. Me estaba desvelando los enigmas de mi propia vida, de la vida de Elián, y la de Samanta. Se había abierto a mí sinceramente y sin tapujos. Y consiguió trasladarme a un universo de certezas que ni yo misma podía imaginar.

Me pidió llevarse la cabeza al hotel donde estaba alojado. Por un lado, me habría alegrado que se la llevase y habría sido cortés después de aquello invitarle a quedarse en mi casa, y tal vez lo más sensato, pero no dejaba de ser un desconocido para mí, un hombre repleto de secretos que pretendía hacerme creer en algo que no podía inventar o concebir ni siquiera en mis historias.

Si esa cabeza era tan importante para él, también lo sería para mí. No sabía lo que significaba, ni si creer en sus poderes mágicos y no sé qué más, pero lo cierto era que me había devuelto a Samanta de algún modo y a Elián, y estaba convencida de que me llevaría a descubrir la verdad.

Estábamos cansados y la noche acechaba, así que decidió marcharse y quedamos en vernos al día siguiente. Antes de irse, le quité con suavidad aquella cabeza de sus manos.

—Ahora no, Hans—le dije con voz queda— aún no. Tiene que desvelarme muchas más cosas antes de entregarme.

\*\*\*

Max se retrasaba. El bar donde nos habíamos citado estaba medio vacío. Dos hombres charlaban en la barra de forma desenfadada. La televisión hablaba de fondo, apoyada en una repisa metálica, en lo alto de una pared. Los dos hombres levantaban la vista de vez en cuando y hacían algún comentario. El camarero limpiaba vasos al final del mostrador. Otro hombre sorbía su café sentado en una de las mesas de delante. Yo me había sentado al fondo. Como siempre, me gustaba sentarme frente a la puerta, y ver a la gente entrar. Elián solía decir que me gustaba sentarme frente al mundo y verlo pasar. ¿Eso hacía? ¿Había visto sólo pasar a Elián y a Sam por mi vida? No, debía ser más que eso. Mucho más.

Miré el reloj y empecé a impacientarme. Max llevaba más de veinte minutos de retraso. Me había terminado el café y me limitaba a dar golpecitos con los dedos encima de la mesa. Con la otra mano, acariciaba el teléfono móvil. Era una manía de tantas.

Max, a pesar de su humanidad y del confort que me producía, era un pequeño misterio para mí. Poco sabía de él más que lo que en ese momento yo necesitaba.

Me torturaba al pensar en que pudiese alejarse de mí. Intenté imaginar el motivo que le había retenido la tarde anterior. El tono de su último correo parecía cercano y amable, y sin embargo al día siguiente me había desconcertado con su indiferencia. ¿Qué le habría retenido para no haber venido a verme! ¿Y con quien estaba? Suspiré hondo. Me entraron ganas de reír. Parecía una adolescente.

Max apareció por fin por la puerta. Tenía la gabardina y el pelo mojados. Miré por la ventana que tenía a mi izquierda y vi que había empezado a llover. Se acercó despacio, con las manos en los bolsillos de su gabardina. Le vi sortear las mesas con cierta timidez. Me alegró ver su sonrisa en el momento en que se acercó a mí para besarme en la mejilla. Por un momento había dudado de si la tendría aquel día.

—Siento el retraso —su voz era más ronca que de costumbre.

—¿Ha empezado a llover?

—Sí, y creo que me he empapado.

Sacudía su gabardina con determinación. Sus movimientos eran lentos. No veía el momento en que se sentase y me mirase con aquellos ojos color avellana y me dijera que se alegraba de verme, que sentía no haber venido el día anterior, que tenía muy buenas noticias de Sam y que me había echado de menos.

—Pareces cansada —dijo al fin, tras sentarse frente a mí.

—No he dormido bien estas últimas noches.

—¿No? —desvió la mirada hacia la barra e hizo señas al camarero para que viniese.

—¿Quieres otro café o algo? —preguntó.

—No, gracias. Es el segundo de hoy y son sólo las diez de la mañana.

Sonrió y me lanzó una de esas miradas que enviaba a veces, de «lo sé y por eso me gustas».

El camarero se acercó y Max le pidió un café solo y un vaso de agua. Había entrelazado las manos encima de la mesa. Yo descansaba en el respaldo de la silla. No podía dejar de mirarle.

—Siento lo de ayer, me lié con un asunto. Lo siento de veras.

—¿Un caso?

Cerré los ojos y los abrí de nuevo. ¡Oh, qué estúpida había sido! ¿Por qué me metía en su vida?

—Si —dijo con gravedad— un caso. ¿Por qué lo dudas?

—No lo dudo... sólo preguntaba. Nunca, desde que te conozco, te había visto tan evasivo.

—¿Evasivo? —frunció el ceño.

—Es que... —carraspeé— parecía que te lo estabas pasando bien.

—¿Y?

—Nada —me mordió los labios.

—¿Estás celosa Isola? —preguntó divertido.

—¿Yo?, ¿por qué iba a estarlo?

Se abrió un silencio incómodo. Los dos desviamos la mirada. Yo sabía lo que me estaba pasando. Evitaba por todos los medios sacar la conversación

del viejo Hans, y al mismo tiempo me turbaba su presencia de un modo que no podía controlar. Porque sí. Estaba celosa. Pero, él, ¿qué razones tenía para estar tan distraído e incómodo?

El camarero llegó con el café. Max echó el contenido del sobre de azúcar y lo revolvió con la cucharilla. Era la primera vez que me fijaba, pero lo hacía en sentido inverso de las agujas del reloj. Llevaba un jersey de cuello vuelto negro, que hacía juego con su pelo. Sus manos finas y huesudas temblaban ligeramente.

—¿Qué pasa Max?

—¿Por? —preguntó distraído.

—¡Vamos!, ¿no me lo vas a contar?

Había elevado el tono de voz. Me di cuenta porque los hombres que estaban en la barra se habían dado la vuelta. Max entrelazó sus manos de nuevo y me miró.

—Creo que eres tú la que tienes algo que contar.

Le miré con extrañeza.

—¿Yo?

—Sí.

¿Lo sabía? Tal vez siguiera todos mis movimientos y me viera con Hans en el parque; quizás luego le había visto venir a casa y por eso se disculpó para no venir.

—No tengo nada especial que contarte —mentí.

—¿No?

—No —desvié la mirada al televisor.

—No seas niña.

—Salvo que creí que alguien había intentado entrar en casa y que nadie vino a ayudarme.

—¡Isola! —exclamó enfadado

—Perdona, Max.

Max seguía removiendo el café con la cucharilla. Lo hacía de forma casi mecánica.

—Nos dijiste que no teníais relación con el abuelo de Samanta.

Mi cuerpo reaccionó con un ligero escalofrío. No quería volver la mirada hacia él. No podría mentirle otra vez a Max, a él no.

—¿Por qué nos mentiste Isola? —preguntó de nuevo.

—¿Mentiros?

—¡Vamos! A Ruz y a mí. Aquel día en tu casa. La tarde que desapareció Samanta.

Aquella aseveración me desconcertó y me sentí acorralada.

—No os mentí aquel día.

—Aquel coche, lo alquiló un tal Hans Kähler, ¿te suena su nombre? —arqueó las cejas.

Me revolví en la silla. Aquello no me lo esperaba. Sentí como el rubor subía a mis mejillas. Me sentí como la niña Isola que había sido pillada en un examen.

—¿El coche? —tragué saliva.

—El que había en la cuneta. El mismo coche que tú viste volcado en la nieve, el mismo donde encontramos la documentación de Samanta. ¿Pero qué te pasa?

—¿Por eso no viniste ayer a verme?

—Esto es serio Isola

—Max... —mi voz se entrecortaba— Hans Kähler es el abuelo de Sam. Pero no lo sabía entonces, no os mentí. Tienes que creerme. Y además, no era relevante para el caso, ¿no?

Su rostro era más severo que de costumbre y no estaba acostumbrada a verlo. Aquello me dolió.

—Max, te juro que no lo sabía. No sabía la existencia de Hans Kähler hasta... hasta ayer.

—Isola —alargó el cuello como si fuera una trompetilla.

—¿Qué? —agitó la cabeza.

Estábamos tan cerca el uno del otro que podríamos habernos rozado con el aliento.

—¿Has estado con Hans Kähler? ¿Le has visto? ¿has hablado con él?, ¿qué te ha dicho? —levantó la voz.

—Max...no me estás ayudando nada.

—Es importante.

—¿Por qué tanto interés en Hans Kähler? —fruncí el ceño.

—Dime, ¿Por qué alquilaría un coche en el aeropuerto, recogería a Samanta en algún sitio tal vez y luego desaparecerían los dos?

Max estaba alerta. Sus ojos habían adquirido un brillo de triunfo y de desasosiego a la vez.

—No lo sé... —negué con tristeza— Max... ¿es eso lo que crees que pasó? eh... ¿cuándo lo habéis descubierto vosotros?

—Ruz lo supo desde el principio.

—¿Cómo? —pregunté con extrañeza.

—Descubrimos que el coche había sido alquilado por un tal Saúl Aguado. Lo supimos poco tiempo después de haberte llevado la nota de Samanta.

—¿Qué? —le miré con extrañeza.

—Pero nada lo relacionaba contigo o con Samanta. Aquel nombre no nos decía nada.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —mi cara enrojeció de ira.

—Formaba parte de la investigación.

—¡Claro! y debíais compartir la información conmigo. ¡Yo soy su madre!

—Escúchame bien Isola. Ahora lo importante es seguir atando cabos.

Miré a Max con sorpresa, impotencia y desolación.

—¿Qué es lo que sabéis? —pregunté.

—El coche fue alquilado en Madrid, en una oficina del centro. No muy lejos de tu casa por cierto.

—¿De verdad?

—Por un tal Saúl Aguado.

Me miró con interrogación. Yo tragué saliva y desvié la mirada hacia



los hombres que estaban en la barra.

—Saúl Aguado... —dijo de nuevo sin apartar la vista de mí.

—¿Y quién es Saúl Aguado? —pregunté al fin— ¿no habías dicho que lo alquiló Hans Kähler?

—Saúl Aguado no existe. Al menos no consta que naciera nadie con ese nombre nunca.

—No comprendo.

—No teníamos nada en aquel momento.

—¿Tampoco lo relacionasteis con Elián?

—Ni con Elián. No sabíamos que Saúl Aguado era en realidad Hans Kähler.

—Ya... —suspiré— ¿Y ahora sí?

—Alemán de origen y afincado en Perú desde los años cincuenta. Al parecer ejerció como médico rural y tiene un oscuro pasado en Alemania.

Le miré con extrañeza.

—¡Vaya! —exclamé— ¿A qué te refieres con oscuro pasado?

—Parece que su familia estuvo relacionada con el tercer Reich.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Ahora tiene setenta y cuatro años y se está muriendo de cáncer.

El estómago se me revolvió y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Max seguía con la cabeza inclinada hacia mí. Su rostro era hermoso y su mirada había recuperado la calidez de siempre. Él notaba cuándo yo sufría. Podía sentirlo. Aquella mirada suya, aquel desconcierto, aquel interés era algo más que trabajo. Y sentía que era algo más. Tenía que serlo.

—A ver... el abuelo de Samanta —dije con la voz entrecortada— ¿ha venido a Madrid desde Perú para secuestrarla? ¿Es eso lo que crees?

—No lo sé, Isola.

—Utilizó un nombre falso, encontró a Samanta y se la llevó. Así sin más. Mi hija... ¿Lleva ahora más de tres meses secuestrada por ese hombre? ¿Y dónde crees que la tiene y por qué?

—Es una posibilidad, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Yo te digo que no, Max.

—¿No?

Empecé a marearme y mi estómago se encogió. Tenía las manos protegidas entre mis piernas con temor de que si las cambiaba de postura Max notaría que temblaba.

—¿Por qué estás tan segura? —insistió.

Quería levantarme e irme de allí, salir a la calle y gritar con fuerza, ir al baño a llorar sola. Hans Kähler..., Sam, Saúl Aguado..., la cabeza... Creí volverme loca. Pero Max me cogió la mano y me la apretó con fuerza.

—¿Hay algo que me tengas que contar Isola? Lo que sea.

Negué con la cabeza una y otra vez. Deseaba que me soltase la mano, que me cogiese las dos, que me las besase, y me mirase a los ojos y me dijera que todo había sido un sueño y que Sam volvería a mi lado y que él se quedaría también.

—Tenemos una pista, Isola. ¿Sabes lo que eso significa?

Retiré mi mano de la suya. Fue un reflejo estúpido. Con la suya mi mano estaba caliente y él estaba más cerca de mí.

—Sabíais lo del coche, habéis sabido lo de Hans Kähler, y ni siquiera me has dicho nada... ¿por qué?, ¿por qué habéis tardado tanto Max? cuento los días con los dedos de la mano, desde que Samanta desapareció —había elevado el tono de voz.

—Cálmate Isola.

—Esto es absurdo... —negué con la cabeza.

Mis ojos se humedecieron de rabia. Sentía que con mi conversación con Hans Kähler había ido más lejos que ellos durante todo el tiempo de la investigación.

—No hemos dejado de trabajar, Isola ¿No me crees?

De nuevo, los hombres de la barra se habían dado la vuelta. Max se acomodó en la silla y yo hice lo mismo. Miré por la ventana, y vi que aún llovía.

—El tiempo pasa deprisa Isola. Hacemos lo que podemos. Seguimos pistas falsas, a veces, y... mira, hay casos que duran años hasta que se resuelven.

Max se había puesto a la defensiva. Él sabía que su jefe le había ocultado información pero jamás podría reconocérmelo. Lo vi en sus ojos, en como desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —pregunté con despecho— ¿puedes asegurarme que Sam está viva con este descubrimiento? ¿Cuál es tu teoría? porque tendrás una.

—No, no puedo. Nunca pude.

Me sequé las lágrimas con la yema de los dedos. En aquel momento, y en aquel lugar, me juré a mí misma que jamás volvería a llorar delante de Max. Al menos, no por Sam.

—¿Crees que soy una fracasada Max?

Max se inclinó hacia mí y me cogió las manos de nuevo.

—¿A qué viene eso? —recuperó la dulzura en su rostro.

—Creo que me están poniendo a prueba. Es como si me hubiese pasado la vida en busca de algo, fuera de mí, en mis padres, en Elián, en Sam «en ti, pensé». Pensaba que conocía a la gente que me rodeaba. Yo sabía lo que pensaba Sam en todo momento, ¿sabes? y ahora, es como si nunca hubiese existido.

—Estás cansada. Eso es todo.

—Puede. Pero no quiero pensar que paso solo por la vida, que pude haber hecho más, que Elián y Sam no se fueron por mi culpa.

—¿Por qué crees que las cosas pasan por tu culpa?

—No es coincidencia.

—Hay una cosa cierta en lo que dices. A veces, no nos damos cuenta de todo lo que podemos hacer. Tal vez tú podrías haber hecho más, pero no mejor.

Max me tenía aún cogida de las manos. No nos habíamos percatado que me las estaba acariciando. Habían tenido que desaparecer todas las personas que me importaban en la vida para conocer a Max. Se retiró de golpe como si aquella cercanía le intimidara. También él se esfumaría. Nada habría tenido

sentido, por tanto.

—Hans Kähler está aquí, Max —lo dije como un castigo ante su rechazo.

—¿Aquí? —miró a su alrededor.

—En Madrid.

—¿Entonces le has visto? ¿Dónde?

—Ayer estuvo en mi casa y me contó su historia.

—¿Te pusiste en peligro?, ¡no me lo puedo creer!

Max se mostró preocupado, se frotaba las piernas con las manos. ¡Cuánto habría deseado que se llevara las manos al pelo como hacía Elián! Su zozobra siempre me había gustado.

—No puedo creerlo —dijo Max con los ojos abiertos como platos.

—¡Oh basta Max! Él vino a verme porque tuvo noticias de Sam. No es lo que tú piensas.

—¿Pero él conocía a Samanta?

—No. No la conocía, pero ella se puso en contacto con él.

—¿De qué estás hablando?

—Algo que yo no quería creer existe Max, y Hans Kähler tiene mucho que ver y me lo ha enseñado todo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó.

—No es peligroso, por el amor de Dios. Tiene setenta y cuatro años y...

—Y se llevó a Sam.

—Eso no lo sabes.

—Estuvo con ella, al menos. Alquiló el coche. Eso es una pista. Sólo tenemos que terminar de seguirla.

—¿Por qué estás tan seguro de que la secuestró? ¿Y viene a verme después de tres meses a contarme su historia?

—Una historia que tú solo conoces y que no quieres compartir conmigo.

—Es que...no sé si puedo Max —me entristecí.

—Inténtalo.

—Hay más... más historia que contar. Él sabe lo que le pasó a Elián y a Samanta, y me lo va a contar.

—¿Te lo va a contar? —se extrañó.

—Debe hacerlo.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Al fin y al cabo vosotros no habéis hecho nada.

—Hay un coche, la persona que lo alquiló, tu hija desaparecida y sus huellas en aquel lugar. Puede que no la tenga secuestrada pero que ha tenido algo que ver, de eso estoy seguro. Lo creo, lo sé.

—¿Lo crees o lo sabes, inspector?

Su vehemencia me había incomodado. Me levanté furiosa. Cogí el abrigo y el bolso que colgaban del respaldo y salí del bar. Empecé a andar deprisa. El corazón me latía a la misma velocidad a la que iban mis pies. Escucharía sus pasos detrás de mí, su voz llamándome desde la esquina, sentiría como me alcanzaba con sus brazos y me pedía que parase. Pero todo eso estaba en mi cabeza, y sólo formaba parte de otra de tantas historias que contaría. Lo cierto es que Max sí salió del bar y me siguió hasta alcanzarme. Me cogió del brazo y me miró con aspereza.

—Eres una irresponsable, Isola. Y además, has ocultado pruebas a la policía.

—¡Ja! —exclamé indignada— ¿yo he ocultado pruebas? ¿Y vosotros?, ¿qué me dices del coche?

—Nosotros dirigimos la investigación, no tú.

—Pero yo soy la madre de la desaparecida y ¡tengo derecho a saber!

La gente que pasaba a nuestro lado se giraba para mirarnos.

—¿Qué tienes que decir a eso? Dime, ¿Dónde estás ahora Max?

—Estoy aquí, contigo. Con la placa en el bolsillo y a punto de llevarte a comisaría.

\*\*\*

Félix Ruz me recibió en un despacho acristalado. Estaba sentado en una silla de respaldo alto, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos

entrelazadas apoyadas en la cadera. Su cabeza no se separó del respaldo ni con ademán de saludo cuando entré. Se limitó a mirarme mientras me sentaba frente a él. Max se quedó de pie, detrás de mí, con la espalda apoyada en la puerta y los brazos cruzados.

Aquel hombre tenía la misma cara de leona cazadora que yo recordaba, y al verle reconocí enseguida la silueta del desconocido que me observaba desde la calle. Siempre me había preguntado cómo serían los inspectores de policía en realidad. No los que yo podía describir en alguna de mis historias, sino los de la vida real. Max era el tipo de persona que sí podría haber llegado a imaginar, pero el inspector Ruz era diferente. Me pregunté cómo lo habría descrito el joven Hans. Tal vez, se pareciese a uno de sus soldados, de los que convivió con él en las Juventudes.

Félix Ruz tardó unos largos segundos en levantarse de su silla. Se incorporó por fin y alargó el brazo para darme la mano. Su gesto que pretendía ser de cortesía me sorprendió pero no me engañó con su sonrisa alargada y su mirada felina. El tacto de su mano era áspero y frío, muy lejano y carente de vida; y era evidente que era rechazo lo que sentía.

—Es agradable volver a verla —dijo con una sonrisa falseada.

Me intenté relajar en la silla. Pensaba que si Max estaba en la misma habitación, nada podría pasarme. Él podría protegerme, a pesar de que estaba allí por él. Pero algo me decía en mi interior que aquel no era un sitio seguro.

—Los acontecimientos han dado un giro sorprendente Sr.a.

—¿Si? —apreté los labios.

—Hans Kähler —pronunció su nombre como si le llamase a gritos.

Se había colocado unas gafas de pasta sujetas a un cordón que colgaba de su cuello. Cogió una carpeta de color amarillo y sacó de ella unos papeles y fotografías viejas en blanco y negro.

El momento de tranquilidad que había disfrutado durante apenas unos minutos había llegado a su fin. Noté cómo mis piernas se volvían rígidas. Mis manos se tensaron sobre los apoyabrazos.

—¿Si?

—Hans Kähler —empezó a leer— nacido en Berlín el 3 de noviembre de 1.926. Johan Kähler, su padre, destacado dirigente nazi, fue capturado, juzgado en Núremberg y condenado a diez años de prisión, condena que nunca

llegó a cumplir; fallece de neumonía tres años después de su condena, en 1.949. Su esposa, Berta, fallecida de tuberculosis, el 4 de julio de 1.950. Durante todo ese tiempo, Johan Kähler no recibe visitas en la cárcel, ni de su mujer ni de su hijo, Hans, del que por aquel entonces poco se sabía.

—¡Vaya! —suspiré. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Podía sentir la dureza de mis músculos, la rigidez de mis manos, el rubor en mi rostro y hasta un frío húmedo que recorría mi cuero cabelludo.

—¿Qué le parece todo esto? —dijo mientras se quitaba las gafas y se recostaba en el respaldo. ¿Le suena de algo?

—¿Qué quiere que me parezca?

Giré la cabeza hacia Max. Seguía en la misma postura. Levantó la cabeza y enarcó las cejas. Capté su mensaje. Max quería que escuchara y me comunicase con aquel hombre.

—¡Vaya historia! —frunció el ceño— el abuelo de su marido, fue un criminal de guerra. ¿Lo sabía?

—No. No lo sabía —me encogí de hombros.

—Y su padre, tal vez también lo fuera.

—¿El padre de mi marido?

Max observaba el temblor de mi espalda desde lejos. Podía sentir su nerviosismo.

—No sé nada de eso.

—¿No conocía a su suegro?

La leona cazadora se disponía a atacar a su presa. Pude ver sus dientes afilados en mi yugular. No lograba entender qué le habría hecho yo a aquel hombre para que me tratara con tanta condescendencia. Esperaba algo de mí pero no conseguía adivinar qué era. Por un instante creí reconocer cierto nerviosismo en su voz y en su semblante y la ansiedad le delataba.

—No lo llegué a conocer... ya se lo dije.

—Curioso —esbozó una sonrisa mientras miraba a Max.

Giré la cabeza hacia mi protector. Max me mantuvo la mirada unos segundos. Pude sentir por un momento su deseo irrefrenable de que hablase, que dijese todo lo que me había contado Hans. Lo vi en sus cómplices ojos. Y

yo deseé que sintiese mi súplica, que entendiese que no podía, y que a pesar de todo, yo le amaba. ¿Y en verdad le amaba?

—¿Quiere oír una historia interesante?

La leona interrumpió aquel momento de magia que había durado tan sólo unos segundos. Había sido una mirada profunda, intensa, una mirada que hablaba. Volví la cabeza hacia mi interlocutor, tragué saliva y mis músculos se relajaron. Había tomado la decisión en aquel momento de no volver a mirar a Max. Sentiría sus ojos taladrándome la espalda todo el tiempo.

Miré el reloj que había colgado en la pared, detrás de la cabeza del Inspector Ruz. Eran ya casi las once. ¡Qué pérdida de tiempo! Hans Kähler me esperaba en su hotel a las doce.

—Si la historia es corta, me quedaré a escucharla. Tengo muchas cosas que hacer —dije con ironía.

Ya no temblaba, no dudaba, sólo miraba el reloj. La historia de aquel hombre no me interesaba. Sólo Hans, sólo Sam. Max, por otro lado, me había abandonado a mi suerte con aquel hombre.

—Me resulta sorprendente que la única pista sobre el paradero de su hija no le provoque el más mínimo interés.

—¿Pista?

—¿No lo cree así?

Max se acercó por detrás y se sentó en una silla a mi lado. No quería mirarle. El hombre imperturbable había cambiado su semblante y de nuevo le vi cómo yo le recordaba, al acecho, inquisidor e intimidatorio.

—Lo cierto es —dijo Max— que tenemos evidencias que antes no teníamos. Eso es lo que importa.

—¿Evidencias? —miré a Ruz— dice que le sorprende. Pues a mí me parece inadmisibles que la única pista sobre el paradero de mi hija haya tardado más de tres meses en llegar... inspector. Y que me haya enterado por casualidad.

Nos quedamos todos en silencio. Ruz me miraba con la misma dureza que hacía unos minutos. Incluso percibí que ni siquiera había parpadeado un segundo. Max esperaba mi respuesta. Volví la mirada al reloj que estaba en la pared. Los minutos parecían horas.



—Hans Kähler puede ser un hombre si no peligroso, al menos susceptible de recelo —dijo Max suplicante— creemos que puede tener relación con la desaparición de Samanta.

El inspector Ruz nos miró a ambos con desconfianza. ¿Qué sabía yo de Hans Kähler sino lo que él mismo me había contado? Quizás Max tenía razón pero él sabía cosas de Sam y tal vez también de su paradero. Su historia era tan desconcertante e inimaginable que debía ser cierta, debía serlo. Sam no podría haber desaparecido de un modo racional, ella no. Debía acudir a la cita con Hans y prescindir de aquellos dos hombres, de todo lo que yo había conocido, de lo categórico y normal. Tenía que hacerlo...

—Su pasado es bastante oscuro. Creemos que pudo alquilar un coche con nombre falso, nombre que ha estado utilizando los últimos sesenta años.

—¿Y piensan que tiene que ver con mi hija? —miré a Max interrogante.

Intenté disimular mi desconcierto. Ruz no debía saber que Max y yo habíamos hablado de aquello.

—Sí, desde luego —frunció el ceño— su documentación estaba en el coche, Isola, y también las huellas del calzado, y — tosió voluntariamente— resulta que es el abuelo de Samanta.

Nuestras miradas se cruzaron demandantes. Hacía unos minutos escasos en aquel bar me habría desnudado frente a él de nuevo, habría compartido todo lo que me inquietaba. Pero en aquel momento yo sólo le pedía tiempo, tiempo para pensar, para actuar, para arrepentirme... Max, sin embargo, había adquirido la postura más profesional que nunca había visto en él hasta entonces. En aquel momento, me pedía que le dijera el paradero de Hans Kähler, sin saber ni sentir nada más. Las sospechas sobre el abuelo de mi hija me hicieron sentir cierta amargura porque aquellos hombres, incluido Max, habían roto la magia de mi encuentro con él.

—¿Creen que él tiene algo que ver con la desaparición de mi hija? —pregunté.

—Es una posibilidad.

Max me miraba con esa mirada suplicante que tenía a veces, de «!Por Dios, Isola! ¿no ves lo que pasa?» No podía mirarle. Si lo hacía,

vería a través de sus ojos y él de los míos. Yo rompería mi pacto de silencio, y todo mi amor se esfumaría.

—¿Y la ha tenido todo este tiempo secuestrada?

—¿Por qué no? —Ruz enarcó las cejas.

Me pareció ver un atisbo de satisfacción en sus ojos.

—¿Por qué motivo? —negué con la cabeza.

Mis manos sudaban y temblaban; no sabía dónde colocarlas para no parecer estúpida, nerviosa, incluso aterrorizada.

—Porque no le han dejado ver a su nieta en dieciséis años, ¿tal vez? ¿porque su hija tiene algo que él estaba buscando?

Ruz se había inclinado sobre la mesa. Sus rudas manos se habían apoyado sobre ella y había estirado el cuello hacia su presa.

—¿Por qué tengo la impresión de que no le gusto? —esboqué una sonrisa prudente.

—Porque es usted muy intuitiva, no me cae bien.

Tuve que eludir su mirada que taladraba mi rostro. Podía sentirlo, como el miedo de la gacela que huye. Como ese stress del que hablaba Elián.

—Y porque oculta algo —continuó— y no me gusta que me oculten nada. Y menos la superioridad con la que habla. ¿Cree usted que es mejor que los demás?

Su tono de voz se había vuelto excesivamente hostil y sus ojos ardían como el fuego. Incluso llegué a vislumbrar cierto ánimo de agresión hacia mí.

—Hay personas que creen —continuó— que todo se centra en ellas, que son más importantes que los demás, que se creen superiores. Igual que su amigo Kähler.

—No es mi amigo, no le conozco...pero —fruncí el ceño y esboqué una sonrisa irónica— usted sí parece conocerle.

Me di cuenta que aquel hombre había cambiado su expresión. Le recordé en el umbral de mi casa con ese rostro iluminado por el descubrimiento de la Tzantza. Aquella atracción que sintió por ella era la misma que la que capté en Elián y en el propio Hans. Me pregunté si aquello tal vez significara algo para él, y por qué.

—Todo esto es por su bien, Sr.a, por el bien de todos.

Aquello me incomodó.

—Usted tampoco me cae bien. Estamos en paz —dije.

Me recosté en la silla e intenté relajarme. Desvié el ojo derecho hacia la pared. El tiempo pasaba. ¡Qué podría hacer! ¿A dónde me llevaría todo aquello?

—No entiendo por qué me han hecho venir aquí. ¿Es esto un interrogatorio?, ¿pueden entender ustedes por lo que he pasado?, ¿a qué viene ahora hablar de ese Hans Kähler?, si sospechan algo díganlo de una vez.

Había elevado la voz, y notaba como ésta salía desde muy dentro, incontrolada, colérica.

—¡Y además me tratan como a una sospechosa! ¡y de qué!

—Queremos encontrar a Hans Kähler. Eso es todo lo que usted necesita saber —dijo.

—Oh, no. Se equivoca. Si tiene que ver con mi hija, por supuesto que quiero saber. Hay mucho más que ustedes no me están contando. ¿Qué es lo que ocurre?

—También queremos encontrar a Samanta.

La voz de Max me llegó nítida, apacible, melancólica. Fue como un soplo de aire fresco que venía a rescatarme. Me llevé las manos a la nuca. Sentía como esa goma elástica que sujetaba mi cuello se tensaba, se hacía corta y se ponía rígida como el tronco de un árbol. Intentaba pensar pero había demasiados frentes. Busqué en mi cerebro un espejo donde reflejarme, que me dijese la verdad, lo que tenía que hacer. Y pensé en la remota posibilidad de que Hans estuviese más loco de lo que yo pensaba, que tuviese retenida a Samanta como aquellos hombres insinuaban, y que fuera en verdad un hombre peligroso; que todas esas historias de su pasado no fueran sino falacias; o más aún, que todo estuviera en mi imaginación. Él se había puesto en contacto conmigo, ¿por qué? ¿por qué así? y ¿por qué contarme su tortuosa vida?

El hombre imperturbable no sabía pestañear. Su vileza se lo impedía. Cuando regresé y abandoné mis pensamientos, él seguía allí mirándome, buscando el punto más doloroso para clavar sus incisivos deseos. Recordé la escena del joven Hans con el dirigente de las Juventudes. Él

también sintió el acoso de la bestia y se dejó morder. No podía fiarme del hombre que me acosaba desde el otro lado de la mesa. Él no quería ayudarme, ni a mí, ni a Sam. Ruz quería, por los motivos que luego cambiaron mi manera de ver el mundo, encontrar por encima de todo a Hans Kähler, y tal vez hacerse con la Tzantza.

—Yo también quiero encontrar a Sam, Max —dije al fin devolviéndole la mirada— es lo único que he querido desde que desapareció. Pero tal vez sea tarde.

Devolví la mirada a la bestia. No le daría la satisfacción de compartir con él lo que sabía. No me fiaba de él. Tenía los ojos del que acosa, del que no tiene piedad.

—¡Bien! —exclamó mientras se incorporaba y golpeaba la mesa con sus fuertes y agresivas manos— sabemos que ha estado en contacto con el Sr. Kähler. No sirve de nada ocultar esa información. Porque es usted la que más pierde en todo esto.

Le miré sin pestañear. Su cuerpo erguido, amenazante, produjo en mí un miedo que jamás había sentido. Ví el mal en sus ojos.

—Créame —continuó— si su hija está viva cono ese tal Kähler no estará pasándoselo muy bien.

—¡Pero quien se ha creído que es para asustarme de ese modo! —me enfrenté a él.

—Isola... —interrumpió Max mientras me sujetaba del brazo.

—Váyase, Sr.a.

—¿Váyase?

Un silencio se abrió en el despacho. Era un silencio lleno de información, de mensajes, de verdades y de mentiras. ¿Qué ocultaría aquel hombre?

—No hay nada que nos haga pensar que hayamos avanzado en nuestra investigación —dijo mientras se sentaba de nuevo en su silla.

Aquello me sorprendió.

—¿Qué?

—No estamos aquí para perder el tiempo —continuó.

—Doy por supuesto que compartirán conmigo cualquier información

que contribuya en el caso de mi hija. ¿Verdad? —miré a aquel hombre con desafío.

El hombre imperturbable había recogido la carpeta amarilla en un cajón y se había levantado con brusquedad.

—Esta reunión ha terminado —dijo.

—Pero... —Max levantó las manos en señal de extrañeza.

Le miré a él y luego a Ruz. Fui de uno a otro buscando una explicación. Estaba libre y sin embargo los latidos de mi corazón decían otra cosa. Me levanté despacio, extraña, sorprendida e indefensa.

—Jefe... —interrumpió Max mientras se levantaba.

—Quédese Max. Quiero hablar unos minutos con usted. Le llamaremos Isola, si tenemos algo que decir, claro.

Debía coger el abrigo y el bolso y salir a toda prisa y sin embargo me quedé ahí, mirando a Max, con el rostro enrojecido.

Él me vio salir con la misma mirada de desconcierto que la mía. No podía permitírmelo, no podía permitir que nada saliese mal. Fuera lo que fuera, pasase lo que pasase, era todo o nada, saber de Sam o no saber. Eso era lo único que me debía preocupar. No Max, no aquel hombre en el que confiaba, no su semblante ni el confort que me producía. Tampoco de aquel hombre imperturbable que destruía cualquier ápice de paz en mí. ¡Cómo saldría de todo aquello!

Tenía la sensación de que mi vida acababa de entrar en un túnel sin salida. Aquel hombre me hizo dudar de Hans pero al mismo tiempo me había hecho dudar de él mismo, de sus verdaderos motivos; porque parecía estar más interesado en encontrar a Kähler que a Samanta. Me había dejado sola con mi esperanza.

Al salir a la calle, mi instinto me invitó a volver sobre mis pasos pero no lo hice. Corrí tan deprisa como pude.

## ***LOS SANADORES DE ALMAS***

*Hans Kähler había pasado la primera mitad de su vida rodeado de paradojas. Su padre, por un lado, y el joven Saúl por otro, eran las personas que más influencia habían ejercido sobre él de un modo antagónico. Gracias a ellos sabía lo que significaba ser poderoso.*

*Aquel día en que dijo adiós a todo lo que él había añorado, sería el comienzo de su nueva condición. Su infancia no vivida, sus ratos de no juegos, el abrazo del padre que nunca recibió, su uniforme de Boy Scout, aquellas tardes en las juventudes... y su madre; su dulce y hermosa madre, a quien había visto desaparecer en un susurro. Tranquila, serena, con el alma erguida como la cigüeña que descansa sobre su pata.*

*Tendida en aquella cama de hospital, parecía un ángel. Hans la había besado en la frente, mientras sus ojos se cerraban. Ella le había cogido la mano y había sentido su calor. Ese calor que desprendió siempre, y que tantas veces le había reconfortado a su corazón enfermo. Hans notó cómo la mano de su madre se soltaba despacio, con la misma dulzura con la que le acariciaba de niño. Sintió su último aliento en el oído mientras le decía con un hilo de voz: « No debiste crecer Hans, no así...» Unas inesperadas lágrimas brotaron de los ojos del joven Hans. Apretó su frente contra la suya y maldijo el día en que se alejó de ella. La vio irse, sola, al lugar donde van los sueños y las almas buenas. Porque él tenía claro que ella era una de ellas. Jamás estaría preparado para aquella despedida. ¿Qué le quedaba en el mundo?*

*Un año antes había despedido a su padre en prisión. Nunca después de su encarcelamiento había puesto los pies en ella, y aquella tarde lo hizo con un sólo propósito.*

*Johan Kähler había pasado los tres últimos años de su vida encerrado en una celda que él mismo había construido, hecha de miseria y*

*de odio. Sus ojos del color del hielo no mostraban al hombre, al marido, al padre, al ser que un día amó, y odió. Sino al deshecho de algo que pudo ser, un proyecto de vida.*

*El por qué Hans decidió ir a despedirse se lo guardaría sólo para él. Porque nada había en aquel hombre que le hiciera sentir emoción alguna. Pero éste agonizaba, y jamás saldría de aquella prisión.*

*Hans entró con un libro grande de tapas gruesas bajo el brazo. Se sentó frente a él y buscó su mirada. Su padre había envejecido diez años por lo menos. Ese pijama gris que llevaba puesto no era tan elegante como el uniforme que lucía antaño. Sus miradas se encontraron en un haz de luz y polvo que entraba por la pequeña ventana de la celda. Se mantuvieron así unos segundos, hasta que Hans decidió romper el silencio. Tomó el libro entre sus manos y se lo tendió a su padre. Éste lo miró con indiferencia.*

*—Aquí está Padre. Lo tengo yo —dijo Hans con las manos temblorosas.*

*Johan tomó el libro entre sus manos. Lo abrió con suavidad y acarició la primera página con su mano agrietada.*

*—¿Lo ve Padre? —Hans elevó la voz— fíjese qué grande y poderoso es. ¿Lo quiere? Tal vez le dé la libertad.*

*Hans tenía los ojos húmedos y hablaba con voz ronca, pero con la seguridad del hombre que su padre nunca llegó a ser.*

*—¡Yo quemé el laboratorio, Padre! ¡maldita sea! ¡míreme y dígame algo! —exclamó.*

*Hans se había levantado y miró desde lo alto a su padre encorvado al borde del catre, con el libro en la mano, mientras esperaba algo, una respuesta, un gesto de reconocimiento. Pero Johan había suspirado con pereza como si aquello no fuera con él, sólo con su recuerdo. Y aquel que le hablaba era un desconocido. Se limitó a cerrar el libro y a tenderlo a su hijo de nuevo.*

*—Ya nada importa —dijo al fin, con voz queda.*

*—¿Nada importa? —Hans levantaba el libro y lo agitaba en el aire hacia arriba.*

*—No somos nada —miró a su hijo por primera vez— ya no nos queda nada.*

—No a ustedes malditos miserables —Hans apretó los dientes.

—Todos vamos al mismo sitio, y arderemos en el infierno, incluido tú —dijo.

Hans apretaba con ira los dientes y el libro al mismo tiempo. Una lágrima tímida resbaló por su rostro. Esperaba que su padre reconociese su error, que pidiera disculpas al mundo, que le pidiera disculpas a él.

—En eso se equivoca Padre. Usted y la gente como usted sí arderá en el infierno. Nosotros, los buenos, tenemos un sitio mejor.

El rostro de Johan Kähler estaba impasible ante la retórica de su hijo. Nada de lo que él decía conmovía un sólo pelo de su cuerpo. Hans no recordaba haber visto el miedo en los ojos de su padre, pero sí la frustración.

—Lo que no sabían es que esto es más poderoso de lo que planeaban, ¿verdad? Lo he leído, Padre. Sé lo que pretendían. ¿A qué demonios han estado jugando usted y sus amigos del Reich? ese Hitler. Nadie puede jugar a ser Dios.

—No sabes lo que dices muchacho.

—Sí lo sé. Yo y otros como yo en otras partes del mundo, hemos heredado un legado que jamás usted podría imaginar. No hay infierno para los hombres buenos. ¡No lo hay!

Johan Kähler levantó la mirada hacia su hijo. Era fría y callada.

—¿No sabe de lo que hablo, verdad? Aquí—señaló el libro con fuerza—está la receta para el poder de hacer el mal, pero resulta que es mentira. Todo es mentira.

—Eres un chico insensato y no sabes lo que dices—dijo con indiferencia.

—Tengo la insensatez de los elegidos. Su hijo, padre, su hijo ha sido elegido para la custodia de las almas buenas y para evitar que almas como usted las perviertan.

Johan Kähler negó con la cabeza. Parecía sorprendido aunque no lo demostró.

—Le doy las gracias por haberme dado la oportunidad de conocer este legado, Padre. Es lo único que guardaré de usted. No su amor ni por mí



*ni por madre; usted y su maldito Führer las hicieron enfermar a ella y a Alemania. Ahora, mi madre yace en una cama de hospital mientras espera su hora. ¿Qué dice a esto? ¿Estaba previsto?*

*—Márchate, muchacho —dijo con severidad.*

*—Sí. Me voy —sus ojos estaban húmedos— pero recuerde, allá donde vaya usted. Yo seré alguien, padre, algún día y en algún momento. Aquí... —dijo mientras golpeaba las tapas del libro con una mano— aquí está todo lo que hay que saber para no llegar a ser lo que ustedes pretendían. Es sólo una cuestión de perspectiva.*

*Hans salió de allí igual que entró, con el libro bajo el brazo, pero más ligero y seguro de sí mismo. Recordó aquel día en que salió del laboratorio entre las llamas siendo niño, y por un momento le pareció ver a su padre atravesar la nube de humo con su uniforme negro, y sus botas brillantes. Su brazalete rojo, blanco y negro, relucía. Oyó llamarle por su nombre y cuando quiso darse cuenta había desaparecido. Nunca más volvió a sentir esa visión tan nítida como aquel momento mientras abandonaba a su padre en la prisión.*

*Johan Kähler moriría semanas después. Una tarde se tumbó en el jergón boca arriba, con los brazos estirados a los lados. Frente a él colgaba su adorada bandera roja, blanca y negra. El pájaro le invitaba a abandonar su cuerpo. Sabía lo que iba a suceder. Nada de aquel mundo terrenal le provocaba ningún apego. Cerró los ojos y respiró hondo. Sintió frío y un dolor agudo en el pecho. Sus pulmones se habían vuelto pequeños, y no podía retener el escaso oxígeno de la celda. Estaba desarmado y preparado para la muerte. Sin arrepentimiento, sin recuerdos. Pero sintió miedo de quedarse solo.*

\*\*\*

*Sin duda, de todas las personas que pasaron por su vida y significaron algo para él, Saúl era lo mejor que le había pasado, después de su madre. De él aprendió a controlar la ira, el miedo, y a no temer nunca al fracaso. Con el tiempo, el súper hombre también se descubrió vulnerable pero jamás pensó que todo aquello podría volverse contra él en el futuro. Lo pensó el mismo día en que falleció su bella esposa tras dar a luz. Samara era tan hermosa que se fundía con el paisaje selvático. Su cabello negro y largo, su tez morena y su piel aterciopelada, y su sonrisa, grande y dulce como la papaya. Jamás volvió a amar a nadie después de su muerte. Sólo había amado a dos personas en su vida, y las dos, se fueron en silencio, desarmadas, y sin poder ayudarlas.*

*Saúl Aguado fue, con el tiempo, un médico rural respetado. Los nativos adoraban su templanza y su palidez exterior e interior y le hacían un ser delicado. Jamás osaron preguntar por su procedencia. A ellos les daba igual. Aprendió el idioma con rapidez y se integró como parte del paisaje.*

*Tenía fama de ser un gran sanador, pero se había convertido en un hombre solitario, circunspecto, lejano de cualquier atisbo de felicidad. Ni siquiera el pequeño niño que tuvo en sus brazos, cubierto de placenta y sangre de su amada Samara, pudo penetrar en aquel corazón amurallado.*

*Al morir su esposa, no tuvo problemas para que se hicieran cargo de su hijo. El pequeño Elián creció entre jardines de orquídeas, pan de yuca y el olor del alcohol y la sangre que se respiraba en la consulta de su padre.*

*Antes de que el niño naciese pensó que Saúl Aguado podría llegar a ser un buen padre, mejor que Hans Kähler. Le daría de comer, le vestiría, le llevaría a dar largos paseos y le explicaría todo lo que el niño quisiese saber. Le hablaría del pueblo shuar, del legado de Saúl y de los tres espíritus. Pero Saúl Aguado y Hans Kähler aún lejos el uno del otro eran la misma persona, y ninguno de ellos sabía cómo tratar a los niños. Pensaba que los niños eran seres salvajes, perversos, e indóciles. Y su hijo no sería diferente a aquellos indígenas que corrían con taparrabos por la selva o a los niños rubios que apaleaban judíos.*

*Durante mucho tiempo, se limitó a pasar desapercibido. El haberse cambiado el nombre le permitía actuar con libertad. Un pueblo recóndito en*

*la selva amazónica era el lugar perfecto para no lidiar con la realidad que le acechaba. Porque tenía que mantenerse oculto fuera de Alemania y guardar su secreto a salvo de aquellos que querían perpetuar los deseos del Reich.*

*El niño no pronunció una sola palabra hasta los cuatro años de edad. Se limitaba a sonreír, y a despedir rayos luminosos de sus profundos ojos verdes. Los caracoles de su pelo se erizaban con frecuencia ante la presencia de su padre. Él lo miraba y ladeaba una sonrisa con indiferencia.*

*Su primera palabra la pronunció en un perfecto castellano. Su padre nunca hizo por enseñarle alemán y el niño parecía feliz con aquella lengua salvaje y extraña que a veces se mezclaba con la de los indios. Por otro lado, nunca tuvo claro qué hacer con el niño. La bella Samara había fallecido por su culpa y nada le ataba a aquel desconocido ser que además de parecerse a él, parecía haber heredado parte de sus dones; dones que pensaba le habían dado a él en exclusiva.*

*Elián llegó a la adolescencia en soledad. Su belleza trastornaba a las jóvenes del pueblo. Muchos decían que parecía hijo del diablo y escondían a sus hijas cuando éste rondaba por los alrededores. Alguna chica llegó a decir que le salieron quemaduras en el pubis después de hacer el amor. Era el hijo del santero.*

*Pasaba largas temporadas en la selva. Desaparecía durante un tiempo y regresaba sin más. Su padre nunca le preguntó qué hacía cuando se marchaba pero en el fondo lo sabía. Formaba parte de la estirpe a la que pertenecían. Elián tenía la certeza de que su Arútam[2] le había abandonado. Nunca se planteó el origen ni el motivo de su existencia. La vida era fácil allí y la selva le fascinaba.*

*Una noche, su padre descansaba tumbado en una hamaca en el porche de su casa. Hacía calor. La botella de aguardiente reposaba medio vacía en el suelo, bajo el brazo que caía inerte hacia ella. Y a través de la ventana abierta se escuchaba el último acto de la ópera de Wagner, Tristán e Isolda.*

*Elián regresaba de haber seguido sus instintos con una muchacha en el corral que tenían junto a su casa. Se sentó en las escaleras y apoyó su espalda en la balaustrada de madera. Elián era hermoso. Había adquirido la belleza salvaje de aquellas tierras. Tenía algo en su porte que lo hacía*

*diferente a los demás chicos. Él lo sabía y utilizaba aquel imán en su propio beneficio.*

*Hans abrió los ojos y consiguió espantar a un insecto que intentaba estorbar su sueño. Se levantó de un salto y blasfemó.*

*—¡Maldita sea!*

*Elián se alisaba el pelo con sus dedos.*

*—¡Ahhh! estás ahí, tú... —dijo con indiferencia.*

*—¿Le hablas al mosquito o a mí? —preguntó Elián.*

*—jajajaja —rió con voz ronca— buena pregunta, sí... buena pregunta.*

*—¿Otra vez esa música? —preguntó Elián.*

*—Esa música es Wagner —dijo Hans con frialdad.*

*—Amansa a las fieras, pero es triste.*

*—Hay que estar preparado para entender la música.*

*—Yo no lo estoy, ¿verdad?*

*—De ningún modo —dijo con indiferencia.*

*—Ayer desapareció otro chico.*

*—mmmmm —su padre se limitó a murmurar.*

*—Ya van dos este mes.*

*Hans Kähler se balanceaba sobre sí mismo y se sujetaba la cabeza para no caer.*

*—¿Me has oído? —dijo Elián.*

*—Siiii —contestó.*

*—A mí me inquieta.*

*—¿Qué te inquieta?*

*—Que la gente desaparezca sin más. Esos indios, los que sólo salen por las noches. Van con la cara pintada. Secuestran chicos y chicas y se los llevan.*

*—¡Bah! —exclamó sin interés— son historias que se cuentan a los niños.*

—¿Eh?

—Historias, mentiras, cuentos. ¡Qué más da!

—Pues Yo creo que sí es verdad. Lo curioso es que desaparecen sin dejar rastro, como si les tragase la selva. ¿Por qué será?

—La selva es grande y se pierden. ¿No lo haces tú?

—Yo regreso. No es lo mismo.

Hans Kähler se había sentado al borde del catre. Descansaba sus antebrazos sobre sus piernas y sus ojos cansados miraban el suelo astillado.

—¿Qué pasará con esos chicos?

—¿Por qué te preocupas por ellos? No les conoces —dijo Hans con voz cansada.

—¿Y qué más da que no les conozca? Podrían estar muertos.

—Lo están, seguro que lo están. Pero estarán mejor que tú o que yo.

—¡Vaya! —exclamó Elián.

—Que estén muertos no quiere decir que no estén mejor.

Elián parecía turbado.

—Todos moriremos algún día. Sólo hay que saber hacerlo.

—Eres extraño padre.

Elián pronunció aquellas palabras como si fueran dirigidas al aire. El hombre que tenía delante era un desconocido para él.

—Nunca me iré de aquí. Me gusta como soy y lo que tengo. Aunque me odies —se encogió de hombros.

—Yo no te odio.

—No me quieres. Es lo mismo.

—Mi padre tampoco me quiso y aquí estoy.

—Yo no soy como tú.

—Oh sí. Algún día querrás algo mejor.

—¿Algo mejor que esto? Tú estás aquí.

—Es diferente.

—¿Por qué?

*Hans Kähler miró a su hijo con desdén. Hacía demasiadas preguntas y él no estaba preparado para contestar.*

*—¿Tú crees en lo que dice la gente? ¿Qué hay una civilización shuar en otro sitio?*

*—Hay muchos shuar.*

*—No aquí. No en el mundo de los vivos.*

*—¡Y qué más da! Tú estás en el mundo de los vivos, ¿por qué pensar en otra cosa?*

*—¿Porque es mejor?, tú lo has dicho —esbozó una sonrisa.*

*—Estoy cansado chico. Piensas demasiado para ser un salvaje — esbozó una sonrisa.*

*Hans Kähler se arrepintió de sus palabras. Aquel muchacho, desconocido para él era también muy inteligente y formaba parte del legado de Saúl, aunque no quisiese reconocerlo.*

*Se hizo un breve silencio entre los dos. Elián miraba con ensoñación el largo camino que bordeaba la casa hasta el corral. Era una casa sencilla en un pueblo sencillo con una sencilla existencia. Pero él había conocido la selva en profundidad. Sabía lo que pasaba siempre en el poblado y en los poblados cercanos.*

*—¿Qué hay en ese baúl que guardas en el corral? —rompió el silencio con una amplia sonrisa.*

*Su padre lo miró en silencio.*

*—¿Qué baúl? —preguntó sorprendido.*

*Su corazón se aceleró. Se acercó serpenteando hasta donde estaba su hijo.*

*—¿Qué baúl? —dijo arrancándole una mano de su cabeza.*

*Elián se levantó violento.*

*—¡Suéltame!*

*—¿Qué baúl?*

*Los ojos verdes, profundos y coléricos de Hans se clavaron en los de su hijo, igual de verdes, igual de intensos, igual de sabios.*

*—El que tienes escondido en el corral. Tiene tres cerraduras del*

*tamaño de un puño. Seguro que hay algo importante.*

*Hans bajó los escalones como una exhalación y corrió hacia el corral. Elián le siguió. Una joven de cabello oscuro y tez morena se abotonaba la blusa delante de un armario de madera astillado.*

*—¿Quién eres tú? —gritó.*

*Elián llegó detrás de su padre. La joven se reía. Su larga melena rozaba detrás de su espalda un viejo baúl de madera y cinchas de cuero.*

*—¡Apártate de ahí zorra! —gritó Hans.*

*—Déjala en paz, Padre —dijo Elián sin demasiado entusiasmo.*

*—¿Qué haces aquí todavía?, ¿me esperabas? —le guiñó un ojo.*

*—Me quedé dormida —sonrió.*

*Elián le devolvió la sonrisa. Hans se acercó a ella deprisa y la apartó con rudeza hasta hacerla caer al suelo.*

*—¡Maldito viejo! —gritó ésta.*

*Elián se acercó y la recogió del suelo.*

*—Tu viejo es repugnante —dijo mientras salía del corral.*

*Hans acarició el baúl con sus manos como quien acaricia a una mujer hermosa. Elián lo miraba con extrañeza a sus espaldas.*

*—¿Qué hay ahí? —preguntó.*

*—Nada que te importe —dijo Hans en un susurro.*

*—¿Por qué no me lo dices? —insistió.*

*—¡Qué sabrás tú! —susurró en voz baja.*

*Elián se acercó sigiloso hasta su padre. Le puso el brazo alrededor de los hombros y lo estrechó hacia sí. Ese sería el momento que más cerca estaría de su padre en toda su vida.*

*—¿Tiene acaso algo que ver con ese libro que guardas debajo de tu colchón? —le preguntó al oído.*

*Hans apartó el brazo de su hijo y se dio la vuelta. Sus ojos miraban con dureza. Apretó los puños y los dientes. Casi no podía hablar. Los estragos del alcohol habían pasado.*

*—¿Has hurgado entre mis cosas?*

*Elián tenía el rostro tranquilo, su mirada serena.*

*—Un poco —se encogió de hombros.*

*—¿Un poco?, ¿has cogido el libro? —su voz se elevó.*

*—Lo he hojeado, sí...*

*—¿Lo has hojeado? ¿y...?*

*Elián echó a reír.*

*—No tengo ni idea de lo que dice. Está escrito en alemán.*

*Hans se quedó en silencio unos segundos. Esbozó una sonrisa tranquila y después dejó escapar una tímida carcajada.*

*—Si me hubieses enseñado alemán, todo habría sido distinto —dijo Elián— aunque lo puedo llevar a un traductor. Existen los traductores, ¿sabes? aquí no, pero en Lima sí.*

*Hans hizo un gesto de hastío con la mano.*

*—¿Escondes algo?*

*Con indiferencia al comentario de su hijo, cogió el pequeño baúl entre las manos y lo apretó contra su pecho.*

*—¿Escondes algo de allí verdad?*

*—Déjame Elián.*

*—Tú nunca has querido hablar de ello pero te conozco mejor de lo que crees. Sé de tu pasado. Sé lo que hizo tu padre, mi abuelo, y se por qué estás aquí. Sé lo que haces, padre.*

*—¿Sí? —preguntó con indiferencia.*

*Hans le daba la espalda.*

*—Haces cosas raras en tu consulta.*

*—Cosas raras... —murmuró.*

*—Sí. Creo que haces brujería.*

*Hans se dio la vuelta. Tenía a su hijo frente a él. A lo lejos se escuchaban los acordes lejanos de Wagner.*

*—¿Crees que hago brujería? —preguntó Hans divertido.*

*—¿Qué es sinó?, ¿medicina?*



—Curo a las personas.

—¿Curas?, ¡los dejas secos!, salen hipnotizados, como zombis. Es como la santería esa de la que hablan los que creen en shuar.

—Tú no sabes nada de shuar.

Elián se movía nervioso de un lado a otro. Una chispa había saltado en su interior. Su cuerpo le ardía y sintió que no podía controlarlo.

—Sé más de lo que tú te crees ¡Este maldito calor! —se quitó la camiseta con ira y la tiró al suelo.

—¿Qué te pasa? —su voz sonaba chancera.

—Eso es lo que quisiera saber. Nunca hemos hablado de ello.

Hans buscó un sitio donde sentarse. Parecía cansado.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Todo, ¿por qué no puedo acercarme a un objeto metálico sin sentir su rechazo?, ¿por qué despido tanto calor? ¿lo sabes? Siento que puedo hacer cosas pero al intentar hacerlas es como si algo me frenase.

Elián miraba a su padre con el rostro ensombrecido.

—Te pasa eso porque eres diferente.

Hans había querido evitar aquella conversación durante mucho tiempo, pero parecía haber llegado el momento de sincerarse con su hijo, aunque tuviese que compartir a Saúl. Algo, sin embargo, le frenaba a hacerlo.

—No sé si estás preparado para todo esto. Jamás pensé que tendría un hijo.

—Eso es... —dijo nervioso Elián.

—Debía haberlo previsto y haberte enseñado mucho antes.

—¿A hacer brujería igual que tú?

—A hacer el bien, hijo.

Elián intentaba guardar la compostura pero estaba fuera de sí. No sabía por qué, una fuerza extraña le estaba haciendo perder los nervios. Su cuerpo vibraba como nunca lo había hecho.

—Eres diferente, ya te lo he dicho.

—¿Diferente?

—Eres como yo y como otras muchas personas que han adquirido el mismo don.

—¡No! No soy como tú. ¡Nunca!

—¿Te avergüenzas de mí? Tú no sabes nada de mí.

Hans Kähler negaba con la cabeza. Había levantado la voz. Cada vez hacía más calor en el corral. Notó como unas gotas de sudor fluían por sus brazos y acabaron en sus agrietados dedos.

—No deberías hacer lo que haces ¿Crees que no lo sé?

Hans miraba a su hijo con expectación.

—La gente entra enferma en tu consulta y sale curada.

—¿Qué tiene eso de malo?

—No se cura una mordedura de jaguar en diez minutos.

—¿Me has estado espiando?

—Vivo aquí, ¿recuerdas? Y a veces... te escucho aun cuando no me hablas. Puedo sentirte y olerte aunque estés a kilómetros de distancia. Incluso en la selva, puedo leer tu mente y escuchar el latido de tu corazón.

Hans Kähler se levantó despacio y se acercó a su hijo. Elián lo miraba con una mezcla de piedad y sorpresa.

—Todo eso que dices, ¿es cierto?

Elián asintió y guardaron unos minutos de silencio.

—Soy médico, Elián. Es lo único que debes entender por el momento. Me dedico a sanar almas. A ti que tanto te fascina shuar, sabrás que cuando el Mésak[3] entra en ellos hay que sacárselo. ¿Comprendes?

—¿Qué es toda esta palabrería? —Elián había levantado la voz.

—Algún día lo sabrás.

—¿Tienes algo que ver con esas desapariciones? ¡dímelo!

—No sé lo que opinas de mí pero estás muy equivocado. Eres un ignorante. ¡Como todos ellos! eres ignorante y zafio —Hans Kähler hablaba con desprecio.

—Tú no sabes nada, ¡nada! ¡Esto! —continuó exaltado mientras

*señalaba el baúl— jamás lo podrás ver, ¡jamás! Nunca entenderás lo que es tener poder.*

*—Maldito seas. ¿Qué demonios he heredado de ti?*

*Hans apretó contra sí el baúl y se dirigió a la puerta del corral. De pronto, vio la paja del suelo arder ante sus pies. Su instinto le hizo recular. Se dio media vuelta y vio a Elián, de pie, con las manos en la cabeza. Se la apretaba como si quisiese sacar algo que le estorbaba.*

*Su vista se le nubló. Parecía perder las fuerzas en sus piernas, y sus oídos..., Wagner se escuchaba poderoso en el alejado salón de su casa.*

*—¡Elián basta! —gritó.*

*Pero Elián lloraba. Movía su cabeza con desesperación como si quisiera sacar a golpes lo que martilleaba dentro de su cerebro. El llanto cesó y en su lugar un grito ahogado de impotencia y de dolor. Nada podía hacer contra lo inevitable. Aquello lo estaba provocando él y no podía impedirlo. La paja ardía a su alrededor.*

*El humo hizo toser a Hans y cayó de rodillas al suelo con el baúl aún entre las manos. Todo se oscureció en cuestión de segundos. Distinguía con dificultad la figura de su joven hijo que gritaba con las manos contra su cabeza, y entonces las cabezas pequeñas comenzaron a arder ante los ojos del pequeño Hans. Los soldados murmuraban a sus espaldas, tosían, y se adentraban en la espesura del humo. Oyó la voz de su padre que lo llamaba desde lejos. Estaba seguro. Era él. Se dio la vuelta y vio el uniforme negro lleno de galones. Sus botas altas y brillantes. Su porte firme, hierático. «No te lo daré» murmuraba Hans en voz baja. Cayó al suelo y el pequeño baúl rodó de sus manos ya apáticas. Sus ojos y sus pulmones se cerraban al mismo tiempo. Hizo un último intento de ver, pero sólo había humo.*

*Hans se sentía confuso. El joven Elián no estaba, y su padre había desaparecido en la espesura del desconcierto. De pronto, en aquel instante algo le reconfortó; sintió como unas manos delicadas, frías y pequeñas lo levantaban del suelo.*

## ***EL LEGADO***

Aquella habitación no era más grande que el rellano de la escalera de mi casa. Siempre había imaginado, no sé por qué, que los padres de Elián eran gente acomodada. Elián tenía algo de ese amaneramiento europeo, a pesar de su extraña condición algo irracional. Pero Hans Kähler había sido un hombre pobre en todas las facetas en las que se puede entender la pobreza. Se había alojado en un hotel modesto, sin pretensiones. Una cama medio deshecha, una mesilla castellana con una lámpara de saldo y un pequeño escritorio donde reposaba un pequeño baúl de madera que olía a viejo.

Hans respiraba con dificultad. Su cuerpo descansaba en un sillón de piel barata. Sus ojos habían perdido la profundidad del día anterior. Hablaba con voz templada y con añoranza. Hans Kähler ejercía sobre mí una extraña mezcla de empatía y recelo. Quería creer que aquel hombre, antaño niño, me descubriría la capacidad de olvidar y de perdonar, igual que lo hizo él. Debía perdonar a mis padres por haberse marchado sin haberme conocido. A la pequeña Isola, por haber corrido durante años por la orilla del mar dejando las huellas insignificantes de una sombra que nada aportaba. Corría detrás de no se sabe qué, de un sueño, de un abrazo, del descubrimiento del molusco dentro de la caracola. Y debía perdonar a Elián, por encima de todo. Llegaban a mi memoria aquellas noches de magia y de incienso en las que sus manos lograban despertar mis sentidos más ocultos. Aquella mirada verde y profunda había escondido un pasado del que nada sabía y un futuro que él no me quiso enseñar. A Sam, por haberme apartado de su lado, a Max también, por no ser sincero conmigo... oh, a Max. Mi querido Max.

Le había dejado en la arena, con la leona cazadora; éste con las fauces abiertas, y aquello me producía un terror y desasosiego indescriptibles. Yo me aparté de él conscientemente, aunque fuera lo único que me anclaba al suelo. Pero vendría a buscarme. Sabía que lo haría. Cruzaría las calles sin aliento, sortearía el tráfico de Madrid y se mezclaría con las gentes que van y vienen

sin rumbo, como yo. Llegaría a este hotel, él sabría cómo. Y abriría la puerta. Su corazón palparía y me vería a mí, y al viejo Hans, y entonces comprendería.

Le miraba sin saber cómo hacer la pregunta. El guión fluía libre por mi cabeza. Estaba segura de cómo estructurarlo, y qué actores elegir. Lo que me atormentaba, sin embargo, era cómo buscar en mí misma el final que tanto ansiaba. No sabía si estaría preparada para enterrar a Sam, igual que hice con Elián, en mi memoria; echar tierra nueva y fresca por donde caminar descalza sin hacerme daño.

—¿La ha traído Isola? —preguntó con ojos infantiles.

—¿Tan importante es para usted Hans?

—Lo es... y para usted también.

—Espero que me termine de explicar por qué.

—Para eso está usted aquí —tosió con dificultad.

—¿Se encuentra bien?

—Me temo que no, pero aún estoy aquí —me miró sonriendo.

—Cuéntemelo todo, Hans, porque estoy perdida —suspiré.

—Sí. Lo sé —habló con dificultad.

—Y... estoy confusa, muy confusa. No sé qué hago aquí, ni sé cómo salir.

—No la retendré. Soy un viejo y me muero —ladeó una sonrisa amable.

—No es tan viejo Hans. Me refiero a que —guardé silencio— usted ha irrumpido en mi vida y ha destruido mis recuerdos.

—No eran recuerdos, Isola. Sólo ideas preconcebidas.

—¡Oh no! no. Eso no es cierto —mi voz sonó pretenciosa— mis recuerdos son nítidos. Elián ha sido real para mí, no el Elián que usted me describe, sino el que yo conocí. Aunque supongo que eran la misma persona.

Una vez más, noté que mi corazón temblaba y que un nudo subía a mi garganta con amenaza.

—¿Dónde están sus padres Isola? —preguntó de forma inesperada.

—Mis padres están muertos.

—¿Los amaba? —enarcó las cejas.

—¿Por qué me pregunta eso?

—¿Y ellos?, ¿la amaban?

—¿Qué tiene que ver con Sam?

—¿Tiene recuerdos hermosos de ellos?

—Algunos, por supuesto —mis hombros cayeron con el peso de una pluma.

—¿Amaba a Elián y amaba a Samanta?

Apreté los labios con fuerza. Aquellas preguntas me incomodaron y sentí que aquel hombre no tenía derecho a plantearlas aunque algo me decía en mi interior que mi respuesta era necesaria.

—Amaba mucho a Elián y... quiero a mi hija por encima de todo.

—Ha dado mucho amor. Debe sentirse muy afortunada.

—Ahora no me considero afortunada. Me siento muy sola.

—Ahhhh, la soledad del invencible.

—¿Invencible? Yo no soy invencible.

—Ha vencido a la muerte. ¿Le parece poco?

No sabía cómo interpretar aquello. Era la primera vez que oía aquella palabra en mucho tiempo.

—Nunca me he sentido amenazada por ella —dudé.

—Todos estamos amenazados. Incluso yo, míreme.

Se palmeó el pecho con sus huesudas manos.

—Pensé que podía esquivarla. Lo creí durante mucho tiempo.

—No le entiendo Hans.

—No, ya lo sé.

Hans tosió despacio e hizo amago de incorporarse. Me levanté de la silla que había permanecido frente a él todo ese tiempo y tuve el instinto de cogerle la mano. Su mano era fría y arrugada. Pude ver de cerca su rostro cansado y lleno de surcos. Imaginé a mi padre en su vejez y me pregunté si sería como él, si habría sentido lo que él.

—¿Hans? —mi estómago protestó. El miedo empezaba a tomar protagonismo.

—No me voy a morir ahora, no se preocupe. Solo... —volvió a toser— necesito un poco de agua.

Fui al cuarto de baño y le acerqué un vaso de agua del grifo. La bebió con prontitud y mucha ansiedad.

—Hans, tengo que hacerle la pregunta porque sinó tendré que irme de aquí con las manos vacías y olvidar todo lo que me ha contado —mi voz era de súplica— y no podré darle esa cabeza.

—Hágala.

—¿Dónde están mi marido y mi hija?

Se hizo un silencio turbador. Tan solo el ruido del vaso mientras yo lo posaba en el suelo, a su lado. Hans tenía las manos apoyadas en los antebrazos y vi como los apretaba con fuerza. Asintió con la cabeza y suspiró. Su mirada se había perdido en algún lugar lejano de su memoria.

—Antes de contestar a eso, tiene que conocer el resto de la historia; porque tiene que ayudarme.

—¿Ayudarle yo?, espero no resultar demasiado pretenciosa pero soy la menos indicada para ayudar a nadie.

—Isola, he tardado casi veinticinco años en encontrarla. Ayúdeme a que no haya sido en vano.

\*\*\*

*La luz del medio día se filtraba por la pequeña ventana que tenía a su espalda. Hans podía sentir y respirar el calor que entraba de la calle. Se llevó despacio la mano a la frente y al bajar con sus dedos notó algo rugoso que le cubría el rostro. Intentó abrir los ojos pero un ligero velo de color gris los cubría y aunque dejaba filtrar algo de luz no veía con claridad. Notaba un dolor punzante en la garganta, algo presionaba su esófago. Sus piernas estaban rígidas. Su cuerpo era muy pesado y casi no podía sentir sus músculos.*

*El ruido de una puerta al abrirse le sobresaltó. Oyó pasos que se acercaban y voces desconocidas que hablaban en un susurro. Hans intentó mover sus labios pero algo le obstruía la boca. Un dolor fatigoso recorrió la comisura y toda la piel que la rodeaba. Ladeó la cabeza despacio con el fin de comprobar si podía hacerse notar. Dos hombres jóvenes hablaban en voz baja a escasos metros de él. Debían percatarse de que estaba despierto. ¡Era preciso! Un sonido gutural, apenas audible salió de su garganta. Probó con más fuerza y un grito innoble se oyó en toda la estancia. Los dos hombres abandonaron su conversación y se acercaron veloces a su cama. Uno de ellos le tomaba el pulso y le tocaba la frente. Hans comenzó a agitar su cabeza de un lado para otro con el fin de comunicarse. «¡Que alguien me quite esto por favor!», pensó. Se sentía confuso. No sabía dónde se encontraba, aunque el olor y el tacto de aquellos hombres le hicieron pensar que tal vez se encontrara en un hospital. Pero «¡Por qué?». Un cierto alivio le hizo respirar con más tranquilidad al escuchar el acento peruano de los dos hombres. Eso le dio a entender que aún estaba en casa.*

*Un nudo le oprimía el pecho y tenía unos deseos irrefrenables de hablar, pero la boca la tenía tan seca que aquello se aventuraba imposible.*

*Por fin, decidieron quitarle aquel tubo del esófago. Le pidieron que tosiera, a la de uno, dos y ¡ya! aquel tubo desapareció de su garganta y una fuerte tos le hizo sacudir todo su cuerpo. Uno de los dos hombres salió de la habitación mientras el otro le tomaba el pulso en la muñeca. Hans ladeó la cabeza y buscó con la mirada como pudo. Recorrió las cortinas y las paredes borrosas que le rodeaban. Intentaba recordar. Notó que su estómago se encogía y que sus piernas empezaban a temblar. Empezaba a tener sensaciones y aquello le reconfortó. Intentó sonreír pero sus labios no respondían. De pronto, notó como se humedecía su entrepierna. Ese día, en*



*esa cama solitaria, sintió lo que era el miedo a lo desconocido, igual que el niño que se adentró en el laboratorio hacía ya mucho tiempo.*

*La puerta se abrió y el hombre, que le pareció que llevaba una bata blanca, entró acompañado de otro hombre, con traje y corbata. Se sintió bien al darse cuenta que a pesar de su situación era capaz de ver a través de aquel trapo húmedo. Pudo definir bien la silueta de aquel hombre. Era joven, alto y recio y tenía los andares de una leona cazadora. No tendría más de veinticinco años. Le pareció demasiado joven para parecer mandatario.*

*—¡Vaya! ha despertado —dijo con una amplia sonrisa.*

*Su voz le sorprendió. Hablaba en un fluido castellano, distinto al que él había aprendido pero siseaba y alguna erre se le escapaba más fuerte de lo normal. Aquello le desconcertó. Se llevó la mano al velo gris que cubría su rostro.*

*—No se preocupe —habló el hombre de la bata blanca que le acompañaba— aún es pronto para quitarle la venda. Lo intentaremos más tarde. Poco a poco recuperará la movilidad total. No intente hablar ahora.*

*Hans ignoró la sugerencia del médico y utilizó todas las fuerzas que tenía para despegar los labios. Un sonido gutural salió en lugar de palabras. Ellos no podían entender que aquello le molestaba.*

*—Ya le hemos dicho que hay que tener paciencia.*

*A Hans le molestó la condescendencia del médico.*

*—Tengo que hacerle algunas preguntas —volvió a hablar el hombre del traje— usted sólo asienta o niega con la cabeza, ¿de acuerdo? es fácil.*

*Hans desistió de los intentos de comunicarse y vio razonable la propuesta de aquel hombre. Se sentía muy cansado y confuso.*

*—Bien...*

*El hombre del traje acercó una silla que había pegada a la pared y se sentó al lado de su cama.*

*—Está en un hospital. ¿Lo ha entendido?*

*Hans asintió.*

*—Está usted vivo de milagro —dijo el médico.*

*—¿Sabe usted cómo se llama y cuántos años tiene? continuó el*

*hombre del traje.*

*Hans asintió.*

*—Bien. Eso está bien... Verá, dejaré que el doctor le explique una serie de cosas y luego continuaré.*

*El hombre se recostó en el respaldo de la silla. Cruzó los brazos y fijó su mirada en él. Hans sentía su aliento, frío y familiar. Quería saber por qué estaba allí, y por qué le tenía tanto miedo a aquel hombre que le observaba al acecho al otro lado del velo que le tapaba sus ojos.*

*—Ha sufrido quemaduras en gran parte de su cuerpo —dijo el médico mientras le mojaba los labios.*

*—Por suerte —continuó— eran leves, pero hemos tenido que tratarle una infección provocada por las propias quemaduras. Lo cierto es que podía haber sido muchísimo peor.*

*El médico movía la cabeza y enarcaba las cejas. Lo que veía postrado en la cama era un milagro de la medicina.*

*Hans intentó recordar pero su mente estaba vacía de recuerdos. Sólo los olores llegaban a él de forma difusa.*

*—Las quemaduras cubrían parte de los hombros y los antebrazos. Le quedarán marcas pero nada más.*

*Miró al hombre del traje y continuó.*

*—Ha estado inconsciente casi un mes, desde que le trajeron aquí.*

*Sintió un dolor punzante en la cabeza. Los recuerdos llegaban turbios aún y aquello le molestaba.*

*—Sus heridas han sanado con rapidez. Es milagroso, la verdad.*

*Miró al hombre y enarcó las cejas solícito. Éste asintió.*

*—Le voy a quitar la venda.*

*El velo se desprendió despacio de su rostro. Una cortina casi transparente le tapaba la vista. Se llevó las manos a los ojos para frotárselos.*

*—No se frote. Ahora verá borroso. Es normal. No fuerce la vista.*

*Hans se sintió reconfortado al ver que recuperaba la vista poco a poco. El hombre del traje no había apartado la vista de él.*

—¿Su nombre es Saúl Aguado? —preguntó.

Hans asintió.

—Tenemos una mala noticia, Sr. Aguado. Hubo un incendio en las inmediaciones de su casa y ésta ha sufrido mucho.

Sus ojos cansados recuperaban la cordura.

—Su casa está destruida. Las llamas la arrasaron. No ha quedado nada de ella. Lo sentimos mucho.

Hans tragó con dificultad. Aún permanecía ese olor a paja quemada en el interior de su nariz. Sus ojos se humedecieron al recordar al fin.

—Verá... —el hombre del traje se inclinó sobre él —unos vecinos le encontraron delante de su casa, tumbado en el suelo, inconsciente. ¿Sabe cómo llegó usted allí?

Hans negó con la cabeza. Miró a aquel hombre y por un instante creyó ver al soldado joven que ardió en el laboratorio. Tenía su mismo semblante orgulloso y distante. Pudo tragar algo de saliva y sintió cómo recuperaba la voz.

—Es extraño —dijo el hombre.

Hans cerró los ojos y apartó la vista de él. Estaba cansado. Quería pensar, recordar lo que había pasado pero no lo lograba. La imagen de Elián apretándose las sienes y llorando, aquel fuego, el baúl, y los acordes de Wagner... todo se mezclaba con el olor a alcohol y a gasas sucias.

—Usted vivía con su hijo ¿es correcto? —continuó con el interrogatorio.

Asintió. Imaginó el cuerpo de su hijo carbonizado en algún lugar del corral. Por primera vez en dieciocho años se sentía culpable y los ojos de Samara, su sonrisa, la humedad de sus labios, le recordó que Elián formaba parte de ella también. Si su hijo había muerto, nada podría remediar su fracaso.

—No debe preocuparse por él, Sr. Aguado. No estaba allí.

Sintió ardor en su estómago. Desvió la mirada hacia aquel hombre. Éste había esbozado una ligera sonrisa. Pero no era de alivio.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarle?

Hans no osó mover la cabeza. Tenía que recordar, pensar en lo que

*había pasado. Hacía un mes que yacía en aquel hospital, solo. Y Elián no estaba. El dolor de cabeza se hizo cada vez más agudo.*

*—Tenemos que decirle que está usted aquí. ¿Sabe a dónde ha podido ir?*

*Hans negó con la cabeza.*

*—Los vecinos no le ven desde entonces. Y tampoco ha venido por el hospital. Emmm —el hombre carraspeó— parece habérselo tragado la tierra, o la selva quizás...*

*Hans veía con cierta dificultad aún, llevaba una cortina pegajosa en sus ojos. Pero pudo distinguir por el rabillo del ojo el rostro acechante de aquel hombre. Sintió su impaciencia y su inusitado interés.*

*—Sr. Aguado, ¿es posible que él provocase el incendio y huyese?*

*Hans le miró atónito.*

*—¿Qué motivos tendría?*

*Aquel hombre se acercaba poco a la imagen de jefe de hospital que podría haber tenido. Por su modo de interrogar, su voz átona y esquiva, su tono displicente en las preguntas, le recordó a los amigos de su padre. «¿Te tratan bien Hans?», decían, «¿Estás contento?», «¿Sabes la suerte que tienes hijo?», «¿Qué opinas del Reich?», «¿Te has cruzado alguna vez con un judío?». Reían como hienas, ahumaban el salón de su casa con sus infectos puros, y envenenaban el aire que respiraban él y su madre. Aquella imagen no se le borraría jamás de su memoria.*

*—¿Se siente con fuerzas de hablar? —preguntó.*

*Hans parecía nervioso y el médico lo miró impaciente.*

*—Tal vez prefiera que vuelva en otro momento en que se sienta más fuerte —dijo mientras se levantaba.*

*Hans negó con la cabeza.*

*—Es vital que encontremos a su hijo.*

*Hans no podía entender el interés de aquel hombre por Elián, cuando ni él mismo recordaba lo que le había llevado hasta allí.*

*—¿Sabe de lo que hablo, verdad?*

*Aquel hombre se había acercado a su rostro y hablaba en voz baja.*

*Podía sentir su aliento ingrato rozándole el rostro. Envió una mirada hostil al médico y éste se alejó.*

*—Hable ahora amigo. Necesito escuchar su voz.*

*Hans Kähler comprendió y reconoció al Mésak al instante. Lo había tenido frente a él en muchas ocasiones pero nunca tan cerca. Nada de lo que dijera en ese momento aplacaría su miedo. Su Arútam le había abandonado.*

*—El paciente está cansado —dijo el médico en tono severo.*

*—¡Usted no lo entiende! —el hombre del traje apretó los dientes.*

*Hans sintió un dolor punzante en el pecho. Tosió con fuerza y su cuerpo comenzó a convulsionar. Un hilo blanco escapó de sus labios y sus ojos se perdieron en el vacío.*

*—Le ha puesto nervioso —el médico se acercó a él y le sujetó los brazos a la cama.*

*—¡Debo hablar con él! —gritó.*

*El médico suministró una inyección a Hans y éste comenzó a aflojar sus músculos.*

*—¡Váyase! —le dijo el médico.*

*El hombre del traje se levantó y se dirigió a la puerta.*

*—No le perderé de vista —murmuró— y esperaré a que su hijo venga a visitarle. Algún día tendrá que hacerlo. ¿No?*

*Hans recuperó poco a poco la fuerza suficiente para poder mirarle a la cara. Decidió no olvidar aquel rostro por si volvía a verlo. El hombre se encontraba aún en la puerta a punto de salir, cuando Hans le miró. Se volvió, y esbozó una amplia sonrisa, la misma sonrisa que tenía aquel hombre al otro lado de la mesa de aquel despacho en aquel edificio gris.*

*—¡Ah! ¡su pequeño baúl está a salvo! —gritó— aunque está vacío. Se lo he dejado ahí. Ya no me sirve.*

*Hans vio el pequeño baúl a su lado en el suelo, abierto y casi destrozado. Hizo un gesto suplicante y el médico se lo dio. Sintió su cuerpo estremecer. Se vio tan frágil y desconcertado en aquella cama de hospital que le era imposible concienciar lo que le había ocurrido, a él, a su hijo y sobre todo a su legado. Aquello debía ser pánico.*

\*\*\*

En aquella habitación de hotel, pude imaginar la zozobra del hombre herido, postrado en una cama de hospital, desorientado, con su pasado roto en pedazos.

El viejo Hans reposaba en su sillón de piel barata y gastada. Respiraba con dificultad. Yo había adquirido la capacidad del conformismo. Observaba al anciano, lo escuchaba, leía en cada arruga de su rostro la siniestra historia de su vida y me preguntaba dónde y cuándo iba a encontrar a Sam en ella.

Elián había pasado por mi mente durante todas y cada una de las palabras que salían de su boca. Me costaba imaginar a un joven Elián capaz de abandonar a un padre en medio del fuego. El misterio que envolvió su vida siempre, sus aficiones, sus viajes, su forma de vivir, su forma de amar tomaban forma en aquella habitación de hotel barato.

—¿Elián le salvó de las llamas y luego desapareció? —no era una pregunta, era una súplica.

—Elián no me sacó de las llamas, Isola. Elián provocó las llamas.

—Pero... ¿cómo? —negué con la cabeza.

—Fue culpa mía. Elián tenía el don. Lo supe desde que era muy pequeño. Pero él no lo sabía y yo se lo oculté porque ignoraba cómo lo iba a utilizar. Creo que tomó conciencia aquel día pero... aquello no lo pudo controlar.

—¿El don?

—El mismo que me dio Saúl y el mismo que tenía Samanta.

—Usted no sabe nada de Samanta.

—Todo empezó antes de que naciera, Isola.

Negué con la cabeza y miré a Hans con extrañeza.

—Desde que la cabeza shuar llegó a su vida.

Hans había cambiado el rictus. Ví cierta severidad en su mirada y en cómo apretó sus labios.

—¿Qué sabe usted de eso? ¿Y qué demonios tiene que ver esa horrible cabeza con la desaparición de mi hija? ¡Hans!

—Todo. Tiene todo que ver, ¿no se da cuenta?

Por primera vez en mucho tiempo asimilé lo que significaba hablar de Sam en pasado. Durante ese año y medio nunca me había atrevido a hacerlo. Para mí, Sam estaba aún presente en mi vida. No sólo porque se me aparecía en sueños, sino porque llevaba impregnado su olor, su calor, sus recuerdos.

—Samanta es especial.

—Lo sé y entiendo que no haya querido compartirlo conmigo. Al fin y al cabo, ¿qué soy yo para usted sino un viejo excéntrico a punto de morir?

Miré al viejo con ternura y cercanía.

—¿El abuelo de mi hija, tal vez? Un hombre que ha sufrido...

Me miró con ojos húmedos, brillantes y sinceros. Asintió.

—Mi hija siempre se sintió especial, distinta. Hacía cosas que yo no podía entender. Pero no sé si eso era tener un don.

—Oh, sí. Lo tenía —dijo— el mismo que tenía su padre. El mismo que tenía yo. Viajábamos a la velocidad del pensamiento. ¿Le dice algo eso?

—¿Qué?

Hans tosió y se llevó la mano al pecho.

—¿Le traigo más agua?

Hizo un gesto y asintió.

Visualicé aquella nota que encontraron cerca del coche, y aquellos libros que con tanto celo guardaba Samanta en su habitación. Todos esos años aparecían como un enigma ante mis ojos, desordenado y a la vez maravilloso. ¡Cuántas veces había podido ver su brillantez! y ¡qué orgullosa me sentía cuando emanaba aquella energía poderosa que yo recibía como un consuelo!

—Decía... —continuó— que si le dice algo esa frase, viajar a la velocidad del pensamiento.

—Sí —me encogí de hombros— pero es ciencia ficción.

—Ficción no, pero ciencia sí —guardó silencio— Saúl intentó comunicarse conmigo antes de morir, ¿sabe?

—¿Qué...?

—Sabía que era él, al llegar al charco de sangre. Me miró.

—¿Usted le conocía?

—No. No le había visto en mi vida. Pero él... él me visitó.

—¿Cómo que le visitó? ¿Hans...?

El viejo hacía esfuerzos cada vez que hablaba.

—Cuando entramos en aquel frío edificio, mi padre me dijo que esperase en la entrada. Me quedé solo en aquel patio con suelo de mármol. Podía escuchar las voces de los niños al otro lado de la puerta, sus risas, sus gritos, sus vítores. Pero no osé moverme. Yo respetaba mucho a mi padre, ¿sabe? Y de pronto, saliendo de no se sabe dónde, allí estaba. Le vi.

—¿A Saúl?

—Sí. Estaba de pie, al fondo del patio. Era un niño más o menos de mi edad. Vestía unos pantalones cortos raídos y una chaqueta marrón con una estrella amarilla cosida en la pechera.

—¿Cómo es posible?

—Yo no sabía quién era. Me miraba con ojos suplicantes. Creo que lloraba.

Me llevé las manos a la boca para ahogar mi voz.

—Su silueta no era nítida pero pude ver que tenía la cara llena de sangre. Era raro. Me saludó con la mano y luego me la tendió. Yo no sabía qué hacer. Estaba ahí, a escasos metros de mí. Pero oí la voz de mi padre en el piso de arriba y una puerta cerrarse. Aquello me sobresaltó. Al volver la vista, el niño ya no estaba.

—¿Y...?

—Y entonces le oí chillar.

—¿Qué significa eso?

—¿Usted qué cree?

Guardamos silencio unos segundos.

—Lo que vi era real. No me lo estaba imaginando. Pude ver a Saúl antes de morir. Y creo que él lo quería así. Por alguna extraña razón, me eligió a mí.

—¿Qué es lo que vio?

—A Saúl. A eso se le llama ECM[4].

—¿ECM?



—Es una experiencia fuera del cuerpo.

—¡Qué tontería es esa! —exclamé.

—No finja que nunca oyó hablar de eso.

—¿Es eso el viaje astral del que ha hablado antes?

—Bueno, es otro modo de experiencia extra corpórea, sí.

—Pero, ¿Saúl salió de su cuerpo para comunicarse con usted?

—Sí. Eso creo.

—Pero ¿por qué?

Hans tenía esa mirada serena y profunda que a veces vi en Sam. Esa seguridad en sí misma, a veces me hacía daño. Ella intentó demostrármelo en varias ocasiones. Ahora pienso en cómo habría sido nuestra vida si yo hubiese querido formar parte de ella.

—Conteste Hans, ¿por qué cree usted que aquel chico se quiso comunicar con usted?

—Para pedir ayuda, creo... —carraspeó— él quiso avisarme, prevenirme, tal vez.

—¿Por qué a usted?

—Porque estaba allí, sin más. Porque era el único niño que no le golpeaba.

—Lo siento mucho, Hans —suspiré.

—Desde entonces yo no fui el mismo, Isola. Ya conoce lo que pasó después.

—Es muy extraño. Todo lo que me cuenta es... muy extraño.

—Saúl se comunicó conmigo antes y después de muerto. Ya le he hablado de la escritura automática.

—Pero, ¿qué quería Saúl?

—Ya se lo dije. Él me enseñó el lugar donde comenzó todo. Aquel laboratorio guardaba la semilla del mal, del Mésak y Saúl quiso que yo lo destruyese, que no quedara rastro.

—Y lo hizo, ¿no?, destruyó el laboratorio.

—No. Yo no lo hice. Lo hizo el niño que había dentro de mí. El niño

que nació al morir Saúl. ¿Comprende lo que le digo?

—¿Qué quiere decir con el niño que había dentro de usted?

Hans tosió y cogió aire con dificultad.

—Yo era un niño normal, como cualquier otro chico de mi edad. Pero desde aquel tiempo dejé de serlo. Él me dio poderes. Llámelo como quiera. Pero he vivido una vida que no me ha pertenecido.

—¿Se refiere a poderes mentales?

Hans esbozó una sonrisa maliciosa, casi perversa, infantil diría yo.

—¿Por qué se ríe?

—Se va a sonrojar porque sé lo que está pensando.

Le miré con curiosidad.

—¿Sonrojar?

—Por lo que le voy a decir.

—Es usted desconcertante —sonreí.

—Está preocupada por ese hombre, ¿verdad?

—¿Preocupada?, ¿qué hombre?

—Él está bien.

Tragué saliva y le miré con desconcierto.

—¿Por qué piensa tanto en ese policía?

—¿Qué? —noté cómo el rubor subía a mis mejillas.

—¿No se lo ha preguntado? No es malo, es sólo una emoción nueva.

—No sé de qué habla.

—Ya se lo he dicho. Leo el pensamiento. Isola, usted ha vuelto a enamorarse, eso es todo.

Podía sentir el peso de mi estómago. Supongo que nada me apetecía menos que descubrieran mi secreto. Y aquel hombre no me conocía de nada.

—Eso... no viene al caso —me levanté y comencé a pasear por la habitación.

—¿Quiere saber más? He podido mover los objetos más pesados, abrir y cerrar puertas sin las manos, congelar un aliento, o hacer arder un edificio.

Pero eso sólo es una faceta. Lo importante es lo que hemos heredado. Todo lo que hice por esas gentes, y lo que otras personas han hecho durante siglos en otros lugares del mundo.

Miré a Hans desde la penumbra.

—Mi época, la que me tocó vivir, es sólo una parte de la historia. Otras épocas, otros países y otras gentes han vivido también hechos sorprendentes, y a veces igual de horrendos que los que viví yo.

—¿Quiere decir que hay muchos como usted?

—¡Oh!, por supuesto —sonrió.

—Hans, sé que existen cosas que... que no podemos entender. Gente con... bueno, con facultades extraordinarias, pero todo lo que me está contando es mucho más.

—No se lo puede imaginar...

Cayó unos segundos para llevarse el vaso de agua a la boca.

—He perdido muchas facultades —continuó con voz ronca— pero me siento orgulloso de lo que he hecho. Todo. Incluso tener a Elián. Sin él, el don se habría perdido.

—Elián... —murmuré apenada— ¿Qué fue de Elián después de aquello?

—Huyó de allí. Con toda probabilidad, a la selva. Es ahí donde se refugiaba siempre que necesitaba encontrar su Arútam.

Le miré con curiosidad.

—Al principio —continuó— pensé que lo había hecho para protegerme a mí y a Saúl, de aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—El hombre que vino a verme al hospital.

—¿Cree que ese hombre les perseguía a usted y a Elián?

—Oh, sí, desde luego —carraspeó— pero quiero pensar que quería descubrir la verdad por sí mismo. Y llegó a este maravilloso y precioso país —guardó unos segundos silencio— y la encontró a usted.

Apreté los labios y vi a Elián en los ojos de aquel hombre. Al Elián que yo recordaba, hermoso, enigmático y fascinante.

—¿Pero por qué le dejó solo en aquel hospital?

—Porque descubrió quien era él en realidad, tal vez. Porque no quiso enfrentarse a lo que había hecho. Porque pensaría que yo estaba muerto.

—No, no —negué con la cabeza— él nunca me dijo que usted hubiese muerto. ¿Huyó de usted? pero ¿por qué Hans?

—Porque descubrió quien era yo.

—¿Quién era usted? Usted sólo era el hijo de un dirigente nazi que no tenía culpa de nada. Eso es todo ¿no?

—¿Eso es todo?, parece no querer entenderlo, Isola. Ejercí la medicina en la selva del Amazonas de un modo..., llamémoslo poco ortodoxo. Aquello no era habitual. Y Elián lo sabía. Nunca estuvo de acuerdo.

—Explíquese.

—El ser humano es tan frágil... —habló con ensoñación— mi padre soñaba con ser un gran hombre. Ayudaba al Führer a cumplir su sueño. ¿Se imagina? el sueño de un loco que llevó al país a la ruina moral. Alemania se convirtió en un país sin alma.

—No, Hans. Eso no es verdad.

—La que yo conocí, sí.

Guardó silencio unos segundos. Su mirada vagaba perdida por sus recuerdos.

—Dudo mucho que algún día fuera una buena persona, ¿sabe? él creía en todo aquello. Se dejó deslumbrar.

Sus ojos comenzaron a adquirir un brillo temible. Apretaba los párpados mientras hablaba.

—¡Había que crear una raza superior! —exclamó mientras agitaba los brazos— porque nosotros, los alemanes, los arios, no éramos una raza superior. Ellos sí lo eran.

—¿Ellos?

—Los judíos —se palmeó las rodillas con las manos.

Mi cuerpo empezaba a acusar el cansancio, y aquella conversación me resultaba incómoda, aunque era necesario escucharlo. Sam llegaría a todo aquello, tarde o temprano.

—Estaba escrito en el Manual del buen Alemán —continuó— la materia gris de los judíos era diferente. Eso decía. Era más espesa, tenía más consistencia y sobre todo, tenía más poder. Es de una ingenuidad asombrosa.

—¿Qué dice? —negué con la cabeza.

Hans hacía esfuerzos por incorporarse. Hablaba con vehemencia.

—Por aquel tiempo yo no sabía cómo era la materia gris de un alemán, nunca me lo había planteado. Pero ellos... pensaban que los judíos lo tenían todo; inteligencia, riqueza, sentido del deber, sentimiento de unión. Había que hacerse con ello.

—¡Por Dios!, ¿materia gris? eso no es científico.

—Lo sé. Pero ¿por qué no?, nada de lo que le estoy contando es científico —apretó los labios— ellos pensaban que había que hacerlo. Créame Isola. Ese manual que tuve en mis manos y que custodié durante tanto tiempo era un libro de instrucciones. Ellos pensaban que podrían hacer lo mismo que los shuar —rió— como si pudieran...

—Pero yo he tenido la oportunidad de demostrárselo —aseveró.

—¿Demostrárselo?, ¿a quién?, ¿el qué?

Hans parecía haber perdido la cordura del principio. Hablaba deprisa, y poco a poco iba perdiendo su fuerza. Sus manos temblaban en un cuerpo vacío.

—Aquello fue hace muchos años, y por fortuna forma parte del pasado. Un pasado atroz —dije con vehemencia.

—Yo formé parte de ese pasado. Y Saúl también. Pero el marcharme a Perú, a sanar a esas gentes fue lo mejor que hice en mi vida. Ahí descubrí cosas maravillosas. La civilización perdida. El poder del que le he hablado, el de las almas buenas. Y nada de lo que vi allí se parecía a lo que ellos pretendían. Aquello era magia.

—¿La civilización perdida?

Hans tosió despacio y me miró con dulzura. Parecía haber recuperado la tranquilidad. Su ensoñación le había llevado esa vez a aquellas tierras lejanas, a aquel mundo mágico del que hablaba y que tanto les enseñó a él y a Elián.

—Los shuar son una tribu muy inteligente y poderosa. ¿No ha oído

hablar de ella?, el manual lo escribieron basándose en sus técnicas.

—Elián me contó algo sobre todo eso pero...no prestaba mucha atención.

—Hay varias tribus shuar en el mundo, pero el principio es común para todas. Ellos creen que el ser humano no muere sino que una vez cumplido su objetivo en la vida, una vez muerto, *su espíritu, el Arútam, es recibido por otro ser humano, que puede ser su hijo o su nieto, o alguien cercano, quien cumple de nuevo otro ciclo vital, así en forma indefinida*[5].

—Creen en la reencarnación.

—Es más que eso. Lo vi con mis propios ojos. Allí, en la selva, *los elementos de la naturaleza guían la vida de sus habitantes. Los niños pequeños, desde los seis años, se adentran en la selva y buscan su Arútam*[6].

—Hans, eso es fascinante pero no veo relación con Samanta —mi mirada era de súplica.

—Tiene mucha relación. Verá... yo también creo como ellos en que hay seres superiores que lo controlan todo; el origen del universo, las enfermedades y la vida en general. Saúl era uno de ellos, como otros tantos en distintas épocas. Era un ser superior, una víctima del horror de la raza humana que supo encontrar el modo de dejar su legado —hizo una breve pausa— yo, entre otros. Yo robé la cabeza y el libro y los llevé a un lugar lejano para que estuvieran a salvo de espíritus Mésak que pudieran retomar lo que los Nazis empezaron.

—Mésak, Arútam... usted también cree en eso.

—Absolutamente.

—Elián creía.

—Lo sé. Se crió allí. Él vivió de un modo poco terrenal, ¿sabe? Elián era casi como ellos. Yo me adapté a la vida de aquel pueblo, pero él nació con ellos, pudo sentirlos mejor que yo.

—¿Estaban ustedes cerca de los shuar?

—Muy cerca.

—Pero...

—Es importante que entienda que aquella cabeza y aquel libro no

podían volver a Alemania.

—¿Usted cambió el rumbo de la historia?

—Oh, jajaja —rió con dificultad— pues de algún modo tal vez lo hice. Es lo que hacemos los seres superiores. Los elegidos.

—¿Y por qué a Perú?, ¿por qué allí?

—Yo era pequeño pero no tonto y sabía leer, sabía entender. Leí el libro con mucha atención y aquellas palabras se grabaron en mi mente y en mi corazón de un modo inexplicable. Ahí describían las técnicas de la reducción de cabezas por la tribu de los shuar. Ellos ¡ilusos! —exclamó— pensaban que podrían impedir que los espíritus de los judíos muertos volviesen a vengarse.

—Por eso los shuar reducían las cabezas ¿no?, para reducir a sus enemigos.

—Sí. Pero los nazis querían ir más allá. Quizás, si exterminaban a quien temían sólo quedarían ellos, una raza pura, superior, que dominase el mundo.

—¡Por Dios Hans!

—Debía poner aquello a salvo, ¿lo entiende ahora?

—Elián lo robó aquel día cuando se incendió el corral ¿no?

—Se llevó el libro y la cabeza también. Pero de eso no fui consciente hasta mucho tiempo después. Repitió patrón —soltó una risa irónica— y yo anduve confuso y sin rumbo aquellos años de soledad sin él.

—¿Y qué hizo con ello?

—Ah, esa es la mejor parte, Isola.

—Me desconcierta Hans —apreté los labios— pero mi corazón me dice que debo creer todo lo que me dice.

—Le conviene hacerlo.

Su respiración se entrecortaba y su rostro perdía color poco a poco.

—Pensé que Saúl había muerto con Elián para mí aquel día. El libro se habría convertido en ceniza y la cabeza... mi tesoro, pensé que lo habría descubierto aquel advenedizo, arrogante y sin escrúpulos que vino a verme al hospital. Él dijo haber recuperado mi baúl y me lo devolvió —extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Él buscaba el contenido del baúl?

—Ajá. Y llegué a pensar, entre el desconcierto, que él se lo había llevado. ¡Imagínese! después de todo lo que yo había luchado para protegerlo, de pronto, un desconocido se lo había llevado...

—¿Y?

—Pero me equivoqué —suspiró— él sabía de la existencia del baúl y del libro, pero me equivoqué.

—¿Cómo?

—No habría sido de extrañar. El Mésak es muy poderoso, y envía espías a todas partes.

—Habla como si fuera el demonio.

—Ah, pues sí. Sí. Pero es algo más simple. Los nazis sabían de su existencia.

—Pero...

—La única persona que sabía que yo había robado la cabeza y el libro era mi padre.

—Pero su padre estaba en la cárcel.

—Isola, usted es guionista, escribe historias. ¡No me defraude!— sonrió.

—Aquel hombre, buscaba la cabeza y el libro... ¿por orden de los nazis?

—Pensé que me había llevado mi secreto a salvo.

Respiró hondo y se recostó en el respaldo con el rostro abatido.

—Estoy cansado. No se puede imaginar lo que es vivir con ese peso. Al salir del hospital les busqué a los dos, a Elián, y a aquel hombre, pero me rendí después de los años. Al fin y al cabo el libro había sido reducido a cenizas. Eso es lo que yo pensaba. Por lo tanto, no había de qué preocuparse. Hasta que...apareció Samanta.

—¿Qué quiere decir?

—Ah, querida, —suspiró— ¡qué mal se le da escuchar!

Me había quedado en blanco. Mi cuerpo estaba rígido y sentí frío. Conocía esa sensación. Samanta había regresado a aquel punto de la historia y



yo me estaba preparando para escuchar.

—Elián debió enseñar a Samanta, y le enseñó bien. Él vio enseguida su potencial. Un potencial que jamás él había tenido. Tenía dones, sí, pero nada parecido a lo que tenía su hija. Le enseñó a comunicarse a través de la mente, a viajar sin moverse del sitio, a mover objetos, a leer la conciencia y el alma de los hombres.

Mis ojos se humedecieron.

—¿Le sorprende?

—Conocía poco a mi hija, eso es seguro —dije con la voz entrecortada.

—Ella es un espíritu shuar. Lleva el Wakani dentro. No debe estar enfadada con ella.

—¿El Wakani...? —empecé a recordar.

—El espíritu puro.

—Samanta me dijo que había visto a su padre, ocho años después de su desaparición. No la creí. No tenía sentido, es... es una locura.

—Sí, lo es, pero es real. Los espíritus puros, los Wakani, sobreviven fuera del cuerpo mucho tiempo. Elián no debía ser tan malo. Algo egoísta, tal vez, y ambicioso, pero amaba a su hija, y la amaba a usted.

—¡Me abandonó! —grité.

—La salvó —dijo con voz queda.

Me sequé las lágrimas con la yema de los dedos. No pude evitar sacar el dolor delante de Hans. Mi pecho casi no tenía espacio para abarcar tanta tristeza y miedo.

—¿Cree usted que Elián murió sepultado por un alud?

—Así fue... —titubeé.

—Bueno, tal vez. Pero yo quiero pensar que fue el Mésak quien lo encontró antes que yo. Y eso me duele porque debía haberle protegido más.

—¿Cómo sabe usted eso?, usted no estaba allí, usted no...

—Se olvida que yo también tenía el don. Elián tardó quince años en comunicarse conmigo, pero por fin lo hizo. Lo supe enseguida. Todo se había vuelto en su contra.

Mi cuerpo tembló al recordar aquella imagen que rondó por mi mente durante todo el tiempo después de su marcha. Sus robustas piernas pisando la nieve y aquel frío.

—Elián investigaba sobre la civilización perdida. Y tenía el libro y la Tzantza, no lo olvide.

—¿La civilización perdida? Hans, todo esto es... una locura y no sé si me consuela.

—Siento mucho causarle este dolor, pero es necesario.

—¿Quién cree usted que le mató? porque cuando habla del Mésak, habla de eso, ¿no es cierto? No fue una muerte accidental ¿verdad?

—Bueno, sin duda alguien sabía de la existencia de ese libro, alguien que jugaba a ser Dios —suspiró hondo y esbozó una sonrisa amarga.

—¿El hombre que conoció en el hospital?

—Tal vez.

—Pero se equivocó —levantó los hombros y enarcó las cejas— igual que yo antaño.

—¿Qué quiere decir?

—Que el libro no lo tenía Elián. No se lo llevó consigo a las montañas. Guardó silencio mientras posaba sus verdes y luminosos ojos en los míos.

—Lo tenía usted.

—¿Yo?

—Bueno, mejor dicho Samanta.

Se abrió de nuevo un silencio, éste más incómodo que el anterior.

—¿Por eso está usted aquí?

—Samanta no sabía el poder de ese libro, Isola. Elián tampoco. Sólo yo, y mi amigo Saúl lo sabíamos. Y el hombre que los mató.

—¿Los mató?, usted está loco, Hans —negué con la cabeza; no quería escuchar— no sé qué demonios hago aquí, en serio.

La cabeza me daba vueltas. Me la sujeté con las manos. Mis fuerzas flaqueaban por momentos. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Hans me miraba

sereno; esperaba que comprendiera, que me rindiera tal vez. Me volví hacia él y un impulso incontrolable me llevó a sujetarle por los hombros con fuerza.

—¡Dígame dónde está Samanta!

—Samanta... —dijo en un susurro— Samanta se ha ido.

—¿Ido?, ¿a dónde?

—A la civilización perdida, con los shuar.

Sus ojos brillaban de sabiduría pero tenía la mirada pedida.

—¿La subió a ese coche?, ¿dónde la llevó?

Agitaba su cuerpo con mis manos. La desesperación me hizo transformarme. Durante todo aquel tiempo había conseguido mantener la calma. Pero aquel día en aquella habitación de hotel todo se derrumbó. ¡Necesitaba saber! Debía ubicar a Elián y a Samanta en algún sitio real, fuera de mi cabeza y mis recuerdos.

—¡Dígame Hans!

—¿Coche?..., —dijo en un susurro— no entiendo...

—Recuerde ese día Hans, hace unos meses; usted alquiló un coche a nombre de Saúl Aguado, ¿verdad?, usted cogió a mi hija y se la llevó a algún lugar. ¿Es eso?, ¿a dónde?, ¿por qué?

Solté a aquel hombre y deslicé mis manos por su cuerpo hasta derrumbarme. Mi llanto se mezclaba con la incertidumbre y con la desoladora certeza de que nunca más volvería a ver a mi hija.

—Isola... —su voz se debilitaba— yo no...

Alargó la mano y me apretó el brazo con fuerza. Yo lloraba ajena a su debilidad.

—Ella se comunicó conmigo, Isola, nada más. No sé nada de ningún coche.

—¡Ella no le conocía Hans!

—Se comunicó conmigo —repitió con ahínco— y le hablé de mí, igual que estoy haciendo con usted ahora.

—¿Por qué? —exclamé.

—Porque era mi nieta y ella me necesitaba, porque acudió a mí igual que hizo Saúl, igual que hizo Elián. Su padre le advirtió que el Mésak andaba

cerca. Quiso decirme que el libro y la cabeza estaban a salvo, para decirme que estaba en camino, para...conocerme.

Sus ojos dejaron escapar unas tímidas lágrimas que cayeron por su rostro dejando una huella casi imperceptible. Aquel hombre tan complejo como fascinante y tierno a la vez, estaba llorando ante mí.

—¿Y quién es usted en realidad?

—Yo siempre he sido Saúl Aguado —dijo con voz queda.

Se abrió un silencio triste, largo.

—Debía encontrarse con su padre. Pero algo sucedió, algo imprevisto —pensaba en voz alta.

—¿Imprevisto?

—Tal vez... —calló unos segundos.

Tenía la mirada perdida.

—Ella quiso volver. Creo que tuvo miedo. Pero ya pasó...

—Por favor... Hans —supliqué— no quiero oír más. No quiero saber nada más de su pasado, de los nazis, del horror que rodeo su vida y la de Elián. No quiero saber nada de las cabezas reducidas, de los espíritus esos, de...los viajes astrales, de todas esas insensateces que me ha contado —continué sin poder aguantar mi llanto.

—Isola, lo de Elián y Samanta forma parte de la búsqueda de uno mismo, del verdadero Yo. Esa civilización existe, sólo hay que creer en ella.

—¡Basta! —negué con la cabeza.

—Ellos no tuvieron la culpa de haber sido elegidos. Yo tampoco. Ni muchas otras personas allá donde estén.

—Está loco..., no puede ser...

—Pertenece a una estirpe de hombres buenos. Sanamos almas Isola. Pero, escuche bien. Elián recuperó la cabeza y se la trajo a usted. Eso es lo que importa ahora —tosió débilmente.

—¿Qué...?

—Lo que tiene en el salón de su casa...

—¿La Tzantza?

—¡Saúl!

—¡Por Dios!, es de una tribu del Amazonas, Elián me lo dijo...

—Tal vez es lo que él quiso creer, para usted, para olvidar. Pero no lo adquirió en ningún museo. Isola, eso que tiene usted no es una Tzantza cualquiera. Es la vida misma.

—¿Cómo? —arrugué la frente.

—Es la prueba de que Saúl existió. Es la prueba de que nada es lo que parece. Es la evidencia de que se le ha dado una oportunidad a la esperanza para cambiar el mundo, ¿lo ve?

—¿Pero, y ahora qué?

—Ahora que yo voy a morir, sólo queda usted en el mundo de los vivos. Es su aquí y ahora. Debe olvidarse de Samanta y Elián por un tiempo. Debe encontrar el libro, y destruirlo. Pero no se deshaga de la cabeza, por favor. Si no quiere devolvérmela, no lo haga, pero cuídela del Mésak.

La fuerza con la que se sujetaba a mi brazo se debilitó. Fui separándome de él con lentitud hasta que me apoyé en los pies del sofá y caí como un peso muerto. Me llevé las manos a la cara y lloré con más fuerza aún.

—Creo... —hablaba con dificultad— que Samanta es el espíritu de Saúl. Lo creo de veras. Y cuando ella se comunicó conmigo sentí que lo había recuperado. Todos tenemos un Arútam esperándonos en algún lugar. Elián y Samanta así lo creían y fueron en su busca. Nada más. Ellos sabían lo que tenían que hacer.

—¿Nada más? ¡Qué tonterías son esas! ¿Qué demonios tiene esa civilización perdida para dejar todo lo que uno tiene y marcharse así?, dígame, ¡la gente no desaparece sin más!

—La gente, igual que Samanta, o que Saúl, incluso Elián, ese tipo de gente, lleva desapareciendo durante siglos.

—¿Y hace falta morir para encontrar la felicidad?, ¿es eso?

—No se busca la felicidad en uno mismo Isola, sino la felicidad en los demás. Hay que vivir para morir, y volver a vivir. Es un ciclo.

Su respiración perdía compás y enseguida me di cuenta que se estaba ahogando.

—¡Hans! —grité.

—Olvídese ya de Elián y de Samanta, Isola... ellos están en un sitio mejor...

—No puedo...

Hans Kähler adquirió el rostro de la serenidad. Me miró y noté dulzura, pena, y cierto alivio.

—Isola, ¡me alegra tanto haberla encontrado!

Sus ojos también estaban humedecidos. Le devolví una mirada cómplice.

—Dirigir el mundo a través del bien. Ellos son los que controlan la energía que nos rodea —estiró el brazo e hizo un círculo en el aire— ellos velan para que nuestros Wakanis encuentren su Arútam y venzan al Mésak que llevan dentro. Es un principio muy básico. Los shuar lo sabían bien. Y crearon una civilización en un mundo paralelo para aquellos, elegidos, que continuaran su legado más allá de lo terrenal.

—No puedo creerlo, Hans... habla en serio ¿verdad?—exclamé.

—Hay algo más, Isola. No hemos venido aquí sólo para sufrir. También hemos venido para amar. Los que no consiguen hacerlo en vida, lo hacen allá, en el lugar de las almas buenas.

—¿Para qué?

—Para que no estén solos —respiraba con mucha dificultad.

—Suenan tan infantil... pero es tan hermoso.

La escasa serenidad que aquel hombre me había transmitido con sus palabras me permitió esbozar una sonrisa de alivio.

—A usted y a mí nos ha tocado hacerlo en vida —tosió— por eso es importante destruir el libro. Isola, ese libro, que guardé con tanto celo, no debe caer nunca en manos de los Mésak.

El anciano se llevó la mano al pecho. Empezó a quedarse sin aire. Su rostro se estaba quedando sin luz y sin brillo poco a poco, como una estrella que se pierde en la lejanía. Me acerqué a él. Estiró el brazo y me agarró con fuerza de nuevo. Sus ojos parecían salirse de las órbitas. Sus labios habían adquirido un color grisáceo. Logré soltarme con dificultad y pude llegar a mi bolso a coger el teléfono. Los ojos de Hans ya no eran los mismos. Estaban inyectados en sangre. Tenía aún el brazo estirado hacia mí mientras yo

conseguía pedir una ambulancia. Al fin, dejó caer su cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos.

## **SOMBRA DEL PASADO**

*Elián jamás habría podido imaginar de lo que era capaz. Se dio cuenta al llegar a la pubertad. Había conseguido leer el pensamiento de la gente que le rodeaba y tenía una sensibilidad especial a los olores, a la música y al tacto. Por las noches, se sorprendía al levitar por encima de su cama y era capaz de trasladarse hasta la habitación de su padre sin moverse de su sitio. La primera vez que lo experimentó, tenía tan sólo doce años. Lejos de ser un problema, aquello le había divertido siempre y logró con el paso de los años hacer de ese don una parte de sí mismo.*

*Desde niño tuvo la necesidad de absorber por todos los poros de su piel todo lo que le daba la vida. Corría con los pies descalzos por la aldea y se mezclaba con los indígenas que miraban su piel blanca y fina como a la de un ángel. Los niños le tocaban como se toca a una escultura, como se toca a un Dios. Aquello le dio un poder infinito.*

*Cada vez que se adentraba en la selva perdía la noción del tiempo. Los árboles gigantes le hablaban y le mecían cuando dormía. La humedad le hizo inmune a las picaduras de insectos y a las mordeduras de serpientes y otros animales salvajes. Ni él mismo sabía por qué. Se tumbaba desnudo en el húmedo suelo y miraba al cielo en busca de algo que le hiciera olvidar que estaba solo.*

*El aroma de la fruta madura que caía de los árboles y el olor de la tierra mojada se adentraron en sus fosas nasales para no salir jamás. Comía lo que encontraba, casi siempre plantas que crecían libres en la selva. Se embriagaba y viajaba por mundos lejanos y maravillosos. Todo fue así en su vida.*

*Aquel día en el corral con su padre, sintió que esa parte de sí mismo se le rebelaba. De un modo impredecible y no intencionado, provocó un fuego que arrasó el corral por completo. Las llamas y el humo le*



*desconcertaron. Su cuerpo tembló y sintió que el corazón galopaba de un modo inusual. Su padre, yacía tendido en el suelo inconsciente. Aquel hombre nunca le quiso, al menos no cómo él hubiese deseado. Jamás quiso compartir con él todo lo que había heredado de su vida anterior; el secreto de aquel baúl, sus dones, los hechos que había vivido con su abuelo... Elián creía que Hans Kähler no era mejor que su abuelo. Odiaba todo lo que el nazismo había significado para el mundo. Era primitivo en sus ademanes y forma de vida, pero no era un inculto.*

*Aquel día, en el corral, aprendió algo que cambió su vida para siempre; igual que lo hiciera con la de su padre. Había adquirido el don de la infalibilidad.*

*Arrastró el cuerpo de su padre hacia el exterior a través del humo, pero éste le hizo toser y perdió el conocimiento. Una mano suave y pequeña le acarició el rostro. «Elián» alguien le susurró al oído con una voz infantil. Se sintió ligero de pronto y aquella sensación de ingravidez le resultó placentera. Tras abrir los ojos, vio lo más hermoso que había visto en su vida. Un arco iris gigante cubría el cielo. Pequeñas burbujas explotaban a su alrededor como pompas de jabón que hacían música. Por un momento le pareció que eran los últimos acordes de Tristán e Isolda. Lo había escuchado tantas veces...Rostros amables se acercaban a él y le decían cosas que él no podía entender. Respiraba paz. Nada de lo que había vivido hasta ese momento se le parecía.*

*Se sintió cansado y cerró los ojos de nuevo. Al despertar, se encontraba a kilómetros de su casa. Sus pies le habían llevado por instinto a la selva que le había visto crecer, aunque no recordaba haber llegado hasta ahí.*

*Aquel día Elián Kähler decidió alejarse de todo lo que había conocido, lejos de su padre. Su padre y la gente como él, no le interesaban. Al regresar a la casa, vio el corral reducido a cenizas. Desde el porche podía sentir el olor a alcohol y vendas enmohecidas. Aquella casa se le antojaba triste y ni un sólo recuerdo le hizo retroceder. Metió en una mochila lo indispensable. En la selva, no necesitaría mucho más de lo que llevaba. Dejó el baúl abierto y vacío y metió su contenido y el libro con cuidado dentro de la mochila y decidió que pasase lo que pasase, fuera lo que fuera lo que descubriese con el tiempo, aquello iría con él hasta la muerte. Se lo robaba a su padre, pero también al mundo.*

*Los años que permaneció en la selva le mostraron una nueva fuente de conocimiento, la del ser humano e igual que hiciera su padre, sin saberlo, emigró a un país fértil y hermoso dónde poder continuar con la tarea que él mismo se había encomendado.*

*Fue fácil conquistar a Isola. Era frágil, inconstante, y tenía una debilidad, el deseo irrefrenable de amar y ser amada. Ella se había interesado en la faceta de la que él se sentía más orgulloso, el lado salvaje de las personas, el estado más puro en el que se puede vivir, el de la libertad. Dejaría a un lado lo carnal y se centraría en su alma, un alma vulnerable y hermosa. Al fin y al cabo lo había decidido mucho antes de conocerla. Se dedicaría a estudiar la naturaleza de las almas a través de los sentidos y las emociones. Los shuar le habían enseñado a hacerlo, a vivir sin tapujos, sin ataduras, sin expectativas. Sentía su compromiso con el ser humano, pero lo haría a su modo, no al modo de Hans.*

*Samanta fue muy superior a todo lo que él había deseado. Al igual que su padre, nunca pensó en serlo, pero aquel día en que la niña lo miró en el umbral de la puerta, y apretó su cuerpo con sus pequeños brazos, él lo supo. Samanta era su legado, y todo lo que le había enseñado sería sólo el principio de algo grande. Su padre lo sabía, él debía habérselo hecho vivir, debía haberle permitido ser cómplice de algo tan poderoso y extraordinario. Porque aquellos fenómenos, aquellos viajes mentales, aquellas emociones compartidas, todo tenía un sentido y un fin.*

*Con sus años de investigación, descubrió que el frío era el mejor conductor de energía. Era una paradoja, ya que se había criado en un clima cálido. Pero lo supo aquel día en el lago mientras el hielo anclaba a Samanta al mundo de los sueños. Fue un instante nada más, en que aquel arco iris envolvió la silueta de su hija que daba volteretas en el aire. El frío podría congelar los Mésak. Era así de sencillo.*

*Desde que supo la presencia de aquella amenaza, tuvo claro que debía emigrar y proteger a Isola y a Samanta. Marcharse era la mejor forma de hacerlo. Sabía que le encontrarían, pero lo harían lejos.*

*El comunicarse con ambos, en planos distintos, fue el modo de despedirse, primero de su padre y luego de su hija. Debía advertirles que les habían encontrado y que ni ellos ni la herencia de Saúl estaban a salvo. Fueron años de aprendizaje en aquellas montañas, de soledad, pero también de paz. Aunque sabía que tarde o temprano le llevaría a conocer la*

*verdadera cara de shuar.*

*Imaginó a todos aquellos muchachos y muchachas que desaparecieron ante sus ojos en la ya lejana selva peruana. Los imaginó levitar, viajar con su pensamiento, mientras se fundían con aquel haz de luz y ese arco iris maravilloso.*

*Aislado en aquel refugio donde había aprendido a comunicarse con sus seres queridos y todo aquello para lo que había sido destinado, encontró el rostro de la muerte. Pero no sintió miedo.*

*Si debía morir a manos del Mésak era algo para lo que él había sido elegido. Él sabía que aquello no terminaba, que era un círculo que no tenía ni principio ni fin. Si él vivía o moría no tenía importancia. Lo importante era aprovechar la oportunidad para hacer algo mejor. Ellos, su padre, él y su hija Samanta formaban parte de esa estirpe elegida por los shuar.*

\*\*\*

El ruido de la ambulancia me recordó que no había estado soñando. Hans Kähler, el hombre que me había revelado el secreto mejor guardado de muchos seres humanos, estaba ahí sujeto a una camilla de unos ochenta centímetros de ancho, rodeado de cables, máquinas, bolsas de suero y cientos de objetos terrenales.

Noté que mi teléfono vibraba dentro del bolso; lo había hecho durante toda la mañana, pero esperé a llegar al hospital para ver la llamada. Por alguna extraña razón, aquel hombre había llegado a importarme. Era el vínculo más estrecho con Samanta que había encontrado desde que desapareció.

Si todo lo que Hans Kähler me había contado era cierto, me encontraba ante un hecho extraordinario, y yo era protagonista de él. Que todo ocurre por alguna razón, y que no existe el azar. Y entre este mundo y el otro existe un mundo intermedio que nos rodea y nos protege. Un campo energético que controla nuestras emociones y nuestros actos, como la atmósfera que rodea la tierra. Y en ese mundo intermedio está Samanta, y Elián, y Saúl, y quizá mis padres y algún día yo misma. O no.

La sala de espera de aquel hospital se me antojó fría y banal ante lo que acababa de descubrir. La gente que estaba ahí, en silencio, esperaba noticias de alguien, con nombre, con rostro, y con alma. Recuerdo cuando Hans Kähler mencionó la importancia de tener un nombre, que eso significaba algo para alguien. Tal vez mi nombre no fuese una casualidad. Isola...como la isla que emerge de las profundidades. Isolda, la bella Isolda que pierde a su Tristán a manos de las bravas fuerzas de la naturaleza. No pude evitar sonreír. Mi historia era magnífica. Ningún director podría resistirse.

Hans Kähler permanecía unido a un respirador. Su corazón estaba viejo, pero tal vez su alma estuviera preparándose para nacer, en otro sitio, en otro estado. ¡Quién sabe!

Frente a mí me fijé en unos ojos extraños que me observaban, vidriosos, lejanos. La joven tendría la misma edad que Samanta. Su mirada era hermosa. Me sonrió y al hacerlo noté como el vello de mi cuerpo se erizaba. Me acaricié el brazo y la carne de gallina asomó en mi piel. En el momento en que volví a mirar, la joven había desaparecido.

Debía esperar unos días, semanas, meses tal vez, o sólo unas horas, a que Hans Kähler decidiese si quedarse o marcharse.

Ahora sé que si hubiese sido capaz de ver lo que me decía la mirada de Sam aquella mañana mientras se despedía, todo habría sido distinto. Oí su voz pero no escuché su adiós. Hoy recuerdo aquello y daría lo que fuera por preguntarle «¿por qué?», por qué su discurso provocaba en mí ira, escepticismo, y no interés. Por qué antaño no vi encanto en su mundo, el que ella construía y hoy quedo fascinada por cada paso que doy en su busca.

Me venía el recuerdo de Samanta, aquella noche, una semana antes de aquel fatídico día; sería la última y sin embargo pasó inadvertida para mí. La vacuidad de lo rutinario resulta vulgar con el paso del tiempo, al darte cuenta que ya no está, que aquello tuvo su momento y se dejó escapar.

Estaba tan hermosa con su pelo rubio rizado que le caía sobre su espalda. Sus ojos verdes despedían una luz maravillosa. Su tez blanca y tersa. Jamás podía haber imaginado alguien tan hermoso. Me recordaba tanto a su padre que dolía. Ahora sé que nació para ser ángel. Y sabiendo lo que sé, nunca hubiera dudado de ella. Jamás habría puesto en evidencia su fuerza, sus conocimientos, ni su don, ni su destino.

La imagen me llegaba clara, más verdadera que nunca, mientras esperaba en el oscuro salón de mi casa a que sonara el teléfono, a que Max llamase, a que alguien me dijera lo que tenía que hacer, si esperar a que Hans despertase en el hospital, a que abriese los ojos y pudiera decirle que todo había terminado.

Aquella lejana noche, Samanta lloraba en su habitación. La oí desde mi despacho. El guión que estaba escribiendo me había absorbido hasta el punto que no escuchaba lo que pasaba a mi alrededor. Desde hacía tiempo, me levantaba por las mañanas, me buscaba en el espejo, y era lo único que esperaba ver. No a Sam, ni siquiera sé si veía a Elián mientras estábamos juntos. Le amaba, pero quizás amaba más el deseo de encontrar a la pequeña Isola. Escribía, inventaba, imaginaba, mientras la historia crecía invisible a mi lado.

Desde la conversación en «Mi pequeño Yo» había estado más pendiente de ella. Me preocupaba verla taciturna, ausente, afligida. Me acerqué a su dormitorio y la llamé por su nombre. Estaba tumbada encima de su cama, de costado, con las piernas dobladas hasta la barbilla y sus brazos bajo la almohada. Me acerqué a ella y le acaricié el pelo como había hecho otras veces. Podía sentir su sufrimiento a cada lágrima que caía por su rostro y que humedecía su pelo. Volví a acariciarla y le besé en la cabeza. Se había

hecho mayor ante mis ojos y sin embargo no podía evitar sentir la ternura de la niña que llevaba dentro.

—Sam, ¿qué pasa?, ¿me lo quieres contar?

Me hizo feliz. Se volvió, y con los ojos generosos de lágrimas se abrazó a mí con fuerza. Samanta lloraba con amargura. La tenía abrazada a mí. Mi mano le acariciaba la nuca. Parecía tan pequeña...

—Mamá... —dijo en un sollozo— siento mucho todo esto. Ahora no puedes entenderlo pero...

—Lo sé cariño —besaba su cabello.

—¿Por qué no seré como la gente normal?

—Sam, no digas eso. ¿Qué te hace pensar que tú no eres normal?

—Porque no lo soy Mamá.

—Sam... —su tristeza me causaba dolor.

—Contigo es diferente ahora. Es ... es como si...

Samanta se volvió hacia mí. Sus ojos se habían serenado. Sequé sus lágrimas de su rostro y sonrió.

—Ahora me siento más cerca de ti mamá. Como con Papá.

—Claro Sam. Porque me quieres. Soy tu madre, cariño, eso nada ni nadie lo va a cambiar.

—No. Pero, mamá, no es lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Papá y yo...

—¿Si?

—¿Por qué puedo verle y tú no?

Se hizo el silencio. Miré en sus ojos y vi de nuevo aquel brillo sabio que tanto me había asustado hacía unos meses. Desde siempre, nunca hubo indocilidad en su porte, pero sí desasosiego y efervescencia en todo lo que hacía y en cómo preguntaba, y en cómo respondía. No era indiferente ante su turbación. No podía. A pesar de ello, el pretender entenderla era para mí una empresa difícil.

—Sam, ya hemos hablado de eso.

—Ahora comprendo muchas cosas que me han pasado.

—¿Qué cosas? —pregunté con preocupación.

—Papá me lo enseñó. En sus viajes, ¿sabes?

—¿Qué significa eso?

—Yo le podía sentir. Estaba lejos pero sentía todo lo que le pasaba.

Cogió el oso de peluche que aún guardaba desde niña. Lo acarició y lo besó. Yo la miraba con recelo. Esbozó una sonrisa amable, casi condescendiente. Por un momento, si ella no fuera mi hija adolescente y yo su madre, pensaría que se apiadaba de mí.

—Me elevo sobre el colchón, mamá. Siempre que quiero. Viajo a sitios que jamás había visto antes. Sitios lejanos. Y es maravilloso.

—¿Eh?...

—Oigo a través de las paredes pero sobre todo, ¿sabes qué es lo que más me angustia mamá? —sus ojos volvieron a humedecerse— que lo siento todo, lo bueno y también lo malo. Sé cuándo me voy a poner enferma, sé cuándo lloras, sé cuánto piensas que tu vida no tiene sentido, supe que papá no volvería, sé...

—¡Basta Samanta! —me incorporé y me puse en guardia.

—Oh, mamá, ¿no te das cuenta? Papá sólo quería protegernos.

—¿Protegernos?

—De eso se trata. Creo que ahora lo veo claro. El por qué estamos aquí.

—Todo esto no me gusta nada, hija —negué con la cabeza mientras me cruzaba de brazos.

—Papá te habló de ello, ¿no?

—¿De qué?

—De lo que somos. De lo que estamos hechos en realidad.

—¿Qué dices?

—Los tres espíritus.

—¿Qué tonterías son esas Sam?

—El Mésak está más cerca de lo que crees

Me quedé ahí de pie mirándola. Era ella, era Samanta la que tenía delante, la niña que salió de mi vientre, a la que crié, a la que amé, pero no era ella la que hablaba.

—Sam. Hace tiempo que te dije que deberíamos ir a ver a un psicólogo. Hay algo que te atormenta y quiero saber qué es.

—Nada me atormenta, mamá. Al contrario, estoy alerta a lo que ha de venir.

—¿Te refieres al cambio de siglo?, ¿es eso?; ¿te angustia algo que hayas leído o escuchado?

—No es angustia, sólo... expectación.

—Todo va a seguir igual —me encogí de hombros.

—Todo no.

Samanta negaba con la cabeza sin apartar la vista de mí.

—Mamá, sé que tú piensas que hay un final.

—¿Un final?

—Sí, después de la muerte.

—Sí, lo creo. ¿Qué te preocupa hija?

—¿Cómo sabes que no has vivido antes?

—¿Qué?

—No pasa nada mamá —se desanimó.

Su rostro no parecía el mismo. Sus ojos no eran tan hermosos como antes, se habían entristecido.

—Algún día lo entenderás aunque tal vez sea tarde. Prométeme —continuó— que nunca te desharás de Shuar.

—¿Qué..., qué dices Sam?

—Shuar. ¿Sabes de lo que hablo no? La Tzantza que está en el salón. No te deshagas de ella nunca.

Miré a Sam sin saber qué decir. Era la primera vez en todos esos años que nombraba aquel objeto. Nunca pensé que aquella antigüedad fuera más que un montón de pelos y piel seca. Algo que Elián veía de otro modo, yo lo veía desde los ojos del escepticismo, el que tanto daño me haría.



—Me asustas de verdad, y me preocupas. Hablas de forma inconexa. Esto no tiene sentido. ¿Qué tiene que ver la cabeza esa horrible con todo esto?

—No es una cabeza horrible. Y me tienes que prometer que nunca la perderás. ¡Prométemelo! —insistió.

—¿Hay algo que me quieras decir Samanta?

Sam me miró y quedó en silencio unos segundos.

—No sé si puedo.

—Bueno, lo de siempre... —suspiré.

Samanta había bajado la vista a su oso de peluche. Podía sentirla y olerla pero estaba tan distante que asustaba.

—¿Sabes? —dije con una media sonrisa— si ha estado ahí todos estos años, no veo porqué me desharía de ella ahora. Me refiero a la Tzantza.

Sam emitió un sonido que pareció un suspiro lejano. Parecía aliviada pero estaba triste y estaba muy lejos de mí. Cogió a su oso y se tumbó en la cama. Le acaricié la espalda y una descarga eléctrica despidió mi mano con brusquedad.

—¿Lo ves?—dijo sin mirarme.

\*\*\*

## *Samanta*

*Samanta nunca dudó de su condición. Elián le enseñó a sentir, a pensar, a comunicarse, y a valerse de aquel don tan maravilloso que le habían otorgado. Aun siendo niña sabía que era diferente, y que no tenía el mismo destino que los demás. Le costaba expresarlo y sabía que su hermetismo hacía sufrir a su madre y, por otro lado, le aislaba del resto del mundo, del que se suponía debía ser su mundo. Su padre se lo anunció antes de marcharse. Le cogió su pequeño rostro entre sus manos y le miró a los ojos. Aprendieron juntos ese lenguaje desde que ella nació. Sin mediar palabra, le dijo que él no volvería nunca pero que le estaría esperando.*

*Ella sabía que su padre regresaría y que ese momento significaría algo importante. Al verle al otro lado de la ventana, mientras le miraba, a través de ese campo energético de separación, ella lo imaginó. Entendió que había llegado el momento de adentrarse en lo desconocido y unirse al resto de almas que como ella habían sido destinadas a estar en otro lugar y a hacer cosas extraordinarias.*

*Salía de un lugar recóndito de su corazón. No podía controlarlo. Era una fuerza poderosa que le hacía sentir superlativa. A veces, se sorprendía escuchando las mentes de los chicos de su clase. Le llegaban como ondas cerebrales. Y le asustaba lo que pensaban, cuando lo hacían. A los dieciséis años se debía pensar mucho más sobre todo. Era la edad de la reflexión, de los descubrimientos, del amor. Y ella, por alguna extraña razón estaba por encima de todo eso.*

*Amó a su padre con todo su ser, y a su madre, a pesar de ese campo energético que las separaba, nunca la habría imaginado más hermosa. Se levantaba por las noches mientras su madre dormía y se acercaba con sigilo a la cabecera de su cama. La observaba mientras dormía y a veces acariciaba su rostro con sus suaves dedos para sentir su tacto, su calor de madre. ¡Si ella supiese lo que la quería! Pero su madre vivía en un mundo tan real como desolador. Jamás podría hacerle sentir lo que ella y nunca comprendería la trascendencia de lo que estaba pasando. El mundo no era cómo ella lo ideaba, era algo más que un paseo por los insondables caminos de la ignorancia. Porque ella era buena, pero cauta ante lo irracional.*

*Lo que más le dolió aquella mañana al abandonar su casa, fue la mirada de su madre; una mirada torpe y desentendida. El haberse sincerado con ella le había causado más dolor que alivio. Enseguida comprendió que nunca llegaría a comunicarse con ella igual que lo había hecho con su padre. Le dolía la soledad de la incomprensión y del sentirse diferente, pero más le dolía la soledad de su madre, la del alma errante que busca y no encuentra.*

*Faltaban pocos días para decir adiós al viejo siglo. En sus dieciséis años de vida poco sabía Samanta de los hechos que inundaban las noticias de aquellos periódicos y telediarios. «Inspirador», «espantoso», «fascinante» eran términos que se escuchaban mucho sobre el siglo XX. La electricidad, la conquista del espacio, los avances en medicina, la revolución industrial y tecnológica... fue también una época hermosa para el arte, la música, y el amor. Pero nada que se le pareciese al poder del Mésak, con más de cincuenta guerras y genocidios a sus espaldas, desastres naturales, problemas medio ambientales, la desertización, el cambio climático... Samanta había sido bendecida con el don del conocimiento y de hacer cosas por los demás. Desde aquel lugar velaría por el resto de los mortales para que todo aquello no volviese a suceder. Vivió dieciséis años rodeada de fenómenos, experiencias, emociones, y almas que eran invisibles al ojo humano. Era demasiado bueno para desaprovecharlo.*

*Samanta sabía que su padre se había reconciliado con su pasado y con su abuelo tras comprender la naturaleza de lo que heredaron. Elián consiguió por fin ver al hombre, al padre, y decidió compartirlo con ella. Ellos la guiarían en su camino hacia Shuar.*

*Su padre le había enseñado todo lo que tenía que saber llegado el momento. Y ella sabría cuándo. Aunque para lo que no le había preparado nadie era para despedirse de su madre y de todo lo que significaba para ella. Sus raíces, sus caricias, sus besos. No los tendría nunca más. A cambio, ella daría los suyos a cientos, miles, millones de almas que también la necesitaban.*

*Nada tenía que temer. Había ido allí tantas veces... Aquel blanco paisaje la había acompañado durante muchos años y momentos inolvidables con sus padres. Buscaría el modo de ir allí, invisible, muda, silenciosa.*

*La nieve cubriría su cuerpo y los demás harían el resto. El espejo del lago la vería marchar. Desaparecería sin más, una mañana de invierno,*

*antes de que el nuevo milenio eclipsara el olvido.*

\*\*\*

Tenía que haber imaginado al volver a casa que nada iba a ser igual que cuando me fui aquella mañana. No después de todo lo que me había contado Hans y del peligro que corría por saberlo. El hombre imperturbable había mostrado sus intenciones a través de sus fauces desde el primer momento que le conocí y nada debía haberme sorprendido tras la conversación en su despacho. Por otro lado, su presencia me había acompañado sin apenas darme cuenta durante esos meses, como una sombra que acechaba. Venía a mi memoria porque pude reconocer mi miedo hacia él en el que había sentido Hans en aquella cama de hospital ante aquel hombre misterioso.

Lo sentí más aún cuando percibí que la puerta de mi casa estaba entreabierta. Un haz de luz salía por el agujero de la cerradura rota. Empujé la puerta despacio mientras hacía esfuerzos por no desfallecer allí mismo. Un tifón enfadado había arrasado mi casa. Me adentré despacio en el salón mientras sorteaba los objetos, muebles, ropa que estaban esparcidos en el suelo. Una sensación de impotencia se mezclaba con el miedo. Me desplomé en el suelo y lloré de rabia. Apoyé la espalda en la pared y pude sentir mi cabeza golpeándola de forma insensata.

Me quedé un rato apoyada en la pared con el cuerpo encogido y la mente lejos. Muchas ideas, todas desatinadas pero posibles rondaban mi cabeza. La desaparición de Samanta, el abuelo que aparecía de la nada, la sombra de Elián, la Tzantza, Saúl...«¡Oh no!». ¿Qué demonios estaba pasando?

La casa estaba en silencio y me sentí como la isla que era, en medio de aquel mar revuelto. «¡Shuar!», pensé. Mis ojos se dirigieron de forma instintiva a la librería del salón donde había descansado aquella cabeza desde hacía diecisiete años. Suspiré y no pude evitar alargar una amplia sonrisa en mi rostro. Shuar no estaba allí.

Nunca me había gustado aquella cabeza, siempre la había odiado, y me maldecía por no haberla guardado después del incidente de Sam con los conejos imantados. Aquello habría puesto los pelos de punta a cualquiera y yo me limité a dejarla de nuevo en su sitio. Pero aquel objeto formaba parte de mi vida con Elián. El deshacerme de aquello, de lo que él estaba orgulloso, de lo que era tan importante para él, habría sido igual que guardarle en un rincón y dejar que se empolvase. Y ahora, después de todo,

pienso que tal vez es justo lo que necesitaba, olvidarme de él, apartarlo de mi presente y no contar con él en mi futuro.

Max tenía el rostro ensombrecido y pálido en el momento en que apareció en el umbral de mi casa. «¡Max!», exclamé al verle. Me sujetó la cabeza entre las suyas y me miró como quien mira a una escultura valiosa que se ha hecho añicos.

—¿Estás bien?, —preguntó— me has tenido muy preocupado.

—Sí, estoy bien.

—¿Qué ha pasado? —dijo mientras recorría con su mirada el desorden.

—Ya lo ves.

—¿Quién ha podido hacer esto?

Guardé silencio y negué con la cabeza. Pensaba.

—¿Crees que esto tiene que ver con Hans Kähler?

Le miré dubitativa.

—Han venido a buscar algo. Pero aún no sé si lo han encontrado

—¿Echas en falta algo?

—No se han llevado mis joyas.

—¿Algún objeto de valor?

Negué con la cabeza. Max ya había cogido el teléfono y llamaba a comisaría para dar parte de lo ocurrido. Pocos minutos después la brigada apareció en mi casa con guantes de látex y cepillos minúsculos. Miraba aquel caos pero no podía reaccionar. Aquellos hombres tomaban huellas con meticulosidad, hablaban entre ellos, incluso reían de algún chiste. Los miraba con extrañeza, como si aquel caos no fuera conmigo.

Max me ayudaba a recoger algunos objetos de mi dormitorio. Los cajones estaban volcados sobre la cama y la ropa había sido arrugada a conciencia.

—¿Dónde has estado Isola?

—¿Eh? —dije distraída.

—Te he llamado varias veces.

—Lo sé —dudé— estaba en el hospital.

Me miró en silencio. Sentí su aliento cálido detrás de mi nuca.

—Hans Kähler ha sufrido un infarto.

—Supongo que no me dirás en qué hospital se encuentra.

—No creo que os cueste mucho encontrarlo.

—Será preciso que demos con él. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —dije mirándole a los ojos— pero tendréis que buscar a Saúl Aguado. A Hans Kähler no le encontraréis.

Max exhaló un suspiro, se acercó más a mí por la espalda y me cogió de los hombros. Por un instante creí que me abrazaría, que acariciaría mi pelo y que me hundiría en él.

—Me preocupo por ti Isola —dijo con voz dulce.

—Lo sé, Max.

—No te alejes.

No me alejaría, por el contrario, recompondría todas y cada una de las piezas del espejo roto, de mis emociones pulverizadas en la arena, y le esperaría, siempre.

No me quedaron fuerzas para casi nada una vez que Max me dejó y pude terminar de recoger gran parte del desastre. Me derrumbé en el sofá del salón; tumbada boca arriba intenté descansar mi cuerpo y mi mente. Aquel hombre del que habló Hans no se me quitaba de la cabeza y Ruz... tal vez fueran la misma persona. Quizás fuera él quien entrase en mi casa, quien forzase la cerradura aquel día. Después de la conversación con Hans, muchas cosas empezaron a tener sentido para mí. Pero todo me daba vueltas. Era incapaz de encajar las piezas. Las tenía allí delante de mí y no era capaz de verlo.

Recordé aquella visita a la habitación de Sam poco tiempo después de su marcha. Aquellas lecturas extrañas habían llamado mi atención y luego las obvié. Debía buscar una explicación a mis experiencias con ella, aquel día en la nieve, aquellas visitas nocturnas... ¿Dónde estaba la explicación a todo?

Max me había ayudado a colocar los libros que se hallaban diseminados por el suelo, en las estanterías. Los observé unos segundos en silencio. Miré sus lomos, sus colores; aquellos libros habían guardado polvo como las cosas que olvidamos, como todo lo que muere. Respiré hondo y me

acerqué para coger uno. El lomo era ancho, de color negro. Era un libro de Taschen, con unas fotografías bellísimas sobre la selva y el Amazonas. Me senté en el borde de la cama y comencé a hojearlo. Selva, indígenas, plantas, frutas exóticas, poblados,... De pronto, un libro pequeño y con el lomo y las tapas desgastadas llamó mi atención. El título, «Los misterios de los shuar». Comencé a leerlo. Conforme avanzaba en su lectura sentía como si Elián se comunicara conmigo a través de ese libro. Le había escuchado tantas veces hablar de todo aquello...Y las palabras de Hans tampoco se iban de mi pensamiento.

Hablaba de una de las tribus shuar, que vivía en el Amazonas, al norte de Perú cerca de la frontera con Ecuador, que estaba hacía años desaparecida y extinguida. Una noche, un extraño incendio arrasó el poblado y la tribu entera desapareció. Lo extraordinario del suceso fue que nunca encontraron restos humanos. Sólo ceniza.

Sentí frío de repente. Cerré el libro y fui a mi habitación a coger una chaqueta. Me recosté en la mecedora de mimbre que heredé de mi madre, la que tantas veces la meció en el porche, frente al mar, antes de morir. Y continué la lectura.

El libro hablaba de todo lo que Hans y Elián me habían contado. Del Wakani, del espíritu libre y puro, el verdadero Yo. Hablaba del Mésak, el espíritu vengativo, el verdadero enemigo del alma, el que corrompe, el que quiebra todo atisbo de esperanza. El Mésak nubla la conciencia, y cubre de mal todo lo que acecha y toca. El Arútam, el espíritu protector, el que guiaba al Wakani hacia la búsqueda de uno mismo.

Imaginé a Hans con su bata blanca en aquel lugar, rozaba con sus delicadas manos las pieles marchitas de los indígenas, mientras jugaba a ser Dios. A aquellas gentes, que vagaban por la selva, con una única preocupación, yacer en su universo de serenidad, de amor y de paz. Descubrí a Elián, pequeño, agazapado bajo la camilla mientras espiaba al médico, olía al padre, y corría por la selva en busca del Arútam. Vi al niño Hans que huía con aquel libro debajo del brazo. Inventé al joven y hermoso Saúl, cuya existencia, efímera, marcaría mi propia existencia a partir de entonces. Y Sam, estaba en medio de todo aquello.

No supe bien qué hacer con mis recuerdos, una vez que me adentré en aquel maravilloso y sobrenatural universo. ¿Desaparecería yo también?, como hicieron mis padres sumidos en el terrible fracaso de la carne cuando se



debilita, en el momento en que el alma enferma. O, ¿desaparecería como Elián, o como Sam? como los espíritus superiores de aquellos que dominaban el arte de la levedad, del amor. Como todos aquellos indígenas que desaparecieron con el incendio hacía ya mucho tiempo, o aquellos que aún lo hacían. ¿Volvería a verlos algún día?, ¿vería yo aquella civilización perdida?, ¿iría Hans a su encuentro?, ¿al encuentro de Saúl y de todos aquellos que perdieron su inocencia y su futuro?

El cansancio de tantos meses de desconcierto, de soledad y de pena por la ausencia; de tantos años de amores desaprovechados, de una insensata búsqueda de mí misma, de aquella imagen que nunca había logrado ver, se mezclaba con el miedo, con la tristeza y con la expectación de lo que iba a suceder a partir de ese día. No tenía fuerzas para llorar. Decidí no hacerlo.

Al dejar el libro en su sitio, me percaté de algo que estorbaba al fondo. Otro libro gordo, sin tapas, más grande de lo normal había caído por detrás y se había quedado atrapado entre la madera y la pared. Sólo pude ver lo que parecía ser el título, escrito en alemán.

Mis ojos se agrandaron y reconozco haber temblado de emoción al rozar las tapas con la yema de mis dedos. Aquello produjo en mí un impacto indescriptible y una sensación de alivio en cierto modo. Si aquello que tenía entre mis manos era real, todo empezaba a cobrar sentido. En la primera página, había una nota escrita en un castellano irregular. Firmaba Hans Kähler y parecía ser una carta dirigida a su hijo. La acaricié con ternura y con una sensación de poder, de logro, que me hizo sonreír. La persona que había entrado en mi casa no encontró lo que buscaba. Abracé el libro contra mi pecho, cerré los ojos y me arrodillé en el suelo.

El descubrimiento del niño Hans, la magia de lo que había sido su vida, la que Elián no osó disfrutar, la misma que había heredado Samanta; Saúl, todo era real y estaba allí conmigo. Y por extraño que pareciese, aunque no me viese reflejada en el espejo, yo también era protagonista de aquella historia, que nunca necesité inventar.

Había encontrado por fin las piezas del puzle. Sólo tenía que saber encajarlas. En ese mismo instante empecé a creer.

## *EL MÉSAK*

Deseaba que fuese Max quien hiciera sonar el timbre de la puerta. Una vez la abrí, supe que no podría ver a nadie más en aquel momento. Vestía pantalones vaqueros, un jersey de cuello vuelto y una gabardina Bogart. Así la llamaba yo. A él siempre le hizo gracia que la llamara así. Sus manos en los bolsillos, su rostro impecable. Me acercaría a él despacio, mis ojos húmedos, mi cuerpo tembloroso y apoyaría mi cabeza sobre su pecho. Él me abrazaría y me transportaría al futuro cercano, al de la calma, al del sosiego, al de la comprensión, al de la ausencia de dolor, al del entendimiento. Max siempre había estado ahí y yo no lo sabía.

—¡Max!

Tardé unos segundos en ser consciente de que él ya formaba parte de mi vida. Había entrado sigilosamente, como la brisa que viene del mar, la que mecía mi cabello mientras lo observaba sentada en aquella playa de mi infancia. Había abierto la puerta y Max ya estaba dentro.

—¿Cómo estás Isola? —me cogió el brazo con suavidad.

Miré sus ojos castaños, brillantes. Me hablaban de honesta preocupación. Me pareció ver que sus labios temblaban y su rostro estaba algo pálido. Sus manos parecían estar frías.

Se quitó la gabardina despacio y la puso en mis manos que había extendido hacia él. Sostuvimos la mirada unos segundos. Mientras tanto, esperaba con inquietud a que mi estómago recobrarla la calma y los latidos de mi corazón se sosegaran.

Colgué la gabardina en el perchero y le invité a sentarse en el sofá. El sol se había ocultado y un brillo rosado entraba por la ventana y coloreaba la penumbra de mi casa vacía. Max estaba callado y taciturno. Se había sentado al borde y tenía los antebrazos apoyados en sus rodillas, con las manos entrecruzadas y algo temblorosas. Me encendí un cigarrillo y me senté frente a

él, en el mismo sillón donde tantas veces contemplé a Samanta cuando ésta se recostaba en el sofá con un libro en las manos. Él estaba allí, en el nuevo universo que se había instalado en mi pobre existencia.

—¿Estás bien Isola?

—Sí. Estoy bien.

—Las huellas que sacamos del día del allanamiento no están en nuestros archivos.

—¿No? —dije distraída mientras expulsaba el humo.

—Buscaban oro. Son las bandas más comunes hoy en día.

—Bueno, no se habrán llevado mucho. No tenía muchas joyas.

Mi mirada se perdió durante unos segundos.

—¡Vaya!, no te he ofrecido nada, Max... lo siento. ¿Quieres tomar algo?

—No, no, no te preocupes —dijo con corrección.

Le sonreí.

—¿Has podido descansar?

—Un poco.

—Últimamente no contestas a mis llamadas —apretó los labios.

—Lo sé, lo siento. Pero no podía hablar contigo. Necesitaba pensar — lo miré con ternura.

—Me preocupa que estés sola.

—Siempre lo he estado.

—¿De verdad que no quieres vigilancia?

Negué con la cabeza.

—¿No te convence lo de la banda verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Te empiezo a conocer muy bien Isola. Sé que algo ronda por tu cabeza.

Tragué saliva y apagué el cigarrillo en el cenicero.

—¿Quién crees que pudo entrar en tu casa?

Se hizo un silencio largo, como el que se había abierto desde aquella

mañana en comisaría.

—Max... —empecé a hablar con voz temblorosa.

—Lo sé —me interrumpió.

—¿Lo sabes?

—Lo sientes.

No era perdón lo que esperaba de él.

—Lo que hiciste fue una tontería. Encerrarte con aquel hombre en la habitación de su hotel.

—Sí, supongo...

—Por suerte, no ha pasado nada.

—No.

—Pero fue una tontería. Lo sabes, ¿verdad?

—Si —me disculpé.

—¿Qué está pasando Isola?

—¡Vaya! —exclamé— eso mismo te iba a preguntar yo.

—No estás en posición de discutir.

—No quiero discutir.

Me miró en silencio. Su rostro denotaba inquietud.

—Hans Kähler ha muerto.

Le miré como quien mira un cuadro abstracto. Sabía que Hans moriría, pero no esperaba que fuera tan pronto. Habían pasado tres días desde que le llevé en aquella ambulancia. Sentí un nudo en el estómago, lo más parecido a la soledad de la incertidumbre. Me dio lástima.

—¿Qué? —me levanté sorprendida.

Evité cruzar mi mirada con la suya por si me veía llorar, aunque me había jurado que no volvería a hacerlo. Podía verle por el rabillo del ojo, su mirada algo endurecida. Yo, sin embargo, sentí como si parte de mí se hubiese ido con Hans Kähler.

—Él no se llevó a Sam Max —dije con rotundidad— lo sé.

El nudo subió del estómago a la garganta. Hacía mucho tiempo que me

había preparado para hablar de aquello, aunque no de ese modo.

—No. Tal vez no. Pero su paso por aquí ahora es todo un misterio, ¿no crees?

—Sí, desde luego —apreté los labios.

—Es extraño...

—¿Qué?

—Tu serenidad.

—Estoy bien, Max. Algo cansada, pero bien. He pensado mucho estos días.

—¿Qué ha pasado con Isola, dónde está?

Esboqué una sonrisa perezosa.

—Sigue aquí —suspiré— siempre ha estado aquí.

Max frunció el ceño y ladeó la cabeza. Sentí que me miraba con complicidad y desconcierto al mismo tiempo.

—A todos los efectos, seguimos sin tener nada —dijo— Hans Kähler era nuestra mejor pista y lo hemos perdido. Estamos como al principio.

—Nunca ha sido una pista para vosotros. No del modo en que os la imaginabais.

—¿Me lo vas a explicar?

Evité la respuesta y esperé a que él rompiera de nuevo el silencio.

—Podemos no cerrar el caso si tú no quieres. Seguiremos buscando.

—Sam se ha ido, Max. Para mí está cerrado.

—¿Quieres decir que vas a confiar en ese viejo loco?

—Está muerto ya. No importa Hans Kähler para nadie.

—No sé qué te habrá dicho Isola pero créeme, Hans Kähler no era inofensivo.

—¿Y quién lo es?

—Tú, yo, mucha gente. ¿A qué viene eso?

—¿Qué más da Hans Kähler? Mi único objetivo era encontrar viva a Sam y no lo he hecho, no en sentido literal —me reí de mi misma al decir

aquellas palabras.

Max se levantó del sofá y comenzó a caminar por la habitación sin rumbo. ¿Podría confiarle aquella historia? el manual del buen alemán, la cabeza reducida, las desapariciones, los viajes astrales, la civilización perdida. De todo lo que yo había tomado conciencia, de aquel mundo intermedio repleto de ángeles que velaban por nosotros. Todo aquello era una historia increíble. Pero si yo me la creí, Max también lo haría. Él mejor que nadie.

—Es una coincidencia extraña... —murmuró.

—¿El qué? —le miré con dulzura.

—Kähler ha muerto y Ruz ha desaparecido.

—¿Ruz?

—Sí. Tu amigo Ruz —sonrió.

—¿Qué significa que ha desaparecido? —me inquieté.

—Se ha esfumado, sin más —dio un chasquido con la yema de sus dedos— al irte tú, me retuvo en su despacho un buen rato y me contó una historia... —se alisó el pelo con la mano. «¡oh!, igual que Elián», pensé — una historia extravagante e insólita.

—¿Qué historia Max?

—Ruz llevaba siguiéndole la pista desde hacía años.

—¿A Hans Kähler?

—Sí. De hecho, me dijo que le conoció hace mucho tiempo.

—Sigue Max —le apremié.

—Dijo que Hans Kähler robó algo muy valioso de las SS, que le buscaba la Interpol, ¿a qué parece una historia increíble? —rió nervioso— jamás pensé que en mi vida de inspector llegaría a ver algo tan fantástico.

—Lo es Max... increíble —sonreí con complicidad.

—Desde luego. Llevo días pensando en ello.

—¿De veras?

—¿Crees de verdad que me había conformado con la hipótesis de la banda?

Me encogí de hombros.

—Hans Kähler estaba en el hospital. Y le he visto. No me lo imagino revolviendo tu casa.

Un brillo infantil asomó a sus ojos, el mismo que yo tenía en aquel momento. «Sigue Max, sigue», pensé.

—Según Ruz, encontrar aquello que le robara a las SS era de vital importancia y ahora está muerto. ¿Te lo puedes creer? —sonrió— alguien se le adelantó.

La historia empezaba a divertirme. Reconozco haber disfrutado con las reflexiones de Max.

—¿Imaginas qué puede ser?, ¿no suena maquiavélico?

—¿El qué?

—Lo que fuera que se llevó de la SS. ¡ A saber Isola!, Su historia era tan... tan no sé. Y ahora desaparece.

—Te comprendo Max, de veras. A mí me desconcierta todo igual que a ti. Pero ahora todo empieza a encajar.

—Todo este tiempo —continuó distraído— no me había dicho nada. Isola tienes que creerme. Esto ha sido muy nuevo para mí.

—Te creo Max...

Estaba tan guapo al sonreír. Me gustaba verle imaginar, creer. Y en aquel momento, aquella impotencia sincera me hizo amarle aún más.

—Ni rastro... Ese Ruz... —Max enarcó las cejas y ensombreció el rostro.

—Max —me levanté y me dirigí a él— ¿qué te preocupa?

Tenía el rostro turbado.

—Ahora que Hans Kähler ha muerto, supongo que nada me debe preocupar, ¿no? Tú estás bien.

Me hizo la pregunta mirándome a los ojos.

—Estoy bien, Max.

—¿Y qué pasa con Samanta?

—Ella también está bien.

Imaginé a Ruz en aquel hospital peruano. Sólo estaba en mi imaginación, pero era creíble. Habría seguido a Hans Kähler y a Elián hasta aquí. Aunque había rechazado aquella siniestra hipótesis, podría haber sido el asesino de Elián y también de Samanta. Aquello era una explicación racional, y también necesaria. Su único objetivo podría haber sido el recuperar aquella horrible cabeza y el manual que tan afanosamente había sido custodiado durante años. El hombre imperturbable venía del país que vio nacer a Hans y a Saúl y tanta gente, el mismo país que le encomendaría la difícil tarea de recuperar el Mésak. ¿Era él el Mésak? Mi guión avanzaba con rapidez.

—Debo pensar... —dijo— todo esto no tiene mucho sentido.

—Ajá... —murmuré.

La desaparición de Ruz y la muerte de Kähler nos había desconcertado. A Max más aún si cabe.

—¿En qué piensas Isola?

—Habrá que tener cuidado con él a partir de ahora.

—¿Cuidado?, ¿con quién?

—Con Ruz. Él volverá —dije mirándole a los ojos con firmeza.

Eché el cuerpo hacia atrás. Me regaló una mirada de sorpresa. Yo mantenía la misma mirada serena de antes.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó.

Le habría dicho en aquel momento todo lo que sabía, le habría hablado de las cabezas reducidas, de los poderes mentales y todo lo que significaban; le habría hablado de la esperanza de los vivos, del amor... El guión se escribía en mi cabeza con absoluta certeza por primera vez en mucho tiempo. Pero no era eso lo que me apetecía hacer en realidad, no sólo eso. Le habría cogido su rostro incierto con mis manos, lo atraería hacia mí y le besaría. Pero la pequeña Isola apareció de nuevo; me di la vuelta y desaparecí por la puerta de la cocina. Mi cuerpo temblaba como el de un cervatillo que huía en un bosque. Ese miedo a ser yo misma, a poder amar, a sentir de nuevo, abrió un espacio entre los dos. Me estaba equivocando.

Encendí un cigarrillo y me coloqué frente a la ventana, de espaldas a él. Ya había anochecido. Y Max estaba allí, en la penumbra de mi ático. Estábamos solos.



Me di la vuelta y le vi caminar hacia mí. Dejé que se acercase a una distancia prudencial, para no rozarnos.

—Max. Estos últimos días... he descubierto algo importante.

—¿Si? —preguntó con voz temblorosa.

—Creo que me he pasado la vida buscando algo que no existe. La infancia que no tuve, un hogar al que volver, un amor duradero en el tiempo,...

—¿Y...? —su rostro despedía ternura.

—No sé por qué te cuento todo esto.

—Sigue por favor —suplicó.

—Al irse mis padres pensé que mi horizonte se estrechaba. No era capaz de ver a través del mar. Y cuando conocí a Elián...

Mi voz tembló.

—Pude ser yo misma, pero me ocupé de Sam y tampoco lo hice demasiado bien —reí con ironía— esto que tenemos, nuestra vida, no nos pertenece. Es un regalo, y tengo la sensación de haberla malgastado.

—¿Qué dices?

—Hay cosas mejores. Ahora lo sé. Ahora sé por qué Elián se marchó de mi lado y por qué Sam lo ha hecho ahora. Y, Max, no es por mí. No se han ido por mí, sino para mí y para el resto del mundo.

—No te comprendo...

—Ahora sé quién es cada uno, qué papel nos ha tocado representar.

—¿De quién hablas?, esto no es un guión de cine, Isola, es la vida real.

Max había fruncido el ceño. Pude ver el miedo que se apoderaba de él a través de sus manos que temblaban y de sus ojos algo húmedos y brillantes. Quizás fuese desconcierto, temor de mi descubrimiento. Me estaba comunicando con él y para mí era importante.

—Hablo de todos, Max. Hablo de ti, de ese hermoso Wakani que llevas dentro —apreté los labios— hablo de Sam, mi Arútam, de Hans y Elián, y de tanta gente que como ellos...

Mis ojos se humedecían conforme hablaba.

—Hablo de mis padres, de los pocos espejos que pusieron a mi alcance para que no me viese nunca. Hablo de mí, de todo lo que he esperado

ser.

—No te atormentes, por favor.

—Oh, no Max. No sufro, de verdad. Hans Kähler no eligió su vida. Se la dieron. Él intentó que fuera mejor, que todo fuera mejor. ¿Sabes por qué emigró a Perú?, para ser mejor persona y ocultar al Mésak del mundo, de lo que pudo ser y que él evitó. Y cómo él, como el joven Saúl, Elián, Sam... y yo quizás... muchos más.

—¿Saúl?, ¿Quién es Saúl? Isola, hablas de cosas muy raras. ¿Qué es eso de Mésak y Waka...qué?

—¡Escúchame, Max! —grité fuerte.

Apagué el cigarrillo. Vi su cara demudada por el desconcierto.

—No sé qué te habrá contado Ruz —continué— ni sé qué secreto tan horrible dice él que Hans Kähler se llevara de los nazis, pero él no era como ellos. Yo lo sé. Él tuvo la oportunidad de hacer las cosas bien; sanó a muchas personas allá donde vivió, almas en realidad, y fue acusado de brujería por su propio hijo, aunque le perdonase después. ¿Te imaginas?

—¿Eso te ha dicho?

—Nada es lo que parece, créeme. Debes confiar en mí.

Por un momento conseguí olvidar todo lo que me había hecho sufrir. De pie, en aquella cocina silenciosa frente a Max, supe de pronto lo que tenía que hacer con mi vida, con aquel momento y con el futuro.

Mi cuerpo se estremeció. ¿Podría en verdad amar a aquel hombre lo mismo que amé a Elián?, ¿acaso podría amarle incluso más? Me di la vuelta para buscar algo que hacer, evitar su mirada, y me encontré frente a la ventana y la oscuridad de la ciudad. «Cambiar de tema Isola, cambiar de tema»... pensé.

—Te puedo hacer un café, Max. ¿Te parece bien?—dije pretendiendo parecer distraída.

Max tardó en contestar. Creo que se había sorprendido tanto como yo. Mi proposición había roto el embrujo de lo importante. Empezamos a hablar de lugares comunes, del tiempo, de cómo había empeorado. Oía su voz de fondo, como un susurro mientras el café explosionaba. ¡Qué trivialidad! Pensé en lo mal que tenía la cocina. Me gustaba tan poco. Sam y yo habíamos

hablado de cambiarla pero no nos había dado tiempo. Nos acomodamos en la mesa, uno frente al otro y en medio, dos tazas de café humeante, negro y espeso como el cielo de Madrid aquel día.

—¿Estás bien de verdad? —preguntó mi hombre amable, como siempre.

—Sí. Estoy bien.

—Tenemos que hablar, Isola —dijo— de todo esto que me has dicho y de cómo enfocar el futuro. Porque no soy capaz de entender muy bien lo que ha pasado y créeme, me interesa, y mucho.

Su tono grave me alertó en un principio y consiguió que levantase la mirada de la taza que tenía entre las manos.

—Si Max. Hablaremos.

Max me amaba. Yo lo sabía y él también. No era un amor como el de Elián, pero era amor. Estaba segura. Un amor incondicional y sincero. Un amor surgido de una intensa aunque corta amistad y de la cercanía, no del arrebato. Su timidez le impedía reflejarlo, pero no había duda. Le había imaginado muchas veces en mis sueños, más de las que imaginé a Elián. El me protegía de las pesadillas. «No es el momento, Max», pensé. «¿Por qué ahora?, ¿por qué hoy?» O tal vez sí...Mi estómago daba vueltas. Mi corazón palpitaba...

—¿Crees que podrás hablar conmigo de forma coherente?

Me miró suplicante.

—Lo intento, Max.

—Inténtalo mejor.

Guardé silencio mientras apretaba la taza con las manos.

—Hans Kähler creía que después de esto hay una vida mejor.

—Eso no es nuevo. Yo también lo creo.

—No, tú crees en Dios. Esto es diferente.

—Explícate.

—Él afirmaba que existen seres humanos que han heredado un legado.

—¿Un legado?

—Seres superiores que velan por las almas de los inocentes.

—¿Qué dices Isola?

—Hans recibió el legado de Saúl, un niño judío al que vio morir

—Pero, ¿qué...?

—Hans se lo transmitió a Elián y Elián a Samanta.

—¿Seres superiores?

—Y lo hacen desde otro lugar.

Procuré no desviar la mirada de la suya. Sus ojos se habían vuelto transparentes, receptivos, con una sensualidad desbordante. Me sentía tranquila mientras hablaba, porque le hablaba a él, a Max, al que antaño hablé con pena y desconcierto. Por primera vez en mucho tiempo sabía que decía algo al hablar, que no eran sólo sonidos que salían de mi boca, y aquello era de un valor incalculable. Nada mejor podía haber soñado la niña que caminaba descalza por la orilla en su ciudad natal, junto al mar que la vio nacer y que vio morir a sus padres. En aquel momento podía correr sin arañarse los pies, sin hacerse sangre y sin esperar llegar a la arena seca y cálida. Todo aquello formaba parte del pasado.

—Ahora quiero creer que existe algo mejor. Tiene que haberlo. Que esta vida es un camino, nada más.

—¿Tú crees eso? —esbozó una sonrisa incrédula.

—Ahora sí.

—¿Ahora sí?, ¿porque un viejo loco te lo ha dicho?

—Porque un viejo loco me ha mostrado a Sam, y aunque me cueste, a Elián, y porque una buena persona a la que adoro... —dudé— se me muestra cada vez más.

Max suspiró y se recostó en la silla. Su rostro se había ensombrecido.

—Es doloroso y fascinante al mismo tiempo —continué— tantos prejuicios no son buenos. Lo natural no tiene por qué ser lo verdadero. La belleza está precisamente en lo sobrenatural. Tú mismo lo dijiste al hablar de Dios.

—Isola, estás hablando de ciencia ficción. No puede ser que creas en todo lo que estás diciendo.

Sonreí al recordar al viejo Kähler mientras me hablaba con pasión de sus experiencias y viajes a lugares recónditos de la mente y del universo.

Porque Hans Kähler viajó a la velocidad del pensamiento, a través de un campo energético invisible al ojo humano.

—¿Por qué?, —continuó— ¿no crees que nuestra mente estaría muy desaprovechada si no fuera posible todo esto? no digo cierto, digo posible.

—Claro que lo pienso.

—Pues de eso hablo.

—No. Tú hablas de gente que desaparece, que tiene poderes sobrenaturales, que sana almas inocentes...

—Ah, sí. Si lo leyeras en una novela sería distinto. Te permitiría creer en ello sin moverte de tu zona de confort, ¿no? pero el tenerlo a tu lado, eso es diferente.

—¿Y a qué te lleva todo eso? —dijo mientras rasgaba sus ojos brillantes.

—A la certeza de que Sam no va a volver; a la aceptación de que pertenece a esa estirpe de seres nobles y superiores. Y no importa cómo se haya ido Max. Eso es lo que más me desconcierta.

Mis manos apretaban la taza de café de un modo inconsciente. Podía sentir el calor de la cerámica cómo enrojecía sus palmas.

—¿Crees entonces que deberíamos cerrar el caso? —preguntó de pronto.

El tono de su voz era grave, contraído.

—¿Así sin más? —arrugué la barbilla.

No pretendía reprocharle nada. Creo que más bien era mi deseo el cerrar el caso y descansar de Samanta, de Elián y de encarar el futuro con los nuevos ojos que me habían sido dados. Max achicó los suyos y fijó su mirada en la mía como si pretendiese penetrar en mi interior. Por fin me sentía preparada para hacerlo, para enterrar esos últimos meses, para empezar de nuevo sin ellos. Estaba lista para ubicarles en algún lugar, aún desconocido para mí. El lugar donde van los buenos, la civilización perdida de shuar. Aquello me gustaba. Era una respuesta. Era algo al menos y era bonito.

—Lo estás haciendo otra vez —dije recostándome en la silla.

—¿El qué?

—Hablar con la mirada. Si quieres saber lo que pienso preguntámelo,

no elucubres.

—Me cuesta.

—Inténtalo —supliqué.

—Tú... eh... ¿qué quieres hacer?, ¿qué opinas?

—¿Qué opino?

—Si tan segura estás de que todo esto es algo que escapa a nuestro entendimiento, que es irracional, que hablamos de ángeles y de lugares recónditos donde sólo unos pocos pueden acceder... en fin, si crees...

Se incorporó en la silla y acercó tanto su rostro al mío que podía sentir su aliento.

—Lo que quiero preguntarte es si estás tan cansada como dices; ¿quieres cerrar el caso de Sam de verdad?; lo que has dicho antes ¿va en serio? Si es así, tú decides.

—¿Qué si quiero? ¿Yo?

—Isola... —acercó su mano a la mía.

—No, no quiero —asentí con la cabeza.

Me aparté de él con rapidez, tal vez huyendo, ¿pero de qué?; me coloqué frente a la ventana de nuevo. Parecía ser un refugio seguro en aquella noche oscura de Madrid. Abajo, en la calle, la gente se movía como hormigas de un lado a otro. Había comenzado a llover fuerte y el ruido del agua en los cristales era lo único que se escuchaba en aquel momento. Me pareció oír el piar de un pájaro pero estaba en mi cabeza. Me preguntaba si todo estaba en mi cabeza.

—Isola... —dijo con voz queda.

Me di la vuelta y le miré. No noté la sorpresa en su voz ni en su rostro. Era él, el hombre amable, el que me sujetaba el brazo para no caer, el que un día me dijo que Sam estaba bien. ¿Por qué no se levantaba de esa maldita silla y me decía algo de verdad? Todo había terminado, ¿por qué me pedía que yo decidiese?, ¿por qué no me decía otra cosa?

—¿Que pase página? —me lo pregunté a mí misma.

—Es lo que tú quieres, ¿no?

—¿Habla el amigo o el inspector?

—Ambos.

—Cerrémoslo entonces.

—No es un cierre definitivo.

—De acuerdo inspector —apreté los labios para evitar que el nudo que ahogaba mi garganta saliera por mi boca.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Max sonrió y yo le devolví la mirada.

—Habrá que encontrar ese tesoro juntos, ¿no te parece?

—¿Tesoro? —pregunté divertida.

La cercanía entre ambos era cada vez más real. La energía que desprendíamos era abrumadora. La taza de café se había quedado fría encima de la mesa.

—El de Hans Kähler; ¿no tienes curiosidad?, ¿o ya lo has encontrado?

Nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

—Claro —sonreí— ¿bromeas?

Max se encogió de hombros. Me pareció ver en él cierta timidez, aquella que me enamoró la primera vez que le vi mientras pasaba con diligencia las hojas de su pequeño bloc. ¿A quién más podría haberle confesado todo lo que había vivido con Sam, antes y después de su desaparición?, ¿a quién más podía haberle hablado de la historia de Hans?

—¿Sabes lo que decía Ruz? —ladeó una sonrisa y frunció el ceño— ¿tu hombre imperturbable?

—Me da igual lo que diga Ruz.

—Siempre ha dicho que Sam estaba muerta. Que es un caso de tantos. Lo dijo desde el principio. Pero yo nunca le creí. No quise creerle.

—Lo sé —asentí con la cabeza.

—Ahora creo que a él solo le interesaba Hans Kähler y lo que fuera que ocultaba.

—El Mésak... —murmuré para mis adentros.

—Tal vez haya desaparecido igual que ellos, como los que tú dices.

—Sí, ha desaparecido pero no como ellos.

Max me miró en silencio. Suspiró hondo. Se le veía triste, cansado.

—¿Qué es lo que no me estás contando Isola?; siempre he tenido la sensación de que te guardas lo mejor.

Inclinó su cuerpo hacia delante y cruzó las manos encima de la mesa. Eché una mirada fugaz a mi bolso que descansaba sobre la silla de la entrada, una mirada satisfecha, diluida en la atmósfera que respirábamos. Por primera vez en mucho tiempo me alegré de lo que había escondido en él. Nunca más dudaría de Hans Kähler, ni de Saúl, ni de Elián.

—Max —me acerqué a él— tengo tantas ganas de contártelo todo, de hablarte sobre todo lo que he leído, sobre los años de Hans en Perú, sobre lo que todo lo que esto significa. Hace mucho tiempo que Sam ya no viene a verme y la echo de menos. Ahora que Hans ya no está, resulta fácil pensar que se comunicará de nuevo conmigo.

—Las visitas de Sam... —meditó.

—Para mí, esas visitas eran importantes porque era la única manera de no perderla. Pero ahora sé que eso no importa. Yo también debo aprender. Así que —dije con decisión— he decidido no pensar. He encontrado una respuesta, mi respuesta.

—¿Te la ha dado Hans Kähler?

—¿Y qué más da?

—Da y mucho. Porque... si tú supieras lo que esto significa para mí...

—Dímelo Max. Dime por qué significa para ti.

Se puso de pie y se alisó el pelo con sus manos, otra vez. Me costaba respirar y sentí aquel hormigueo en el estómago tan placentero. Desvié de nuevo la mirada a mi bolso como si esperase que algo sucediese. En verdad mi secreto estaba a salvo.

—Haremos lo que tú digas, Isola.

Unas débiles lágrimas asomaron y se pasearon por mi rostro.

—Max, no creo en Dios, ni en los fantasmas, aunque tú digas que sí, pero sí creo en Samanta; ahora sí. Y ella estaba convencida de que hay algo por encima de todo esto, algo poderoso, que escapa a nuestro entendimiento. Aunque haya hecho falta oírlo de la boca de Hans Kähler. Él me ha enseñado el camino, nos guste o no. Y me gustaría... —me ruboricé— me gustaría



compartirlo contigo, que...que me acompañases en el camino.

—Espero ansioso conocer todo eso que te haya contado Hans Kähler. Te escucharé como amigo, no como inspector, no podría. ¿Me crees?

Max no pudo evitar sonreír. Le creí.

—Puedes contar conmigo —continuó— espero que lo entiendas.

Bajó la cabeza y se rascó la nuca con sus finos dedos.

—Esto no se me da muy bien... —murmuró.

—Max

—Me gustaría mucho conocer lo que ha hecho que hayas cambiado de esa manera. Me gusta lo que veo Isola —me miró al fin— me cuesta entenderte... —rió tímidamente— ¡Por Dios si me cuesta!, pero me basta.

Max era sincero, era buena persona y sufría por mí, y yo sabía que dentro de ese regio inspector de policía había un creyente, de Dios y también de personas. Creía en mí.

No sé cómo, ni por qué, algo provocó que ambos nos mirásemos a la vez. Un chasquido, una corriente eléctrica corrió por nuestras venas. Las dos almas en el mismo instante, en aquella cocina de un ático abatido.

Se incorporó y se acercó a mí y, por primera vez en todo ese tiempo sentí su abrazo certero. No fue un abrazo apasionado como los de Elián, sino un abrazo suave, aunque firme, cercano pero no invasivo. Más bien prudente, diría yo. Pero me sentí bien, reconfortada, querida. Me envolví en él y sequé mis lágrimas en su jersey. Nunca habíamos estado tan cerca. Podía sentir su calor. ¡Y él me amaba!

Él temblaba apretado junto a mí. En ese mismo momento me di cuenta de que con él ya todo tendría sentido. Le había necesitado tanto, su constancia, su incondicional estado de convencimiento de las cosas, su estabilidad.

Me miró con dulzura. Pude sentirle como hacía tiempo que no sentía a nadie; ni siquiera a Elián. Por un momento dudé de que hubiese existido. Si hubiese escuchado más, habría oído el latido de su corazón. Sus manos temblaban al tocarme, yo temblaba con su roce, y no sabía si de miedo o de emoción. Quedamos en silencio unos segundos, eternos, maravillosos segundos. Me sujetó la cabeza con ternura con sus dos manos y me acarició el pelo con suavidad mientras me miraba con esos ojos del color de las hojas en

otoño. Me besó en la frente con sus labios sensuales y cálidos que tantas veces había imaginado. Y ocurrió. Sus labios buscaron los míos. Sentí un calor dulce que me transportó a un lugar desconocido; un lugar al que quería ir. Después de separarnos miré en sus ojos. Brillaban como un espejo, como el lago frío y evocador nuestro, mío y de Sam. En aquel mismo instante renací. Me di cuenta enseguida. Miré con deseo y con intensidad a través de aquellos ojos, de aquel espejo maravilloso que tenía frente a mí. Aquella imagen que veía reflejada en sus ojos, era yo.

## ***LOS HEREDEROS DE SHUAR***

*Hans se había rendido a un profundo sueño. Lo último que recordaba antes de dormirse era la imagen de aquella mujer desolada. Con un nombre tan bello como ella. Isola tenía el dulce rostro de las buenas personas pero tenía mucho camino por recorrer. Aquello era una ventaja para el legado y la responsabilidad que le había dejado. Pero tenía mucho trabajo que hacer consigo misma antes de enfrentarse a su verdadero destino.*

*Su edad engañaba. Era una mujer madura pero su corazón aún era tierno, y se sentía como una niña perdida. Isola le daría una nueva oportunidad al amor. Tenía un futuro apasionante, tanto o más que su pasado, el suyo propio. No el de su esposo ni el de su hija, sino el de la niña que había crecido sin haber sido consciente de su niñez. Se alegraba de haberla encontrado al fin. Después de tantos años, comprobó que su vida había tenido sentido.*

*Habría deseado que su hijo Elián nunca hubiese huido de su lado, y mucho menos que se hubiese llevado lo que más apreciaba en el mundo. Pero su hijo volvió a él, desde la sabiduría, y le perdonó. No sólo eso, le permitió conocer el alma de su nieta y aquello fue el mejor regalo que le podría haber dado.*

*Su secreto se iría con él a la tumba. Eso pensó desde el momento en que llegó a aquel país extraño. Pudo ocuparse de su hijo de modo distinto a cómo se ocuparon de él. Y aquello era de lo único que se arrepentía postrado en aquella cama de hospital donde Isola le había dejado.*

*No importaba. Saúl y su herencia estaban en buenas manos. Y le consolaba saber que había más como él en el mundo. Jamás pensó que se reencontraría consigo mismo de ese modo. Cuando su nieta, Samanta, de la cual no conocía su existencia, se comunicó con él, igual que hizo Saúl, se*

*dio cuenta que lo hacían porque le necesitaban, y siempre cuando estaban a punto de desaparecer. Y es que él era uno de ellos, era uno de los herederos de shuar. Tenía el don de los seres superiores y las generaciones venideras, sus descendientes, también.*

*Si hubiese podido viajar de viejo igual que hizo de joven, habría ido en busca de su hijo y de su nieta. Sus años de convivencia en aquellas tierras con los hijos de shuar le había permitido saber, sentir, vivir muchas cosas que jamás pensó que podrían existir. Pronto entendió cuál era su objetivo en la vida. Dar a conocer al mundo el lugar donde van las almas buenas.*

*El joven Saúl, él, Elián, y Samanta, formaban parte de aquel grupo de personas, de sanadores de almas, preparados para hacer únicamente el bien y devolver la paz a los que sufrían. Ellos no morirían solos. Y se reencontrarían con ellos en ese espacio invisible que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. La civilización perdida existía.*

*Mientras su cuerpo se marchitaba deseaba con todas sus fuerzas que Isola hubiese entendido lo que le había explicado. Que de algún modo ella también había sido elegida, pero no como él, no como Samanta, sino que estaba destinada a ser la protectora de sus enseñanzas. Se lo debían a todos aquellos seres humanos que habían sufrido la ira de los Mésak.*

*Un sonido agudo intermitente le taladraba el oído izquierdo. Una línea fina de color verde dibujaba montañas en un pequeño monitor. No veía bien. Sus ojos estaban cansados. Le costaba respirar.*

*Recordó el instante en que su cuerpo se volvió pluma siendo niño en su habitación hacía ya tantos años. En aquel momento él sintió algo parecido, pero aquella experiencia era si cabe más placentera. Sintió como su cuerpo perdía rigidez. Pudo mover los brazos y las piernas y sentir la ingravidez que experimentan los astronautas en la luna. Se sentía bien.*

*Una música lejana y familiar se acercaba a él con armonía. El último acto de la ópera de Tristán e Isolda sonaba en aquella habitación de hospital. ¡Qué maravillosos sonidos! La bella Samara y sus días de selva, de aroma de yuca volvían a su memoria.*

*De pronto, sintió el tacto suave de una mano pequeña e infantil que le resultó curiosamente familiar. Era la misma sensación que un día le sacó del incendio en el corral de su casa. Esos mismos dedos le acariciaban sus*

*huesudas y estropeadas manos. Era una emoción tan apacible y cálida que no pudo evitar estremecerse.*

*Un soplo de aire fresco acarició su cuerpo. La imagen de aquella hermosa mujer que apareció ante sus ojos le inyectó una dosis de paz que jamás había soñado con recuperar. Su madre sonreía con aquella sonrisa que tenían los buenos. No había rencor en su mirada. Y su perfume acariciándole, meciéndole en sus noches de niño, que venían como un hermoso cuadro a decorar su despedida.*

*En pocos segundos la habitación pronto se llenó de un humo espeso. Notó como éste entraba en sus pulmones y se los bloqueaba. Ya no podía respirar, y había dejado de sentir su cuerpo. Ya era demasiado tarde para regresar. Había cumplido su misión.*

*La mano pequeña le guió por un espacio vacío y oscuro. Entre el humo pudo distinguir los galones dorados del uniforme, sus botas negras brillantes, aquellos ojos luminosos. Aquel hombre fuerte le tendió la mano y Hans, tras dudar unos segundos, la tomó. Sabía que le había llegado la hora. Sujeto a las dos manos caminó entre el humo hasta perderse en su espesura. Ya jamás volvería a estar solo .*

## *EPÍLOGO*

Ahora, la terraza está vacía. Estoy aquí sentada en este espacio nuestro que tanto calor ha albergado, envuelta en una manta, y siento el cálido aire de la primavera de Madrid. Han pasado seis meses ya desde que mi vida empezó a cambiar, y a veces tengo la sensación de que Samanta nunca se marchó. Miro a lo lejos y sólo veo tejados oscuros. Sopla el viento y junto a los latidos de mi corazón son los únicos sonidos que soy capaz de escuchar. A lo lejos, las nubes amenazan tormenta, y ésta también me alcanzará. Las lágrimas humedecen mi rostro y mi estómago se encoge. Algo que no puedo controlar, una fuerza venida de no se sabe dónde empuja desde mis entrañas un grito que sale por mi boca en forma de súplica. Hoy por primera vez en muchos años tomo conciencia de mí misma, de lo que he sido, y de lo que he perdido. Y nunca había llorado por ello. Ahora, al mirar atrás en el tiempo, en lo que fui una vez, me veo pequeña. Ese otro yo que marcó mi modo de mirarme en el espejo ya no está.

Reconozco esa debilidad. La debilidad del dolor por el ausente. El alma enferma cada día, cada hora, cada minuto. El dolor es más que un estado, es la ausencia de paz. No importa la intensidad del mismo, ni el tiempo transcurrido. La pérdida de un ser querido produce un dolor físico y real; me llevo la mano al pecho porque siento que mi corazón se rompe en pedazos, y noto que me falta el aire. Luego viene el vacío y una sensación de desamparo que se hace difícil de soportar. A veces, hay sentimiento de culpa e impotencia que no desaparecen nunca. Cuando llegas a sentir ese dolor, a partir de ese momento tu vida se desvanece. Es como si todo aquello que vive en tu memoria: las experiencias, las emociones, los momentos, hubieran sido de otra persona. Te acuestas cada noche con la tranquilidad de saber que todo estará allí al día siguiente; tu casa, tus recuerdos, tu familia, tu bienestar. Esa sensación de seguridad es garantía para la paz de espíritu. Y un día te despiertas como todos los anteriores con esa misma sensación y descubres que

eres vulnerable. Algo sucede que hace que todo aquello que te mantenía en pie se destruya en mil pedazos, se desmorone como un castillo de naipes.

Pero no importa. Porque hoy he comprendido que el vacío de uno se llena con la esperanza de los otros. Es lo que he aprendido durante estos últimos meses. He vomitado mis miedos y mis prejuicios y he enterrado muchas cosas. Ahora sé lo que tengo que hacer. Porque ellos se lo merecen. Porque yo me lo merezco.

Sam, Elián, el joven Saúl, Hans... y otros muchos viven en todos nosotros, en un lugar seguro. Es donde van los elegidos. Hoy tengo la responsabilidad de no mirar atrás, de volver a aquella playa de mi niñez y gritarle al mundo que todo está bien. Que no importa. Que soy feliz. Que he entendido la futilidad de la vida. Que hay esperanza.

Se me ha encargado la custodia de un tesoro que no tiene precio y me siento orgullosa de haber seguido a mi corazón en aquel momento en que decidí llevarme a shuar conmigo. Porque si alguien lo ha dudado un momento, no debe inquietarse. Aquello que yo tanto repudié, nos mantuvo a salvo del Mésak. Podría habérselo entregado a Hans aquel día en aquella habitación de hotel en vez de guardarlo en mi bolso. Pero hoy, gracias a eso, la veo de nuevo; shuar reposa sobre la estantería del salón donde siempre estuvo y donde debe permanecer siempre.

La puerta de la terraza se abre. Siento el cálido abrazo del amor en mis espaldas. ¡Qué más puedo pedir! Cierro los ojos y dejo que éste me envuelva. Hoy ha venido a quedarse. Por primera vez en mucho tiempo siento que hay alguien que comparte mi destino. Su aliento me llega dulce y placentero. Me envuelve y me reconforta y me susurra al oído como los suaves acordes de Wagner... «Isola». Y de pronto, a lo lejos, en lo más recóndito de mi memoria veo a aquella niña sentada en la orilla, frente al mar, mirando al ocaso. La niña tiene el cuerpo anclado a la arena, las manos firmes, y da la espalda a aquello que añoró.

¡Ah!, pero shuar queda lejos aún para nosotros. No tengo prisa, ni tampoco siento miedo. Porque ahora lo sé, ahora me veo en el espejo, y siento que no estoy sola.

FIN

## **NOTA DEL AUTOR**

Todos los hechos y personajes que comprenden esta novela son ficticios.

Sin embargo, he intentado situar parte de mi relato en un contexto histórico real como fue la época nazi con el fin de invitar al lector a una reflexión sobre lo que el ser humano ha sido y es capaz de hacer.

La tribu shuar existe y se cree que es el pueblo amazónico más numeroso. Aunque el territorio no está bien delimitado, habitan en la selva de la frontera entre Perú y Ecuador. Sus creencias y el simbolismo de la reducción de cabezas me han inspirado a crear ese mundo imaginario de seres superiores que forma el universo mágico que rodea al personaje principal.



## **AGRADECIMIENTOS**

    Mi agradecimiento más sincero es para mi amiga Mari Ely, la persona que me ayudó a mirarme en el espejo y a decidirme a cumplir mi sueño. A mis amigas, artistas, que de modo incondicional me han acompañado durante todo el proceso creativo y han hecho sacar lo mejor de mí. A mi tío Javier, por haber querido contribuir de un modo sincero y afectuoso a la inclusión de un prólogo veraz y acorde a las emociones expresadas en la novela. A mi madre, por haber creído en mí siempre y por su honesta aportación al desarrollo final. Y sobre todo, mi más profundo agradecimiento y amor a mi marido y a mi hija, por su paciencia y apoyo día tras día; y por haber sabido plasmar con una hermosa imagen la historia de Isola en la portada. Sin todos ellos, esta novela no habría sido posible.

---

[1] Los shuar creían en la existencia de tres espíritus fundamentales: El **Wakani** - Innato del ser humano, que sobrevive a su muerte; el **Arutam** - Literalmente "visión" o "poder ", protege a los humanos de una muerte violenta; el **Mésak** - espíritu vengativo, emerge cuando una persona portadora del espíritu Arutam es asesinada.  
<http://es.wikipedia.org/wiki/Tzantza>

[2] El espíritu protector de una muerte violenta

[3] Espíritu vengativo, emerge cuando una persona portadora del espíritu Arutam es asesinada

[4] Experiencia cercana a la muerte

[5] <http://es.wikipedia.org/wiki/Shuar>

[6] <http://es.wikipedia.org/wiki/Shuar>